

**NEIL
GAIMAN**

Los hijos de
Anansi

se

Tras enterarse de la muerte de su padre, «Gordo». Charlie Nancy vuela a Florida a su entierro. Tras ello, una vieja amiga de la familia le comunica que no sólo su padre era un Dios, Anansi, sino que además tiene un hermano. Y que cuando quiera saber de él, sólo tiene que preguntarle a las arañas. Anansi, el dios araña, es el dueño de los cuentos. Se los robó un día al Tigre, que desde entonces busca venganza por la humillación a que le sometió Anansi.

De vuelta a Inglaterra, la irrupción de su hermano Araña en su vida provoca que el mundo real y el mundo de los dioses se entremezclen. La tranquila y ordenada vida de Charlie se ve trastocada por acusaciones de desfalco, asesinatos, fantasmas, viajes a exóticas islas y la intervención de todo el universo mágico y mitológico de los antiguos dioses animales.

Su hermano se instala en su casa, en una magnífica habitación que amplía en ridículo su modesto apartamento. Araña, exactamente igual pero completamente distinto a Charlie, le enseñará a relajarse y a divertirse, a entrar en contacto con su condición divina: los dos son hijos de Anansi, el dios araña, el que engañó al tigre, un espíritu rebelde capaz de engañar a la muerte, reírse de ella e invertir el orden social.



Neil Gaiman

Los hijos de Anansi

ePub r1.2
OZN 27.03.14

Título original: *Anansi boys*
Neil Gaiman, 2006
Traducción: Mónica Faerna
Diseño/Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.0



Ya sabes lo que pasa, coges un libro, lo abres por la dedicatoria, y descubres que, una vez más, el autor le ha dedicado el libro a otro que no eres tú. Ésta vez no. Porque todavía no nos conocemos.

Nos conocemos de vista / estamos locos el uno por el otro / no nos vemos desde hace tiempo / estamos de algún modo emparentados / nunca llegaremos a conocernos, pero a pesar de ello, espero, pensaremos siempre con cariño el uno en el otro...

Éste es para ti. Con lo que tú ya sabes y por lo que probablemente ya sabes.

NOTA DEL AUTOR

El autor quisiera aprovechar esta ocasión para llevarse la mano al sombrero y saludar respetuosamente a los fantasmas de Zora Neale Hurston, Thorne Smith, P. G. Woodehouse y Frederick Tex Avery.

Capítulo Primero

En el que se habla, sobre todo, de nombres y de lazos de familia.

Ésta historia comienza, como casi todas las cosas, con una canción.

Al principio sólo existían las palabras, y llegaron acompañadas de una melodía. Así es como se creó el mundo, como la nada fue dividida, como la tierra y el firmamento y los sueños, los dioses menores y los animales, todos ellos, tomaron forma corpórea.

Fueron cantados.

Los grandes animales cobraron vida también al ser cantados, una vez que el Cantante hubo creado los planetas, los montes, los árboles, los océanos y los animales más pequeños. Fueron cantados los abismos en los confines del mundo, y los paraísos, y también las tinieblas.

Las canciones permanecen. Perduran. Una canción puede convertir en bufón a un emperador o derrocar dinastías. Seguirá viva mucho tiempo después de que los hechos que narra y sus protagonistas se hayan transformado en polvo y sueños, condenados al olvido. Tal es el poder de una canción.

Pero las canciones tienen, además, otras utilidades. No sirven sólo para crear mundos o recrear la existencia. El padre de Gordo Charlie Nancy, por ejemplo, se iba a servir de ellas en aquel momento para pasar lo que él esperaba y deseaba que fuera una maravillosa velada fuera de casa.

Antes de que el padre de Gordo Charlie entrara en el bar, el barman tenía la impresión de que aquella noche de karaoke iba a ser un completo fracaso, pero, entonces, aquel tipo bajito entró muy ufano en el local y pasó por delante de la mesa de un grupo de mujeres rubias, quemadas por el sol y sonrientes, típicas turistas, que estaban sentadas junto al pequeño escenario improvisado en un rincón. Se tocó el sombrero a modo de saludo —llevaba un sombrero fedora, impecable, de fieltro verde con ala curvada, y guantes amarillo limón— y luego se acercó a la mesa. Las chicas le recibieron con una risita tonta.

—¿Se divierten, señoras? —preguntó.

Ellas siguieron riendo y le respondieron que sí, que lo estaban pasando muy bien, gracias, y que estaban allí de vacaciones. Él les dijo: «La cosa se va a poner aún mejor, esperen a ver».

El tipo era mayor que ellas, bastante mayor, pero era la gracia personificada,

parecía sacado de otra época en que la cortesía y los buenos modales todavía significaban algo. El barman se relajó. Con alguien así en el bar, la noche se daría bien.

Hubo karaoke. La gente bailó. El hombrecillo salió a cantar, subió al improvisado escenario, y no una vez, sino dos. Tenía una bonita voz, y una sonrisa aún más espléndida, y sus zapatos relucían al bailar. La primera vez que subió al escenario, cantó *What's New Pussycat?* La segunda vez que subió, le arruinó la vida a Gordo Charlie.

Gordo Charlie sólo fue gordo unos cuantos años, desde poco antes de cumplir los diez —que fue cuando su madre anunció a los cuatro vientos que si había alguien de quien no quería volver a saber nada en toda su vida (y si el caballero en cuestión tenía algo que objetar al respecto se podía meter sus objeciones exactamente por donde ya sabéis) era de aquel viejo fantoche con el que había cometido el desgraciado error de casarse, y que tenía intención de largarse a la mañana siguiente muy lejos de allí, y que más le valía no intentar siquiera ir tras ella— hasta los catorce años, edad en la que Gordo Charlie dio un estirón y empezó a hacer más ejercicio. No estaba gordo. A decir verdad, ni siquiera estaba rellenito, simplemente su contorno tenía un aspecto un tanto fofo. Pero ya nunca pudo deshacerse del sobrenombre de Gordo Charlie; era como un chicle pegado en la suela de una zapatilla. Él se presentaba como Charles o, recién cumplidos los veinte, como Chaz o, por escrito, como C. Nancy, pero era inútil: su apodo terminaba por abrirse paso, se infiltraba en aquella nueva etapa de su vida del mismo modo que las cucarachas se cuelan por las rendijas y salen de detrás de la nevera invadiéndolo todo en una cocina nueva y, le gustara o no —que no le gustaba— acababa siendo otra vez Gordo Charlie.

Ello se debía, estaba convencido, irracionalmente convencido, a que había sido su padre quien le había puesto aquel mote, y cuando su padre te adjudicaba un nombre, te quedabas con él.

Había un perro que vivía en la casa de enfrente, en Florida, en la calle donde creció Gordo Charlie. Era un bóxer de pelo castaño, con largas patas y orejas de punta que, por su cara, parecía seguir siendo un cachorro que se hubiera dado de bruces contra una pared. Andaba con la cabeza erguida y el muñón del rabo bien tieso. Era, sin lugar a dudas, un aristócrata de la raza canina. Había llegado a competir en varios concursos. Tenía medallas como el Mejor de Raza y Mejor de Grupo e incluso una que lo reconocía como el Mejor de la Muestra. Aquél perro ostentaba con orgullo el nombre de *Macinrory Arbuthnot Campbell VII*, y sus dueños, en la intimidad, le llamaban *Kai*. Así fue hasta el día en que el padre de Charlie el Gordo, sentado en el desvencijado columpio del porche de la casa familiar, bebiendo una cerveza, se fijó en el perro que andaba de acá para allá en el jardín de enfrente,

entre la palmera a la que estaba atado y la valla.

—Menuda cara de lelo tiene ese perro —dijo el padre de Gordo Charlie—. Igualito que el amigo ese del pato Donald. ¡Eh, *Goofy*! ^[1]

Y el que una vez fuera el Mejor de la Muestra de repente dio un patinazo y ya no volvió a ser el mismo. Para Gordo Charlie fue como si desde ese momento viera al perro a través de los ojos de su padre, y lo viera lelo de verdad, bien mirado. Casi parecía mentira.

No pasó mucho tiempo antes de que el mote corriera de boca en boca por toda la calle. Los dueños de *Macinrory Arbuthnot Campbell VII* se rebelaron, pero era como escupir contra el viento. Hasta los extraños le daban palmaditas en la cabeza al otrora orgulloso bóxer, diciendo: «Hola, *Goofy*. ¿Qué tal, chico?». Sus dueños dejaron de presentarlo a concursos poco tiempo después de aquello. Ya no tenían valor para hacerlo. «Tiene cara de lelo», sentenciaban los jueces.

Los motes acuñados por el padre de Gordo Charlie eran definitivos. Sin más.

Pero aquélla estaba lejos de ser la peor cualidad de su padre.

Habían sido varias, a lo largo de la infancia de Gordo Charlie, las cualidades candidatas al título de peor: su ojo estrábico y sus igualmente inquietas manos, a juzgar por lo que decían las jovencitas del vecindario, que trasladaban sus quejas a la madre de Gordo Charlie, armándose entonces la marimorena; los pequeños cigarros negros que solía fumar y que él llamaba puritos, cuyo olor se quedaba impregnado en cualquier cosa que el hombre tocara; su afición a una peculiar variante del claqué, en la que se arrastran los pies y que debió de estar de moda, sospechaba Gordo Charlie, durante una media hora en el Harlem de los años veinte; su total y obstinada ignorancia de lo que ocurría en el mundo, combinada con su aparente convencimiento de que las comedias televisivas eran auténticos reportajes de una hora sobre las vidas y peripecias de la gente normal. De entre todas éstas, en opinión de Gordo Charlie, ninguna era, por sí sola, la peor cualidad de su padre, aunque, sumadas todas ellas, representaban lo peor de él.

Lo peor del padre de Gordo Charlie era sencillamente una cosa: le avergonzaba.

Sin duda, todos los padres son motivo de vergüenza para sus hijos. Son gajes del oficio. La naturaleza misma de todo padre es avergonzar a sus hijos por el mero hecho de existir, del mismo modo que la naturaleza de los hijos a cierta edad es morir de vergüenza, ruborizarse hasta las orejas y padecer un infierno tan sólo con que sus padres les dirijan la palabra por la calle.

El padre de Gordo Charlie, sin embargo, lo había elevado a la categoría de arte, y disfrutaba con ello del mismo modo que disfrutaba gastando bromas, bromas que iban de lo más sencido. —Gordo Charlie jamás olvidaría la primera vez que le hizo la petaca en la cama— a la sofisticación más inimaginable.

—¿Por ejemplo? —preguntó Rosie, la prometida de Gordo Charlie, una noche en

que Gordo Charlie, que no solía hablar de su padre, intentaba explicarle, a trompicones, por qué estaba tan convencido de que invitar a su padre a la boda era una idea espantosamente mala. Estaban en una pequeña taberna de la zona sur de Londres. Hacía ya muchos años que Gordo Charlie había llegado a la conclusión de que siete mil kilómetros con el océano Atlántico de por medio era la única distancia prudente entre él y su padre.

—Pues... —respondió Gordo Charlie, y por su mente desfilaron un montón de recuerdos humillantes que le provocaron una sucesión de calambres en los dedos de los pies. Se decidió a contarle uno de ellos—: Pues verás, cuando me cambié de colegio, siendo todavía un crío, mi padre me contó lo mucho que le gustaba el Día del Presidente cuando era niño, porque existe una ley según la cual, ese día, a los niños que van a la escuela disfrazados de su presidente favorito les premian con una enorme bolsa llena de chucherías.

—Una bonita ley —dijo Rosie—, ya me gustaría a mí que existiera una parecida en Inglaterra.

Rosie no había salido nunca del Reino Unido, sin contar un viaje organizado a una isla situada, creía ella recordar, en algún lugar del Mediterráneo. Tenía los ojos castaños, de mirada tierna, y buen corazón, aunque la geografía no era precisamente su punto fuerte.

—No es una bonita ley —replicó Gordo Charlie—, no es una ley, de hecho. Se lo inventó todo. Es más, ese día es festivo en casi todos los estados, pero ni siquiera en los que no lo es existe la tradición de ir disfrazado como tu presidente favorito. No hay ninguna ley del Congreso sobre premiar con una bolsa de golosinas a los niños que se disfracen, ni determina en ningún sentido tu futura popularidad en la escuela o en el instituto el presidente que escojas; casi todos optaban por los más obvios, Lincoln, Washington o Jefferson, pero los que tenían más posibilidades de aumentar su popularidad eran los que elegían a John Quincy Adams, Warren Gamaliel Harding u otros por el estilo. Y trae mala suerte hablar de ello antes del Día del Presidente. Quiero decir, no es así, pero él decía que sí.

—¿Se disfrazaban los niños y las niñas?

—Sí, sí. Niños y niñas. Así que la semana anterior al Día del Presidente me la pasé leyendo todo lo que pude encontrar sobre los presidentes de Estados Unidos en la *World Book Encyclopedia*, tratando de averiguar cuál era el mejor.

—¿Y en ningún momento se te pasó por la cabeza que te estaba tomando el pelo? Gordo Charlie negó con la cabeza.

—Cuando mi padre empieza a liarte, ni siquiera te lo planteas. Es el mentiroso más hábil que te puedas imaginar. Es muy convincente.

Rosie bebió un sorbo de chardonnay.

—¿Y al final de quién te disfrazaste para ir a la escuela?

—Taft. Vigésimo séptimo presidente de Estados Unidos. Me puse un traje marrón que mi padre había encontrado por ahí, con el pantalón remangado y un almohadón a modo de barriga. Me pintaron un bigote. Aquél día fue mi padre quien me llevó a la escuela. Yo entré de lo más orgulloso. Los demás niños empezaron a gritar y a señalarme con el dedo, y en un momento dado me escondí en una de las cabinas del lavabo de chicos y me eché a llorar. No me dejaron volver a casa a cambiarme. Tuve que pasarme todo el día con aquella pinta. Fue un infierno.

—Deberías haberte inventado algo —dijo Rosie—, que tenías una fiesta de disfraces a la salida o algo por el estilo. O, simplemente, podías haberles contado la verdad.

—Ya, claro —replicó Gordo Charlie en tono elocuente y pesaroso, recordando el suceso.

—¿Qué dijo tu padre cuando volviste a casa?

—Oh, se murió de risa. Primero se rio un poco, luego más fuerte y al final estalló en carcajadas. Y finalmente me dijo que «a lo mejor ya no hacen eso en el Día del Presidente. Venga, ¿por qué no nos vamos a la playa a buscar sirenas?».

—¿Buscar... sirenas?

—Nos íbamos a la playa y nos poníamos a pasear por la orilla, y él se ponía a hacer el ridículo como jamás ninguna otra persona sobre la faz de la Tierra ha sido capaz de hacerlo... Se dedicaba a cantar y a bailar arrastrando los pies sobre la arena mientras decía cosas a la gente, personas a las que ni siquiera conocía, a las que no había visto en su vida, y yo lo odiaba, pero él me decía que había sirenas en las aguas del Atlántico, y que si era lo bastante rápido y miraba con atención, podría ver alguna. «Allí —me decía—, ¿la has visto? Era grande y pelirroja, con la cola verde». Y yo miraba y miraba, pero nunca la veía.

Sacudió la cabeza. Luego, cogió un puñado de frutos secos del cuenco que estaba sobre la mesa y los fue tirando al aire uno a uno para atraparlos con la boca, masticándolos como si cada uno de ellos fuera una humillación de veinte años que jamás podría olvidar.

—Bueno —dijo Rosie en tono jovial—, a mí me parece un tipo encantador, ¡todo un personaje! Tenemos que encontrarle para que venga a la boda. Será el alma de la fiesta.

Eso, le explicó Gordo Charlie, después de atragantarse con una nuez del Brasil, es en realidad lo último que quieres el día de tu boda, ¿verdad?, que tu padre se presente allí y se convierta en el alma de la fiesta. Le dijo que su padre era, sin lugar a dudas, la persona más ridícula que había pisado nunca la faz de la Tierra. Y añadió que se alegraba muchísimo de no haber visto en muchos años a aquel viejo cabrón, y que lo mejor que había hecho su madre en toda su vida había sido abandonar a su padre y marcharse a Inglaterra a vivir con su tía Alanna. Enfatizó sus palabras afirmando

categoricamente que se dejaría matar una, dos y hasta tres veces antes de invitar a su padre. De hecho, dijo Gordo Charlie ya para terminar, lo mejor de casarse era que no tenía que invitar a su padre a la boda.

Y entonces, Gordo Charlie vio la expresión que Rosie tenía en la cara y el gélido centelleo en sus ojos, habitualmente afables, y se apresuró a corregir lo que acababa de afirmar, explicándole que había querido decir la segunda mejor cosa, pero ya era demasiado tarde.

—Pues vas a tener que ir haciéndote a la idea —dijo Rosie—. Después de todo, una boda es una ocasión perfecta para cerrar viejas heridas y tender puentes. Te dará la oportunidad de demostrarle que no le guardas rencor.

—Pero es que sí le guardo rencor —replicó Gordo Charlie—. Y mucho.

—¿Tienes una dirección donde se le pueda localizar? —preguntó Rosie—. ¿O un número de teléfono? Creo que deberías llamarle, mejor. Una carta resulta algo impersonal cuando el que se casa es tu único hijo... Porque eres su único hijo, ¿verdad? ¿Tiene correo electrónico?

—Sí. Soy su único hijo. Y no tengo ni idea de si tiene correo electrónico o no. Probablemente, no —respondió Gordo Charlie.

Las cartas eran un buen medio de comunicación, pensó. Para empezar, podían perderse por el camino.

—En fin, tendrás alguna dirección o un número de teléfono.

—Pues no —dijo Charlie, y era sincero.

A lo mejor su padre se había mudado. Podría haberse marchado de Florida y haberse ido a otro lugar donde no hubiese teléfonos. Ni direcciones.

—Vale —replicó Rosie, hosca—, ¿y quién puede tenerlos?

—La señora Higgler —respondió Gordo Charlie, dándose por vencido.

Rosie le sonrió con dulzura.

—¿Y quién es la señora Higgler? —preguntó.

—Una amiga de la familia —replicó Gordo Charlie—. Cuando yo era niño, vivía en la casa de al lado.

Había hablado con la señora Higgler varios años antes, cuando su madre estuvo a punto de morir. La había llamado por teléfono, a petición de su madre, para que avisara al padre de Gordo Charlie y le dijera que se pusiera en contacto con ellos. Y unos días después, Gordo Charlie se encontró un mensaje en el contestador —habían llamado mientras él estaba trabajando— con la inconfundible voz de su padre, aunque parecía bastante más viejo y un poco borracho.

El mensaje decía que no era un buen momento, y que sus negocios no le permitían abandonar el país. Y luego añadía que, ante todo, la madre de Gordo Charlie era una mujer de bandera. Varios días después, llegó un centro de flores al hospital. La madre de Gordo Charlie soltó un bufido al leer la nota.

—¿Se cree que voy a dejarme conquistar tan fácilmente? —dijo—. Algo está tramando, de eso estoy segura.

Pero le pidió a la enfermera que colocara las flores en un lugar preferente junto a su cama y, desde ese momento, no dejó de preguntarle a Gordo Charlie si su padre había dicho algo de venir a verla antes de morir.

Gordo Charlie le contestaba que a él no le había dicho nada. Llegó a odiar aquella pregunta, y lo que él le respondía, y la expresión de la cara de su madre al oír su respuesta: no, su padre no iba a venir.

El peor día de todos, en opinión de Gordo Charlie, fue el día en que el médico, un hombre bajito y antipático, cogió a Gordo Charlie en un aparte y le dijo que ya no le quedaba mucho tiempo, que su madre se estaba consumiendo muy rápido, y que ya sólo podían hacerle más llevaderos sus últimos días.

Gordo Charlie asintió y volvió junto a su madre. Ella le cogió la mano, y le estaba preguntando si se había acordado de pagar su factura del gas, cuando empezó a armarse un follón en el pasillo —estampidos, ruido de pisadas, un repiqueteo, algo así como una orquesta con sus metales, su percusión y un contrabajo—, la clase de estruendo que no suele oírse en los pasillos de un hospital, donde tienen unos carteles en las paredes que ruegan silencio y las feroces miradas de las enfermeras se encargan de que la gente los obedezca.

El estrépito era cada vez mayor.

Por un momento, Gordo Charlie pensó que podía ser un ataque terrorista. Sin embargo, su madre sonrió débilmente al oír aquello.

—*Pájaro amarillo* —susurró.

—¿Qué? —preguntó Gordo Charlie, temiendo que hubiera empezado ya a delirar.

—*Pájaro amarillo* —dijo ella un poco más alto y con voz más firme—. Es la canción que están tocando. ^[2]

Gordo Charlie salió a la puerta a mirar.

Avanzando por el pasillo, sin hacer caso de las protestas de las enfermeras, de las miradas de asombro de los pacientes en pijama y de sus respectivos familiares, venía hacia su habitación lo que parecía una muy reducida banda de jazz de Nueva Orleans. Había un saxofón y una gran tuba circular y también una trompeta. Había un hombre gigantesco que llevaba algo parecido a un contrabajo colgado del cuello. En efecto, era un contrabajo y el hombre tocaba con energía. Y abriendo la marcha, ataviado con un elegante traje a cuadros, un sombrero fedora de fieltro verde con el ala curvada, y guantes amarillo limón, venía el padre de Gordo Charlie. No tocaba ningún instrumento, pero venía bailando ese claqué tan particular por el brillante linóleo del suelo del hospital, quitándose el sombrero ante cada uno de los médicos que se cruzaba por el camino y estrechando la mano de cuantos se acercaban para hablar con él o expresarle sus quejas.

Gordo Charlie se mordió el labio y le suplicó a quienquiera que pudiera estar escuchándole que se abriera la Tierra y lo tragara de inmediato o, de no ser ello posible, que le diera en ese mismo momento un fulminante, piadoso e irreparable infarto. No hubo suerte. Él se quedó en el mundo de los vivos, la banda siguió avanzando, su padre siguió bailando y estrechando manos y sonriendo.

«Si hay justicia en este mundo —pensó Gordo Charlie—, mi padre seguirá avanzando por el pasillo y pasará por delante de nuestra sala y seguirá hasta el departamento de Urología»; sin embargo, no hubo justicia, y su padre se paró al llegar a la puerta de la sala de Oncología.

—¡Gordo Charlie! —le saludó en voz lo suficientemente alta como para que a todos los que estaban en aquella sala, en aquella planta, en el hospital, les quedara bien claro que aquel tipo conocía a Gordo Charlie—. Gordo Charlie, quítate de en medio. Ha llegado tu padre.

Gordo Charlie se quitó de en medio.

La banda, encabezada por el padre de Gordo Charlie, desfiló por la sala y se dirigió a la cama que ocupaba la madre de Gordo Charlie. Ella levantó la vista al verlos llegar y sonrió.

—*Pájaro amarillo* —dijo con voz débil— es mi canción preferida.

—¿Y qué clase de hombre sería yo si lo hubiera olvidado? —preguntó el padre de Gordo Charlie.

Ella sacudió la cabeza lentamente y alargó la mano para apretar la mano de él, enfundada en el guante amarillo limón.

—Disculpe —dijo una menuda mujer de blanco con una carpeta en la mano—, ¿vienen con usted estas personas?

—No —respondió Gordo Charlie, ruborizándose—. No vienen conmigo. La verdad es que no.

—Pero ésa sí es su madre, ¿no? —dijo la mujer, con ojos de basilisco—. Debo pedirle que haga que esta gente abandone la sala sin armar más jaleo.

Gordo Charlie murmuró algo.

—¿Cómo dice? —preguntó la señora.

—Digo que no creo que yo pueda obligar a esta gente a hacer nada —respondió Gordo Charlie.

Se estaba consolando con la idea de que las cosas ya no podían ponerse peor cuando su padre cogió una bolsa de plástico que llevaba el tipo del bombo y empezó a sacar latas de cerveza negra y a repartirlas entre los músicos, las enfermeras y los pacientes. Luego, encendió un purito.

—Disculpe —dijo la mujer de la carpeta, que había visto el humo y había salido disparada hacia el padre de Gordo Charlie como un misil Scud con el temporizador enloquecido.

Gordo Charlie aprovechó la ocasión para escaquearse de allí. Parecía lo más sensato.

Aquella noche se quedó en su casa, esperando sentado a que sonara el teléfono o a que alguien llamara a la puerta, con el ánimo de quien se arrodilla ante la guillotina esperando a que la hoja bese su cuello; pero al final, el timbre de la puerta no sonó.

Apenas durmió, y al día siguiente por la tarde entró en el hospital con el rabo entre las piernas, temiéndose lo peor.

En la cama, su madre parecía más feliz y más tranquila de lo que lo había estado en meses.

—Se ha ido —le dijo a Gordo Charlie al verle entrar—. No podía quedarse más tiempo Debo decir, Charlie, que me habría gustado que no te hubieras marchado de esa manera. Acabamos montando una fiesta. Lo pasamos en grande.

A Gordo Charlie no se le ocurría nada más deprimente que tener que asistir a una fiesta en una sala llena de enfermos de cáncer, organizada por su padre y amenizada por una banda de jazz. Pero no dijo nada.

—No es malo —dijo la madre de Gordo Charlie con los ojos resplandecientes. Luego, frunció el ceño—. Bueno, eso no es del todo cierto. Tampoco es precisamente un buen hombre. Pero me hizo mucho bien anoche. —Y sonrió, con una sonrisa genuina y, por un instante, su rostro volvió a ser el de una chica joven.

La mujer de la carpeta estaba de pie en la puerta y le hizo señas con el dedo para que se acercara. Gordo Charlie se fue hacia ella cabizbajo, y empezó a pedirle disculpas antes incluso de haber llegado lo bastante cerca como para que ella pudiera oírle. Ya no tenía aquellos ojos de basilisco con ardor de estómago, según se percató al acercarse un poco más. Su mirada era definitivamente coqueta.

—Su padre —le dijo.

—Cuánto lo siento —dijo Gordo Charlie. Era lo que había dicho siempre, durante toda su infancia, cuando alguien mencionaba a su padre.

—No, no, no —replicó el ex basilisco—. No tiene nada de qué disculparse. Es sólo que me estaba preguntando... Su padre. ... En caso de que tuviéramos que ponernos en contacto con él... no tenemos un número de teléfono ni una dirección donde podamos localizarle. Debería habérselo preguntado a él anoche, pero se me fue el santo al cielo.

—No creo que tenga teléfono —respondió Gordo Charlie—, y el mejor modo de localizarle es viajar hasta Florida, seguir la autopista AA, que es la carretera de la costa y por ella se puede llegar a casi cualquier lugar de la zona este del estado. Por las tardes lo encontrará en algún puente, pescando. Por las noches, en un bar.

—Es un hombre tan encantador —dijo con aire soñador—. ¿A qué se dedica?

—Se lo acabo de decir. Según él, es el milagro de los panes y los peces.

Ella se le quedó mirando con aire de no entender nada, y él se sintió como un

idiota. Cuando su padre decía aquello, la gente se reía.

—Hum. Como en la Biblia. El milagro de los panes y los peces. Mi padre dice que él se dedica a hacer el vago y a pescar peces ^[3], que es un milagro cómo se gana la vida. Es una especie de chiste.

Los ojos se le empañaron de la emoción.

—Sí. Contaba unos chistes graciosísimos. —Hizo un ruido con la lengua y, una vez más, se puso seria—. Bien, necesitaré que esté usted aquí a las cinco y media.

—¿Para qué?

—Para recoger a su madre y llevarse sus cosas. ¿No le ha dicho el doctor Johnson que la íbamos a dar de alta?

—¿La mandan a casa?

—Sí, señor Nancy.

—¿Y qué pasa con el... con el cáncer?

—Por lo visto no ha sido más que una falsa alarma.

Gordo Charlie no entendía cómo podía haber sido una falsa alarma. La semana anterior habían estado hablando de enviar a su madre a una residencia para enfermos terminales. El doctor había usado frases como «semanas, no meses» y «hacerle lo más llevaderos posibles sus últimos días».

Pero, en cualquier caso, Gordo Charlie volvió a las cinco y media y recogió a su madre, que no parecía demasiado sorprendida ante la noticia de que ya no se estaba muriendo. De camino a casa le dijo a Gordo Charlie que pensaba gastarse los ahorros de toda su vida en viajar por el mundo.

—Los médicos me habían dicho que me quedaban tres meses —dijo— y recuerdo que entonces pensé: «si alguna vez salgo de este hospital, iré a conocer París, Roma y otros sitios por el estilo». Voy a volver a las Barbados, y a Saint Andrews.

Quizá haga un viaje a África. Y a China. Me encanta la comida china.

Gordo Charlie no tenía muy claro lo que estaba pasando pero, fuera lo que fuese, la culpa de todo la tenía su padre. Llevó a su madre con su tremenda maleta al aeropuerto de Heathrow, y le dijo adiós con la mano en la puerta de salidas internacionales. Su madre sonreía de oreja a oreja, llevaba su pasaporte y sus billetes bien agarrados, y parecía más joven de lo que él la había visto en muchos años.

Le envió postales desde París, Roma, Atenas, Lagos y Ciudad del Cabo. En la postal que le mandó desde Nanking le decía que no le gustaba en absoluto la comida china que hacían en China, y que estaba deseando volver a Londres para comer comida china de verdad.

Murió mientras dormía, en un hotel de Williamstown, en la caribeña isla de Saint Andrews.

En el funeral, que se celebró en el Crematorio del Sur, en Londres, Gordo Charlie estuvo todo el tiempo esperando ver aparecer a su padre: a lo mejor el viejo hacía una

espectacular entrada encabezando una banda de jazz, o aparecía desfilando por el pasillo con un grupo de payasos o con media docena de chimpancés montados en triciclo y fumando puros; incluso se pasó todo el servicio mirando hacia la puerta de la capilla por encima de su hombro. Pero el padre de Gordo Charlie no apareció por allí, sólo acudieron los amigos de su madre y algunos parientes lejanos, la mayor parte de los cuales eran mujeres corpulentas que lucían sombreros negros, se sonaban las narices, se secaban las lágrimas y sacudían la cabeza con aire abatido.

Fue mientras cantaban el himno de despedida, después de que apretaran el botón y la madre de Gordo Charlie avanzara sobre la ruidosa cinta transportadora que la conduciría hacia la Eternidad, cuando Gordo Charlie se fijó en un hombre más o menos de su misma edad que estaba de pie al fondo de la capilla. No era su padre, evidentemente. Era alguien a quien no conocía, alguien que le habría pasado completamente desapercibido —allí atrás, entre las sombras—, de no haber estado mirando a ver si aparecía su padre... y ahí estaba aquel extraño; con su elegante traje negro, la mirada baja y las manos cruzadas.

Gordo Charlie se quedó mirándole un rato, y el extraño le miró y le dedicó una afligida sonrisa, como queriendo dar a entender que ambos compartían la misma pena. No era la clase de expresión que uno espera encontrar en el rostro de un extraño y, aun así, Gordo Charlie no conseguía ubicar a aquel hombre. Volvió la vista al frente de nuevo. Cantaron *Swing Low, Sweet Chariot* —Gordo Charlie sabía de sobra que a su madre no le gustaba nada aquella canción—, y el reverendo Wright invitó a todos los presentes a que se acercaran a casa de Alanna, la tía abuela de Gordo Charlie, a tomar un refrigerio.

No había nadie a quien no conociera en casa de su tía abuela Alanna. En los años posteriores a la muerte de su madre, se había preguntado varias veces por aquel extraño: quién era, por qué habría asistido al funeral. En ocasiones, Gordo Charlie pensaba, incluso, que había sido producto de su imaginación, sin más...

—Entonces —dijo Rosie, apurando su chardonnay—, llamarás a esa tal señora Higgler y le darás el número de mi móvil. Dile lo de la boda, la fecha... y ahora que lo pienso: ¿crees que deberíamos invitarla a ella también?

—Podemos invitarla si queremos —respondió Gordo Charlie—, pero no creo que venga. Es sólo una antigua amiga de la familia. Conoció a mi padre en los tiempos heroicos.

—Bueno, tantéala. Mira a ver si deberíamos enviarle una invitación.

Rosie era una buena persona. Había en ella algo del espíritu de san Francisco de Asís, de Robin Hood, de Buda y de Glinda, la Bruja Buena del Norte; el saber que estaba a punto de reconciliar a su verdadero amor con su repudiado padre le daba a su próxima boda una nueva dimensión, decidió. Ya no era una boda común y corriente: era más bien una misión humanitaria, y Gordo Charlie conocía a Rosie lo suficiente

como para saber que jamás debía interponerse entre su prometida y la imperiosa necesidad que ésta sentía de Hacer el Bien.

—Llamaré a la señora Higgler mañana —dijo.

—¿Sabes qué? —le dijo Rosie arrugando la nariz en un gracioso gesto—, llámala mejor esta noche. Después de todo, en Estados Unidos todavía es temprano.

Gordo Charlie asintió. Salieron juntos de la taberna, Rosie con paso resuelto, Gordo Charlie como si fuera camino del patíbulo. Se decía a sí mismo que no fuera tonto: después de todo, cabía la posibilidad de que la señora Higgler se hubiera mudado a otra parte, o de que tuviera desconectado el teléfono. Era posible. Cualquier cosa era posible.

Subieron al apartamento de Gordo Charlie, en el piso superior de una casa no muy grande en Maxwell Gardens, más allá de Brixton Road.

—¿Qué hora es en Florida? —preguntó Rosie.

—Media tarde —contestó Gordo Charlie.

—Estupendo. Llama ahora mismo, entonces.

—Quizá deberíamos esperar un rato. A lo mejor no está en casa.

—O quizá deberíamos llamar ya, antes de que se sienta a cenar.

Gordo Charlie buscó su vieja agenda de teléfonos, y en la página correspondiente a la H encontró un trozo de papel arrancado de un sobre en el que su madre había escrito un número de teléfono y, debajo, «Callyanne Higgler».

El teléfono dejó sonar varios tonos.

—No está en casa —le dijo a Rosie, pero, justo en ese momento, alguien contestó al otro lado del hilo, una voz femenina.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Esto... ¿Es la señora Higgler?

—¿Quién llama? —preguntó la señora Higgler—. Si es usted uno de esos malditos comerciales, más le vale borrarle inmediatamente de su lista o le pongo una querrela. Conozco mis derechos.

—No. Soy yo. Charles Nancy. Hace años vivía en la casa de al lado de la suya.

—¿Gordo Charlie? Vaya una casualidad. Me he pasado toda la mañana buscando tu número. Lo he puesto todo patas arriba, a ver si lo encontraba, ¿te quieres creer que no ha habido manera de que aparezca? A mí me da que lo apunté en una libreta vieja de éstas donde llevo yo mis cuentas. Pues ya te digo, lo he puesto todo patas arriba. Y luego me he dicho, Callyanne, ésta es una buena ocasión para rezar y esperar que el Todopoderoso te escuche y te ilumine, y entonces me he puesto de rodillas, bueno, la verdad es que mis rodillas no andan muy católicas, así que sólo he juntado las manos, pero nada, que ni así he sido capaz de encontrar tu número, y mira por dónde, vas tú y me llamas, y la verdad es que mucho mejor así, en cierto modo, sobre todo porque no ando muy bien de dinero y no puedo darme el lujo de llamar al

extranjero, aunque sea para una cosa como ésta, pero iba a llamarte de todos modos, claro, dadas las circunstancias...

Y, de repente, hizo una pausa, ya fuera para coger aire o para beber un sorbo de la enorme taza de café hirviendo que llevaba siempre en su mano izquierda, y Gordo Charlie aprovechó aquel instante de silencio para decir:

—Quiero pedirle a mi padre que venga a mi boda. Voy a casarme. —Se hizo un silencio al otro lado del hilo telefónico—. Aunque todavía falta, será a finales de año. —Al otro lado seguía oyéndose el silencio—. Se llama Rosie —añadió, tratando de ser amable.

Empezaba a preguntarse si no se habría cortado la comunicación; por lo general, las conversaciones con la señora Higglar eran más bien monólogos, solía ser ella la que hablaba por los dos, y ahí estaba ahora, dejándole pronunciar tres frases seguidas sin interrumpirle. Finalmente, decidió aventurarse con la cuarta.

—Usted también está invitada, si le apetece venir —dijo.

—Ay, Dios mío, Señor, Señor —dijo la señora Higglar—. Pero ¿es que nadie te lo ha dicho?

—¿Decirme qué?

Así que se lo contó, con pelos y señales, mientras él la escuchaba sin decir una sola palabra, y cuando ella terminó de hablar, dijo:

—Gracias, señora Higglar. —Anotó algo en un trozo de papel y, luego, continuó —: Gracias. No, en serio, gracias. —Y colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó Rosie—. ¿Te ha dado su número?

Gordo Charlie respondió:

—Mi padre no vendrá a la boda —y añadió—: Tengo que ir a Florida. —Su voz era monótona, no reflejaba emoción alguna. Lo mismo podía haber dicho: «Tengo que pedir una chequera nueva».

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Por qué?

—El funeral. El funeral de mi padre. Ha muerto.

—Oh. Lo siento. Lo siento muchísimo. —Le rodeó con sus brazos y lo estrechó contra sí. Él se quedó inmóvil como el maniquí de un escaparate—. ¿Cómo ha...? ¿Qué le...? ¿Estaba enfermo?

Gordo Charlie negó con la cabeza.

—No quiero hablar de ello —le dijo.

Rosie le abrazó con fuerza, y asintió con aire comprensivo, y luego le soltó. Pensó que debía de estar demasiado apenado en ese momento para hablar de ello.

No lo estaba. No era que sintiera demasiada pena. Lo que sentía era una vergüenza espantosa.

Debe de haber unas cien mil maneras respetables de morir. Tirarse desde un puente para salvar a un niño pequeño de morir ahogado, por ejemplo, o ser acribillado a balazos intentando hacer frente a una banda de criminales. Dos formas de morir perfectamente respetables.

A decir verdad, incluso hay algunas maneras de morir bastante menos respetables que, con todo, habrían sido preferibles. La combustión espontánea, por ejemplo: desde el punto de vista médico es algo chungo y en términos científicos bastante improbable, pero aun así, la gente sigue empeñada en abrasarse, sin dejar tras de sí nada más que una mano carbonizada aferrada todavía a un cigarrillo a medio consumir. Gordo Charlie había leído algo sobre esa cuestión en una revista; no le habría importado que su padre se hubiera marchado de ese modo. O incluso que hubiera muerto de un ataque al corazón persiguiendo a los tipos que le habían robado el dinero de la cerveza.

Así es como murió el padre de Gordo Charlie:

Había llegado temprano al bar y había estrenado la noche de karaoke cantando *What's New Pussycat?* Según la señora Higglar, que no lo había presenciado, había cantado a voz en cuello con tal potencia que, de haber sido Tom Jones, le habrían llovido bragas y sujetadores, y acabó valiéndole una cerveza gratis por cortesía de varias turistas rubias procedentes de Michigan que pensaban que aquel tipo era lo más mono que habían visto en su vida.

—Fue culpa de ellas —le había dicho amargamente la señora Higglar—. ¡Ellas le jalearon!

Aquellas mujeres iban embutidas en estrechos tops, estaban coloradas como gambas de tanto tomar el sol y eran tan jóvenes que podían haber sido sus hijas.

Enseguida, él se sentó a su mesa, se puso a fumar sus puritos y a insinuar que había pertenecido a los servicios de Inteligencia del Ejército durante la guerra, aunque tuvo buen cuidado de no especificar en qué guerra, y presumió ante ellas diciéndoles que podía matar a un hombre de doce maneras diferentes con sus propias manos sin despeinarse siquiera.

Luego, sacó a bailar a la más rubia y tetona de todas mientras, en el escenario, una de sus amigas cantaba *Strangers in the Night*. Parecía estar pasándolo de maravilla, aunque la turista era bastante más alta que él y tenía la boca tan grande como las tetas.

Y entonces, acabado el baile, anunció que era otra vez su turno y, teniendo en cuenta que si algo se podía decir del padre de Gordo Charlie era que estaba bien seguro de su heterosexualidad, se arrancó a cantar *I Am What I Am* para todos los presentes pero, en especial, para la turista más rubia de todas, que estaba sentada en la mesa que quedaba justo debajo del escenario. Echó el resto. Había llegado ya a

aquello de que, para él, su vida no valía un pimiento si no podía decir a los cuatro vientos que él era lo que era, cuando se le puso una cara rara, se llevó una mano al pecho y estiró la otra hacia delante, y se cayó, tan despacio y con tanto estilo como es posible caerse, del improvisado escenario o sobre la rubia turista, y de allí al suelo.

—Es exactamente como él habría querido irse —suspiró la señora Higglar.

Y entonces le contó a Gordo Charlie cómo su padre, en un último gesto, mientras caía, se agarró a algo que resultó ser el top de la rubia, y algunos pensaron que se había arrojado desde el escenario en un arrebató de lujuria con el único propósito de dejar al descubierto las tetas de la chica, porque allí estaba ella, gritando, con sus tetas mirando directamente al público presente, mientras seguía sonando la música de *I Am What I Am*, sólo que sin la voz.

Cuando, finalmente, los espectadores se dieron cuenta de lo que había pasado en realidad, guardaron dos minutos de silencio y llevaron fuera al padre de Gordo Charlie y lo metieron en una ambulancia mientras la rubia daba rienda suelta a su histeria en el lavabo de señoras.

Eran aquellos pechos los que Gordo Charlie no lograba quitarse de la cabeza. En su imaginación, le seguían con su acusadora mirada por la habitación, como los ojos de un cuadro. Sentía la acuciante necesidad de disculparse ante una sala llena de gente a la que jamás había visto. Y el saber que su padre habría encontrado aquello increíblemente divertido lo hacía sentirse todavía más humillado. No hay nada peor que sentirse avergonzado por algo que ni siquiera has presenciado: tu mente reconstruye la escena una y otra vez, exagerando los detalles, presentándotela desde todos los ángulos posibles. Bueno, quizá tu mente no, pero la de Gordo Charlie, desde luego, sí.

Por regla general, Gordo Charlie sentía la vergüenza en los dientes y en la boca del estómago. Si mientras estaba viendo la televisión presentía que estaba a punto de suceder algo que remotamente sospechaba iba a provocarle un ataque de vergüenza ajena, Gordo Charlie se levantaba de un salto y apagaba el televisor. Y si eso no era posible porque, pongamos por caso, había más gente viendo la tele con él, entonces, abandonaba la habitación con cualquier pretexto y esperaba hasta estar seguro de que había pasado el momento presuntamente embarazoso.

Gordo Charlie vivía en la zona sur de Londres. Había llegado allí a la edad de diez años, con un acento americano que lo había convertido en objeto de constantes burlas y del que se había desprendido a base de grandes esfuerzos —no paró hasta extirparse la última consonante palatalizada y conseguir suavizar sus sonoras erres y, además, aprendió a utilizar correctamente la palabra *innit* ^[4]—. Finalmente, cuando cumplió los dieciséis, había logrado borrar por completo su acento americano, y justo entonces, sus compañeros de clase descubrieron que lo que de verdad molaba era hablar como los chavales de barrio americanos. De repente, todos menos Gordo

Charlie imitaban el modo en que hablaba Gordo Charlie cuando llegó a Inglaterra, sólo que él jamás habría podido usar en público aquel lenguaje sin que su madre le hubiera cruzado la cara de un sopapo.

El secreto estaba en la voz.

Una vez empezó a desaparecer la vergüenza que sintió al enterarse de cómo había muerto su padre, Gordo Charlie se sintió simplemente vacío.

—Ya no tengo familia —le dijo a Rosie, en un tono que era casi de enfado.

—Me tienes a mí —respondió ella. Aquello hizo sonreír a Gordo Charlie—. Y también tienes a mi madre —añadió, y la sonrisa se le borró inmediatamente de la cara. Rosie le besó en la mejilla.

—Podrías quedarte a pasar la noche conmigo —sugirió él—, para consolarme y eso.

—Podría —respondió—, pero no voy a hacerlo.

Rosie no iba a acostarse con Gordo Charlie hasta que no estuviesen casados. Decía que ella misma había tomado esa decisión, y que la había tomado a los quince años; entonces aún no conocía a Gordo Charlie, pero así lo había decidido igualmente. Así que le dio otro abrazo, un abrazo largo. Y le dijo:

—Necesitas hacer las paces con tu padre, lo sabes. —Y se marchó a casa.

Gordo Charlie pasó una mala noche: durmió a ratos, a ratos se despertó y se puso a darle vueltas a la cabeza y, luego, volvió a dormirse.

Al amanecer ya estaba levantado. Cuando llegara la hora de empezar la jornada de trabajo, llamaría a su agente de viajes y le preguntaría si había ofertas para viajes funerarios a Florida, y también llamaría a la Agencia Grahame Coats para decirles que acababa de producirse una muerte en su familia y que, debido a ello, tendría que tomarse unos días libres y que sí, que ya sabía que se los descontarían de sus vacaciones o de los días de baja por enfermedad. Pero de momento se alegraba de que el mundo siguiera aún en silencio.

Fue por el pasillo hasta la minúscula habitación que había al fondo; estaba vacía, y la ventana daba a los jardines. Se oía ya el coro del amanecer, y vio mirlos, gorriones que avanzaban a saltitos sobre el seto y un zorzal de pecho moteado que estaba posado en la rama de un árbol cercano. Gordo Charlie pensó que un mundo en el que los pájaros cantaban por la mañana era un mundo normal, razonable, un mundo del que no le importaba formar parte.

Más tarde, cuando los pájaros se convirtieron en animales temibles, Gordo Charlie seguiría recordando aquella mañana como algo bueno y hermoso, pero también como el punto en el que todo comenzó. Antes de que apareciese la locura; antes de que el miedo se instalara en su vida.

Capítulo Segundo

En el que se habla, sobre todo, de las cosas que ocurren después de los funerales.

Gordo Charlie corría por el Parque Cementerio del Eterno Descanso y el deslumbrante sol de Florida le hacía guiñar los ojos. Las manchas de sudor en su traje se iban haciendo cada vez más grandes, empezando por las de las axilas y la del pecho. El sudor le caía a chorros por la cara mientras corría.

El Parque Cementerio del Eterno Descanso se parecía mucho, de hecho, a un parque, pero a un parque muy raro, en el que todas las flores eran artificiales y crecían en jarrones metálicos que salían de unas placas de metal que había en el suelo. Gordo Charlie pasó junto a un letrero que anunciaba: ¡Terreno GRATIS para todos los veteranos retirados con baja honorable! Atravesó Bebelandia, donde los molinillos de colores y unos empapados ositos de peluche azules y rosas se sumaban a las flores artificiales sobre el tupido césped. Un apollillado Winnie the Pooh miraba tristemente hacia el cielo azul. Gordo Charlie divisó entonces el grupo que asistía al funeral y cambió de dirección al ver un sendero que conducía directamente hacia ellos. Había treinta personas, quizá más, de pie, rodeando la tumba. Las mujeres llevaban vestidos oscuros y grandes pamelas negras adornadas con cintas de encaje, como fabulosas flores. Los hombres vestían de traje, sin manchas de sudor. Los niños tenían un aspecto solemne. Gordo Charlie aminoró el ritmo y se acercó caminando respetuosamente; trataba de ir deprisa, pero no tanto como para que alguien pudiera darse cuenta de que iba apresurado y, una vez llegó hasta ellos, intentó abrirse paso discretamente hacia la fila delantera, sin llamar demasiado la atención. Dado que a esas alturas jadeaba como una morsa después de subir un buen tramo de escaleras, que estaba completamente empapado en sudor y había pisado varios pies por el camino, podría decirse que fracasó en su intento de pasar desapercibido.

Se posaron en él varias miradas furibundas, pero Gordo Charlie hizo como que no se daba cuenta. Estaban cantando una canción que Gordo Charlie no conocía. Movié la cabeza al ritmo de la canción y trató de fingir que cantaba, moviendo los labios de un modo que lo mismo podía interpretarse como que estaba cantando en voz baja, o como que estaba murmurando una oración, o como que estaba moviendo los labios, sin más. Aprovechó la ocasión para echar un vistazo al féretro. Le alegró comprobar que estaba cerrado.

El ataúd era magnífico, de un material que parecía acero reforzado y color gris

cañón. El Día del Juicio Final, pensó Gordo Charlie, cuando el Arcángel san Gabriel hiciera sonar su trompeta y los muertos salieran de sus ataúdes, su padre se iba a quedar atrapado en su tumba, tratando inútilmente de levantar aquella pesada tapa, deseando haber sido enterrado con una palanca y, seguramente, con un soplete de oxiacetileno.

Se perdió en el aire un último y melódico aleluya. En el silencio que se hizo a continuación, Gordo Charlie oyó gritar a alguien desde la otra punta del parque cementerio, casi desde el mismo sitio por el que había entrado él.

El predicador dijo:

—Y ahora, ¿hay alguien que quiera decir unas palabras en recuerdo del difunto?

Por la expresión que había en los rostros de los que se hallaban más cerca de la tumba, resultaba obvio que bastantes de ellos tenían pensado decir algo. Pero Gordo Charlie sabía que era ahora o nunca. «Necesitas hacer las paces con tu padre, lo sabes». Era cierto.

Respiró hondo y dio un paso al frente, de suerte que quedó justo al borde de la tumba, y dijo:

—Hum. Con su permiso. Sí. Creo que yo tengo algo que decir.

Los gritos se oían cada vez más fuerte. Varios de los asistentes miraban por encima de sus respectivos hombros para ver de dónde venían. El resto de la concurrencia tenía la vista fija en Gordo Charlie.

—Nunca tuve lo que podría llamarse una relación estrecha con mi padre —dijo Gordo Charlie—. Supongo que nunca supimos muy bien cómo hacerlo. Durante los últimos veinte años, no he formado parte de su vida, y él tampoco ha sido parte de la mía. Hay muchas cosas que me resulta muy difícil perdonarle, pero un día te das la vuelta y te encuentras con que ya no tienes familia. —Se pasó una mano por la frente—. No creo haberle dicho «te quiero, papá» una sola vez en toda mi vida. Todos vosotros, todos, probablemente le hayáis conocido mejor que yo. Algunos, incluso, le habréis querido. Vosotros formabais parte de su vida, yo no. Así que no me avergüenza que me oigáis decirlo. Decir por primera vez, al menos en los últimos veinte años —bajó la vista hacia el inexpugnable féretro metálico—: te quiero. Y nunca te olvidaré.

Los gritos se oían cada vez más fuerte, y ahora la voz sonaba lo bastante alta y clara, en medio del silencio que siguió a la declaración de Gordo Charlie, como para que todos pudieran entender las palabras que resonaron por todo el parque cementerio:

—¡Gordo Charlie! ¡Deja de fastidiar a esa gente, mueve el culo y ven aquí ahora mismo!

Gordo Charlie se quedó perplejo mirando aquel mar de caras desconocidas que hervían en una mezcla de asombro, confusión, ira y espanto; con las orejas ardiendo,

se dio cuenta de lo que sucedía.

—Estooo... Perdón. Me he equivocado de funeral —dijo.

Un niño pequeño con grandes orejas y una enorme sonrisa afirmó con orgullo:

—Ésa era mi abuelita.

Gordo Charlie retrocedió por entre la pequeña multitud allí congregada murmurando inconexas palabras de disculpa. Quería que el mundo se acabara en ese preciso instante. Sabía que aquello no había sido culpa de su padre, pero también sabía que a su padre le habría parecido desternillante.

De pie en mitad del sendero, con los brazos en jarras, había una mujer corpulenta con el pelo gris y cara de trueno. Gordo Charlie caminó hacia ella como quien camina por un campo de minas, volvía a tener nueve años y la había pifiado.

—¿No me has oído gritar? —preguntó—. Has pasado justo a mi lado. ¡Vaya manera de hacer el ridículo! —pronunció la palabra ridículo con doble erre—. Ven por aquí, anda. Te has perdido el responso y todo. Pero hay una palada de tierra que lleva tu nombre.

La señora Higgler apenas había cambiado en las dos últimas décadas: estaba algo más gorda y tenía más canas. Llevaba los labios apretados mientras encabezaba la marcha por uno de los múltiples senderos que atravesaban el parque cementerio. Gordo Charlie sospechaba que la primera impresión que había causado no había sido precisamente buena. La mujer caminaba delante y, muerto de vergüenza, Gordo Charlie iba tras ella.

Una lagartija trepó por uno de los barrotes de la verja que cercaba el parque cementerio, luego se quedó posando sobre uno de los pinchos, paladeando el pegajoso aire de Florida. El sol estaba oculto tras una nube pero la tarde era, si cabe, más calurosa. La lagartija infló el gaznate, que parecía un globo de vivo color naranja.

Dos zancudas grullas, que al principio le habían parecido figuras ornamentales, le miraron al pasar. Una de ellas agachó fugazmente la cabeza y cuando la volvió a levantar tenía una enorme rana colgando del pico. Intentó tragársela, haciendo una serie de gestos de deglución, pero la rana pataleaba y se agitaba frenéticamente en el aire.

—Vamos —dijo la señora Higgler—, no te hagas el remolón. Te parecerá poco haberte perdido el funeral de tu padre.

Gordo Charlie se aguantó las ganas de decirle que aquel día había recorrido ya más de seis mil kilómetros, que había alquilado un coche en Orlando y había venido conduciendo desde allí, que se había equivocado de salida, y que a qué mente privilegiada se le había ocurrido la feliz idea de construir un parque cementerio detrás de un Wal-Mart en el quinto pino. Siguieron caminando, pasaron por delante de un inmenso edificio de hormigón que olía a formaldehído y llegaron a una tumba abierta

justo en el confín más lejano del recinto. Más allá había tan sólo una valla muy alta y, más allá de la valla, una selva de árboles, palmeras y vegetación diversa.

En el interior de la tumba había un modesto ataúd de madera. Ya habían echado bastante tierra sobre él. Junto a la tumba había un montón de tierra y una pala.

La señora Higglar cogió la pala y se la pasó a Gordo Charlie.

—El servicio ha estado muy bien —dijo la señora Higglar—. Han venido algunos amigos de tu padre y las vecinas de nuestra calle. Siguió manteniendo el contacto con sus viejos vecinos después de mudarse. A él le habría gustado. Claro, que le habría gustado todavía más que tú hubieras estado presente. —Sacudió la cabeza—. Venga, dale a la pala. Y si quieres decirle algunas palabras de despedida, hazlo mientras lo entierras.

—Pensaba que bastaría con que echara una o dos paladas —dijo—, un simple detalle.

—Le he soltado treinta pavos al enterrador para que ahuecara —respondió la señora Higglar—. Le dije que el hijo del difunto tenía que venir en avión desde Inglaterra y que querría cumplir con su padre. Cumplir como es debido, no tener «un simple detalle».

—Vale —replicó Gordo Charlie—. Estupendo. Lo he entendido.

Se quitó la americana y la colgó de la valla. Se aflojó la corbata, se la sacó por la cabeza y la guardó en un bolsillo de la chaqueta. Comenzó a echar la tierra a paletadas en el interior de la tumba abierta. El aire de Florida era denso como un puré.

Al cabo de un rato empezó más o menos a llover, lo que quiere decir que del cielo caía agua, pero que no terminaba de decidirse a ser lluvia. Ése tipo de lluvia que, si empieza a caer mientras conduces, no sabes si poner en marcha el limpiaparabrisas o no. Si estás a la intemperie, manejando la pala, simplemente sudas más, te empapas más la ropa y estás más incómodo. Gordo Charlie siguió dándole a la pala, y la señora Higglar se quedó allí de pie, con los brazos cruzados sobre su gargantuesco pecho, con el vestido húmedo por la casilluvia, y su sombrero de paja adornado con una rosa de seda negra, vigilándole mientras él enterraba el féretro.

La tierra se convirtió en barro y se hizo, si cabe, más pesada.

Tras lo que le pareció toda una vida —una vida muy ingrata, por cierto—, gordo Charlie echó la última palada de tierra y la compactó.

La señora Higglar se acercó a él. Cogió su chaqueta de la valla y se la alargó.

—Estás empapado hasta los huesos, y te has puesto perdido de tierra y de sudor, pero has crecido. Bienvenido a casa, Gordo Charlie —le dijo, sonriendo, y lo estrechó contra su inconmensurable pecho.

—No estoy llorando —dijo Gordo Charlie.

—Hala, date prisa —le replicó la señora Higglar.

—Son gotas de lluvia —insistió Gordo Charlie.

La señora Higglar no dijo nada. Se limitó a agarrarle y a zarandearle de atrás a adelante y, al cabo de unos minutos, Gordo Charlie dijo:

—Ya está. Ya estoy mejor.

—Tengo comida en casa —dijo la señora Higglar—. Vamos, te prepararé algo.

Al llegar al aparcamiento, Gordo Charlie se limpió el barro de los zapatos, luego se metió en su coche gris de alquiler y siguió a la camioneta granate de la señora Higglar por calles que no existían hace veinte años. La señora Higglar conducía como si acabara de descubrir la enorme taza de café con la que llevaba soñando largo rato y su única misión en la vida fuera beber todo el café que pudiera mientras conducía lo más rápido posible; y Gordo Charlie la seguía como podía, pisando el acelerador a fondo nada más abrirse los semáforos, mientras trataba de hacerse una idea de dónde estaban.

Entonces, torcieron por una calle y, con aprensión creciente, se dio cuenta de que la reconocía. Era la calle en la que había vivido de niño. Hasta las casas tenían más o menos el mismo aspecto, aunque ahora la mayoría de los jardines delanteros estaban rodeados por impresionantes verjas de alambre.

Había un montón de coches aparcados enfrente de la casa de la señora Higglar. Aparcó detrás de un viejo Ford de color gris. La señora Higglar caminó hasta la puerta delantera y abrió con su llave.

Gordo Charlie se echó un vistazo, estaba lleno de barro y empapado en sudor.

—No puedo entrar con esta pinta —dijo.

—He visto cosas peores —respondió la señora Higglar. Luego, alzó la barbilla y dijo—: Te diré lo que vamos a hacer, tú entras y pasas directamente al baño, allí puedes lavarte las manos y la cara y arreglarte un poco y, cuando estés listo, vienes a la cocina con todos.

Gordo Charlie fue al baño. Todo allí olía a jazmín. Se quitó la camisa llena de barro y se lavó la cara y las manos en el minúsculo lavabo, con un jabón perfumado con aroma de jazmín. Cogió una toalla para secarse el pecho y rascó los restos de barro seco de sus pantalones. Miró su camisa —que por la mañana, cuando se la puso, era blanca, y ahora tenía un tono más bien marrón sucio— y decidió no volver a ponérsela. Llevaba más camisas en el bolso de viaje que había dejado en el asiento trasero de su coche alquilado. Saldría discretamente de la casa, se pondría una camisa limpia y, luego, se enfrentaría a la gente allí reunida.

Quitó el cerrojo y abrió la puerta del baño.

En el pasillo, mirándole con cara de susto, había cuatro ancianas. Las conocía. Las conocía a todas.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —le preguntó la señora Higglar.

—Cambiarle, camisa —respondió Gordo Charlie—. Otra camisa, en el coche.

Un minuto.

Alzó la barbilla y recorrió el pasillo a grandes zancadas en dirección a la puerta principal.

—¿En qué idioma hablaba? —preguntó la menuda señora Dunwiddy, en voz alta.

—No vemos cosas así todos los días —apostilló la señora Bustamonte, aunque, teniendo en cuenta que estaban en plena Treasure Coast, en Florida, si había algo que se veía todos los días por allí eran hombres con el torso desnudo, aunque normalmente no llevaban pantalones de vestir llenos de barro.

Gordo Charlie se cambió de camisa junto al coche y volvió a entrar en la casa. Las cuatro mujeres estaban en la cocina, guardando en envases de plástico los restos de lo que debía de haber sido un gran bufé.

La señora Higgler era mayor que la señora Bustamonte, y ambas mayores que la señora Noles, y ninguna de ellas era mayor que la señora Dunwiddy. La señora Dunwiddy era vieja, y lo parecía. Seguramente había periodos geológicos más recientes que la señora Dunwiddy.

Cuando era niño, Gordo Charlie imaginaba a la señora Dunwiddy en el África ecuatorial, mirando con aire de reproche por encima de los cristales de sus gafas a los homínidos que empezaban a caminar erguidos.

—Fuera de mi jardín —le diría a un espécimen de *Homo habilis* recientemente evolucionado y bastante nervioso— o te saco de las orejas, te lo advierto.

La señora Dunwiddy olía a agua de violetas y, por debajo de las violetas, olía a vieja carcamal. Era una anciana diminuta cuya feroz mirada podría espantar a una tormenta, y a Gordo Charlie, que, más de veinte años antes, había entrado en su jardín para buscar una pelota de tenis y había roto uno de los adornos, le causaba todavía verdadero pavor.

En ese momento, la señora Dunwiddy estaba comiendo con los dedos trozos de cabrito al curry de uno de los envases de plástico.

—Sería una pena que se estropeará —dijo, y escupió los huesos en un plato de porcelana.

—¿No es hora ya de que comas algo, Gordo Charlie? —le preguntó la señora Noles.

—Estoy bien así —respondió—, de verdad.

Cuatro pares de ojos le miraron con reproche por encima de los cristales de cuatro pares de gafas.

—No es bueno que dejes de comer por muy triste que estés —dijo la señora Dunwiddy, chupándose los dedos, y cogiendo otro dorado y grasiento trozo de cabrito.

—No es eso. Es sólo que no tengo hambre. Nada más.

—La pena te va a dejar en los huesos —dijo la señora Noles, con macabro deleite.

—Te estoy poniendo unas cuantas cosas en un plato para que te lo comas ahí, en la mesa —dijo la señora Higglar—. Ve a sentarte. Y no quiero oírte decir ni mu. Hay más de todo, así que por eso no te preocupes.

Gordo Charlie se sentó donde ella le había indicado y, en cuestión de segundos, le plantó un plato lleno de guisantes con arroz, pastel de boniato, lechal jamaicano, cabrito al curry, pollo al curry, plátanos fritos y manitas de vaca en escabeche. Gordo Charlie ya tenía ardor de estómago, y ni siquiera lo había probado aún.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Los amigos de tu padre se han ido a empinar el codo. Van a irse a pescar desde un puente en memoria de tu padre. —La señora Higglar tiró por el fregadero el café que quedaba en su taza tamaño cubo y se sirvió café recién hecho.

La señora Dunwiddy se chupó los dedos con su pequeña lengua morada y se acercó arrastrando los pies a Gordo Charlie, que aún no había tocado la comida. Cuando era pequeño, estaba convencido de que la señora Dunwiddy era una bruja. No una bruja buena, sino más bien la clase de bruja que los niños tenían que meter en el horno para poder escapar de sus garras. Aquélla era la primera vez que la veía en más veinte años, y aún tenía que contenerse para no gritar y correr a esconderse debajo de la mesa.

—He visto morir a un buen montón de gente —dijo la señora Dunwiddy— en lo que llevo de vida. Si llegas a hacerte lo bastante viejo, tú también lo verás. Todo el mundo se muere tarde o temprano, y si no, al tiempo. —Hizo una pausa—. Así y todo, nunca pensé que tu padre pudiera morirse. —Y sacudió la cabeza.

—¿Cómo era? —preguntó Gordo Charlie—. ¿Cómo era él de joven?

La señora Dunwiddy le miró a través de los cristales de sus gafas, gruesos como el culo de una botella y, frunciendo los labios, volvió a sacudir la cabeza.

—No conocí esos tiempos —fue todo lo que dijo—. Cómete esas manitas de vaca.

Gordo Charlie suspiró y empezó a comer.

Más tarde, Gordo Charlie y la señora Higglar se quedaron solos en la casa.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? —preguntó la señora Higglar.

—Había pensado quedarme en algún motel —respondió Gordo Charlie.

—¿Teniendo aquí una habitación tan buena como cualquier otra? ¿Y una casa tan buena como cualquier otra un poco más abajo? Ni siquiera has ido a verla todavía. Si quieres saber mi opinión, te diré que tu padre habría querido que te quedaras allí.

—Prefiero estar solo. Y tampoco creo que me sintiera cómodo pasando la noche en casa de mi padre.

—En fin, tú sabrás, no soy yo quien va a tirar tontamente su dinero —dijo la señora Higglar—. De todos modos, tendrás que decidir lo que vas a hacer con la casa

de tu padre. Y con todas sus cosas.

—Me da igual —contestó Gordo Charlie—. Podemos poner un mercadillo, subastarlas en eBay o tirarlas al vertedero.

—Pero bueno, ¿qué clase de actitud es ésa? —Revolvió entre los contenidos de un cajón de la cocina y sacó una llave con una gran etiqueta—. Me dio una llave cuando se mudó, por si perdía la suya o se la dejaba dentro o cualquier cosa. Solía decir que sería capaz de perder la cabeza si no la llevara pegada al cuello. Cuando vendió la casa de al lado, me dijo: «No te preocupes Callyanne, no me voy muy lejos»; había vivido en esa casa desde siempre, por lo que yo recuerdo, pero de repente decidió que era demasiado grande y que necesitaba mudarse...

Y sin dejar de hablar le condujo fuera de la casa y le llevó carretera abajo en su camioneta granate hasta una casa de madera de un solo piso.

Abrió con su llave la puerta principal y entraron.

El olor le resultaba familiar: levemente dulzón, como si la última vez que alguien usó el horno hubiera hecho un bizcocho con trocitos de chocolate, pero aquello habría sucedido hacía mucho tiempo. Hacía demasiado calor allí dentro. La señora Higglar le llevó hasta el pequeño cuarto de estar y encendió el aparato de aire acondicionado que había bajo la ventana. El aparato vibraba y se movía, olía como a perro pastor, y empezó a poner en circulación el aire caliente de la sala.

Había libros apilados alrededor de un decrepito sofá que Gordo Charlie recordaba de cuando era niño, y fotografías enmarcadas: una, en blanco y negro, era de la madre de Gordo Charlie cuando era joven, llevaba el pelo recogido en la coronilla, negro y brillante, y un vestido de lentejuelas; junto a ella, había una foto de Gordo Charlie, debía de tener unos cinco o seis años, y estaba de pie junto a una puerta de espejo de suerte que, a primera vista, parecía que hubiera dos pequeños Gordos Charlies, uno junto a otro, que observaban desde la foto con expresión seria.

Gordo Charlie cogió el libro que había en lo alto de la pila. Era un libro sobre arquitectura italiana.

—¿Le interesaba la arquitectura?

—Le apasionaba, sí.

—No lo sabía.

La señora Higglar se encogió de hombros y bebió un sorbo de café.

Gordo Charlie abrió el libro y vio el nombre de su padre primorosamente escrito en la primera página. Cerró el libro.

—Nunca llegué a conocerle, en realidad —dijo Gordo Charlie.

—Nunca fue fácil intimar con él —respondió la señora Higglar—. Yo le conocía desde hace... ¿cuánto?, ¿sesenta años? Y tampoco sabía gran cosa de él.

—Debió usted de conocerle cuando era un niño.

La señora Higglar vaciló un momento. Parecía estar haciendo memoria. Luego,

dijo en voz muy baja:

—Le conocí cuando yo era niña.

Gordo Charlie sintió que debía cambiar de tema, de modo que señaló la foto de su madre.

—Tiene ahí una foto de mamá —dijo.

La señora Higgler sorbió su café.

—Se la hicieron en un barco antes de que tú nacieras. Era uno de esos barcos a los que se podía ir a cenar, navegaba unos cinco o seis kilómetros, salía a mar abierto, y después de la cena se jugaba, como en un casino. Luego, regresaba. No sé si todavía existen barcos de éstos. Tu madre me dijo que aquélla había sido la primera vez que comió bistec.

Gordo Charlie trató de imaginar cómo habían sido sus padres antes de que él naciera.

—Siempre fue un hombre bien parecido —musitó la señora Higgler, como si estuviera leyendo en alto sus pensamientos—, hasta el final. Tenía una sonrisa que podía hacer temblar las rodillas de cualquier chica. Y siempre iba de punta en blanco. Todas las señoras le adoraban.

Gordo Charlie sabía cuál iba a ser la respuesta antes de formular la pregunta.

—¿Usted...?

—¿Te parece bonito preguntarle una cosa así a una respetable viuda? —Dio un sorbo a su café. Gordo Charlie se quedó esperando su respuesta. Ella dijo—: Le besé. Hace mucho, muchísimo tiempo, antes de que conociera a tu madre. Besaba bien, endiabladamente bien. Creí que él me llamaría, que me llevaría otra vez a bailar, pero se esfumó. Estuvo fuera... ¿cuánto? ¿Un año? ¿Dos? Y para cuando regresó yo ya me había casado con el señor Higgler y él estaba con tu madre. La conoció allá, en las islas.

—¿Se disgustó con él?

—Yo era una mujer casada. —Dio otro sorbo al café—. Y era imposible odiarle. Ni siquiera podía una enfadarse de verdad con él. Y cómo la miraba... qué demonios, si alguna vez me hubiera mirado de ese modo, me habría muerto tan contenta. ¿Sabías que, cuando se casaron, yo fui la dama de honor de tu madre?

—No, no lo sabía.

El aparato de aire acondicionado empezaba a regurgitar aire frío. Seguía oliendo como un perro pastor con el pelo mojado.

Gordo Charlie preguntó:

—¿Cree usted que fueron felices?

—Al principio, sí. —Levantó su inmensa taza isoterma, parecía disponerse a darle otro sorbo, pero cambió de opinión—. Al principio, sí. Pero ni siquiera ella fue capaz de captar su atención por mucho tiempo. Tenía demasiadas cosas que hacer.

Era un hombre muy ocupado, tu padre.

Gordo Charlie trataba de averiguar si la señora Higglar le estaba tomando el pelo. No estaba seguro. Lo cierto es que no sonreía.

—¿Muchas cosas que hacer? ¿Como por ejemplo? ¿Pescar desde los puentes? ¿Jugar al dominó en el porche? ¿Esperar la inevitable invención del karaoke? No era un hombre ocupado. En todo el tiempo que yo le conocí, no creo haberle visto trabajar un solo día.

—¡No deberías decir una cosa así de tu padre!

—Bueno, es la verdad. Era un cerdo. Un marido de mierda y un padre de mierda.

—¡Pues claro que lo era! —respondió la señora Higglar, furiosa—. Pero no puedes medirle con el mismo rasero que a un hombre cualquiera. No olvides nunca, Gordo Charlie, que tu padre era un dios.

—¿Un dios comparado con los demás hombres?

—No. Un dios, a secas —lo dijo sin poner el menor énfasis en sus palabras, tan rotunda y normalmente como podría haber afirmado «era diabético» o, simplemente, «era negro».

Gordo Charlie quiso hacer algún chiste al respecto, pero la mirada de la señora Higglar lo disuadió, y así, de repente, no se le ocurrió ningún comentario gracioso. Así que replicó en tono amable:

—No era un dios. Los dioses son especiales. Míticos. Hacen milagros y cosas así.

—Eso mismo —respondió la señora Higglar—. No podíamos decírtelo mientras estaba vivo, pero ahora que ha muerto, no hay por qué callar.

—No era un dios. Era mi padre.

—Se pueden ser las dos cosas al mismo tiempo —dijo—. Ésas cosas pasan.

Era como discutir con una lunática, pensó Gordo Charlie. Se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era cerrar la boca, pero su lengua siguió hablando. En ese momento, su lengua estaba diciendo:

—Mire. Si mi padre hubiera sido un dios, habría tenido poderes divinos.

—Y los tenía. Ahora, que nunca hizo mucho uso de ellos, cuidado. Pero era viejo. Y, a propósito: ¿cómo te crees que se las arreglaba para vivir sin trabajar? Cuando necesitaba dinero, jugaba a la lotería, o bajaba a Hallendale y apostaba en las carreras de galgos o de caballos. Nunca ganaba demasiado, para no llamar la atención. Sólo lo justo para ir tirando.

Gordo Charlie no había ganado nada en toda su vida. Nada en absoluto. Siempre que participaba en alguna porra de las que se organizaban a veces en la oficina, lo hacía convencido de que su caballo nunca abandonaría los cajones de salida, o de que su equipo acabaría descendiendo a cuarta regional, perdido en el cementerio de elefantes del deporte organizado. Era una espina que jamás se había podido sacar.

—Si mi padre era un dios (algo que no estoy dispuesto a admitir de ninguna de

las maneras, debo decir), entonces, ¿por qué no soy yo también un dios? Quiero decir, lo que usted me está diciendo es que soy hijo de un dios, ¿no?

—Está claro.

—Bien, y entonces, ¿por qué no soy capaz de escoger un caballo ganador o de hacer milagros o cosas por el estilo?

Ella hizo un gesto como de quitarle importancia a la cuestión.

—Tu hermano heredó todas esas historias.

Gordo Charlie se dio cuenta de que estaba sonriendo. Respiró tranquilo. Después de todo, era una broma.

—Ah, pero ¿sabe qué, señora Higgler? La verdad es que no tengo ningún hermano.

—Pues claro que lo tienes. Ahí estáis los dos, en la foto.

Aunque sabía a qué imagen se refería, Gordo Charlie echó un vistazo por encima de su hombro. Definitivamente, estaba loca. Como un cencerro.

—Señora Higgler —dijo, con el tono más amable que pudo—, ése soy yo. Es una foto mía, de cuando era niño. La puerta es un espejo. Estoy de pie junto a un espejo. El otro niño no es más que un reflejo.

—Eres tú, sí, y también tu hermano.

—Nunca he tenido un hermano.

—Y tanto que sí. No voy a decir que le echo de menos. Tú siempre fuiste el más bueno, ¿sabes? Él era un niño imposible. —Y antes de que Gordo Charlie pudiera decir nada, añadió—: Se marchó, tú todavía eras muy pequeño.

Gordo Charlie se inclinó hacia delante. Puso su manaza sobre la huesuda mano de la señora Higgler, la mano que no sostenía la taza de café.

—Eso no es verdad —dijo.

—Louella Dunwiddy le obligó a marcharse —repuso ella—. Él le tenía miedo. Pero, aun así, volvía de vez en cuando. Sabía ser encantador cuando se lo proponía. —Se terminó el café.

—Siempre quise tener un hermano —dijo Gordo Charlie—. Alguien con quien poder jugar.

La señora Higgler se levantó.

—Éste lugar no se va a limpiar solito —dijo—. Tengo bolsas de basura en el coche. Me figuré que nos harían falta un montón de bolsas de basura.

—Sí —replicó Gordo Charlie.

Aquella noche se quedó en un motel. A la mañana siguiente, se reunió de nuevo con la señora Higgler en casa de su padre y entre los dos llenaron las negras bolsas de basura. Pusieron aparte las bolsas que irían a parar a beneficencia. También guardaron en una caja aparte todo aquello que Gordo Charlie quería conservar por razones sentimentales: principalmente fotos antiguas.

Había una vieja arqueta, como una réplica en miniatura de un cofre pirata, llena de documentos y papeles viejos. Gordo Charlie se sentó en el suelo para revisarlos. La señora Higgler salió del dormitorio con otra bolsa de basura llena de ropa apolillada.

—Fue tu hermano quien le regaló esa arqueta —dijo inesperadamente la señora Higgler. Era la primera vez que mencionaba una de aquellas fantasías suyas de la noche anterior.

—Ojalá tuviera un hermano —dijo Gordo Charlie, y no se dio cuenta de que lo había dicho en alto hasta que la señora Higgler replicó:

—Ya te lo he dicho. Tienes un hermano.

—Muy bien —dijo él—, ¿y dónde puedo encontrar a ese mítico hermano que tengo por ahí?

Más tarde se preguntaría qué le había impulsado a formular aquella pregunta. ¿Lo había hecho para reírse de ella? ¿Para provocarla? ¿O, simplemente, porque sí? Fuera cual fuese el motivo, el caso es que se lo preguntó. La señora Higgler se mordió el labio y asintió con la cabeza.

—Tienes que saberlo. Es tu herencia. Tu propia sangre. —Se acercó a él y le hizo señas con el dedo para que se acercara. Gordo Charlie se inclinó. Los labios de la anciana le hicieron cosquillas en la oreja mientras le susurraba—: Cuando lo necesites... díselo a...

—¿Cómo?

—Digo —la señora Higgler volvió a hablar en voz alta— que cuando quieras verle, no tienes más que decírselo a una araña. Él vendrá corriendo.

—¿Que se lo diga a una araña?

—Eso es lo que he dicho. ¿Crees que hablo por deporte? ¿Para que mis pulmones hagan ejercicio? ¿Nunca has oído hablar de la gente que habla con las abejas? Cuando yo era joven, en Saint Andrews, antes de que mi gente llegara aquí, íbamos a contarles a las abejas todas las cosas buenas que nos pasaban. Bueno, pues esto es lo mismo. Habla con una araña. Así es como yo le hacía llegar los recados a tu padre cuando desaparecía.

—Vale.

—No me digas «vale» así.

—Así, ¿cómo?

—Cómo si fuera una vieja loca que no sabe ni en qué día vive. ¿Crees que no sé lo que me digo?

—Esto... No me cabe duda de que sabe perfectamente lo que dice. De verdad.

La señora Higgler no se quedó muy convencida. De hecho, no creyó ni por un momento que el chico lo hubiera dicho en serio. Cogió su taza de café de la mesa, la sujetó con ambas manos, y le miró con resentimiento. Gordo Charlie había sacado los

pies del tiesto y la señora Higglar se iba a asegurar de ponerle otra vez en su sitio.

—Yo no tengo por qué hacer esto, ¿sabes? —dijo—. No tengo por qué ayudarte. Sólo lo hago por tu padre, era alguien muy especial, y por tu madre, que era una buena mujer. Lo que te cuento es muy serio. Te estoy contando cosas realmente importantes. Deberías escucharme. Deberías creerme.

—La creo —afirmó Gordo Charlie con toda la convicción de que era capaz.

—No haces más que seguirle la corriente a una pobre vieja.

—No —mintió—, no es eso. De verdad que no.

Sus palabras sonaban honestas y veraces. Estaba a miles de kilómetros de su hogar, en casa de su difunto padre, con una vieja loca a punto de sufrir una apoplejía. Le habría dicho que la luna no es más que una rara fruta tropical si eso la hubiera calmado, y lo habría dicho en serio, tan en serio como hubiera podido.

Ella hizo un gesto de desdén.

—Eso es lo malo de la gente joven —dijo—, que apenas habéis vivido nada y, sin embargo, creéis que lo sabéis todo. A lo largo de mi vida he olvidado más cosas de las que tú sabrás nunca. No sabes nada de tu padre, no sabes nada de tu familia, te digo que tu padre es un dios, y ni siquiera me preguntas de qué dios te estoy hablando.

Gordo Charlie trató de recordar nombres de dioses.

—¿Zeus? —sugirió.

La señora Higglar emitió un sonido similar al que haría una cafetera que se aguantara las ganas de romper a hervir. Gordo Charlie se dio cuenta de que Zeus no había sido una respuesta acertada.

—¿Cupido?

Ella hizo otro ruido, que empezó como un bufido y acabó estallando en carcajadas.

—Me estoy imaginando a tu padre en pañales, con un gran arco y una flecha. —Siguió riéndose un rato. Luego, bebió un sorbo de café—. Tiempo atrás, cuando no era más que un dios, hace mucho, mucho tiempo, le llamaban Anansi. ^[5]

En fin, probablemente ya conoceréis algunos de los cuentos que hablan de Anansi, probablemente no haya nadie en todo el ancho mundo que no conozca algún cuento que hable de Anansi.

En el amanecer de los tiempos, cuando todas las historias se contaban por vez primera, Anansi era una araña. Siempre andaba metiéndose en líos y saliendo de los líos en los que se metía. ¿Recordáis el cuento del Muñeco de Alquitrán, aquel cuyo protagonista era el Hermano Conejo? ^[6] Pues, en su versión original, el protagonista era Anansi. Hay gente que piensa que Anansi era un conejo. Pero se equivocan. No

era un conejo. Era una araña.

Las leyendas sobre Anansi han existido desde que las gentes empezaron a contarse cuentos unas a otras. En África, donde todo comenzó, mucho antes incluso de que los hombres pintaran leones y osos en las paredes de las cavernas, la gente ya contaba historias de monos y de leones y de búfalos: grandes historias soñadas. Siempre tuvieron esa inclinación. Era su manera de darle un sentido al mundo en el que vivían. Todo aquello que corría, volaba, reptaba, nadaba o se transformaba, desfilaba por aquellas historias, y las diversas tribus humanas veneraban a diferentes criaturas.

Ya entonces, el León era el rey de los animales, y la Gacela el más veloz, y el Mono el más excéntrico, y el Tigre el más terrible, pero no era de ellos de los que la gente quería oír historias.

Anansi puso su nombre en los cuentos. Todos los cuentos eran cuentos de Anansi. En cierta ocasión, antes de que Anansi fuera el dueño de todos los cuentos, éstos pertenecían al Tigre (que es como los habitantes de las islas llaman a todos los grandes felinos), y eran tenebrosos y malvados, llenos de dolor, y ninguno de ellos tenía un final feliz. Pero aquello fue hace mucho tiempo. En la actualidad, todos los cuentos son de Anansi.

Puesto que acabamos de asistir a un funeral, dejadme que os cuente un cuento sobre lo que le ocurrió a Anansi cuando murió su abuela. (No es ninguna tragedia: era una mujer muy, muy vieja, y se fue mientras dormía. Ésas cosas pasan). La mujer se encontraba muy lejos de casa cuando murió, de modo que Anansi cogió su carretilla y atravesó toda la isla, y al llegar al lugar en el que había muerto su abuela, recogió el cadáver, lo puso en su carretilla y emprendió el camino de regreso a casa. Quería enterrarla bajo una higuera de Bengala que había detrás de su choza.

Mientras cruzaba la aldea, después de haber cargado toda la mañana con el cadáver de su abuela, pensó: «Necesito un trago de whisky». Así que se dirigió a la tienda, porque en aquella aldea había una tienda en la que se vendían todo tipo de cosas. El tendero era un hombre muy impaciente. Anansi entró y se bebió un vaso de whisky. Luego, bebió un poco más y pensó, «voy a gastar una broma a este tipo» y, entonces, fue y le dijo al tendero: «Ve a llevarle un poco de whisky a mi abuela, que está durmiendo afuera, en la carretilla. A lo mejor tienes que despertarla, porque tiene un sueño muy profundo».

Así que el tendero se acercó a la carretilla con una botella y le dijo a la mujer que estaba allí tendida: «Eh, aquí tienes tu whisky», pero la anciana no le contestó. Y el tendero, cada vez más enfadado —porque era un hombre tremendamente impaciente—, le dijo: «Levántese usted, señora, levántese y bébase el whisky de una vez», pero ella no le respondió. Entonces, la mujer hizo algo que hacen los muertos a veces, cuando el día es muy caluroso: ventoseó ruidosamente. Bueno, el tendero se enfadó

tanto con la anciana por soltarle una ventosidad en las narices, que le pegó y, luego, volvió a pegarle, y, después, le pegó por tercera vez y la mujer se cayó de la carretilla.

Anansi salió corriendo de la tienda y se puso a gemir y a llorar, y venga a lamentarse y a decir: «Mi pobre abuela está muerta, ¡mira lo que has hecho! ¡Asesino! ¡Criminal!». Y entonces, el tendero le dijo a Anansi: «No le cuentes a nadie lo que he hecho», y fue y le regaló cinco botellas de whisky, y una bolsa de oro, y un saco lleno de plátanos, piñas y mangos, para acallar sus lamentos y lograr que se marchara.

(Porque creía que había matado a la abuela de Anansi, ¿entendéis?).

De modo que Anansi se marchó de allí con su carretilla y, al llegar a casa, enterró a su abuela bajo la higuera de Bengala.

Al día siguiente, el Tigre pasó por delante de la casa de Anansi y le llegó un olor a comida recién hecha. Así que entró en la choza y se encontró con que Anansi se estaba dando un banquete. Anansi, qué remedio, invitó al Tigre a compartir su mesa y su comida.

El Tigre le dijo: «Hermano Anansi, ¿de dónde has sacado toda esta comida tan deliciosa? Y no me mientas. ¿De dónde has sacado esas botellas de whisky y esa gran bolsa llena de monedas de oro? Si me mientes, te arrancaré la garganta de un zarpazo».

A lo que Anansi le contestó: «A ti no puedo mentirte, hermano Tigre. Conseguí todas esas cosas por llevar a mi abuela a la ciudad en una carretilla. El tendero me regaló todo esto por llevarle a mi abuela muerta».

Y entonces el Tigre, que ya no tenía abuelas, pero que sí tenía una esposa que, a su vez, tenía una madre, se fue a su casa y llamó a la madre de su mujer diciendo: «Abuela, sal ahora mismo, que necesito hablar contigo». Y la mujer salió, miró a su alrededor y le preguntó: «¿De qué se trata?». Y el Tigre fue y la mató, a pesar de que sabía lo mucho que su esposa quería a su madre, y colocó el cadáver en una carretilla.

Entonces, puso a su suegra en la carretilla y se fue a la aldea. «¿Quién quiere un cadáver? —voceó—. ¿Quién quiere una abuela muerta?». Pero todos se burlaban de él, y se reían, hasta que se dieron cuenta de que estaba hablando en serio y de que no pensaba marcharse y, entonces, empezaron a tirarle fruta podrida hasta que consiguieron que el Tigre saliera corriendo.

No era la primera vez que Anansi dejaba en ridículo al Tigre, y tampoco iba a ser la última. La esposa del Tigre nunca permitió que olvidara el modo en que había asesinado a su madre. Algunos días, el Tigre pensaba que habría sido mejor no haber nacido.

Ésta es una de las historias que se cuentan de Anansi.

Claro que todas las historias son de Anansi. Incluso ésta:

Antaño —en los tiempos en que aún se oían las canciones que fueron cantando el

mundo, cuando todavía estaban siendo cantados el firmamento, el arco iris y los océanos—, todos los animales querían tener historias que llevaran su nombre. En aquellos días, los animales —además de animales— eran personas y Anansi, la araña, los engañaba a todos, sobre todo al Tigre, porque quería que todas las historias llevaran su nombre.

Los cuentos son como las arañas, tienen largas patas, y como las telarañas, que enredan a los hombres pero resultan preciosas cuando las ves bajo una hoja con el rocío de la mañana, y, del mismo modo que los hilos de una telaraña, están todos conectados uno a uno.

¿Qué decís? ¿Queréis saber si Anansi tenía el aspecto de una araña? Pues claro que sí, excepto cuando tenía el aspecto de un hombre.

No, nunca cambiaba de forma. La cosa depende sólo de cómo cuentes el cuento. Eso es todo.

Capítulo Tercero

En el que se produce un reencuentro familiar.

Gordo Charlie cogió el avión de vuelta a Inglaterra, su hogar; o, dadas las circunstancias, a lo único que de algún modo podía considerar su hogar.

Rosie le estaba esperando a la salida de la aduana y le vio llegar con su pequeña maleta y una gran caja de cartón cerrada con cinta de embalar. Le recibió con un gran abrazo.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Podría haber sido peor.

—Bueno —replicó ella—, por lo menos ya no tienes que preocuparte de que venga a la boda y vuelva a avergonzarte.

—Sí, eso sí.

—Mi madre dice que deberíamos aplazar la boda unos meses en señal de respeto.

—Lo que quiere tu madre es aplazar la boda. Ni más ni menos.

—Qué tontería. Ella piensa que eres un buen partido.

—Ni siquiera una mezcla de Brad Pitt, Bill Gates y el príncipe Guillermo le parecería a tu madre «un buen partido». No ha nacido todavía el hombre que ella consideraría digno de ser su yerno.

—En serio, le caes bien —repuso Rosie, movida por una obligación moral, aunque sin demasiada convicción.

Que a la madre de Rosie no le gustaba Gordo Charlie era un hecho de dominio público. La cabeza de aquella mujer estaba llena de una serie de ideas preconcebidas fuertemente arraigadas que jamás se había cuestionado seriamente, enemistades heredadas y preocupaciones de todo tipo. Vivía en un suntuoso piso en Wimpole Street, en cuyo frigorífico no había más que botellas de agua mineral y biscotes de centeno. Los fruteros que adornaban sus aparadores antiguos contenían frutas de cera, y el piso se limpiaba dos veces por semana.

En su primera visita a la casa de su futura suegra, Gordo Charlie le hincó el diente a una de aquellas manzanas de cera. Estaba muy nervioso, tan nervioso que cogió una manzana —en su defensa, habría que alegar que se trataba de una réplica muy realista— y le dio un mordisco. Rosie se puso a gesticular como una loca para avisarle y Gordo Charlie escupió el trozo de cera en su mano y le cruzó por la mente la idea de fingir que le gustaba la fruta de cera, o que sabía desde el principio que la manzana era de cera y había querido hacerse el gracioso; sin embargo, la madre de Rosie

levantó una ceja, se acercó hasta donde él estaba, le quitó la manzana mordida de las manos y le explicó en pocas palabras lo caras que eran las frutas de cera, si es que podías encontrarlas, y, a continuación, la tiró a la basura. Gordo Charlie se quedó sentado en el sofá el resto de la tarde con un desagradable sabor a vela en la boca, mientras la madre de Rosie lo vigilaba para asegurarse de que no intentaba comerse ninguna otra de sus preciosas frutas de cera ni hincarle el diente a la pata de una de sus sillas de estilo chippendale.

Sobre el aparador había también grandes fotografías en color con marcos de plata: fotos de Rosie cuando era niña y fotos de sus padres. Gordo Charlie las estudió detenidamente, buscando alguna pista que le ayudase a aclarar el misterio que Rosie constituía para él. Su padre, que había muerto cuando Rosie tenía quince años, debía de haber sido un hombre gigantesco. Primero había sido cocinero, luego chef y, por último, restaurador. Lucía un aspecto impecable en todas las fotos, como si un equipo de vestuario se hubiera ocupado de él justo antes de cada disparo; corpulento y sonriente, en todas ellas aparecía con el brazo doblado para que su mujer se agarrase de él.

—Era un cocinero asombroso —dijo Rosie.

En esas mismas fotos, su madre aparecía sonriendo y con una figura curvilínea. Ahora, veinte años después, se daba un aire a Eartha Kitt en versión anoréxica, y Gordo Charlie no la había visto sonreír ni una sola vez.

—¿Tu madre cocina alguna vez? —le preguntó a Rosie tras aquel primer encuentro.

—No lo sé. Yo nunca la he visto hacerlo.

—¿Y qué come? Quiero decir, no se puede vivir sólo a base de agua y biscotes.

Rosie respondió:

—Creo que le traen la comida a casa.

Gordo Charlie pensaba que seguramente la madre de Rosie se transformaba en murciélago por la noche y salía volando por la ventana para chuparles la sangre a los pobres incautos que dormían a pierna suelta. Le había comentado su teoría a Rosie en una ocasión, pero ella no le había visto la gracia por ninguna parte.

Su madre le había dicho a Rosie que no le cabía ninguna duda de que Gordo Charlie quería casarse con ella por su dinero.

—¿Qué dinero? —le preguntó entonces Rosie.

Su madre gesticuló señalando el piso, incluyendo las frutas de cera, los muebles antiguos y los cuadros que adornaban las paredes, y frunció los labios.

—Pero todo eso es tuyo —le dijo Rosie, que vivía del sueldo que le pagaban en la organización benéfica para la que trabajaba y que tenía su sede en Londres (el salario no era muy alto, así que Rosie había tenido que echar mano del dinero que había heredado de su padre. Con eso había podido comprarse un modesto piso, que había

tenido que compartir sucesivamente con múltiples compañeros australianos y neozelandeses, y también un Golf de segunda mano).

—Yo no voy a vivir eternamente —lloriqueó su madre, dejando muy claro que estaba firmemente resuelta a vivir eternamente, a fuerza de adelgazar y de endurecer sus músculos hasta hacerse de piedra, y comiendo cada vez menos hasta ser capaz de sobrevivir a base de aire, de frutas de cera y de mala leche.

En el coche, según llevaba a Gordo Charlie a su casa desde el aeropuerto de Heathrow, Rosie decidió que lo mejor era cambiar de tema.

—Estoy sin agua en casa. Han cortado el agua en todo el edificio.

—¿Y eso por qué?

—Mi vecina de abajo, la señora Klinger, dice que algo gotea por ahí.

—Seguro que es la propia señora Klinger.

—¡Charlie! El caso es que estaba pensando... ¿te importa si esta noche me doy un baño en tu casa?

—¿Quieres que te frote la espalda?

—¡Charlie!

—Claro. No hay problema.

Rosie se quedó mirando a la parte trasera del coche que tenían delante y, de repente, levantó la mano de la palanca y estrujó la manaza de Gordo Charlie.

—Ya falta muy poco para que seamos marido y mujer —dijo.

—Sí, lo sé —replicó Gordo Charlie.

—Bueno, lo que quiero decir es que —dijo— tendremos tiempo de sobra para... ya sabes, ¿no?

—De sobra —respondió Gordo Charlie.

—¿Sabes lo que dijo mi madre en cierta ocasión? —le preguntó Rosie.

—Estoo... ¿Algo relacionado con la idea de que habría que restaurar la pena de muerte?

—No, nada que ver con eso. Dijo que si una pareja de recién casados echara una moneda en un bote cada vez que hicieran el amor durante su primer año de matrimonio y, luego, en los años siguientes, fueran sacando una moneda por cada vez que lo hicieran, el bote nunca se quedaría vacío.

—¿Y la moraleja es...?

—Bueno —dijo ella—, es interesante, ¿no? Me pasaré por tu casa a las ocho con mi patito de goma. ¿Qué tal andan tus toallas?

—Hum...

—Vale, llevaré mi propia toalla.

Gordo Charlie no creía que el mundo fuera a acabarse si echaban una monedita al bote de vez en cuando antes de echar las firmas y cortar la tarta, pero Rosie tenía sus propias ideas sobre aquella cuestión y no admitía más discusiones al respecto. El bote

seguía estando completamente vacío.

Una vez en casa, Gordo Charlie se dio cuenta de que lo malo de regresar a Londres después de un viaje relámpago era que, cuando uno llega a primera hora de la mañana, el resto del día no tiene gran cosa que hacer.

Gordo Charlie pertenecía a esa clase de hombres a los que les gusta trabajar. Por un momento, le tentó la idea de quedarse tirado en el sofá viendo *Cifras y letras* en recuerdo de la temporada que pasó engrosando las listas del paro, pero luego decidió que lo más razonable era reincorporarse a su trabajo y no esperar al día siguiente. En las oficinas que la Agencia Grahame Coats tenía en Aldwych, en el quinto y último piso del edificio, podría reintegrarse a su devenir cotidiano. Durante alguna de las pausas podría reunirse con unos cuantos colegas a tomar una taza de té en la sala común y mantener con ellos una charla interesante. Ante él se abría ahora el abanico de las múltiples posibilidades que ofrecía la rutina diaria, la vida en todo su esplendor, en continua y laboriosa construcción. Todos se alegrarían de volver a verle.

—Tú no tenías que volver hasta mañana —le dijo al entrar Annie, la recepcionista—. Ya les he dicho a todos los que han estado llamándote por teléfono que no te reincorporarías hasta mañana. —No parecía precisamente contenta de verle.

—Es que no sé vivir lejos de todo esto —le respondió Gordo Charlie.

—Está claro que no —replicó ella en tono despectivo—. Deberías llamar a Maeve Livingstone. Pregunta por ti a diario.

—Creía que era Grahame Coats quien llevaba su caso.

—Pues quiere hablar contigo. Espera un momento. —Cogió el teléfono.

Siempre se referían a Grahame Coats por su nombre completo. Nadie decía «señor Coats». Tampoco le llamaban nunca «Grahame», a secas. Era el propietario de la agencia, que ofrecía servicios personales de representación y que, a cambio, se llevaba un tanto por ciento de los beneficios que obtenían sus clientes.

Gordo Charlie se dirigió a su despacho, un minúsculo habitáculo que compartía con una buena cantidad de muebles archivadores. Había un postit amarillo en el monitor de su ordenador, que leyó: «Pásate por mi despacho. GC». Atravesó el vestíbulo y se dirigió al impresionante despacho de Grahame Coats. La puerta estaba cerrada. Llamó con los nudillos y, a continuación, no muy seguro de si alguien le había dado permiso para entrar o no, abrió la puerta y se asomó.

El despacho estaba vacío. Allí no había nadie.

—Esto... ¿Se puede? —preguntó Gordo Charlie en tono discreto.

Nadie respondió. No obstante, el despacho estaba un poco manga por hombro: la librería estaba separada de la pared y se oía un ruido que parecía salir del hueco que quedaba entre ambas, como si alguien estuviera clavando algo con un mar tillo.

Cerró de nuevo la puerta con sumo cuidado y se volvió a su mesa.

Sonó el teléfono y lo cogió.

—Soy Grahame Coats. Ven a mi despacho.

Ésta vez, Grahame Coats estaba sentado a su mesa de trabajo y la librería estaba bien colocada en su sitio. No invitó a Gordo Charlie a que tomara asiento. Era un hombre de tez pálida, el cabello de un rubio casi platino y con entradas. Si un buen día te tropezaras con Grahame Coats y la primera imagen que acudiera a tu mente fuera la de una comadreja albina vestida con un traje muy caro, no serías el primero.

—Por lo que veo —dijo Grahame Coats— ya has vuelto al mundo de los vivos. Es un decir.

—Sí —respondió Gordo Charlie y, a continuación, viendo que Grahame Coats no se alegraba especialmente de su anticipada reincorporación, añadió—: Lo siento.

Grahame Coats se pinzó los labios con los dedos, echó un vistazo a los documentos que tenía sobre la mesa y alzó de nuevo la vista.

—Lo cierto es que tenía entendido que no te incorporabas hasta mañana. Hemos venido un poco pronto, ¿no?

—Sí, hemos... he llegado esta misma mañana. De Florida. Pensé que sería buena idea pasarme por la oficina. Tenemos mucho trabajo. Quería mostrar interés. Si a usted le parece bien.

—*Per-fectupuesto* —dijo Grahame Coats. Aquél alarde lingüístico de su jefe (producto de una lamentable colisión entre «perfecto» y «por supuesto») tenía la dudosa virtud de producirle siempre una horrible dentera—. Allá tú. De todos modos, imagino que sabrás que ya se te ha descontado el día de hoy de los que te corresponderían en caso de enfermedad, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Maeve Livingstone. La angustiada viuda de Morris. Necesita que alguien la consuele, necesita escuchar palabras amables y promesas bienintencionadas. Roma no se construyó en un día. La gestión propiamente dicha, liquidar los bienes de Morris Livingstone para que ella pueda disponer del dinero, sigue siendo un asunto pendiente. Me llama por teléfono un día sí y otro también, ansiosa por que yo le dé algo a lo que pueda agarrarse. Mientras se resuelve el tema, dejo ese asunto en tus manos.

—Sí—respondió Gordo Charlie, —bueno, esto... No hay paz para los impíos, ¿no?

—Más cornadas da el hambre —replicó Grahame Coats, moviendo arriba y abajo la mano con el índice estirado.

—¿Me meto ya en harina? —sugirió Gordo Charlie.

—Dale caña —replicó Grahame Coats—. Bueno, ha sido un placer charlar contigo, pero los dos tenemos mucho que hacer.

Cuando estaba en compañía de Grahame Coats, había algo que le impulsaba a 1)

encadenar una frase hecha detrás de otra y 2) a fantasear con helicópteros negros que, como primera medida, lanzaban ráfagas de ametralladora contra las oficinas de la Agencia Grahame Coats y, a continuación, les arrojaban proyectiles de ardiente napalm. Tal como lo imaginaba Gordo Charlie, el día de autos él no estaba en la oficina, presenciaba el espectáculo sentado en la terraza de un pequeño café justo enfrente del Aldwych Theatre, saboreando un capuchino y aplaudiendo de tanto en tanto algún que otro lanzamiento particularmente espectacular de un proyectil de napalm.

Después de esto, ya supondréis que no hay gran cosa que os pueda interesar en lo que al trabajo de Gordo Charlie se refiere, y probablemente hayáis deducido ya que le hacía muy infeliz, lo que, a grandes rasgos, es una conclusión bastante acertada. A Gordo Charlie se le daban bien los números, por eso no había dejado aquel trabajo y, dado que era un tipo inseguro y acomplejado, tampoco era capaz de hacerse valer en la empresa. Gordo Charlie veía cómo los de su alrededor iban ascendiendo implacablemente hasta alcanzar su máximo nivel de incompetencia, mientras que él permanecía estancado en el grado más bajo del escalafón, desempeñando funciones básicas hasta el día en que decidieran mandarle otra vez a la cola del paro y volviera a encontrarse sentado frente a la tele, tragándose embobado la programación matinal. Nunca se había quedado mucho tiempo en el paro, pero sí era algo que le había sucedido con más frecuencia de la deseable en la última década, razón por la que Gordo Charlie nunca había tenido ocasión de sentirse cómodo con ninguno de aquellos empleos. A pesar de todo, no se lo tomaba como algo personal.

Llamó a Maeve Livingstone, la viuda de Morris Livingstone, uno de esos cómicos bajitos, oriundo de Yorkshire, que tiempo atrás había llegado a ser uno de los más famosos del Reino Unido y que era también uno de los clientes más antiguos de la Agencia Grahame Coats.

—Hola —dijo—, soy Charles Nancy del departamento de contabilidad de la Agencia Grahame Coats.

—Oh —replicó una voz femenina al otro lado del hilo—. Esperaba que Grahame Coats me llamara personalmente.

—Ahora mismo está bastante ocupado, de modo que, esto... ha delegado en mí —le explicó Gordo Charlie—. Dígame, ¿puedo ayudarla en algo?

—No estoy segura. Lo cierto es que sólo quería saber (es decir, el director de mi sucursal bancaria quiere saber) cuándo podré disponer del dinero de la testamentaría de Morris. La última vez que hablé con Grahame Coats (sí, creo que fue la última), me explicó que lo había invertido todo (en fin, ya me hago cargo de que estas cosas llevan su tiempo), y que, de no haberlo hecho así, podría perder mucho dinero...

—Bien —dijo Gordo Charlie—, me consta que está llevando a cabo las gestiones pertinentes para solucionarlo. Pero, efectivamente, estas cosas llevan su tiempo.

—Sí —dijo ella—, supongo que sí. He llamado a la BBC y me han dicho que, tras el fallecimiento de Morris, han librado varios pagos a su nombre. ¿Sabía usted que acaban de lanzar la edición completa en DVD de *Morris Livingstone*, supongo? Y están preparando también la edición conjunta de *Volvemos en breve* y *Del derecho y del revés* para sacarla al mercado estas Navidades.

—No lo sabía —admitió Gordo Charlie—, pero seguro que Grahame Coats está al tanto de ello. Está siempre muy pendiente de ese tipo de cosas.

—He tenido que comprar yo misma el DVD —dijo en tono afligido—. Ha resucitado todos mis recuerdos. El ajeteo del maquillaje, el olor de aquella sala de la BBC... Me ha hecho sentir añoranza de los focos; puede que todo esto que le cuento no le importe nada. Así fue como conocí a Morris, ¿sabe? Yo era bailarina. Tenía entonces mi propia carrera.

Gordo Charlie le dijo que le haría saber a Grahame Coats que el director de la sucursal estaba algo inquieto y, a continuación, se despidió y colgó el teléfono.

Se puso a pensar cómo era posible que alguien echara de menos los focos.

En las peores pesadillas de Gordo Charlie, se veía a sí mismo sobre un enorme escenario bajo la luz de un foco, y entre las sombras había gente cuyo rostro no podía ver que intentaba obligarle a cantar. No podía huir ni esconderse; al final, siempre lo encontraban y lo subían a rastras al escenario, ante los rostros expectantes de varias docenas de espectadores. Siempre se despertaba justo antes de empezar a cantar, trémulo y sudoroso, con el corazón a punto de salirse del pecho.

Otra jornada de trabajo había llegado a su fin. Gordo Charlie llevaba trabajando allí casi dos años. Era el empleado más antiguo, pues la plantilla de la Agencia Grahame Coats cambiaba con frecuencia. Con todo y eso, nadie se había alegrado demasiado de verlo.

Gordo Charlie se quedaba a veces sentado en su mesa mirando por la ventana, viendo cómo se estrellaban contra el cristal las gotas de lluvia, una lluvia gris y sin amor. En esas ocasiones, le gustaba imaginarse en alguna playa tropical, contemplando el romper de las olas frente a un mar de un azul inverosímil desde una dorada alfombra de arena. A menudo se preguntaba si la gente que había en aquella imaginaria playa, observando el vaivén de la blanca espuma de las olas, escuchando el canto de las aves exóticas que poblaban las palmeras, se preguntaba, decía, si aquellas personas soñarían alguna vez con estar en Inglaterra, viendo caer la lluvia por la ventana de un despacho del tamaño de un armario en un quinto piso, lejos de la monotonía de aquella arena como polvo de oro y del aburrimiento mortal de un día tan odiosamente perfecto que no se dejaba combatir ni con un cremoso cóctel con un generoso chorro de ron y una roja sombrillita de papel. Aquello le reconfortaba.

De camino a casa, se pasó por la bodega y compró una botella de vino blanco alemán. Luego, entró en el minúsculo supermercado de la esquina y compró una vela

perfumada con olor a pachulí. Finalmente, se acercó a una pizzería y compró una pizza para cenar.

Rosie le llamó a las siete y media desde su clase de yoga para avisarle de que se iba a retrasar un poco; a las ocho, volvió a llamarle desde el coche para decirle que estaba metida en un atasco; por fin, a las nueve y cuarto le llamó diciendo que ya estaba llegando, pero para entonces, Gordo Charlie se había bebido ya casi toda la botella de vino y no había dejado más que un solitario triángulo de pizza.

Más tarde se preguntaría si habría sido el vino lo que le había hecho pronunciar aquellas palabras.

Rosie llegó a las nueve y veinte, con sus toallas y una bolsa de Tesco que contenía champús, jabones y un bote grande de Mayonesa para el pelo. Rechazó bruscamente, pero en tono jovial, la copa de vino blanco y la porción de pizza que le ofreció Gordo Charlie —había encargado algo de comer aprovechando el atasco, le explicó—. Así que Gordo Charlie se sentó en la cocina, se sirvió lo que quedaba de vino y picoteó el queso y el pimiento del trozo de pizza ya frío mientras ella iba a prepararse el baño. De repente, Rosie empezó a chillar como una loca.

Gordo Charlie se presentó en el baño antes de que se extinguiera el eco del primer grito y justo cuando Rosie llenaba ya sus pulmones para lanzar el segundo. Estaba convencido de que se la iba a encontrar sangrando a chorros. Nada más llegar descubrió, con sorpresa y alivio, que no había sangre. Rosie no llevaba puestos más que las bragas y un sostén azul, y señalaba la bañera, en cuyo centro había una enorme araña de campo de color pardo.

—Lo siento —gimió—, me ha cogido por sorpresa.

—Es normal —replicó Gordo Charlie—, dejaré correr el agua para que se vaya por el desagüe.

—Ni se te ocurra —le espetó fieramente Rosie—. Es un ser vivo. Échala fuera.

—Vale —accedió Gordo Charlie.

—Mientras, esperaré en la cocina —dijo—. Llámame cuando te hayas deshecho de ella.

Cuando te has bebido una botella entera de vino, meter a una araña patilarga en un vaso de plástico con la sola ayuda de una vieja tarjeta de felicitación requiere un alarde de coordinación mayor de lo habitual; y tampoco ayuda el tener cerca a tu novia medio desnuda al borde de un ataque de histeria que, después de decir que prefería esperar en la cocina, seguía asomándose por encima de su hombro dándole consejos sobre la mejor manera de hacerlo.

Pero al cabo de un rato no muy largo, a pesar de su ayuda, Gordo Charlie logró meter a la araña en el vaso de plástico y lo tapó con la tarjeta de felicitación, regalo de un amigo de infancia que le decía: CUMPLIR AÑOS NO ES TAN MALO. SÓLO TE TOCA UNA VEZ CADA 12 MESES (y en el interior, su amigo había rematado la

gracia a mano: ASÍ QUE DEJA DE TOCARTE TODO EL RATO, SALIDO. — FELICIDADES).

Se fue con la araña escaleras abajo y abrió la puerta principal para soltarla en el minúsculo jardín delantero, que consistía en un seto —que servía básicamente para que la gente pudiera vomitar dentro del jardín— y varias losas de piedra entre las que crecía un poco de hierba. Alzó el vaso de plástico. Bajo la amarillenta luz de sodio, la araña parecía negra. Imaginó que debía de estar mirándole.

—Siento haber tenido que hacerlo —le dijo a la araña, y el vino que corría alegremente por sus venas hizo que lo dijera en voz alta.

Colocó el vaso de plástico boca abajo sobre una losa rota sin retirar la tarjeta, quitó el vaso y se quedó esperando a que la araña se escabullera. Pero el bicho se quedó allí, inmóvil, sobre la cara de un osito de peluche que había en la tarjeta. Hombre y araña se contemplaron mutuamente.

Entonces le vino a la cabeza algo que le había dicho la señora Higglar, y las palabras salieron de su boca sin que él se diera ni cuenta. A lo mejor fue cosa del diablo que llevaba dentro. Probablemente fuera más bien el alcohol.

—Si ves a mi hermano —le dijo Gordo Charlie a la araña—, dile que debería dejarse caer por aquí un día de éstos para saludar.

La araña se quedó donde estaba y levantó una pata, casi como si estuviera pensándoselo y, luego, echó a andar por la losa en dirección al seto y desapareció.

Rosie se bañó, le dio un besito cariñoso en la mejilla y se fue a su casa.

Gordo Charlie encendió la tele, pero se dio cuenta de que estaba dando cabezadas, de modo que la apagó y se fue a la cama. Tuvo un sueño tan extraño y real que habría de recordarlo toda la vida.

Hay un detalle que te dice sin lugar a dudas que algo es un sueño: que transcurra en un lugar en el que nunca has estado en tu vida real. Gordo Charlie no había estado jamás en California. Nunca había puesto un pie en Beverly Hills. Sí lo había visto suficientes veces en el cine y en la televisión, sin embargo, como para sentir una agradable sensación al reconocerlo. Era una fiesta.

Las luces de Los Ángeles parpadeaban y brillaban más abajo.

En la fiesta había dos clases de gente claramente diferenciadas: los que llevaban bandejas de plata, repletas de perfectos canapés, y los que se comían o rechazaban los canapés que les ofrecían. Los miembros del segundo grupo circulaban por la casa intercambiando chismes, sonriendo, charlando, tan seguros de su importancia dentro de la sociedad hollywoodiense como lo estaban los cortesanos en la corte del Japón medieval —y, del mismo modo que en la corte del Japón medieval, todos estaban seguros de que, con un empujón más, estarían a salvo—. Había actores que querían ser estrellas, estrellas que anhelaban convertirse en productores independientes,

productores independientes que se morían por la seguridad de un contrato con un gran estudio, directores que querían ser estrellas, directivos de grandes estudios que querían trabajar para un estudio aún mayor, abogados que trabajaban para el departamento legal de un estudio que querían gustar por sí mismos, o en todo caso, simplemente gustarle a alguien.

En el sueño de Gordo Charlie, se veía a sí mismo desde dentro y desde fuera al mismo tiempo, y en realidad no era él mismo. Normalmente, en sus sueños, Gordo Charlie solía verse sentado, afrontando un interrogatorio sobre algún apunte de contabilidad doblado que había olvidado investigar, sabiendo que cuando se pusiera en pie descubriría que aquella mañana había olvidado ponerse los pantalones. En sus sueños, Gordo Charlie era él, sólo que en versión torpe.

En aquel sueño no.

En aquel sueño, Gordo Charlie era un tipo con clase, con mucha clase. Era expeditivo, audaz, elegante, el único que, sin pertenecer al grupo de los que llevaban las bandejas, había asistido a aquella fiesta sin tener invitación. Y (cosa que dejaba estupefacto al propio soñador, que pensaba que nada podía resultar más embarazoso que encontrarse en una fiesta a la que nadie le había invitado) se lo estaba pasando en grande.

A cada persona que le preguntaba, le contaba una historia diferente sobre quién era y cuál era el motivo de su presencia en la fiesta. Al cabo de media hora, la mayoría de los invitados pensaban que representaba a una firma de inversores extranjeros que estaba interesada en adquirir la totalidad de uno de los grandes estudios de Hollywood y, media hora después de eso, se había extendido el rumor de que iba a hacerle a la Paramount una oferta de compra.

Tenía una risa atronadora y contagiosa, y parecía estar pasándolo mejor que cualquiera de los invitados, eso desde luego. Le enseñó al barman a preparar un cóctel que él denominaba «Trampanojo» que, aunque parecía elaborado a base de champán, explicó, en realidad, científicamente hablando, no contenía alcohol. Había que darle un golpe de esto y otro golpe de aquello hasta que el brebaje adquiría un brillante color morado, y él lo repartía entre los invitados, apremiándoles alegremente hasta que, incluso aquellos que recelosamente habían seguido bebiendo agua con gas, como si tuvieran miedo de que aquello pudiera explotar, acababan bebiéndose encantados el morado brebaje.

Y entonces, siguiendo la peculiar lógica narrativa de los sueños, se veía llevándoles a todos a la piscina y ofreciéndose a enseñarles en qué consistía el truco de Caminar sobre las Aguas. Simplemente era cuestión de confianza, les decía, de actitud, de decisión, de saber cómo hacerlo. Y todos los presentes consideraron que Caminar sobre las Aguas era un truco que estaría muy bien dominar, algo que, en lo más profundo de su alma, siempre habían sabido hacer pero habían olvidado, y aquel

hombre les iba a recordar en qué consistía aquella técnica.

«Descálcense», les dijo, y ellos se quitaron los zapatos —exclusivos diseños de Sergio Rossi, de Christian Louboutin, de Renè Caovillas alineados junto a las menos glamorosas Nike, Doc Martens y los anónimos zapatos negros de piel que suelen calzar los agentes—. Entonces, formaron una especie de conga detrás de él y echaron a andar, primero por el borde de la piscina y, luego, sobre su superficie. El agua bajo sus pies estaba fría y temblaba como si fuera gelatina; algunas mujeres y varios de los hombres soltaron risitas nerviosas, y dos de los agentes más jóvenes empezaron a dar saltos sobre el agua de la piscina, como si fueran niños en un castillo hinchable. Allá lejos, las luces de Los Ángeles brillaban en medio de la contaminación, como lejanas galaxias.

En poco tiempo, los invitados ocupaban cada centímetro de la piscina —unos simplemente en pie, otros bailando, moviéndose o saltando sobre el agua—. Era tal el tumulto, que el chico listo, el Charlie—tal—como—él—lo—soñaba, regresó al borde de la piscina y tomó un canapé de falafel—sahimi de una de las bandejas.

Una araña saltó desde un jazmín al hombro del chico listo. Bajó por su brazo hasta colocarse en la palma de su mano y, una vez allí, le saludó con un alegre «Heyyy».

Se produjo un silencio, como si estuviera escuchando algo que la araña le decía, algo que solamente él podía oír; a continuación, dijo: «Pide, y recibirás. ¿No es cierto?».

Volvió a depositar cuidadosamente a la araña sobre una hoja del jazmín.

Y en ese preciso instante, todos los que andaban sobre la piscina con los pies descalzos recordaron de pronto que el agua era un líquido, no un sólido, y que existía una razón por la que la gente no solía caminar —y mucho menos bailar ni saltar— sobre el agua: es imposible.

Aquella gente era el motor de la máquina que había generado aquel sueño y, de repente, estaban agitando los brazos en el aire, sumergidos, con ropa y todo, en una piscina de entre uno y doce metros de profundidad, empapados, alborotados y aterrorizados.

Como quien no quiere la cosa, el chico listo atravesó la piscina caminando sobre las cabezas de unos y las manos de otros sin perder el equilibrio ni una sola vez. Al llegar al otro lado, donde la explanada en la que estaba la piscina hacía un quebrado y se abría sobre un vertiginoso precipicio, dio un gran salto, planeó sobre el océano de las titilantes luces nocturnas de Los Ángeles y, finalmente, se perdió en sus profundidades.

La gente empezó a salir a gatas de la piscina. Salían enfadados, trastornados, confusos, mojados y, en algunos casos, medio ahogados...

Era muy temprano en la zona sur de Londres. La luz de la mañana era de un azul

grisáceo.

Gordo Charlie se levantó de la cama, preocupado por el sueño que acababa de tener, y se fue hacia la ventana. Las cortinas estaban abiertas. Se quedó contemplando el amanecer, un sol como una enorme naranja sanguina daba un tono rojizo a las grises nubes matinales. Aquél era el tipo de cielo que despierta, incluso en los más prosaicos, la necesidad de coger unos tubos de óleo y ponerse a pintar.

Gordo Charlie observó la escena. Cielo rojo a la alborada, barrunta que el tiempo se enfada.

Había sido un sueño muy extraño. Una fiesta en Hollywood. El secreto para Caminar sobre las Aguas. Y aquel hombre, que era él, pero que no era él...

Gordo Charlie estaba seguro de que conocía al hombre del sueño, lo había visto en alguna parte, y estaba seguro también de que, si no hacía algo para remediarlo, aquello iba a estar dándole la lata todo el día, como un trozo de hilo dental que se queda entre los dientes, o cuando a uno le da por pensar cuál es la diferencia que existe entre las palabras «lúbrico» y «lascivo». Iba a estar rondándole la cabeza todo el tiempo hasta sacarle de quicio.

Se quedó mirando por la ventana.

Apenas eran las seis de la mañana, y todo estaba en silencio. Al final de la calle, un tipo paseaba a su perro de buena mañana y le apremiaba para que hiciera sus necesidades. Un cartero iba de casa en casa repartiendo el correo con una furgoneta roja. Y, entonces, Gordo Charlie percibió que algo se movía justo delante de su casa y decidió ver qué era.

Había un hombre junto al seto. Al ver que Gordo Charlie, todavía en pijama, lo observaba desde la ventana, sonrió y le saludó con la mano. Gordo Charlie, reconociendo de repente a aquel hombre, se quedó de piedra: tanto la sonrisa como el saludo le resultaban familiares, aunque en ese momento no supiera ubicarlos. Su reciente sueño seguía rondándole aún la cabeza y le hacía sentir incómodo, como si el mundo no terminara de parecerle del todo real. Se frotó los ojos y, al mirar de nuevo, el tipo que había estado junto al seto ya no estaba allí. Gordo Charlie esperaba que el hombre se hubiera marchado, que hubiera desaparecido calle abajo entre la bruma matinal, llevándose aquella extraña locura tan inquietante que había traído consigo.

Y, en ese preciso instante, sonó el timbre de la puerta.

Gordo Charlie se puso el batín y bajó las escaleras.

Nunca ponía la cadena para abrir la puerta, jamás lo había hecho, pero esta vez la echó, y abrió la puerta principal apenas unos centímetros.

—¿Buenos días? —dijo con cautela.

La sonrisa que veía a través de la puerta entreabierta podría haber iluminado una ciudad entera.

—Tú me llamaste, aquí me tienes —dijo el extraño—. ¿Me abres la puerta o qué,

Gordo Charlie?

—¿Quién eres? —según pronunciaba esas palabras, cayó en la cuenta de dónde había visto antes a aquel hombre: en el funeral de su madre, en la capilla del crematorio. Aquella había sido la última vez que vio aquella sonrisa. Y conocía la respuesta, la conocía antes incluso de que el hombre tuviera tiempo de pronunciarla.

—Soy tu hermano —dijo.

Gordo Charlie cerró la puerta. Quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta del todo. El hombre seguía allí.

Gordo Charlie no estaba del todo seguro de cómo debía saludar a un hermano potencialmente imaginario en el que, hasta ese momento, ni siquiera había creído. De modo que se quedaron allí, uno frente a otro, hasta que su hermano dijo:

—Puedes llamarme Araña. ¿Vas a invitarme a entrar?

—Sí, claro, cómo no. Pasa, por favor.

Gordo Charlie lo condujo al piso de arriba.

A veces, sucede lo imposible. Y cuando esto ocurre, la mayoría de la gente se limita a hacerle frente. En el día de hoy, como cada día, unos cinco mil habitantes del planeta Tierra tendrán que afrontar algún hecho de esos que suceden una vez de cada mil, y ninguno pondrá en duda aquello que les muestren sus sentidos. La mayoría dirá, cada uno en su lengua, algo así como: «¡Qué cosas tiene la vida!», y seguirán adelante sin más. De modo que, mientras una pequeña parte de Gordo Charlie intentaba encontrar alguna explicación lógica, razonable y cuerda para lo que le estaba ocurriendo, el resto se limitaba a intentar acostumbrarse a la idea de que un hermano de cuya existencia nunca había tenido noticias estaba subiendo en ese momento con él por las escaleras de su casa.

Fueron a la cocina y se quedaron allí de pie.

—¿Te apetece una taza de té?

—¿Tienes café?

—Sólo instantáneo, me temo.

—Me vale.

Gordo Charlie puso el agua a calentar.

—Bueno, ¿vienes de muy lejos? —le preguntó.

—De Los Ángeles.

—¿Y qué tal el vuelo?

El tipo se sentó a la mesa. Se encogió de hombros. Era la clase de gesto que podía significar cualquier cosa.

—Esto... ¿Tienes pensado quedarte aquí mucho tiempo?

—En realidad, no lo he pensado. —El tipo, Araña, echó un vistazo a la cocina de Gordo Charlie como si nunca antes hubiera estado en ninguna cocina.

—¿Cómo tomas el café?

—Negro como la noche y dulce como un pecado.

Gordo Charlie dejó la taza en la mesa, delante de él, y le pasó el azucarero.

—Sírvelo tú mismo.

Mientras Araña se servía una cucharada de azúcar detrás de otra, Gordo Charlie tomó asiento frente a él y se quedó mirándole.

Había cierto aire de familia entre los dos, de eso no cabía duda. Aunque, por sí solo, aquello no bastaba para explicar esa sensación de familiaridad tan intensa que sentía Gordo Charlie cuando miraba a Araña. Su hermano tenía el aspecto que el propio Gordo Charlie deseaba tener en lo más profundo de su alma, cuando conseguía liberarse del tipo más bien decepcionante que veía, con monótona regularidad, en el espejo del cuarto de baño. Araña era más alto, más atractivo y más delgado. Llevaba una cazadora de cuero negra y roja y pantalones estrechos de cuero negro, y parecía muy cómodo con su aspecto. Gordo Charlie trató de recordar si era así como vestía el chico listo de su sueño. Había algo en él que parecía venir de muy atrás: el simple hecho de estar sentado frente a frente con aquel hombre le hacía sentir patoso y contrahecho, y un poco estúpido también. No tenía que ver con el atuendo de Araña en sí, sino con saber que, con esa misma ropa, él parecería una especie de travestí.

No era el modo en que sonreía Araña —como si nada, con naturalidad—, sino la objetiva e inamovible certeza de que, aunque se pasara el resto de su vida practicando frente al espejo, jamás conseguiría reproducir una sonrisa tan encantadora, pinturera y decididamente simpática.

—Estuviste en el funeral de mamá —dijo Gordo Charlie.

—Quería haberme acercado al acabar para hablar contigo —respondió Araña—, pero no estaba muy seguro de que fuera una buena idea.

—Ojalá lo hubieras hecho. —Gordo Charlie recordó algo. Le dijo—: Me extraña que no asistieras al funeral de papá.

Araña replicó:

—¿Cómo dices?

—El funeral de papá. Fue en Florida, hace un par de días.

Araña sacudió la cabeza.

—No está muerto —dijo—. Si hubiera muerto, me habría enterado, de eso estoy seguro.

—Está muerto. Yo mismo lo enterré. Bueno, eché tierra sobre su féretro. Pregúntale a la señora Higglar.

Araña preguntó:

—¿Cómo murió?

—Un paro cardíaco.

—Eso no significa nada. Sólo que murió.

—Bueno, sí, eso es lo que digo.

Araña había dejado de sonreír. Ahora tenía la vista clavada en su café como si allí pudiera encontrar la respuesta que andaba buscando.

—Tendré que comprobarlo —dijo Araña—. No es que no te crea. Pero tratándose de tu padre, incluso si tu padre es mi padre. —Y le hizo una mueca. Gordo Charlie sabía lo que significaba aquella mueca. Era la misma que él había hecho tantas veces mentalmente cuando el tema de su padre salía a relucir—. ¿Sigue ella viviendo en el mismo sitio? ¿En la casa de al lado de la nuestra?

—¿La señora Higgler? Sí, sigue viviendo allí.

—No te habrás traído nada de allí, ¿verdad? ¿Un cuadro? ¿Una foto, quizá?

—Me vine con una caja llena. —Gordo Charlie no había abierto aún la enorme caja de cartón. Seguía en el pasillo. Llevó la caja hasta la cocina y la colocó sobre la mesa. Cogió un cuchillo y cortó la cinta de embalar con la que la había cerrado; Araña introdujo la mano y rebuscó con sus finos dedos, revolviendo las fotos como si fueran las cartas de una baraja y, finalmente, sacó una foto de su madre con la señora Higgler que había sido tomada veinticinco años atrás en el porche de la casa de esta última.

—¿Sigue existiendo ese porche?

Gordo Charlie trató de hacer memoria.

—Creo que sí —respondió.

Tiempo después, no podría recordar si la foto se había hecho más grande o había sido Araña quien se había hecho muy pequeño. Hubiera jurado que no fue ni una cosa ni otra, en realidad; sin embargo, lo que sí era un hecho indiscutible es que Araña se había metido dentro de la foto, que brilló, se onduló como el agua del mar y se lo tragó sin más.

Gordo Charlie se frotó los ojos. Eran las seis de la mañana y estaba solo en la cocina de su casa. Sobre la mesa estaban la caja con las fotografías y una taza vacía que dejó en el fregadero. Cruzó el pasillo en dirección a su dormitorio, se tendió en la cama y durmió hasta que sonó el despertador. Eran las siete y cuarto de la mañana.

Capítulo Cuarto

Que acaba en una velada con vino, mujeres y canciones.

Gordo Charlie se despertó.

En su cabeza se mezclaban el recuerdo de un encuentro soñado con un hermano con pinta de estrella de cine y el de uno en el que el presidente Taft venía a vivir con él y se traía al reparto completo de *Tom y Jerry*. Se dio una ducha y cogió el metro para ir a la oficina.

En el trabajo, algo le estuvo rondando todo el rato por la cabeza, pero no sabía exactamente qué. Traspapelaba las cosas; olvidaba tareas todo el tiempo. En un momento dado, en su despacho, empezó a cantar, pero no porque estuviera contento, lo hizo sin darse cuenta. No fue consciente de que estaba cantando hasta que Grahame Coats en persona se asomó a la puerta de su cuchitril y le llamó al orden.

—En esta oficina no están permitidas las radios, los walkmans, los reproductores de mp3, ni nada que se le parezca —dijo Grahame Coats, lanzándole una mirada furibunda con sus ojos de hurón—. Denota falta de interés, algo que resulta reprobable en el lugar de trabajo.

—No era la radio —admitió Gordo Charlie con las orejas ardiendo de vergüenza.

—¿No? Y entonces, ¿le importa explicarme qué era eso?

—Era yo —respondió Gordo Charlie.

—¿Usted?

—Sí. Estaba cantando. Lo siento...

—Hubiera jurado que tenía la radio puesta. Por lo visto, me equivocaba. Vaya por Dios. En fin, vistos sus muchos talentos y su gran valía, quizá prefiera usted abandonarnos y probar suerte encima de un escenario, convertirse en ídolo de multitudes, quizá con un espectáculo de variedades, en lugar de perder el tiempo desordenando papeles y ocupando una mesa en una oficina en la que otros intentan trabajar, ¿eh? Un lugar en el que se gestionan las carreras artísticas de otras personas.

—No —respondió Gordo Charlie—, no quiero marcharme. Es sólo que no me he dado cuenta.

—En ese caso —replicó Grahame Coats—, aprenda usted a refrenar sus ganas de cantar. Desfógrese en la ducha, en el baño o en las gradas, animando a su equipo favorito. Yo mismo soy seguidor del Crystal Palace. Pero deje de hacer gorgoritos en el trabajo, o tendrá que buscarse los garbanzos en otra parte.

Gordo Charlie sonrió, e inmediatamente se dio cuenta de que lo último que quería en ese momento era sonreír, y se puso serio pero, para entonces, Grahame Coats se había marchado ya, de modo que Gordo Charlie maldijo para sus adentros, se cruzó de brazos sobre el escritorio y enterró la cabeza entre los brazos.

—¿Eras tú el que cantaba? —lo preguntaba una de las chicas nuevas del departamento de enlace con los artistas. Gordo Charlie nunca conseguía quedarse con sus nombres. Para cuando se los aprendía, ya no trabajaban en la empresa.

—Eso me temo.

—¿Qué es lo que estabas cantando? Sonaba bien.

Gordo Charlie cayó en la cuenta de que no tenía ni idea, así que le contestó:

—No estoy muy seguro. No estaba escuchando.

La chica se rio por lo bajo de aquella ocurrencia.

—El jefe tiene razón. Deberías estar grabando discos, no perdiendo el tiempo en esta oficina.

Charlie el Gordo no supo qué responder. Con las mejillas coloradas, empezó a tachar números y a tomar notas y se puso a escribir comentarios en postits que iba pegando en el monitor de su ordenador, hasta que estuvo seguro de que la chica se había marchado.

Llamó por teléfono Maeve Livingstone: ¿Podía por favor asegurarse de que Grahame Coats llamara al director de su banco? Gordo Charlie le contestó que haría lo posible. Ella le encareció que no dejara de hacerlo.

Rosie le llamó al móvil a las cuatro para comunicarle que ya le habían restablecido el suministro de agua y decirle que tenía buenas noticias: su madre había decidido involucrarse en los preparativos de la boda y le había pedido que se pasara a verla esa misma tarde para discutir los detalles.

—Bueno —dijo Gordo Charlie—, si ella se encarga de organizar el banquete, nos ahorraremos un dineral en comida.

—No seas borde. Te llamo esta noche y te cuento cómo ha ido la cosa.

Gordo Charlie le dijo que la quería y colgó. Alguien le estaba mirando. Se dio la vuelta a ver quién era.

Grahame Coats dijo:

—Aquél que hace llamadas personales en horas de trabajo, cosecha tempestades. ¿Sabes quién dijo eso?

—¿Usted?

—Eso es —respondió Grahame Coats—. El mismo que viste y calza. Y mi palabra es ley. Considéralo un aviso formal.

Y, dicho esto, sonrió, con esa típica sonrisa autosuficiente que obligaba a Gordo Charlie a plantearse seriamente las posibles consecuencias que se derivarían del hecho de pegarle a Grahame Coats un puñetazo en su mullido estómago. Finalmente

resolvió que la cosa estaría entre el despido fulminante y una demanda por agresión. En cualquier caso, pensó, se iba a quedar más ancho que largo...

Gordo Charlie no era un hombre de natural violento; aun así, en ocasiones dejaba volar su imaginación. Sus fantasías tendían a ser modestas y reconfortantes. Cosas como tener el dinero suficiente para comer en un buen restaurante siempre que se le antojara. O tener un trabajo en el que nadie le dijera lo que tenía que hacer. O poder cantar con toda tranquilidad, en algún lugar en el que no hubiera nadie a su alrededor que pudiera oírle.

Aquella tarde, sin embargo, sus fantasías tomaron un cariz muy distinto: para empezar, imaginó que podía volar, y que las balas rebotaban en su pecho de acero según descendía en picado para rescatar a Rosie de las garras de unos infames villanos que intentaban secuestrarla. Ella se agarraba con fuerza y juntos escapaban hacia la puesta de sol para refugiarse en su Castillo de Hielo y entonces Rosie, en un arrebato de gratitud, decidía olvidarse de una vez por todas de esa historia de espera —a—que—estemos—casados y empezaban a comprobarlo rápido que podían llenar el bote...

Sus fantasías le hacían más llevadero el estrés que suponía trabajar en la Agencia Grahame Coats, el tener que decirle a unos que sus cheques estaban en el correo y reclamar a otros el dinero que le debían a la agencia.

A las seis en punto, Gordo Charlie apagó su ordenador y bajó los cinco pisos para salir a la calle. No había llovido. Sobre su cabeza, los estorninos piaban y volaban en círculos: el coro vespertino típico de una ciudad. Todos caminaban apresurados para llegar a sus respectivos destinos. La mayoría, al igual que Gordo Charlie, subían por Kingsway para coger el metro en Holborn. Andaban cabizbajos, con el aire de quien se muere por llegar a su casa cuanto antes.

Pero había un transeúnte que no iba a ninguna parte. Estaba allí de pie, con su cazadora de cuero negra y roja, parado frente a Gordo Charlie y todos los que, como él, se dirigían al metro. No sonreía.

Gordo Charlie lo vio desde lejos. Según se iba acercando más a él, todo a su alrededor se volvía irreal. El día se licuaba y, entonces, se dio cuenta de qué era lo que había estado intentando recordar todo el día.

—Hola, Araña —dijo Gordo Charlie al llegar a su altura.

Daba la impresión de que, en el interior de Araña, se había desatado una tempestad. Parecía a punto de echarse a llorar. Gordo Charlie no estaba seguro. Su cara reflejaba una intensa emoción, y también su actitud, razón por la que los viandantes apartaban la vista y miraban hacia otro lado, incómodos.

—He estado allí —dijo Araña, el tono de su voz era apagado—. Fui a ver a la señora Higgle. Me llevó a ver su tumba. Mi padre ha muerto y yo no me he enterado de nada.

Gordo Charlie replicó:

—También era mi padre, Araña.

Se preguntaba cómo era posible que hubiera olvidado a Araña, cómo había tenido el valor de despacharlo de un plumazo decidiendo que no había sido más que un sueño.

—Es cierto.

Una nube de estorninos surcaba el cielo del atardecer; volaban en círculos y de un edificio a otro.

Araña cambió bruscamente de postura y se enderezó. Parecía haber tomado una decisión.

—Tienes mucha razón —afirmó—. Tenemos que hacer esto juntos.

—¿Hacer? —preguntó Gordo Charlie—. ¿A qué te refieres exactamente?

Pero Araña ya había parado un taxi.

—Somos dos hombres abatidos —proclamó Araña a los cuatro vientos—. Nuestro padre se ha marchado. En nuestro pecho late un corazón dolorido. La pena cae sobre nosotros como el polen en primavera. La oscuridad es nuestro sino, y el infortunio nuestro único compañero.

—Muy bien, caballeros —dijo alegremente el taxista—, ¿adónde vamos?

—Allí donde se encuentran los tres remedios para la oscuridad del alma —respondió Araña.

—¿Y si vamos a comernos un curry? —sugirió Gordo Charlie.

—Tres cosas hay, y sólo tres, que puedan aliviar el dolor de la muerte y paliar los estragos de la vida —dijo Araña—, a saber: vino, mujeres y una canción.

—El curry tampoco está mal —señaló Gordo Charlie, pero nadie le hizo caso.

—¿En ese orden? —preguntó el taxista.

—Primero el vino —respondió Araña—, ríos, lagos y vastos océanos de vino.

—Sí, señor —dijo el taxista, y se internó en el tráfico vespertino.

—Todo esto me da muy malas vibraciones —protestó inútilmente Gordo Charlie.

Araña asintió.

—Malas vibraciones —dijo—, los dos tenemos malas vibraciones. Ésta noche pondremos sobre la mesa nuestras malas vibraciones y las compartiremos, juntos podremos hacerles frente. Lloraremos nuestra pérdida. Apuraremos hasta la hez el amargo cáliz de la muerte. El dolor compartido, hermano, no se multiplica sino que se divide. Ningún hombre es una isla.

—No has de preguntarte jamás por quién doblan las campanas —recitó el taxista—, doblan por ti.

—¡Epa! —exclamó Araña—, qué koan tan profundo acaba usted de enunciar.

—Gracias —dijo el taxista.

—Ésa es justo la conclusión, sí señor. Usted debe de ser un filósofo. Yo soy

Araña. Y éste es mi hermano, Gordo Charlie.

—Charles —le corrigió su hermano.

—Steve —se presentó el taxista—. Steve Burrige.

—Señor Burrige —dijo Araña—, ¿qué le parecería ser nuestro chófer esta noche?

Steve Burrige le explicó que estaba a punto de acabar su turno y que iba a marcharse a su casa, que la señora Burrige y los pequeños Burrige le estaban esperando para cenar.

—¿Has oído eso? —preguntó Araña—. Un hombre de familia. Mi hermano y yo sólo nos tenemos ya el uno al otro. Y no nos habíamos visto hasta esta misma mañana.

—Parece una historia interesante —dijo el taxista—. ¿Algún antiguo rencor?

—No, en absoluto. Es sólo que él no ha sabido que tenía un hermano hasta hace unos días —le explicó Araña.

—¿Tú sí? —preguntó Gordo Charlie—. ¿Tú sabías de mi existencia?

—Puede que lo supiera —dijo Araña—. Pero uno olvida tantas cosas...

El taxi se detuvo junto a la acera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gordo Charlie. No habían ido demasiado lejos. Le pareció que estaban en una de las calles que salían de Fleet Street.

—Aquí encontrarán lo que buscan —dijo el taxista—. Vino.

Araña se bajó del taxi y se quedó mirando la sucia fachada de roble y las deprimentes vidrieras de la vieja taberna.

—Perfecto —dijo—. Págale a este hombre, hermano.

Gordo Charlie le pagó la carrera al taxista. Entraron en la taberna: unos escalones de madera los llevaron hasta una bodega en la que rubicundos abogados bebían codo con codo con pálidos agentes de bolsa. Había serrín en el suelo y una carta de vinos —escrita con tiza en una pizarra y que resultaba prácticamente ilegible— detrás de la barra.

—¿Qué bebes? —le preguntó Araña.

—Un tinto de la casa, por favor —contestó Gordo Charlie.

Araña le miró con severidad.

—Somos los últimos vástagos de la dinastía Anansi. No brindaremos a la salud de nuestro recién fallecido padre con un tinto de la casa.

—Esto... Vale, está bien. En ese caso, tomaré lo mismo que tú.

Araña se acercó a la barra, abriéndose camino entre aquella aglomeración de gente como si tal cosa. Regresó al cabo de pocos minutos con dos copas de vino, un sacacorchos y una botella cubierta de polvo. Descorchó la botella con una facilidad que dejó profundamente impresionado a Gordo Charlie —que siempre acababa teniendo que pescar los trocitos de corcho que quedaban flotando en el vino—. Araña

sirvió el vino, un vino tan ambarino que parecía casi negro. Llenó ambas copas y colocó una de ellas delante de Gordo Charlie.

—Un brindis —dijo—, a la salud de nuestro padre.

—Por papá —dijo Gordo Charlie, chocó su copa con la de Araña (consiguiendo, milagrosamente, no tirar nada de vino al hacerlo) y lo probó. Tenía un sabor curiosamente amargo y un toque herbáceo y salado—. ¿Qué vino es?

—Vino mortuorio, la clase de vino que se bebe a la salud de un dios. Hace ya mucho tiempo que dejaron de elaborarlo. Se deja madurar con aloe amargo y romero, y con lágrimas de vírgenes con el corazón roto.

—¿Y eso se vende en una bodega de Fleet Street? —Gordo Charlie cogió la botella, pero la etiqueta estaba demasiado borrosa y llena de polvo para poder leerla—. Nunca he oído hablar de algo así.

—Éstas viejas tabernas suelen tener vinos muy buenos, sólo hay que conocerlos y pedirlos —dijo Araña—. Es un vino de duelo. Hay que apurarlo. Así. —Y dio un largo trago. Luego hizo una mueca—. Además, de este modo sabe mejor.

Gordo Charlie vaciló, luego le dio un buen trago a aquel extraño vino. Creyó percibir los aromas del aloe y del romero. Se preguntaba si ese toque salado serían realmente las lágrimas.

—El romero es para fomentar el recuerdo —explicó Araña, y comenzó a rellenar las copas. Gordo Charlie trató de explicarle que aquella noche no estaba para muchos vinos y que tenía que trabajar al día siguiente, pero Araña le interrumpió.

—Ahora te toca a ti proponer un brindis —dijo.

—Esto... Vale —respondió Gordo Charlie—. Por mamá.

Bebieron a la salud de su madre. A Gordo Charlie le dio la impresión de que el vino era cada vez más amargo; le picaban los ojos y le invadía una profunda y dolorosa sensación de pérdida. Echaba de menos a su madre. Echaba de menos su infancia. Incluso, echaba de menos a su padre. Al otro lado de la mesa, Araña sacudía la cabeza; una lágrima rodó por su mejilla y fue a parar a su copa; cogió la botella y sirvió más vino.

Gordo Charlie bebió una vez más.

Cuanto más bebía, más se apoderaba la pena de él, llenando su mente y su cuerpo con el dolor de la ausencia.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y caían dentro de su copa. Miró a ver si llevaba un kleenex en alguno de sus bolsillos. Araña sirvió lo que quedaba de vino y lo repartió entre las dos copas.

—¿De verdad tenían aquí este vino?

—Tenían una botella, pero no sabían que la tenían. Sólo había que recordárselo.

Gordo Charlie se sonó la nariz.

—Tampoco yo sabía que tenía un hermano —dijo.

—Yo sí lo sabía —dijo Araña—, siempre quise buscarte, pero me distraje. Ya sabes a qué me refiero.

—En realidad no.

—Te van surgiendo cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas. Van surgiendo. Así es como funcionan las cosas. Surgen. No esperarás que lleve la cuenta de todas.

—Bueno, dame un ejemplo.

Araña bebió más vino.

—Vale. La última vez que decidí que ya era hora de que nos viéramos las caras, yo, bueno, me pasé días organizándolo. Quería que todo fuera perfecto. Tenía que elegir bien la ropa. Luego, tenía que decidir lo que iba a decirte cuando nos viéramos. Sabía que el reencuentro de dos hermanos, en fin, es el tema de muchos poemas épicos, ¿no? Llegué a la conclusión de que el único modo de abordar un asunto tan trascendente era hacerlo en verso. Pero ¿qué verso? ¿Sería mejor recitar? ¿Declamar? O sea, no era cosa de saludarte con un chascarrillo. Tenía que ser algo oscuro, impactante, lleno de ritmo, épico. Y entonces, di con ello. Se me ocurrió un primer verso que era perfecto: «La sangre llama a la sangre como una sirena en la noche». Es tan elocuente... Sabía que podía reunirlo todo en aquel poema (gente que muere por los callejones, sudor frío y pesadillas, la fuerza de un espíritu libre e inquebrantable). Un poema que lo abarcaría todo. Tenía que dar con el segundo verso y llegado a ese punto, todo se vino a pique. Lo más que se me ocurría era «Y vino nino–nano–nano–nano y se llevó un susto de muerte».

Gordo Charlie parpadeó.

—¿Y quién es ese Nino–nano–nano–nano?

—Nadie. Sólo es para indicar dónde irían las palabras que faltan. Pero nunca pasé de ahí, y no iba a presentarme con un poema épico del que sólo tenía el primer verso, unos cuantos nino–nanos y tres palabras más, ¿no? Aquello habría sido una falta de respeto.

—Bueno...

—Exacto. Así que en lugar de ir a verte me fui una semana a Hawai. Ya te lo dije, me surgió algo.

Gordo Charlie bebió otro trago de vino. Estaba empezando a cogerle el gusto. A veces, un sabor fuerte es lo mejor para enfrentarse a una emoción fuerte, y ésta era una de esas veces.

—Pero no habrá sido siempre el segundo verso de un poema lo que te ha impedido venir, ¿no?

Araña puso su fina mano sobre la manaza de Gordo Charlie.

—Ya está bien de hablar de mí —dijo—, ahora quiero saber más cosas de ti.

—No hay gran cosa que contar —respondió Gordo Charlie.

Empezó a hablarle de su vida. Le habló de Rosie y de su madre, de Grahame Coats y de la agencia, y su hermano escuchaba y asentía. La verdad es que su vida no parecía gran cosa así contada.

—Aunque —observó en tono filosófico—, fíjate en toda esa gente que sale en los periódicos, en las páginas de cotilleo. Se pasan el día diciendo que su vida es aburrida, que no tiene sentido y que se sienten vacíos.

Volcó la botella, esperando que quedara vino suficiente para otro trago, pero apenas quedaba una gota. La botella estaba vacía. Había durado más de lo que había esperar, pero ya no quedaba nada.

Araña se levantó.

—Yo los conozco —dijo—. A esos que salen en las revistas del corazón. Me he movido en su círculo. He podido comprobar personalmente lo simples y vacuas que son sus vidas. Les he observado desde las sombras cuando creían que nadie les veía. Y te voy a decir una cosa: me temo que ninguno de ellos se cambiaría por ti ni aunque les apuntaran con un revólver, querido hermano. Vámonos.

—¿Qué? ¿Adónde vas?

—Nos vamos. Ya hemos cumplido con la primera etapa de nuestra triple misión de esta noche. Ya hemos bebido vino. Todavía nos quedan por completar dos etapas.

—Esto...

Gordo Charlie salió de la taberna detrás de Araña, con la esperanza de que el aire fresco le despejara un poco la cabeza. No lo hizo. Charlie el Gordo sentía que su cabeza flotaba como un globo; afortunadamente, estaba firmemente sujeta a sus hombros.

—Lo próximo son las mujeres —dijo Araña—. Y al final, las canciones.

Vale la pena mencionar que en el mundo de Gordo Charlie, las mujeres no aparecían sin más. Alguien tenía que presentártelas; tenías que reunir el valor suficiente para decidirte a hablar con ellas; una vez te habías decidido, tenías que encontrar de qué hablar y, por fin, llegado a este punto, podías aspirar a cotas más altas. Podías atreverte a preguntarles si tenían algo que hacer el sábado por la noche y, después, cuando ya te habías atrevido, lo normal era que te contestaran que esa noche les tocaba lavarse el pelo, o poner al día sus diarios, o limpiar la jaula de su cacatúa o, simplemente, que tenían pensado quedarse pegadas al teléfono a esperar a que otro hombre no las llamara.

Pero Araña vivía en un mundo muy diferente.

Deambularon por las calles en dirección al West End, haciendo escala en los pubs que parecían más animados. Los parroquianos se echaban a la calle y Araña se detuvo a saludar a un grupo que resultó estar celebrando el cumpleaños de una chica llamada

Sybilla, que se sintió muy halagada cuando Araña insistió en invitarla a ella y a sus amigas a una ronda. Luego, se puso a contar chistes: («... y el león, harto ya de la rana, dice: «estáis todos invitados, menos ese bicho verde de ojos saltones». Y la rana exclama: «¡eso, eso, que le den al cocodrilo!»») y, a continuación, estallaba en tremendas carcajadas. No tenía el menor problema para recordar los nombres de todas y cada una de las personas que tenía alrededor. Charlaba con la gente y les escuchaba con atención. Cuando Araña anunció que era hora de cambiar de sitio, el grupo completo decidió, como una sola mujer, que se iban con él...

Para cuando llegaron al tercer pub, Araña parecía una estrella del rock. Estaba rodeado de chicas, todas querían estar cerca de él. Algunas le habían besado, medio en serio, medio en broma. Gordo Charlie le observaba con envidioso espanto.

—¿Eres su gorila? —preguntó una de las chicas.

—¿Qué?

—Que si eres su gorila.

—No —respondió Gordo Charlie—, soy su hermano.

—¡Guau! —exclamó—. No sabía que tuviera un hermano. Me parece un tipo increíble.

—Sí, es alucinante —dijo otra, que había estado abrazada a Araña hasta que la presión de otros cuerpos que buscaban lo mismo que ella la obligaron a apartarse de él. Hasta ese momento ni siquiera había reparado en Gordo Charlie—. ¿Eres su representante?

—No. Es el hermano —aclaró la primera chica—, precisamente ahora me lo estaba contando —añadió para pincharla. La otra la ignoró.

—¿Tú también eres americano? —le preguntó—. Tienes un ligero acento.

—Nací allí —respondió Gordo Charlie—, vivíamos en Florida. Mi padre era americano y mi madre de, bueno, nació en Saint Andrews, pero se crio en...

Nadie le escuchaba.

Cuando se marcharon de allí, las que quedaban de la fiesta de cumpleaños se fueron con ellos. Las mujeres acosaban a Araña y le preguntaban adonde irían a continuación. Algunas sugirieron ir a cenar, otras a una discoteca. Araña se limitaba a sonreír sin dejar de caminar.

Gordo Charlie iba detrás de ellos; en su vida se había sentido más ninguneado.

Recorrieron con paso vacilante aquel mundo de luces de neón. Araña rodeaba con sus brazos a varias mujeres a la vez. Por el camino, las iba besando indiscriminadamente, como si fuera probando exquisitas frutas de aquí y de allá. Todas parecían encantadas.

«No es normal —pensaba Gordo Charlie—. Lo suyo no es normal». Ni siquiera se molestaba en alcanzarlos, se limitaba a no quedarse demasiado atrás.

Aún sentía el amargo regusto del vino en la boca. Reparó en que había una chica

que caminaba a su lado. Era menuda y graciosa, como un duendecillo guapo. Le tiró de la manga:

—¿Qué hacemos? —le preguntó—. ¿Adónde vamos?

—Estamos llorando la muerte de mi padre —dijo—, o eso creo.

—¿Es un programa de cámara oculta?

—Espero que no.

Araña se detuvo y se dio la vuelta. El brillo que había en sus ojos resultaba inquietante.

—Ya estamos aquí —anunció—. Hemos llegado. Es lo que a él le habría gustado.

En la puerta del pub había una hoja de color naranja brillante que anunciaba: «Ésta noche: Karaoke».

—Vamos a cantar —dijo Araña. Y luego añadió—: ¡Que empiece la función!

—No —dijo Gordo Charlie, y se negó a dar un paso más.

—A él le encantaba —dijo Araña.

—Yo no canto. En público, no. Y estoy borracho. Y la verdad es que no creo que ésta sea una buena idea, en serio.

—Es una idea genial. —La sonrisa de Araña era realmente persuasiva. En el momento oportuno, una sonrisa como aquélla podía desencadenar, incluso, una guerra santa. Gordo Charlie, sin embargo, no se dejó convencer.

—Mira —dijo, intentando que su voz no delatara el pánico que sentía en ese momento—, hay determinadas cosas que algunas personas nunca harían, ¿vale? Algunos no viajan en avión. Otros no mantienen relaciones sexuales en público. Y también hay quien no puede evaporarse y desaparecer. Yo no hago ninguna de esas cosas, y tampoco canto.

—¿Ni siquiera por papá?

—Mucho menos por papá. No va a dejarme en ridículo después de muerto. Por lo menos, no más de lo que ya lo ha hecho.

—Perdonadme —dijo una de las chicas—. Perdonadme, pero ¿vamos a entrar o no? Porque me estoy quedando pajarito y Sybilla se está haciendo pis.

—Entramos —contestó Araña, y le sonrió.

Gordo Charlie no estaba de acuerdo, seguía en sus trece, pero, igualmente, lo arrastraron al interior del pub y se maldijo por ello.

Alcanzó a Araña en las escaleras.

—Entraré —dijo—, pero no pienso cantar, que conste.

—Ya estás dentro.

—Lo sé. Pero no estoy cantando.

—No tiene mucho sentido decir que no entrarás cuando ya estás dentro.

—No sé cantar.

—¿Me estás diciendo que también soy yo el único que ha heredado el talento

musical?

—Te estoy diciendo que si tengo que abrir la boca y ponerme a cantar en público, vomitaré.

Araña le dio un apretón en el brazo para darle confianza.

—Siéntate y observa cómo lo hago yo.

La chica del cumpleaños y dos de sus amigas subieron al escenario con paso vacilante y cantaron *Dancing Queen* sin parar de reír. Gordo Charlie estaba bebiendo un gintonic que alguien le había puesto en la mano, y hacía una mueca de dolor cada vez que las chicas desafinaban o perdían el ritmo. El resto del grupo premió su actuación con un gran aplauso.

La siguiente en subir al escenario fue otra de las chicas. Era la de la cara de duende, la que le había preguntado a Gordo Charlie adónde iban. Sonaron los primeros acordes de *Stand by Me* y ella se lanzó a cantar: no dio una sola nota en su sitio, no entró a tiempo una sola vez, y ni siquiera fue capaz de leer bien la letra. Gordo Charlie sufrió por ella.

La chica se bajó del escenario y se fue hacia la barra. Gordo Charlie iba a hacerle algún comentario amable, pero ella estaba radiante de alegría.

—Ha sido increíble —dijo—. O sea, alucinante. —Gordo Charlie la invitó a una copa, un vodka con naranja—. Ha sido una risa. ¿Vas a subir tú? Venga, tienes que hacerlo. Seguro que no la cagas más que yo.

Gordo Charlie se encogió de hombros queriendo darle a entender que era capaz de cagarla como si lo devorara la venganza de Moctezuma.

Araña subió al pequeño escenario como si estuviera bajo la luz de un foco.

—Él sí que se va a lucir, seguro —dijo Vodka con naranja—. ¿No ha dicho antes alguien que eras su hermano?

—No —murmuró Gordo Charlie, en una muestra de total inelegancia—, lo que dije fue que él es mi hermano.

Araña empezó a cantar *Under the Boardwalk*.

Gordo Charlie no habría hecho aquello de no ser porque le encantaba aquella canción. Cuando tenía trece años pensaba que *Under the Boardwalk* era la mejor canción que se había escrito nunca (a los catorce, cuando se convirtió en un joven hastiado que pasaba de todo, el *No Woman No Cry* de Bob Marley pasó a ser su favorita). Y allí estaba Araña cantando su canción, y lo estaba haciendo muy bien. Entonaba de maravilla y cantaba como si sintiera cada palabra. La gente dejó de beber, dejó de hablar, y todo el mundo lo miraba con atención.

Cuando Araña terminó de cantar, todos le aplaudieron como locos. Si hubieran llevado sombrero, seguramente lo habrían lanzado por los aires.

—Ahora entiendo que no quisieras subir después de él —le dijo Vodka con naranja a Gordo Charlie—. Lo que quiero decir es que seguro que no podrías igualar

eso, ¿verdad?

—Bueno... —replicó Gordo Charlie.

—Me refería a que —dijo ella con una amplia sonrisa— está claro quién es el talento de la familia.

Y mientras decía esto, le tocó la oreja y ladeó la cabeza. Fue aquel último gesto lo que desbordó el vaso.

Gordo Charlie se dirigió al escenario, echando un pie tras otro en una impresionante exhibición de destreza física. Estaba sudando.

Los minutos que siguieron fueron algo confusos. Se acercó a hablar con el Dj, y escogió una canción de la lista: *Unforgettable*. Esperó unos segundos que se le hicieron eternos y le trajeron un micrófono.

Tenía la boca seca. El corazón quería salirse del pecho.

En el monitor apareció la primera palabra: «*Unforgettable...*».

Gordo Charlie iba a demostrarles que él sí sabía cantar. Tenía un amplio registro, un chorro de voz y sabía interpretar. Cuando se ponía a cantar, todo su cuerpo se convertía en un instrumento.

Empezó a sonar la música.

En su mente, Gordo Charlie estaba listo para empezar a cantar. Iba a cantar *Unforgettable*. Iba a cantarla en honor de su difunto padre y de su hermano y de todos los presentes, iba a decirles que todos ellos eran imposibles de olvidar.

Sólo que no fue capaz. Había gente mirándole. Apenas eran dos docenas los que se daban cita esa noche en el piso de arriba de aquel pub. Una buena parte del público eran mujeres. Con público, Gordo Charlie no era capaz ni de abrir la boca.

La música siguió sonando, pero él se quedó ahí de pie, como un pasmarote. Tenía mucho frío. Sus pies parecían estar muy lejos.

Se obligó a abrir la boca.

—Creo —dijo, con voz muy clara, por el micro, con la música de fondo, y pudo oír cómo sus palabras resonaban por toda la sala—, creo que me estoy mareando.

No hubo salida triunfal.

Después de eso, todo se volvió algo inestable a su alrededor.

Hay lugares que son míticos. Existen, cada uno a su manera. Algunos están repartidos por la superficie de la Tierra; otros existen en un segundo plano, tras la realidad tal y como la percibimos a través de los sentidos, como una capa de fondo.

Hay ciertas montañas, por ejemplo, que no son más que escarpadas rocas tras las cuales se hallan los confines del mundo, y hay ciertas cuevas en esas montañas, cuevas profundas, que ya estaban habitadas mucho antes de que el primer hombre empezara a caminar sobre la Tierra.

Y siguen estando habitadas.

Capítulo Quinto

En el que se analizan a la luz del día las múltiples consecuencias que trajo la noche.

Gordo Charlie se levantó sediento.

Gordo Charlie se levantó sediento y con dolor de cabeza.

Gordo Charlie se levantó sediento, con dolor de cabeza, la boca le sabía a rayos, tenía los ojos hinchados, le dolían todos los dientes, tenía ardor de estómago, le dolía la espalda desde los tobillos hasta la frente, el cerebro se le había convertido en una masa algodonosa llena de agujas y alfileres, que eran lo que hacía que le doliera tanto que no podía ni pensar, y tampoco era que tuviera los ojos hinchados, sino que debían de habersele vuelto del revés mientras dormía, se los habían vuelto a poner del derecho y se los habían fijado con grapas; y también descubrió que cualquier ruido más fuerte que el que hacían las moléculas del aire al desplazarse y chocar las unas contra las otras estaba muy por encima de su umbral del dolor. Además, quería morir.

Gordo Charlie abrió los ojos. Gran error, la luz también le hacía daño. Aquello le reveló dónde estaba (en su cama, en su dormitorio) y, puesto que tenía justo delante el reloj de la mesilla, averiguó también que eran las 11:30.

Las cosas, pensó muy despacio, no podían ir peor: tenía una resaca de esas que el Dios del Antiguo Testamento habría hecho caer como castigo sobre los enemigos de Israel, y lo primero que haría Grahame Coats nada más verle sería despedirle.

Pensó si sería una buena idea llamar y decir que estaba enfermo, en cuanto pudiera recordar el número de teléfono de la oficina. Se disculparía —diría que había pillado una de esas devastadoras gripes de veinticuatro horas que te cogen por sorpresa y contra las que no hay nada que hacer...

—Oye —dijo alguien que estaba junto a él, en su cama—, creo que en tu mesilla hay una botella de agua, ¿te importa pasármela?

Gordo Charlie iba a decir que no había ninguna botella de agua en su mesilla, y que si quería agua tendría que ir al cuarto de baño y desinfectar el vaso de los cepillos de dientes antes de usarlo para beber, pero reparó en que tenía delante varias botellas de agua. Alargó el brazo y agarró una de ellas, sintiendo como si sus dedos no pertenecieran a su cuerpo, luego, con un esfuerzo similar al que uno tiene que hacer para darse el último impulso y alcanzar la cima de una montaña, se volvió hacia el otro lado.

Era Vodka con naranja.

Y estaba desnuda. Por lo menos, las partes de su cuerpo que asomaban por entre las sábanas.

Ella cogió la botella y tiró de la sábana para cubrirse los pechos.

—Gracias. Tu hermano me pidió que te dijera cuando despertaras que no hacía falta que llamaras a la oficina para decirles que estás enfermo. Me dijo que él ya se había ocupado de eso.

Gordo Charlie no se quedó tranquilo. Pero, de nuevo, en su estado actual, su cabeza sólo podía preocuparse de las cosas de una en una, y en ese momento le preocupaba poder llegar al baño a tiempo.

—Necesitarás beber más líquidos —dijo la chica—, tienes que recuperar electrolitos.

Gordo Charlie consiguió llegar a tiempo al baño. Luego, al comprobar que había llegado, se puso bajo el chorro de la ducha hasta que la habitación dejó de dar vueltas, y logró cepillarse los dientes sin vomitar.

Cuando volvió al dormitorio, Vodka con naranja ya no estaba allí, cosa que alivió a Gordo Charlie, que había empezado a albergar la esperanza de que no fuera más que un espejismo inducido por el alcohol, como los elefantes rosas o la pesadilla de que había subido a cantar a un escenario la noche anterior.

No fue capaz de encontrar la bata, así que se puso un chándal para bajar a la cocina, que estaba al otro lado del rellano.

Sonó el móvil, y lo buscó en su chaqueta, que estaba tirada en el suelo, junto a la cama. Por fin, dio con él y lo abrió. Contestó con un gruñido, tratando de que su voz no resultara identificable, por si era alguien de la Agencia Grahame Coats intentando averiguar dónde andaba.

—Soy yo —era la voz de Araña—. Todo está en orden.

—¿Les dijiste que había muerto?

—Mucho mejor. Me hice pasar por ti.

—Pero. —Gordo Charlie trataba de pensar con claridad—, pero tú no eres yo.

—Eh, ya lo sé. Pero les dije que lo era.

—Ni siquiera te pareces a mí.

—Querido hermano, no lo pongas difícil, trato de ayudar. Ya me he ocupado de todo. Epa... tengo que irme. El gran jefe quiere hablar conmigo.

—¿Grahame Coats? Mira, Araña...

Pero Araña ya había colgado el teléfono, y el display se había quedado en blanco.

La bata de Gordo Charlie entró por la puerta. Había una chica dentro de ella. La bata le sentaba bastante mejor que a él. Llevaba una bandeja que contenía un vaso de agua con un Alka-Seltzer en plena efervescencia y una taza.

—Bébetes estas dos cosas —le dijo—. Primero lo que hay en la taza. De un trago.

—¿Qué es?

—Yema de huevo, salsa Worcester, Tabasco, sal, un pelín de vodka y otras cosillas por el estilo. Una de dos: o te mata, o te quita la resaca —le dijo en un tono que no admitía discusión—. Bebe.

Gordo Charlie obedeció.

—¡Joder! —dijo.

—Sí —admitió ella—, pero sigues vivo.

Él no estaba tan seguro pero, de todos modos, se bebió el Alka-Seltzer. De repente, le vino algo a la cabeza.

—Esto... —dijo Gordo Charlie—. Esto... Una cosa. Anoche. Nosotros... bueno...

Ella no parecía entender lo que intentaba decirle.

—Nosotros, ¿qué?

—Ya sabes, ¿lo hicimos?

—¿Me estás diciendo que no te acuerdas? —Su rostro se desmoronó—. Dijiste que había sido el mejor polvo que habías echado en tu vida. Que era como si nunca antes le hubieras hecho el amor a una mujer. Fuiste en parte un dios, en parte un animal y en parte una máquina incansable...

Gordo Charlie no sabía adónde mirar. Ella soltó una risita.

—Es coña —dijo—. Ayudé a tu hermano a traerte a casa, te lavamos un poco y, después, ya sabes...

—No —replicó él—, no lo sé.

—Vale —dijo—, estabas muerto de frío, y tu cama es muy grande. No sé muy bien dónde ha dormido tu hermano. Debe de tener una constitución de hierro. Se levantó al amanecer, todo fresco y sonriente.

—Se fue a trabajar —le explicó Gordo Charlie—, se ha hecho pasar por mí.

—¿Y no han notado la diferencia? Quiero decir, no sois precisamente gemelos.

—Pues por lo visto, no —dijo, negando con la cabeza. Luego, la miró. Le estaba sacando la lengua, una lengua pequeña y rosada.

—¿Cómo te llamas?

—¿También has olvidado eso? Yo sí recuerdo tu nombre. Eres Gordo Charlie.

—Charles —la corrigió—. Charles, a secas.

—Yo me llamo Daisy —dijo, y extendió su mano—. Encantada de conocerte.

Se estrecharon la mano con aire solemne.

—Ahora me siento un poco mejor —dijo Gordo Charlie.

—Ya te lo dije —replicó ella—: o te mata o te cura.

Araña se lo estaba pasando en grande en la oficina. No solía trabajar en oficinas. No solía trabajar. Todo era nuevo para él, todo era maravilloso y extraño, desde el

minúsculo ascensor en el que subió a la quinta planta hasta las laberínticas oficinas de la Agencia Grahame Coats. Se quedó mirando, completamente fascinado, la vitrina del vestíbulo en la que había expuestos unos cuantos premios llenos de polvo. Se paseó por las oficinas y cuando alguien le preguntaba quién era respondía: «Soy Gordo Charlie Nancy». Lo decía con su voz de dios, que hacía que cualquier cosa que dijera pareciera verdad.

Descubrió la sala común y se preparó varias tazas de té. Luego, se las llevó a la mesa de Gordo Charlie y las distribuyó artísticamente sobre ella. Se puso a jugar con el ordenador. Le pidió la contraseña. «Soy Gordo Charlie Nancy», le dijo al ordenador, pero aun así había sitios a los que no le dejaba acceder, de modo que dijo: «Soy Grahame Coats», y el ordenador le dio acceso ilimitado.

Estuvo curioseando hasta que se aburrió.

Se entretuvo entonces con los documentos que había en la bandeja de entrada de Gordo Charlie. Luego se puso a enredar con los de la bandeja de asuntos pendientes.

Entonces pensó que seguramente Gordo Charlie ya se habría levantado, así que le llamó a casa para decirle que todo iba bien; justo cuando pensaba que empezaba a hacer avances con él, Grahame Coats se asomó por la puerta, se pasó los dedos por sus labios de armiño y le hizo señas para que se acercara.

—Tengo que irme —le dijo Araña a su hermano—, el gran jefe quiere hablar conmigo —y colgó el teléfono.

—Otra vez haciendo llamadas privadas en horas de oficina, Nancy —afirmó Grahame Coats.

—*Per-fectuputamadre* —admitió Araña.

—¿Y era a mí a quien te referías con lo de «gran jefe»? —inquirió Grahame Coats. Atravesaron juntos el rellano y se dirigieron a su despacho.

—Es usted el más grande —dijo Araña— y el más jefe.

Grahame Coats parecía desconcertado; sospechaba que se estaba burlando de él, pero no estaba seguro, y aquello le inquietaba.

—En fin, siénteseme, siénteseme usted —dijo.

Araña se le sentó.

Grahame Coats tenía por costumbre renovar su plantilla constantemente. Había gente que llegaba y se marchaba enseguida. Otros llegaban y se quedaban hasta el preciso momento en el que la ley establecía que el empleado tenía derecho a un contrato indefinido con todas las garantías. Gordo Charlie llevaba allí más tiempo que ningún otro empleado: un año y once meses. Faltaba tan sólo un mes para que el subsidio de paro y la magistratura de trabajo volvieran a formar parte de su vida.

Grahame Coats tenía preparado un discurso que soltaba siempre a sus empleados antes de despedirlos. Se sentía muy orgulloso de él.

—Donde una puerta se cierra —comenzó—, otra se abre. Así que, como siempre

digo: si la vida te da limones, haz limonada.

—Y al mal tiempo —apuntó Araña—, buena cara.

—Ah, sí. Sí. Muy cierto. Bien. A nuestro paso por este valle de lágrimas, debemos detenernos un momento y tomar conciencia de que...

—No hay mal que por bien no venga.

—¿Qué? Oh. —A Grahame Coats le estaba costando no perder el hilo de su discurso—. La felicidad es como una mariposa.

—O un pájaro azul.

—Eso es. ¿Me deja usted acabar?

—Por supuesto. Soy todo oídos —contestó alegremente Araña.

—Y la felicidad de cuantos trabajan en la Agencia Grahame Coats es para mí tan importante como la mía propia.

—No sabe usted —replicó Araña— cuánto me alegro de oír eso.

—Sí —dijo Grahame Coats.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Pero lo he pasado de maravilla. Si le apetece que repitamos en otra ocasión, no tiene más que decirlo. Ya sabe dónde encontrarme.

—La Felicidad —continuó Grahame Coats. La voz empezaba a salirle un tanto estrangulada—. Eso es. Y yo me pregunto, Nancy, Charles, ¿es esto...? ¿Es usted feliz trabajando con nosotros? ¿No está usted conmigo en que podría ser mucho más feliz trabajando en otro sitio?

—Yo no me lo pregunto —respondió Araña—. ¿Quiere usted saber lo que yo me pregunto?

Grahame Coats se quedó callado. Nunca antes le había pasado una cosa así. Normalmente, al llegar a este punto, el destinatario del discurso se desmoronaba y se quedaba noqueado. Algunos incluso lloraban. Pero a Grahame Coats no le importaba que lloraran.

—Lo que yo me pregunto —continuó Araña— es para qué sirven esas cuentas que tiene en las Islas Caimán. Lo digo porque da la impresión de que, algunas veces, el dinero que debería ir a parar a las cuentas de nuestros clientes se desvía y acaba en esas otras cuentas. Es un sistema un tanto curioso de administración financiera, desviar los fondos a una cuenta personal. Hasta ahora no lo había visto nunca. Esperaba que usted pudiera explicármelo con más detalle.

Grahame Coats estaba lívido; su rostro tenía un tono parecido al que en los catálogos de pintura se describe como «cal» o «magnolia».

—¿Cómo ha logrado usted acceder a esas cuentas? —le preguntó.

—Ordenadores —respondió Araña—. ¿No le sacan de quicio? A mí sí, no hay manera.

Grahame Coats se quedó pensativo un buen rato. Siempre había imaginado que

sus finanzas eran tan intrincadas que, incluso si los muchachos del fisco llegaban a sospechar que se estaba llevando a cabo algún tipo de fraude, les sería muy difícil explicar exactamente en qué consistía ante un tribunal. O eso era lo que le gustaba pensar.

—No es ilegal poseer cuentas en el extranjero —afirmó, tratando de parecer tranquilo.

—¿Ilegal? —dijo Araña—. Espero sinceramente que no. Quiero decir que si llegara a enterarme de que alguien está cometiendo un delito, me vería obligado a dar parte a las autoridades competentes.

Grahame Coats cogió su pluma, pero volvió a dejarla sobre la mesa.

—Ah —replicó—, bien. Me encanta charlar, conversar amistosamente, pasar el rato con usted, Charles, pero creo que ambos tenemos aún mucho trabajo por hacer hoy. Después de todo, el tiempo vuela. No hay que dormirse en los laureles.

—Trabajar para medrar —comentó Araña.

Gordo Charlie empezaba a sentirse de nuevo un ser humano. Se le había pasado el dolor; poco a poco, las náuseas habían ido desapareciendo también. Aunque aún no estaba muy convencido de que el mundo fuera un lugar precisamente maravilloso y alegre, al menos había abandonado ya el noveno círculo del infierno de la resaca, lo cual era un gran alivio.

Daisy había tomado posesión de su cuarto de baño. Había oído el agua correr y a Daisy haciendo sus abluciones.

Llamó con los nudillos.

—Estoy aquí —contestó Daisy—. Estoy en el baño.

—Ya lo sé —replicó Gordo Charlie—. Mejor dicho, no lo sabía, pero lo suponía.

—¿Sí? —preguntó Daisy.

—Sólo me preguntaba... —dijo Gordo Charlie—, me preguntaba, ¿por qué volviste aquí anoche?

—Bueno —respondió ella—, tu estado era más bien lamentable. Y me dio la impresión de que tu hermano iba a necesitar algo de ayuda. Hoy tengo la mañana libre, así que... *Voilà!*

—*Voilà* —repitió Gordo Charlie. Por un lado, la chica sentía lástima de él. Por otro, le gustaba mucho Araña. Sí. Apenas conocía a su hermano de un día y ya tenía la sensación de que no le esperaban grandes sorpresas en aquella nueva relación. Araña era el que ligaba y él un triste segundón.

Daisy dijo:

—Tienes una voz preciosa.

—¿Qué?

—Viniste cantando en el taxi, cuando volvíamos a casa. *Unforgettable*. Qué

bonito.

Había conseguido apartar de su mente el recuerdo del karaoke, lo había relegado a una de esas zonas oscuras donde uno guarda los recuerdos que prefiere no recordar. Aquélla mención volvió a sacarlo a la luz, ojalá ella no hubiera dicho nada.

—Estuviste genial —dijo Daisy—. ¿Por qué no me lo cantas otra vez?

Gordo Charlie se puso a buscar desesperadamente alguna excusa pero, de repente, le salvó el timbre de la puerta.

—Voy a abrir —dijo.

Bajó por las escaleras y salió a abrir la puerta. Las cosas iban de mal en peor. La madre de Rosie le echó una mirada de esas que cortan la leche. No dijo nada. Llevaba en la mano un sobre blanco.

—Hola, señora Noah —saludó Gordo Charlie—. Qué agradable verla por aquí. Esto...

Ella alzó la barbilla mientras sujetaba el sobre en el aire.

—Oh —dijo—, estás aquí. Bueno. ¿Vas a invitarme a entrar?

«Eso es —pensó Gordo Charlie—. Los de su raza necesitan invitación para entrar en casa ajena. Dile que no y así tendrá que marcharse».

—Por supuesto, señora Noah. Pase usted, por favor. —«Vaya, vaya, de modo que así es como lo hacen los vampiros»—. ¿Le apetece una taza de té?

—No me hagas la rosca —dijo ella—, no me vas a ablandar.

—Bueno... Entendido.

Subieron por la estrecha escalera hasta la cocina. La madre de Rosie echó un vistazo a su alrededor y puso cara de que aquello no estaba a la altura de sus exigencias en materia de higiene, ya que incluía cierta variedad de productos comestibles.

—¿Café? ¿Agua? —«No digas manzanas de cera»—. ¿Una manzana de cera? —«Mierda».

—Me ha contado Rosie que tu padre falleció hace unos días —dijo.

—Sí, así es.

—Cuando falleció el padre de Rosie, *Cooks and Cookery* publicó un obituario de cuatro páginas. Le atribuían en exclusiva el mérito de haber introducido en Inglaterra la cocina de fusión caribeña.

—Oh —replicó.

—Tampoco me dejó mal situada, precisamente. Tenía un buen seguro de vida, y además era copropietario de dos restaurantes de mucho éxito. Soy una mujer bastante adinerada. Cuando yo me muera, Rosie lo heredará todo.

—Cuando estemos casados —respondió Gordo Charlie—, yo cuidaré de ella. No se preocupe.

—No digo que vayas detrás de Rosie sólo por mi dinero —dijo la señora Noah en

un tono que dejaba muy claro que eso era exactamente lo que pensaba.

A Gordo Charlie empezaba a dolerle otra vez la cabeza.

—Señora Noah, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

—He estado hablando con Rosie, y hemos decidido que debía empezar a ayudaros con los preparativos de la boda —dijo con afectación—. Necesito una lista de tus invitados. Las personas a las que tú quieras invitar: nombre y apellidos, dirección, *e-mail* y número de teléfono. He preparado un formulario, sólo tienes que rellenarlo. Pensé que, ya que tenía que pasar por Maxwell Gardens, podía ahorrarme el franqueo y traértelo en persona. No esperaba encontrarte en casa. —Le alargó el sobre blanco—. Habrá un total de noventa invitados. Puedes invitar a ocho miembros de tu familia y a seis amigos. Los amigos y cuatro de tus familiares se sentarán en la mesa H. El resto de tus invitados estarán en la mesa C. Tu padre se habría sentado con nosotros en la mesa de honor pero, puesto que ha fallecido, le hemos cedido su plaza a una tía de Rosie, la tía Winifred. ¿Has decidido ya quién va a ser tu padrino?

Gordo Charlie negó con la cabeza.

—Bueno, cuando te decidas, asegúrate de que no haya ninguna broma soez en su discurso. No quiero que tu padrino pronuncie una sola palabra que no pudiera escucharse en una iglesia. ¿Me has entendido?

Gordo Charlie se preguntó qué clase de palabras oiría aquella mujer cuando acudía a la iglesia. Probablemente gritos de «¡*Vade retro*, bestia del Averno!», seguidos de exclamaciones del tipo: «¿Está viva?», y un rumor de alarma preguntando si alguien tenía por ahí una estaca y un mazo.

—Creo recordar —repuso Gordo Charlie—, que me quedan más de diez parientes vivos. Lo que quiero decir es que tengo primos, primas, alguna tía abuela, ya sabe.

—Es obvio que hay algo que estás pasando por alto —dijo la madre de Rosie—, y es que las bodas cuestan dinero. He previsto 175 libras por cubierto en las mesas de la A a la D (la mesa A es la mesa de honor), que estarán ocupadas por los parientes más próximos de Rosie y mis amigas del club, y 125 libras por cubierto para las mesas de la E a la G, ya sabes, amigos menos íntimos, niños y demás.

—Creí entender que mis amigos ocuparían la mesa H —replicó Gordo Charlie.

—Eso nos lleva al siguiente escalón. Ellos no tomarán el cóctel de aguacate y gambas ni el biscuit de jerez.

—La última vez que Rosie y yo hablamos de esto, decidimos que serviríamos un único menú para todos, una selección de platos típicamente caribeños.

La madre de Rosie hizo un gesto de desdén.

—Ésta hija mía, a veces no sabe lo que quiere. Pero ahora está completamente de acuerdo conmigo.

—Mire —respondió Gordo Charlie—, creo que debería hablar con Rosie de todo esto y luego volver a hablar con usted.

—Tú rellena los formularios —dijo la madre de Rosie. Luego, añadió con aire suspicaz—: ¿Cómo es que no estás en la oficina?

—Hoy... esto... Hoy no he ido a trabajar. Mejor dicho, tengo la mañana libre. Hoy no trabajo. No. Hoy no.

—Espero que se lo hayas dicho a Rosie. Me dijo que quería quedar contigo para comer. Ésa es la razón por la que no podíamos comer juntas hoy.

Gordo Charlie entendió lo que aquello significaba.

—Bien —dijo—. Bueno, gracias por su visita, señora Noah. Hablaré con Rosie y...

Daisy entró en ese preciso instante en la cocina. Llevaba una toalla a modo de turbante y la bata de Gordo Charlie pegada a su cuerpo todavía húmedo. Dijo:

—Tienes zumo de naranja, ¿verdad? Sé que, antes, fisgando por ahí, lo he visto por alguna parte. ¿Qué tal la cabeza? ¿Estás mejor? —Abrió la nevera y se sirvió un vaso de zumo de naranja.

La madre de Rosie carraspeó. No sonó como un carraspeo cualquiera. Más bien era como el sonido de los guijarros en la playa.

—¿Qué tal? —saludó Daisy—. Me llamo Daisy.

La temperatura de la cocina empezó a bajar sensiblemente.

—¿Ah, sí? —replicó la madre de Rosie. Había auténticos carámbanos colgando de aquella última «i».

—Me pregunto qué nombre les habrían puesto a las naranjas —dijo Gordo Charlie— de no haber sido de color naranja. Quiero decir, si cuando descubrieron aquella nueva fruta hubiera sido azul en lugar de naranja, ¿las habrían llamado azules? ¿Estaríamos bebiendo, entonces, zumo de azul?

—¿Qué? —preguntó la madre de Rosie.

—Dios Santo. Deberías oír las cosas que salen de tu boca —comentó Daisy, divertida—. Bueno. Voy a ver si soy capaz de encontrar mi ropa. Ha sido un placer conocerla.

Daisy se fue. Gordo Charlie seguía sin respirar.

—¿Quién... —preguntó la madre de Rosie— era... ésa?

—Mi her... prima. Mi prima —respondió Gordo Charlie—. Es que para mí es como una hermana. Estamos muy unidos, crecimos juntos. Se presentó por sorpresa anoche. Es una chica muy impulsiva. Bueno. Sí. Va a venir a la boda.

—Le haré un sitio en la mesa H —dijo la madre de Rosie—. Allí se sentirá más a gusto —añadió en el tono con el que otros dirían: «¿Quieres una muerte rápida, o prefieres que Machaca juegue un rato contigo antes?».

—Estupendo —replicó Gordo Charlie—. En fin. Ha sido un placer verla, estoy seguro de que tiene usted muchas cosas que hacer. Y —señaló— yo tengo que irme a trabajar.

—Creí que me habías dicho que tenías el día libre.

—La mañana. Tengo la mañana libre. Y ya es casi la hora de comer. Debería estar arreglándome para ir a la oficina, así que, ya nos veremos.

La madre de Rosie agarró su bolso y se puso en pie. Gordo Charlie la acompañó hasta el pasillo.

—Ha sido un placer verla —dijo.

Ella parpadeó, como una pitón antes de atacar a su presa.

—Adiós, Daisy —dijo alzando la voz—. Te veré en la boda.

Daisy, que ahora llevaba puestos el sujetador y las bragas, y se estaba poniendo una camiseta, se asomó.

—Cuídese —replicó, y volvió a meterse en la habitación de Gordo Charlie.

La madre de Rosie no dijo nada más mientras bajaba con Gordo Charlie por las escaleras. Él le abrió la puerta y, cuando ella pasó por delante, vio en su cara algo terrible, algo que le apretó aún más el nudo que sentía en el estómago desde hacía ya un rato: la mueca en los labios de la madre de Rosie, que se habían curvado en un rictus espeluznante; como una calavera con labios. La madre de Rosie estaba sonriendo.

Gordo Charlie cerró la puerta tras ella y se quedó allí de pie, en mitad del recibidor, estremeciéndose. A continuación, como un hombre camino de la silla eléctrica, subió de nuevo por las escaleras.

—¿Quién era? —preguntó Daisy, que ya estaba casi vestida.

—La madre de mi novia.

—Es la alegría de la huerta, ¿no? —Llevaba la misma ropa de la noche anterior.

—¿Piensas ir así a trabajar?

—¡Qué dices! No, hombre, no. Pasaré por casa a cambiarme. No es esta la pinta que suelo llevar cuando trabajo. ¿Te importa pedirme un taxi?

—¿Adónde vas?

—A Hendon.

Gordo Charlie cogió el teléfono y le pidió un taxi. Luego, se sentó en el suelo del pasillo y trató de concebir algunas ideas sobre lo que podía esperarle en adelante, pero todas ellas le resultaban igualmente inconcebibles.

Había alguien detrás de él.

—En mi bolso llevo unos comprimidos de vitamina B —le ofreció Daisy—. O puedes probar a tomarte una cucharada de miel. A mí nunca me ha servido de nada pero, según jura mi compañera de piso, es lo mejor que hay para la resaca.

—No es eso —replicó Gordo Charlie—. Le he dicho que eras mi prima. Para que no pensara que eres mi... que hemos estado... ya sabes... me encuentra en mi apartamento con una desconocida y... ya me entiendes.

—¿Tu prima? Bueno, no te preocupes. Lo más probable es que se olvide

enseguida de que me ha visto y, si no, dile que me he marchado del país sin despedirme siquiera. Total, no vamos a volver a vernos.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes?

—No hace falta que te alegres tanto.

Se oyó un claxon.

—Debe de ser mi taxi. Levántate y despídete de mí como es debido.

Gordo Charlie se levantó.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Daisy. Y le abrazó.

—Creo que mi vida se acaba aquí —respondió Gordo Charlie.

—No, hombre, no.

—Estoy sentenciado.

—Gracias —dijo ella. Se inclinó y le dio un beso en los labios, un beso más largo y más sensual de lo que correspondía a la forma en que la acababa de presentar. Luego, Daisy le sonrió, bajó las escaleras con paso decidido y se marchó.

—Todo esto —dijo en alto Gordo Charlie cuando la puerta se hubo cerrado— no está sucediendo de verdad.

Aún sentía el sabor de los labios de Daisy: zumo de naranja y frambuesa. Aquello sí que era un beso. Un beso de verdad. Había una atracción sexual detrás de aquel beso que nunca antes había experimentado, en toda su vida, ni siquiera con los besos de...

—Rosie —pronunció su nombre en alto.

Abrió su móvil y la llamó.

—Has llamado a Rosie —contestó la voz de la propia Rosie—. O no puedo atenderte ahora, o me he dejado el teléfono otra vez. Éste es mi buzón de voz. Intenta localizarme en casa o déjame un mensaje.

Gordo Charlie cerró el móvil. Luego, se puso un chaquetón encima del chándal y, parpadeando dolorosamente a causa de la brillante luz, salió a la calle.

Rosie Noah estaba preocupada, cosa que la preocupaba aún más. La culpa, como sucedía a menudo en la vida de Rosie, aunque ella no siempre quisiera admitirlo, era de la madre de Rosie.

Rosie se había acostumbrado a convivir con el hecho de que su madre detestaba la idea de que fuera a casarse con Gordo Charlie Nancy. Ella interpretaba la oposición de su madre como una señal divina de que, seguramente, había tomado la decisión más acertada. Incluso a pesar de que, personalmente, tenía sus dudas.

Le quería, por supuesto. Era un hombre formal, juicioso, confiaba en él...

Aquél inesperado cambio en la actitud de su madre con respecto a su boda la tenía preocupada, y ese repentino interés en participar en la organización del evento la tenía profundamente trastornada.

Había llamado a Gordo Charlie la noche anterior para hablarle de ello, pero no contestaba ni en casa ni en el móvil. Rosie pensó que quizá se había acostado temprano.

Por eso quería comer con él.

La Agencia Grahame Coats estaba en el último piso de un edificio Victoriano en Aldwych, y había que subir cinco tramos de escaleras para llegar hasta allí. El edificio tenía ascensor, claro, una auténtica pieza de museo; había sido instalado cien años antes a instancias de Rupert Binky Butterworth, un famoso representante teatral en aquella época. Era un ascensor minúsculo, lento, que traqueteaba igual que una vieja diligencia, y cuyo peculiar diseño y funcionamiento sólo podías llegar a comprender cuando te enterabas de que Binky Butterworth tenía un tamaño, una forma y una habilidad para acoplarse en los espacios reducidos similares a los de una corpulenta cría de hipopótamo, y había diseñado aquel ascensor para que cupieran, muy justos, Binky Butterworth y otra persona más, alguien mucho más delgado: una corista, por ejemplo, o un *boy* —Binky no hacía distinciones—. Todo lo que Binky necesitaba para ser feliz era algún artista en busca de representante que tuviera que subir con él en el ascensor aquellos cinco pisos, bien arrimaditos los dos, lentamente, con un buen traqueteo para animar la cosa. Binky debía de llegar tan acalorado después del viajecito, que seguramente tendría que echarse un rato, dejando que la corista o el *boy* de turno descansaran las piernas en la sala de espera, temerosos de que el rostro congestionado y la acelerada respiración de Binky fueran los primeros síntomas de una apoplejía, como lo llamaban por aquel entonces.

La primera vez subían con Binky Butterworth, pero después del trago que eso suponía, preferían subir siempre a pie.

Grahame Coats, que veinte años antes le había comprado lo que quedaba de la Agencia de Binky Butterworth a la bisnieta del propio Binky, afirmaba que el ascensor formaba parte de su legado histórico.

Rosie salió, cerró de golpe la reja, luego la puerta, y se dirigió a la recepción. Le dijo a la recepcionista que quería ver a Charles Nancy. Se sentó en un sofá, bajo unas fotografías en las que Grahame Coats aparecía acompañado de algunos de sus representados. Reconoció a Morris Livingstone, el cómico, algunos grupos musicales infantiles hoy olvidados, y unos cuantos deportistas famosos que, en sus últimos años, se habían convertido en «figuras». La mayoría pertenecía a esa clase de famosos que se divierte cometiendo todo tipo de excesos y no para hasta ver su nombre en la lista de espera para un trasplante de hígado.

Un hombre apareció en la recepción. No se parecía en absoluto a Gordo Charlie. Tenía un aspecto más siniestro, y sonreía como si lo encontrara todo increíblemente divertido —demasiado divertido, de un modo algo perverso.

—Soy Gordo Charlie —dijo el hombre.

Rosie se acercó a Gordo Charlie y le dio un piquito en la mejilla. El hombre dijo: —¿Nos conocemos? —Una pregunta un tanto extraña, y luego continuó—. Pues claro que te conozco. Eres Rosie. Y cada día que pasa estás más guapa. —Y la besó en los labios.

No fue más que un leve roce, pero el corazón de Rosie se aceleró como el de Binky Butterworth después de un viajecito especialmente movido en el ascensor con una de sus coristas.

—Comer —dijo Rosie con voz aflautada—. Pasaba. Pensé que quizá podríamos... charlar.

—Sí —replicó el hombre al que Rosie creía ahora Gordo Charlie—. Comer.

Rodeó cálidamente los hombros de Rosie con su brazo.

—¿Habías pensado en algún restaurante en particular?

—Oh —respondió ella—. Es igual. Donde tú quieras.

Era su olor, pensó. ¿Por qué no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que le gustaba su olor?

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo —dijo él—. ¿Bajamos por las escaleras?

—Si no te importa —replicó ella—, creo que prefiero coger el ascensor.

Rosie volvió a cerrar la puerta interior y bajaron los cinco pisos despacio, con aquel traqueteo, pegados el uno al otro.

Rosie no recordaba la última vez que se había sentido así de feliz.

Al salir a la calle el móvil de Rosie la avisó de que tenía una llamada perdida. No hizo ni caso.

Entraron en el primer restaurante que encontraron. Un mes antes había sido un sofisticado restaurante japonés, con una cinta transportadora por la que circulaban diferentes platos de pescado crudo cuyo precio variaba según el color del plato. El restaurante había quebrado y había sido reemplazado inmediatamente por un húngaro que conservó la cinta transportadora como una sofisticada aportación a la gastronomía húngara, lo que hacía que el *goulash*, las bolas de paprika y la crema agria se quedaran fríos en pocos minutos mientras circulaban majestuosamente por todo el restaurante.

Rosie pensó que tampoco éste duraría mucho.

—¿Dónde estuviste anoche? —le preguntó.

—Por ahí —dijo—. Salí con mi hermano.

—Eres hijo único —replicó ella.

—Qué va. Ahora resulta que somos dos.

—¿En serio? ¿Otra extraña herencia de tu padre?

—Cariño —dijo el hombre que ella creía Gordo Charlie—, todavía no sabes ni la mitad.

—En fin —dijo Rosie—. Supongo que asistirá a la boda.

—Creo que no se la perdería por nada del mundo. —Cogió la mano de Rosie entre las suyas y a ella casi se le cayó la cuchara que sostenía con la otra mano—. ¿Qué planes tienes para el resto de la tarde?

—Nada de particular. En la oficina no hay mucho movimiento ahora mismo. Tendría que hacer un par de llamadas a ver si consigo alguna donación, pero tampoco es nada que no pueda esperar. ¿Ibas a...? ¿Estabas pensando...? Esto... ¿Porqué?

—Hace un día precioso. ¿Te apetece que demos un paseo?

—Me encantaría —respondió Rosie.

Bajaron hasta el Embankment y pasaron por las orillas del Támesis. Caminaban despacio, cogidos de la mano, hablando de nada en particular.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? —preguntó Rosie cuando se detuvieron a comprar un helado.

—Oh —respondió él—, seguro que no les importa. Probablemente ni siquiera se darán cuenta de que no he vuelto.

Gordo Charlie subió corriendo por las escaleras a la Agencia Grahame Coats. Siempre subía por las escaleras. Primero, porque era un ejercicio muy saludable y, segundo, porque de ese modo no volvería a encontrarse atrapado en aquel claustrofóbico ascensor con otra persona, demasiado cerca para fingir que no lo había visto.

Llegó a la recepción jadeando levemente.

—¿Ha venido hoy Rosie por aquí, Annie?

—¿La has perdido?

Se dirigió a su despacho. Su mesa estaba ordenada de un modo peculiar. Había desaparecido la montaña de cartas que aún no había abierto. Pegado en el monitor, había un postit que decía: «Pásate por mi despacho. GC».

Llamó a la puerta del despacho de Grahame Coats. Ésta vez, una voz le contestó desde el interior.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo.

—Sí —respondió Grahame Coats—, pase, pase, señor Nancy. Tome asiento. He estado pensando largo y tendido en nuestra charla de esta mañana. Y tengo la impresión de que lo he subestimado a usted. Lleva trabajando con nosotros... ¿cuánto tiempo?

—Casi dos años.

—Ha trabajado usted mucho y muy duro. Y ahora, el triste fallecimiento de su padre...

—En realidad apenas le conocía.

—Ah. Qué fortaleza de espíritu la suya, Nancy. Puesto que estamos en temporada

baja, ¿qué me diría si le ofreciese un par de semanas de vacaciones? Ni que decir tiene que en esas dos semanas percibiría usted su sueldo completo, por supuesto.

—¿Mi sueldo completo? —repitió Gordo Charlie.

—Su sueldo completo, pero, sí, ya entiendo lo que quiere decir. Un incentivo. Estoy seguro de que le vendría bien un dinero extra para disfrutarlo mientras esté de vacaciones, ¿cierto?

Gordo Charlie trataba de imaginarse en qué clase de nuevo universo había aterrizado de repente.

—¿Me está despidiendo?

Grahame Coats se echó a reír, parecía una comadreja con una astilla de hueso clavada en la garganta.

—Nada de eso. Al contrario. De hecho —dijo—, creo que ahora es cuando nos entendemos de verdad. Su puesto nunca ha sido más seguro. Seguro como una casa. Siempre y cuando siga siendo usted, tal como ha sido hasta ahora, un modelo de prudencia y discreción.

—¿Cómo de seguras son las casas? —preguntó Gordo Charlie.

—Extraordinariamente seguras.

—Lo pregunto porque recuerdo haber leído en alguna parte que la mayoría de los accidentes ocurren en casa.

—Entonces —dijo Grahame Coats—, creo que es de vital importancia que regrese usted a su casa inmediatamente. —Le alargó a Gordo Charlie un papel—. Aquí tiene, un pequeño detalle para agradecerle sus dos años de duro trabajo en la Agencia Grahame Coats. —A continuación, añadió las palabras que decía siempre que le daba dinero a alguien—. No se lo gaste todo de golpe.

Gordo Charlie miró el papel. Era un cheque.

—Dos mil libras. Coño. Quiero decir, no puedo aceptarlas.

Grahame Coats le sonrió. Gordo Charlie estaba demasiado atónito y conmocionado—perplejo para entender lo que significaba aquella sonrisa.

—Que le vaya bien.

Gordo Charlie se dio media vuelta para regresar a su oficina.

Grahame Coats se apoyó en la puerta, con naturalidad, como una mangosta recostada despreocupadamente sobre un nido de serpientes.

—Una última pregunta, nada importante. Por si acaso, mientras se encuentra usted de vacaciones, relajándose y divirtiéndose (y le encarezco sobremanera a que se dedique usted a ambas cosas), por si acaso, decía, si durante su ausencia yo precisara consultar sus archivos, ¿le importaría decirme cuál es su contraseña?

—Creo que su contraseña le da acceso a todo el sistema —dijo Gordo Charlie.

—Sin duda que sí —admitió Grahame Coats con aire jovial—. Es sólo por si acaso. Ya sabe usted lo caprichosos que son a veces los ordenadores.

—Es «sirena» —respondió Gordo Charlie—: S—I—R—E—N—A.

—Estupendo —replicó Grahame Coats—. Estupendo.

No se frotó las manos pero su expresión era igual de elocuente que si lo hubiera hecho.

Gordo Charlie bajó por las escaleras con un cheque de dos mil libras en su bolsillo, preguntándose cómo había podido juzgar tan mal a Grahame Coats en esos dos años.

Dobló la esquina, entró en el banco e ingresó el cheque en su cuenta.

Luego, bajó hacia el Embankment para tomar un poco el aire y pensar.

Era dos mil libras más rico. El dolor de cabeza con que se había levantado aquella mañana había desaparecido por completo. Se sentía seguro y bien situado. Se preguntaba si Rosie podría acompañarle en aquellas mini vacaciones. Era algo precipitado, pero a lo mejor...

Y, en ese preciso instante, vio a Araña y a Rosie paseando de la mano por la acera de enfrente. Rosie estaba dando los últimos mordiscos a un helado. De repente, se paró y tiró lo que le quedaba en una papelera. Tiró de Araña hacia ella y, con el sabor del helado aún en su boca, lo besó apasionadamente, recreándose en sus labios.

Gordo Charlie empezaba a sentir que le volvía el dolor de cabeza. Se quedó paralizado.

Los observó mientras se besaban. En su modesta opinión, tarde o temprano tendrían que detenerse a respirar, pero parecía que no, así que se dio la vuelta y echó a andar hacia el metro, en dirección opuesta, sintiéndose muy miserable.

Y regresó a casa.

Al llegar, Gordo Charlie se sentía fatal, de modo que se metió en la cama. Las sábanas aún conservaban algo del olor de Daisy. Cerró los ojos.

Pasó el tiempo, ahora Gordo Charlie caminaba por la arena de la playa en compañía de su padre. Iban descalzos. Él era niño de nuevo, y su padre no tenía edad.

«Y bien —decía su padre—, ¿qué tal os entendéis Araña y tú?».

«Esto es un sueño —señaló Gordo Charlie— y no quiero hablar de eso».

«Qué chicos estos —dijo su padre, sacudiendo la cabeza—. Escucha. Tengo algo importante que decirte».

«¿Qué?».

Pero su padre no respondió. Estaba mirando algo que había en la orilla, y alargó una mano para cogerlo. Cinco puntiagudos brazos se doblaron lánguidamente.

«Una estrella de mar —musitó su padre—, si la cortas por la mitad, se reproduce inmediatamente».

«Me había parecido entender que tenías algo importante que decirme».

Su padre se llevó la mano al pecho y se desplomó en la arena, había dejado de moverse. Empezaron a salir gusanos del suelo y lo devoraron en cuestión de

segundos, no dejaron más que los huesos.

¿Papá?

Gordo Charlie se despertó, estaba en su dormitorio y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Entonces, dejó de llorar. No tenía motivos para llorar, su padre no había muerto; sólo había sido una pesadilla.

Decidió que invitaría a Rosie a cenar en su casa la noche siguiente. Comerían bistec. Él mismo prepararía la cena. Todo iría bien.

Se levantó de la cama y se vistió.

Estaba en la cocina, veinte minutos más tarde, comiéndose un bote de tallarines precocinados, cuando cayó en la cuenta de que, aunque lo de la playa había sido un sueño, su padre seguía estando muerto.

Rosie se pasó un rato más tarde por casa de su madre, en Wimpole Street.

—Hoy he visto a tu novio —dijo la señora Noah. Su nombre de pila era Eutheria, pero en los últimos treinta años nadie más que su marido se había atrevido llamarla así y, tras su muerte, el nombre se le había ido atrofiando y ya no era probable que volviera a usarlo nunca más.

—Yo también —replicó Rosie—. ¡Dios, cómo quiero a ese hombre!

—Lógico. Vas a casarte con él, ¿no?

—Sí, bueno. Quería decir que, aunque siempre he sabido que le quería, hoy he descubierto hasta qué punto lo amo realmente. Me gusta todo de él.

—¿Has logrado averiguar dónde estuvo anoche?

—Sí. Me lo ha explicado todo. Salió con su hermano por ahí.

—No sabía que tuviera un hermano.

—No lo había mencionado hasta ahora. No están muy unidos.

La madre de Rosie chasqueó la lengua.

—Pues deben de haberse puesto todos de acuerdo para celebrar una reunión de familia. ¿No te dijo nada de su prima?

—¿Prima?

—O a lo mejor es su hermana. No parecía que lo tuviera muy claro. Una chica muy mona, aunque sin mucha clase. Tenía cierto aire chino. Tampoco me sorprendió demasiado. Pero, bueno, ya sabes con qué clase de gente vas a emparentar.

—Mamá, no conoces a su familia.

—A ella sí la conozco. Estaba esta mañana en la cocina, paseándose por toda la casa medio desnuda. Una desvergonzada. Si es que de verdad era su prima, claro.

—Gordo Charlie no mentiría sobre una cosa así.

—Es un hombre.

—¡Mamá!

—Y, a propósito, ¿por qué no ha ido hoy a trabajar?

—Sí ha ido. Estaba en la oficina. Hemos comido juntos.

La madre de Rosie se miró en el espejo y se limpió el carmín de los dientes.

—¿Qué más le dijiste? —preguntó Rosie.

—Nos limitamos a hablar de la boda, le advertí de que no quería que su padrino hiciera un discurso de esos soeces. Me dio la impresión de que había estado bebiendo. Ya te advertí de que no debías casarte con un hombre que se diera a la bebida.

—Bueno, pues cuando yo lo vi estaba perfectamente —dijo Rosie en tono repipi, y añadió—. Oh, mamá, ha sido un día absolutamente maravilloso. Hemos estado paseando, charlando y... Oh, ¿te he dicho ya lo increíblemente bien que huele? Y tiene unas manos tan suaves...

—Pues, si quieres que te diga la verdad, a mí me parece que huele a chamusquina. Te diré lo que deberías hacer: la próxima vez que le veas, pregúntale por esa prima. Yo no digo ni que sea de verdad su prima ni que no lo sea. Sólo digo que, en caso de que lo sea, es que en su familia hay prostitutas, *strippers* y chicas de vida alegre, y no te conviene.

Rosie se sentía mejor ahora que su madre volvía a tomarla con Gordo Charlie.

—Mamá, no pienso seguir escuchándote.

—Muy bien. Me morderé la lengua, si es lo que quieres. Al fin y al cabo, no soy yo quien se va a casar con él. Ni la que va a echar a perder su vida. No voy a ser yo la que acabe llorando sobre su almohada mientras él se pasa la noche entera de juerga, bebiendo con sus amiguitas. No voy a ser yo la que se pase los días y las noches esperando a que su marido salga de la cárcel.

—¡Mamá! —Rosie quería mostrarse indignada, pero la imagen de Gordo Charlie cumpliendo condena en prisión era tan grotesca y tan descabellada que tuvo que reprimir la risa.

Sonó el móvil de Rosie.

—¿Sí? —respondió y, tras una breve pausa, continuó—. Me encantaría. Es una idea estupenda.

Colgó el teléfono.

—Era él —le dijo a su madre—. Me ha invitado a cenar mañana por la noche, en su casa. Va a cocinar para mí. ¿No es un encanto? —y añadió—: Seguro que acaba en la cárcel por eso.

—Soy madre —replicó aquella mujer que vivía en una casa donde no había nada que comer y en la que el polvo no osaba posarse jamás— y sé lo que me digo.

La tarde iba cayendo, y Grahame Coats estaba en su despacho, sentado, con la vista fija en la pantalla del ordenador. Abría un documento tras otro; hojas de cálculo, para ser precisos. En algunas de ellas, retocaba los datos; el resto —la mayoría— las

borraba directamente.

Se suponía que debía viajar aquella misma noche a Birmingham para asistir a la inauguración de una discoteca cuyo propietario, un futbolista retirado, era cliente de la agencia. Pero lo llamó y se disculpó diciendo que le había surgido algo en el último momento.

No tardó mucho en anochecer. Grahame Coats seguía sentado frente a la fría luz de la pantalla, cambiando un dato por aquí, falseando otro por allá y borrando documentos por acullá.

Ésta es otra de las leyendas que se cuentan de Anansi.

En cierta ocasión —hace mucho, muchísimo tiempo—, la mujer de Anansi sembró un bancal de guisantes. Allí crecían los guisantes más exquisitos, más gordos y más verdes que hayáis visto nunca. Con sólo mirarlos, ya se te hacía la boca agua.

Anansi quiso comerse aquellos guisantes desde el momento en que los vio por primera vez. Y no iba a conformarse con unos pocos, pues Anansi era un hombre de voraces apetitos. No estaba dispuesto a compartirlos con nadie más. Los quería todos para él solo.

Así que Anansi se tumbó en la cama y comenzó a exhalar largos y escandalosos suspiros. Su mujer y sus hijos corrieron a ver por qué suspiraba de aquella manera.

—Me estoy muriendo —dijo Anansi con una vocecilla débil y trémula—, mi vida toca a su fin.

Al oír estas palabras, su mujer y sus hijos se echaron a llorar, desconsolados.

Con la misma vocecilla, Anansi dijo:

—Antes de morir, quiero que me prometáis dos cosas.

—Lo que quieras, lo que quieras —respondieron al unísono su mujer y sus hijos.

—En primer lugar, quiero que me prometáis que me enterraréis bajo el gran árbol del pan.

—¿Te refieres al gran árbol del pan que está junto al bancal de guisantes? —le preguntó su esposa.

—Sí, exactamente a ése —respondió Anansi. Y añadió, con la misma voz lastimera—: Aún hay una cosa más. Prometed que encenderéis una pequeña hoguera en recuerdo mío al pie de mi tumba. Y, para demostrarme que no me olvidaréis, quiero que mantengáis siempre vivo ese fuego, que no dejéis que se apague jamás.

—¡Lo prometemos! ¡Lo prometemos! —respondieron todos a coro, entre lloros y lamentos.

—Y sobre esa hoguera, en señal de cariño y de respeto, quiero que pongáis un pucherito lleno de agua salada, para que os recuerde siempre las saladas lágrimas que verteréis cuando yo me muera.

—¡Lo prometemos! ¡Lo prometemos! —sollozaron, y Anansi cerró los ojos y dejó de respirar.

Pues bien, se llevaron el cuerpo de Anansi hasta el gran árbol del pan que crecía junto al bancal de guisantes y lo enterraron a dos metros de profundidad. Al pie de la tumba, hicieron una pequeña hoguera sobre la cual colocaron un puchero lleno de agua salada.

Anansi se quedó allí enterrado todo el día pero, al caer la noche, salió de debajo de la tierra y se fue directo al bancal de guisantes. Cogió los más grandes, más dulces y más maduros y volvió junto a la tumba para cocerlos en el agua del puchero. Comió hasta que tuvo la barriga llena y tensa como un tambor.

Luego, antes de que amaneciera, volvió a meterse en la fosa y se quedó dormido. Dormía cuando su mujer y sus hijos descubrieron que los guisantes habían desaparecido, durmió mientras volvían a llenar el puchero de agua salada, y siguió durmiendo mientras ellos le lloraban.

Cada noche, Anansi salía de su tumba, bailando y felicitándose por haber sido tan astuto, y cada noche llenaba el puchero de guisantes con los que a continuación se llenaba la barriga. Comía hasta que ya no podía más.

Pasaron los días, y su mujer y sus hijos se fueron quedando cada vez más flacos, porque Anansi se comía cada noche todos los guisantes que iban madurando y, de este modo, su familia se quedaba sin nada que comer.

La mujer de Anansi miraba los platos vacíos y les preguntaba a sus hijos: «¿Qué haría vuestro padre?».

Los hijos le dieron vueltas y más vueltas a la cabeza tratando de recordar uno por uno todos los cuentos que su padre les había contado. Luego, se fueron a los pozos y compraron alquitrán por valor de seis peniques, cantidad suficiente para llenar cuatro cubos grandes, y los llevaron al bancal. Allí, entre las matas de guisantes, se pusieron a hacer un muñeco de alquitrán con su cara, sus ojos, sus brazos, sus dedos y su torso —todo— de alquitrán. El muñeco era perfecto, tan negro y arrogante como el propio Anansi.

Aquella noche, el viejo Anansi —que estaba ahora más gordo de lo que lo había estado en toda su vida— salió de debajo de la tierra, rollizo y feliz, con la barriga como un pandero, y se dirigió pesadamente al bancal de guisantes.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó al muñeco de alquitrán—. Éste bancal es mío. Más vale que te largues, o te vas a enterar de lo que es bueno.

Pero el muñeco no dijo nada ni movió un solo músculo.

—Soy el tipo más fuerte y poderoso que hayas conocido en tu vida —le advirtió Anansi—. Soy más fiero que el León, más veloz que el Guepardo, más fuerte que el Elefante y más temible que el Tigre. —Hinchó pecho con gesto orgulloso pensando en su poderío, en su fuerza y en su ferocidad, y se olvidó de que no era más que una pequeña araña—. Tiembla —añadió—. Tiembla y echa a correr.

Pero el muñeco no tembló ni echó a correr. En honor a la verdad, debo decir que

se quedó allí plantado.

Así que Anansi le dio un puñetazo.

El puño de Anansi se quedó pegado al alquitrán.

—Suéltame la mano —le dijo al muñeco—. Suéltala o tendré que darte un puñetazo en la cara.

Pero el muñeco seguía sin decir esta boca es mía y sin mover el más mínimo músculo, de modo que Anansi le dio otro fuerte puñetazo en plena cara.

—Muy bien —dijo Anansi—. Una broma es una broma. Puedes agarrarme las dos manos, si quieres, pero tengo otras cuatro más, y dos piernas bien firmes; no vas a poder sujetarlas todas a la vez, así que suéltame y seré clemente contigo.

Pero el muñeco no soltó las manos de Anansi, y seguía sin decir ni pío, así que Anansi le golpeó con todas sus manos y, a continuación, se lio con él a patadas, primero con una pierna y luego con la otra.

—Vale —dijo Anansi—. Si no me sueltas, tendré que morderte.

Al hacerlo, toda la boca se le llenó de alquitrán, que además le manchó la nariz y el resto de la cara.

Y así fue como lo encontraron su mujer y sus hijos a la mañana siguiente, cuando bajaron hasta el bancal de guisantes que había junto al viejo árbol del pan: pegado al muñeco de alquitrán y más muerto que muerto.

No se sorprendieron al encontrarlo de esa guisa.

En aquellos tiempos, era habitual encontrarse a Anansi de aquella manera.

Capítulo Sexto

En el que Gordo Charlie no consigue volver a su casa ni en taxi.

Daisy se despertó al oír la alarma. Se estiró en la cama como un gatito. Oía el agua de la ducha, lo que significaba que su compañera de piso estaba levantada ya. Se puso un albornoz de color rosa y salió al pasillo.

—¿Te apetecen unas gachas para desayunar? —gritó a la puerta del baño.

—No especialmente. Pero, si vas a hacerlas, las comeré.

—Tú sí que sabes cómo hacer que una chica se sienta útil —dijo Daisy, y fue a la cocina a poner las gachas al fuego.

Volvió a su habitación, se vistió con la ropa que usaba para ir a trabajar y, a continuación, se echó un vistazo en el espejo. Gesticuló y se hizo un moño con el pelo bien tirante.

Su compañera de piso, Carol —una chica de rostro enjuto nacida en Preston—, asomó la cabeza por la puerta. Se estaba frotando vigorosamente el cabello con una toalla.

—El baño es todo tuyo. ¿Cómo van esas gachas?

—Seguramente habrá que removerlas.

—Por cierto, ¿dónde estuviste anoche? Dijiste que salías a tomar unas copas para celebrar el cumpleaños de Sybilla y no has dormido en casa.

—¿Y a ti qué te importa? —Daisy fue a la cocina y removió un poco las gachas. Añadió una pizca de sal y las removió de nuevo. Repartió las gachas en dos cuencos y las dejó sobre la encimera.

—¡Carol! Las gachas se enfrían.

Carol se sentó y se quedó con la mirada perdida en sus gachas. No había terminado de vestirse.

—Esto no es lo que yo llamo un buen desayuno. Un buen desayuno son huevos fritos con salchichas, morcilla y unas rodajas de tomate a la plancha.

—Pues prepáralo tú —replicó Daisy—, yo me apunto.

Carol se echó una cucharadita de azúcar y se quedó mirando sus gachas. A continuación, añadió otra cucharadita más.

—No, qué coño te vas a apuntar. Siempre dices eso, pero luego empiezas con el rollo del colesterol y del daño que le hacen los fritos a tus riñones. —Se comió las gachas como si tuviera miedo de que la mordieran. Daisy le pasó una taza de té—. Tú

y tus riñones. Mira, eso estaría bien, para variar. ¿Alguna vez has comido riñones, Daisy?

—Una vez —respondió Daisy—, y si tengo que ser sincera, creo que un filete de hígado pasado por la sartén y aliñado con pis tendría exactamente el mismo sabor. Carol le lanzó una mirada de reproche.

—Te podías haber ahorrado ese comentario —dijo.

—Cómete las gachas.

Terminaron de desayunar. Metieron los cuencos en el lavavajillas y, como no estaba del todo lleno, no lo pusieron en marcha. Luego, se marcharon al trabajo. Carol, vestida ahora de uniforme, se puso al volante.

Al llegar, Daisy fue a su mesa, que estaba en una sala llena de mesas vacías.

Según se estaba sentando, sonó el teléfono.

—¿Daisy? Llegas tarde.

Miró su reloj.

—No —replicó—, llego puntual. ¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted esta mañana?

—Sí, señorita. Quiero que llames a un tal Coats. Es un amigo del Súper. Un socio del Crystal Palace. Ésta mañana ya me ha mandado dos mensajes para recordármelo. ¿Quién demonios le ha enseñado al Súper a enviar mensajes de texto?

Daisy tomó nota y marcó el número de teléfono. Su voz adoptó un tono profesional y eficiente:

—Agente detective Day, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ah —respondió una voz masculina—. Bueno, anoche hablé con el superintendente jefe, un hombre encantador, somos viejos amigos. Un buen tipo. Él me sugirió que hablara con alguien de su oficina. Quiero poner una denuncia. Bueno, en realidad no estoy seguro de si se ha cometido un delito. Probablemente haya una explicación razonable para todo esto. He detectado ciertas irregularidades y, bueno, para ser sincero con usted, le he dado un par de semanas de vacaciones a mi contable para poder averiguar si él tiene algo que ver con ciertas, hum, irregularidades financieras.

—Supongo que será mejor que anote los detalles —dijo Daisy—. ¿Su nombre completo, señor? ¿Y el de su contable?

—Me llamo Grahame Coats —respondió el hombre que estaba al otro lado del hilo—, de la Agencia Grahame Coats. Mi contable se llama Nancy, Charles Nancy.

Daisy apuntó ambos nombres. Ninguno de los dos le resultó familiar.

Gordo Charlie tenía en mente discutir aquel asunto con Araña tan pronto como volviera a casa. Lo había ensayado todo mentalmente una y otra vez, y siempre ganaba la discusión, de manera limpia y definitiva.

Sin embargo, Araña no pasó por casa esa noche, y Gordo Charlie acabó por quedarse dormido frente al televisor, mientras veía sin mucho interés uno de esos concursos rijosos para insomnes salidos, que debía de llamarse algo así como *¡Enséñanos el culo!*

Se despertó en el sofá, cuando Araña abrió las cortinas.

—Precioso día —dijo Araña.

—¡Tú! —dijo Gordo Charlie—. Estuviste besando a Rosie. No intentes negarlo.

—Tuve que hacerlo —respondió Araña.

—¿Qué quieres decir con eso de que tuviste que hacerlo? No había ninguna necesidad.

—Ella creía que eras tú.

—Pero tú sabías que no eras yo. No deberías haberla besado.

—Pero si me hubiera negado, ella habría pensado que eras tú el que no quería besarla.

—Pero no era yo.

—Ella no lo sabía. Yo sólo pretendía ayudar.

—Ayudar —replicó Gordo Charlie, desde el sofá— no incluye, por lo general, besar a mi novia. Podrías haberle dicho que te dolían las muelas.

—Eso —respondió Araña con aire virtuoso— habría sido mentir.

—¡Pero si ya le estabas mintiendo! ¡Te estabas haciendo pasar por mí!

—Bueno, en cualquier caso, habría agravado la mentira —le explicó Araña—. Y sólo mentí porque no estabas en condiciones de ir a trabajar. No, no habría podido mentir más. Me habría sentido fatal.

—Yo sí que me sentí fatal. Tuve que ver cómo la besabas.

—Ah —dijo Araña—, pero ella creía que te estaba besando a ti.

—¡Deja ya de decir eso!

—Deberías sentirte halagado —dijo Araña—. ¿Te apetece comer?

—Comer es lo último que me apetece ahora. ¿Qué hora es?

—La hora de comer —respondió Araña—. Y otra vez llegas tarde a trabajar. Me alegro de no haberte cubierto las espaldas esta vez, viendo cómo me lo agradeces.

—No pasa nada —dijo Gordo Charlie—, me han dado dos semanas de vacaciones. Y un incentivo.

Araña levantó una ceja.

—Mira —dijo Gordo Charlie; había llegado el momento de pasar al segundo asalto—, no es que intente deshacerme de ti ni nada parecido, pero me gustaría saber cuándo tienes pensado marcharte.

Araña respondió:

—Pues la verdad es que, cuando vine, no pensaba quedarme más que un día. Quizá dos. El tiempo suficiente para conocer a mi hermano pequeño y volver

enseguida a ocuparme de mis asuntos. Soy un hombre muy ocupado.

—Así que te marchas hoy.

—Ése era el plan —respondió Araña—, pero luego te conocí. No me puedo creer que hayamos dejado pasar más de media vida sin vernos, hermano.

—Yo sí.

—La sangre —dijo Araña— es más espesa que el agua.

—El agua no es espesa —objetó Gordo Charlie.

—Pues más espesa que el jarabe, entonces. O que el magma. Mira, lo que intento decir es que conocerte ha sido... ha sido un privilegio, eso. Nunca hemos formado parte de la vida del otro, pero eso ya es el pasado. Cambiemos el futuro, desde este mismo momento, ya. Dejemos atrás el pasado y creemos nuevos lazos... lazos fraternales.

—Estás loco por Rosie —dijo Gordo Charlie.

—Completamente —admitió Araña—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Que qué pienso hacer? Vaya, hombre, es mi novia.

—De eso no te preocupes. Ella piensa que soy tú.

—¿Quieres dejar ya de decir eso?

Araña extendió ambas manos con expresión inocente, pero echó a perder el efecto al pasarse la lengua por los labios.

—Y bien —dijo Gordo Charlie—, ¿qué piensas hacer ahora? ¿Casarte con ella haciéndote pasar por mí?

—¿Casarme? —Araña hizo una pausa y se quedó pensativo—. Qué idea tan... espantosa.

—Pues ya ves, yo lo estoy deseando.

—Araña no se casa. No soy de los que se casan.

—Así que mi Rosie no es lo suficientemente buena para ti, ¿es eso lo que me quieres decir?

Araña no contestó. Se marchó de la habitación.

Gordo Charlie sintió que, de algún modo, le había metido un gol. Se levantó del sofá, recogió los envases que el día anterior habían contenido pollo *chow mein* y bolitas de cerdo rebozado y los tiró a la basura. Se fue a su habitación y se quitó la ropa con la que había dormido con la intención de ponerse ropa limpia, pero se encontró con que no tenía, porque había olvidado hacer la colada. Así que cepilló energicamente las prendas que acababa de quitarse —acabando de este modo con los múltiples rastros de *chow mein* que habían ido a parar allí— y volvió a ponérselas.

Se dirigió a la cocina.

Araña estaba sentado a la mesa, comiéndose un bistec tan grande como para dar de comer a dos personas.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Gordo Charlie, a pesar de que sabía

exactamente de dónde había salido.

—Te pregunté antes si querías comer —respondió Araña con voz amable.

—¿De dónde has sacado ese bistec?

—Estaba en la nevera.

—Eso —le increpó Gordo Charlie con el dedo estirado, como un fiscal que intenta conseguir una condena—, eso es un bistec que había comprado para la cena de esta noche. Para la cena de esta noche con Rosie. ¡La cena que yo le voy a preparar! Y tú vas y te sientas ahí como, como un tío que se come un bistec, y, y te lo estás comiendo, y...

—No pasa nada —dijo Araña.

—¿Qué quieres decir con eso de que no pasa nada?

—Pues —dijo Araña— que ya he llamado esta mañana a Rosie y le he dicho que la voy a invitar a cenar por ahí. Así que de todos modos, no te va a hacer ninguna falta el bistec.

Gordo Charlie abrió la boca. Y volvió a cerrarla.

—Quiero que te largues —dijo.

—Es bueno aspirar a lo que está fuera de tu alcance, de lo contrario, ¿qué sentido tendría el Cielo? —replicó Araña en tono jovial entre bocado y bocado.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa que no me voy a ninguna parte. Estoy muy bien aquí. —Cortó otro pedazo de bistec y se lo metió en la boca.

—Lárgate —insistió Gordo Charlie y, justo en ese momento, sonó el teléfono. Gordo Charlie suspiró, salió al pasillo y lo cogió—. Diga.

—Ah, Charles. Me alegro de pillarle en casa. Ya sé que ahora está disfrutando usted de esas merecidas vacaciones pero ¿sería posible (siempre que no le suponga ningún trastorno, claro) que se pasara un momento por la oficina mañana por la mañana? Sería cosa de media hora, a eso de las diez.

—Claro, faltaría más —respondió Gordo Charlie—. No hay problema.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Necesito que me firme unos papeles. Bien, hasta mañana, pues.

—¿Quién era? —preguntó Araña. Había dejado el plato limpio y se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—Grahame Coats. Quiere que me pase un momento por la oficina mañana por la mañana.

Araña sentenció:

—Es un cabrón.

—¿En serio? Tú sí que eres un cabrón.

—Pero un cabrón de otra clase. No es de fiar. Deberías buscarte otro empleo.

—¡Me encanta mi trabajo! —Gordo Charlie hablaba en serio. Se había olvidado

ya de cuánto detestaba su trabajo en particular, y la Agencia Grahame Coats en general, y de la pálida presencia de Grahame Coats siempre acechando detrás de las puertas.

Araña se puso en pie.

—Un bistec muy sabroso —afirmó—. He dejado mis cosas en esa habitación que tienes vacía.

—¿Que has hecho qué?

Gordo Charlie se dirigió rápidamente al final del pasillo, donde estaba la habitación que, técnicamente, permitía calificar su casa como de dos dormitorios. Dentro, había varias cajas de libros, un viejo Scalextric, una caja de lata llena de coches Hot Wheels (a la mayoría de los cuales les faltaba alguna rueda) y otras maltrechas reliquias de la infancia de Gordo Charlie. Podría haber sido un amplio dormitorio para un gnomo de jardín o para un enano muy bajito, pero para cualquier persona de tamaño normal era un armario con vistas.

O, al menos, eso era lo que había sido hasta ese momento, ahora no. Ya no.

Gordo Charlie abrió la puerta y se quedó en el pasillo, parpadeando.

Allí estaba la habitación, sí; hasta ahí, todo normal, pero era una habitación gigantesca. Una habitación magnífica. En la pared del fondo había ventanas —unos enormes ventanales— a través de los cuales se veía algo que parecía una cascada. Y más allá de la cascada, un sol tropical sobre el horizonte que lo teñía todo con una luz dorada. También había una chimenea, tan grande como para asar un par de bueyes, en la que crepitaban tres leños. Y una hamaca en un rincón, además de un blanquísimo sofá y una cama con dosel. Junto a la chimenea había algo que Gordo Charlie, que sólo los había visto en las revistas, dedujo que debía de ser un jacuzzi. Había una alfombra de piel de cebra y otra piel de oso colgada en la pared, y también uno de esos sofisticados equipos de música que se activan con el movimiento de las manos. En otra de las paredes había una pantalla de televisión tan grande como la antigua habitación. Y todavía había más...

—¿Qué demonios has hecho? —preguntó Gordo Charlie. No se atrevía a entrar.

—Bueno —respondió Araña—, puesto que voy a quedarme unos días contigo, he pensado que sería mejor traerme algunas cosillas.

—¿Algunas cosillas? Algunas cosillas son un par de bolsos de viaje con algo de ropa, unos cuantos juegos para la Play Station y una planta. Esto... esto es... —no encontraba palabras.

Araña le dio unas palmaditas en el hombro según entraba en la habitación.

—Si me necesitas para lo que sea —le dijo a su hermano—, estaré en mi habitación.

Y cerró la puerta tras de sí.

Gordo Charlie manipuló el pomo de la puerta. Había echado el pestillo.

Fue al cuarto de estar, cogió el teléfono del pasillo y marcó el número de la señora Higgler.

—¿Quién coño llama a estas horas de la mañana? —contestó la señora Higgler.

—Soy yo, Gordo Charlie. Siento haberla despertado.

—¿Y bien? ¿Para qué me llamabas?

—Pues llamaba para pedirle un consejo. Verá, mi hermano ha venido a visitarme.

—Tu hermano.

—Araña. Usted fue quien me habló de él. Me dijo que, cuando quisiera verle, le mandara recado con una araña, y eso fue lo que hice. Ahora está aquí.

—Bueno —replicó ella, algo evasiva—, eso está bien.

—No, no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien? Es tu familia, ¿no?

—Mire, ahora no puedo explicarle los detalles. Sólo quiero que se largue de aquí.

—¿Has probado a pedirselo amablemente?

—Acabo de hacerlo. Y dice que no piensa marcharse. Se ha montado algo parecido al Palacio del Placer de Kublai Kan, sólo que en lugar de Xanadú ha elegido mi cuarto de los trastos, y donde yo vivo se necesita una licencia del ayuntamiento hasta para cambiar las ventanas. Me ha plantado allí una cascada, incluso. No dentro de la habitación, claro, sino al otro lado de la ventana. Y anda detrás de mi novia.

—¿Cómo lo sabes?

—Él mismo me lo dijo.

La señora Higgler replicó:

—Mi cabeza se niega a funcionar antes del primer café.

—Sólo necesito saber cómo puedo echarle de aquí.

—No lo sé —respondió la señora Higgler—. Lo comentaré con la señora Dunwiddy. —Y colgó.

Gordo Charlie se dirigió de nuevo al final del pasillo y llamó a la puerta.

—¿Y ahora qué es lo que quieres?

—Quiero hablar contigo.

Sonó un clic y la puerta se abrió. Gordo Charlie entró. Araña estaba desnudo, tomando un baño caliente. Tenía al lado un vaso de tubo helado que contenía un extraño cóctel de color eléctrico. Los inmensos ventanales estaban abiertos y el rumor de la cascada contrastaba con el tenue fondo musical de un jazz líquido que emanaba de unos altavoces ocultos en algún lugar de la habitación.

—Mira —dijo Gordo Charlie—, tienes que entenderlo, ésta es mi casa.

Araña parpadeó.

—¿Esto? ¿Esto es tu casa?

—Bueno, no exactamente. Pero como si lo fuera. Quiero decir, esto está dentro de una habitación de mi casa, y tú eres un invitado. Yo...

Araña bebió un trago y se sumergió un poco más en el agua para disfrutar de su calor.

—Se dice —comentó Araña— que los invitados son como el pescado. A los tres días, empiezan a apestar.

—Un dicho muy sabio —señaló Gordo Charlie.

—Pero resulta duro marcharse —continuó Araña— cuando te has pasado una vida entera sin ver a tu propio hermano. Es duro marcharse cuando resulta que él ni siquiera sabía que existías. Y aún más duro es comprobar que, cuando por fin te reúnes con él, tu compañía no le resulta más agradable que la de un simple pescado.

—Pero... —dijo Gordo Charlie.

Araña se estiró en la bañera.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo—: No puedo quedarme aquí para siempre. Antes de que te des cuenta, me habré marchado. Y, por mi parte, yo nunca pensaré en ti como si fueras un simple pescado. Soy consciente de que ambos estamos atravesando un momento de mucha tensión emocional, de modo que no hablemos más de este asunto. ¿Por qué no sales a comer algo (déjame antes de irte una llave de la puerta principal) y te vas luego a ver una película?

Gordo Charlie se puso una cazadora y se marchó. Dejó su llave junto al fregadero. El aire fresco era una delicia, aunque el día estaba gris y chispeaba un poco. Compró el periódico. Se paró a comprar unas patatas fritas y una salchicha. Había dejado de chispear, así que se sentó en un banco en los jardines de una iglesia y se puso a leer el periódico mientras comía.

La verdad era que le apetecía mucho ir al cine.

Caminó hasta el Odeón y compró una entrada para el primer pase sin detenerse siquiera a escoger la película. Era una de acción y aventuras, y estaba empezada cuando entró en la sala. En la pantalla, las cosas estallaban y saltaban por los aires. Era fantástico.

En mitad de la película, a Gordo Charlie le dio por pensar que se estaba olvidando de algo. Algo que no dejaba de rondarle la cabeza, como un picor por detrás de los ojos, y no le dejaba concentrarse.

La película terminó.

Gordo Charlie se dio cuenta de que, aunque se lo había pasado bien, no recordaba demasiados detalles de lo que acababa de ver. Así que compró una bolsa grande de palomitas y se volvió a sentar en la butaca para verla de nuevo. La segunda vez le gustó todavía más.

Y mucho más la tercera.

Tras el tercer pase, pensó que quizá era hora de volver a casa, pero vio que había un programa doble: *Cabeza borradora* y *True Stories*, y lo cierto era que no había visto ninguna de las dos, de modo que se quedó a verlas, aunque a esas alturas estaba

ya muerto de hambre, por lo que al terminar *Cabeza borradora* no estaba muy seguro de haber entendido exactamente de qué iba la película, ni de qué hacía aquella mujer en el radiador, y se preguntó si le permitirían quedarse al siguiente pase, pero le explicaron varias veces, haciendo gala de una paciencia exquisita, que ya era hora de cerrar y le preguntaron si no tenía casa y si no iba siendo ya hora de que se acostara.

La verdad era que sí tenía casa y que, en efecto, era ya hora de acostarse —aunque, por un momento, nada de eso se le había pasado por la cabeza—. Así que dirigió sus pasos hacia Maxwell Gardens y, al llegar a casa, le sorprendió un poco ver que la luz de su cuarto estaba encendida.

Las cortinas estaban echadas, pero al trasluz se veían dos siluetas que se movían de un lado a otro. Le pareció reconocerlas.

Se habían acercado y se estaban fundiendo en una misma sombra.

Gordo Charlie profirió un aullido largo y espeluznante.

La casa de la señora Dunwiddy estaba llena de animales de plástico. Las partículas de polvo se desplazaban allí muy lentamente, como si estuvieran acostumbradas a la luz de otra época en la que la vida transcurría con más calma y no terminarían de hacerse a esta luz moderna, tan veloz. El sofá y las sillas estaban cubiertos con plásticos, y crujían cuando te sentabas en ellos.

En el cuarto de baño de la señora Dunwiddy había un papel higiénico áspero con olor a pino. La señora Dunwiddy creía firmemente en el ahorro, y el papel higiénico áspero con olor a pino constituía la base de su política de ahorro. Todavía se podía encontrar en algunas tiendas, siempre que uno se tomara la molestia de ir buscándolo de tienda en tienda y estuviera dispuesto a pagar un poco más.

La casa de la señora Dunwiddy olía a perfume de violetas. Era una casa vieja. La gente suele olvidar que los hijos de los primeros colonos de Florida ya eran ancianos cuando los estrictos puritanos pusieron pie a tierra en Plymouth Rock. La casa no era tan antigua como eso; había sido construida en los años veinte, como parte de un plan de desarrollo urbanístico de la zona, y concebida originalmente como casa piloto, para que los demás compradores pudieran hacerse una idea de cómo serían sus futuras casas —casas que finalmente no pudieron construir, porque las parcelas que les habían vendido resultaron ser auténticas ciénagas infestadas de caimanes—. La casa de la señora Dunwiddy había sobrevivido a los huracanes sin perder ni una sola teja.

Cuando llamaron a la puerta, la señora Dunwiddy estaba relleno un pavo pequeño.

—Qué oportuno —gruñó, pero se lavó las manos y fue a abrir. Caminaba por el pasillo tanteando la pared con la mano izquierda, llevando puestas sus sempiternas gafas de culo de vaso.

Abrió la puerta, una rendija tan sólo, y asomó la cabeza para ver quién era.

—¿Louella? Soy yo. —Era Callyanne Higgler.

—Pasa.

La señora Higgler siguió a la señora Dunwiddy hasta la cocina. La señora Dunwiddy volvió a lavarse las manos y siguió rellenando el pavo con miga de pan de maíz empapada en leche.

—¿Esperas visita?

La señora Dunwiddy emitió un sonido ininteligible.

—Siempre es bueno tener algo preparado por si acaso —respondió—. ¿No piensas contarme de qué se trata?

—El hijo de Nancy. Gordo Charlie.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, la semana pasada, cuando estuvo aquí por lo del funeral, le conté lo de su hermano.

La señora Dunwiddy sacó la mano del interior del pavo.

—¿Y qué? Tampoco es el fin del mundo —replicó.

—Le dije lo que tenía que hacer para ponerse en contacto con su hermano.

—Aahh —exclamó la señora Dunwiddy, aquella única sílaba le bastaba para dejar claro que lo desaprobaba—. ¿Y?

—Pues que se le ha presentado allí, en Inglaterra. Al pobre chico lo está volviendo tarumba.

La señora Dunwiddy cogió un puñado de miga de pan y lo metió dentro del pavo con tal fuerza que podría haberle saltado los ojos al animal —de haberlos tenido, claro.

—No sabe cómo deshacerse de él, ¿me equivoco?

—No, señora.

La miró con sus penetrantes ojillos a través de los gruesos cristales de las gafas y dijo:

—Yo ya lo hice una vez. No puedo volver a hacerlo. Así no.

—Ya lo sé. Pero algo tenemos que hacer.

La señora Dunwiddy suspiró.

—Es verdad eso que dicen: «Siéntate a la puerta de tu casa y un día verás pasar el cadáver de tu enemigo».

—¿No hay ninguna otra cosa que podamos hacer?

La señora Dunwiddy terminó de rellenar el pavo. Cogió un palillo, juntó ambos extremos de la piel y cerró el hueco para evitar que se saliera el relleno. A continuación, cubrió el pavo con papel de aluminio.

—Me parece —dijo— que no lo voy a asar hasta mañana por la mañana, a última hora. Estará listo para después de comer y volveré a calentarlo en el horno en el

último momento para cenar.

—¿Quién viene a cenar? —preguntó la señora Higgler.

—Tú —respondió la señora Dunwiddy—, zorah Bustamonte, Bella Noles... y Gordo Charlie Nancy. Seguramente el chico llegará con hambre.

La señora Higgler preguntó:

—¿Va a venir a Florida?

—Qué chica ésta, ¿estás sorda o qué? —replicó la señora Dunwiddy. La señora Dunwiddy era la única que podía llamar «chica» a la señora Higgler sin que sonara ridículo—. Vamos, ayúdame a meter el pavo en la nevera.

No sería ninguna exageración afirmar que aquella noche fue para Rosie la noche más maravillosa de toda su vida: mágica, perfecta, increíblemente increíble. No podía dejar de sonreír, ni queriendo. Había cenado como una reina y, al terminar, Gordo Charlie la había llevado a bailar. Escogió un salón de baile como los de antes; había una pequeña orquesta, las mujeres levaban vestidos en tonos pastel, y se deslizaban con elegancia por la pista de baile. Se sentía como si se hubieran embarcado juntos en un viaje a través del tiempo y hubieran aterrizado en otra época más romántica y elegante. Rosie había estado recibiendo clases de baile desde los cinco años, pero nunca había encontrado con quién bailar.

—No tenía ni idea de que supieses bailar —le dijo.

—Hay tantas cosas que aún no sabes de mí —respondió él.

Aquello la hacía muy feliz. Dentro de poco, estarían casados. ¿Que había cosas que ella aún no sabía de él? Fantástico. Tenía toda una vida para ir descubriéndolas. Le esperaban toda clase de sorpresas.

Se fijó en el modo en que las demás mujeres, y también los hombres, miraban a Gordo Charlie, que caminaba a su lado, y se sintió orgullosa de ser ella la mujer que iba cogida de su brazo.

Cruzaron Leicester Square y arriba, en el cielo, Rosie vio las estrellas brillar, a pesar de la contaminación lumínica.

Por un instante muy breve, se encontró preguntándose por qué no se había sentido tan maravillosamente bien al lado de Gordo Charlie hasta ese momento. A veces, muy en el fondo de su alma, Rosie había llegado a sospechar, incluso, que seguía saliendo con Gordo Charlie sólo para fastidiar a su madre; que la única razón por la que había dicho sí cuando él le propuso matrimonio era que su madre hubiera querido que dijera no... Gordo Charlie la había llevado en una ocasión al West End, al teatro. Lo había hecho para darle una sorpresa por su cumpleaños, pero se había hecho un lío al sacar las entradas, que llevaban fecha del día anterior; la dirección del teatro se había hecho cargo muy amablemente de la situación y, finalmente, les consiguieron dos butacas: una en la platea, detrás de una columna, para Gordo Charlie, y otra para

Rosie, en el gallinero, detrás de unas chicas de Norwich que se pasaron toda la representación armando bulla y riendo como idiotas. La noche no había sido precisamente un éxito.

Sin embargo, esa noche había sido realmente mágica. Rosie no había disfrutado de muchos momentos perfectos en su vida pero, en cualquier caso, aquél los superaba a todos con creces.

Le encantaba cómo se sentía cuando estaba con él.

Al acabar el baile, salieron a la calle; iba un poco mareada con tanta vuelta y tanto champán. Gordo Charlie —¿por qué lo llamaba Gordo Charlie?, pensó Rosie de repente, si de gordo no tenía nada— la rodeó con su brazo y dijo:

—Y ahora, te vienes conmigo a casa. —Su voz era tan profunda y tan masculina que le hizo cosquillas en el vientre.

Rosie no salió con el viejo pretexto de que tenía que madrugar al día siguiente, ni con lo de que ya tendrían tiempo para eso cuando estuvieran casados. De hecho, no dijo nada en absoluto. Al contrario, sólo quería que la noche no acabara y no podía dejar de pensar en lo mucho que deseaba —mejor dicho, lo mucho que necesitaba— abrazar a aquel hombre y besarle en la boca.

Entonces, recordando de repente que tenía que decir algo, respondió: «Sí».

En el taxi, le cogió de la mano y se acurrucó en su hombro, contemplando su rostro a la luz de las farolas y de los coches que pasaban por su lado.

—Llevas un pendiente —dijo Rosie—, ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora de que llevas un pendiente?

—Vaya —exclamó sonriendo, su voz era grave, como el sonido de un saxo tenor—, ¿cómo crees que me hace sentir el hecho de que no te hayas fijado nunca en un detalle así después de... cuánto tiempo llevamos saliendo juntos?

—Dieciocho meses —contestó Rosie.

—¿... después de dieciocho meses? —repitió su novio.

Ella volvió a acurrucarse en su hombro y aspiró su aroma.

—Qué bien hueles, me encanta —le dijo—. ¿Te has puesto colonia?

—No, es cien por cien natural —respondió.

—Pues, ¿sabes qué? Deberías embotellarlo.

Rosie pagó al taxista mientras él se adelantaba a abrir la puerta de casa. Subieron juntos las escaleras. Cuando llegaron arriba, le dio la impresión de que él se iba hacia la habitación del fondo.

—Eh, tú —dijo Rosie—, que te equivocas de habitación. El dormitorio está aquí, tonto. ¿Adónde ibas?

—A ninguna parte. Lo he hecho aposta —respondió.

Entraron en la habitación de Gordo Charlie. Rosie corrió las cortinas. A continuación, le miró. Sólo con mirarle se sentía feliz.

—Bueno —dijo Rosie, tras un breve silencio—, ¿no vas a intentar besarme?

—Supongo que sí —dijo, y la besó.

El tiempo se derritió, se estiró y, finalmente, se hizo un bucle. Aquél beso podía haber durado un segundo, una hora o toda una vida, quizá. Y entonces...

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he oído nada —replicó él.

—Parecía un grito de dolor.

—¿No serán un par de gatos peleando?

—Me ha parecido una voz humana.

—Seguramente ha sido un zorro. A veces emiten sonidos que parecen humanos.

Ella se quedó de pie, con la cabeza inclinada a un lado, aguzando el oído.

—Ya no se oye nada —dijo—. Hum... ¿Quieres saber lo que más me ha extrañado de ese grito?

—Ahá —respondió él mientras le rozaba el cuello con los labios—, dime qué es eso que tanto te ha extrañado. Aunque, ahora que lo he hecho callar, ya no te molestará más.

—Lo que más me ha extrañado de ese grito ha sido —dijo Rosie— que parecía tu voz.

Gordo Charlie deambuló por las calles tratando de aclarar sus ideas. Lo más lógico habría sido ponerse a aporrear la puerta de su propia casa hasta que Araña no tuviera más remedio que bajar y dejarle entrar y, acto seguido, soltarles cuatro frescas a él y a Rosie. Eso habría sido lo más lógico. Total y perfectamente lógico.

Lo único que tenía que hacer era volver a casa y explicárselo todo a Rosie y dejar en evidencia a Araña por haberle dejado tirado de aquella manera. Eso era todo lo que tenía que hacer. ¿Tan difícil era?

Bastante más difícil de lo que debería, sin duda. No estaba muy seguro de por qué se había alejado de allí. Y mucho menos todavía, de saber encontrar ahora el camino de vuelta. Aquéllas calles que tan bien conocía parecían haberse transformado por completo, como si de repente tuvieran un trazado totalmente distinto. Sin saber cómo, se encontró caminando por callejones sin salida que parecían no tener fin, deambulando por un laberinto de calles residenciales a las tantas de la mañana.

A veces, a lo lejos, le parecía divisar la carretera principal. Veía los faros de los coches y los letreros luminosos de los restaurantes de comida rápida. Sabía que, una vez consiguiera salir a la carretera principal, volver a casa sería pan comido, pero fuera cual fuese la dirección que eligiera, no conseguía llegar, siempre acababa en otra parte.

Empezaban a dolerle los pies. Le sonaban las tripas —más que sonar, rugían—. Estaba cabreado como una mona y, cuanto más andaba, más se cabreaba.

El cabreo le despejó la mente. Las telarañas que enredaban sus ideas empezaban a evaporarse; la intrincada red de calles por la que deambulaba empezaba a simplificarse. Dobló al llegar a la esquina y salió, por fin, a la carretera, justo a la altura del New Jersey Fried Chicken, que permanecía abierto toda la noche. Pidió un menú familiar, se sentó a una de las mesas y se comió hasta el último bocado sin que ningún miembro de su familia tuviera que ayudarlo. Una vez hubo terminado, salió a la calle y se quedó esperando en la acera. Divisó un taxi con la luz encendida, lo cual indicaba que estaba libre. Salió a la calzada y lo paró. El coche se detuvo justo delante de él y el taxista bajó la ventanilla.

—¿Adónde va?

—A Maxwell Gardens —respondió Gordo Charlie.

—¿Está de broma? —le espetó el taxista—. Está usted a dos pasos.

—¿Le importaría acercarme? Le daré una buena propina, cinco libras, en serio.

El taxista respiró profunda y ruidosamente por entre los dientes apretados: era la clase de ruido que hace un mecánico antes de preguntarte si le tienes un cariño especial al motor de tu coche.

—Usted verá —dijo el taxista—. Suba.

Gordo Charlie se subió al taxi. El taxista se puso en marcha, esperó a que cambiara el semáforo y dobló la esquina.

—¿Adónde me dijo que íbamos? —preguntó.

—A Maxwell Gardens —respondió Gordo Charlie—, al número 34. Justo al lado de la bodega.

Llevaba la misma ropa del día anterior y deseó haber podido cambiarse. Su madre siempre le decía que llevara ropa interior limpia, por si le atropellaba un coche, y que se cepillara los dientes, por si necesitaban identificarle por su historial odontológico.

—Ya sé dónde dice —dijo el taxista—, está justo antes de salir a Park Crescent.

—Eso es —respondió Gordo Charlie. Se estaba quedando dormido en el asiento trasero.

—Debo de haberme equivocado de esquina —dijo el taxista. Parecía irritado—. Apagaré el taxímetro, ¿vale? Lo dejamos en cinco libras.

—Perfecto —replicó Gordo Charlie, poniéndose cómodo en el asiento de atrás, y se durmió.

El taxi siguió dando vueltas toda la noche tratando de llegar a la vuelta de la esquina.

La agente detective Day, que había sido trasladada por un periodo de un año a la Brigada de Investigación de Delitos Monetarios, llegó a las oficinas de la Agencia Grahame Coats a las 9:30 de la mañana. Grahame Coats la estaba esperando ya en recepción, y la acompañó hasta su despacho.

—¿Le apetece un café? ¿Té?

—No, gracias. Estoy bien así. —Sacó un cuaderno, se sentó y le miró en actitud expectante.

—Bien, le ruego encarecidamente que lleve a cabo su investigación con la mayor discreción posible. La Agencia Grahame Coats se ha labrado una buena reputación a base de honestidad y transparencia. Para esta empresa, el dinero de sus clientes es sagrado. Debo decir que, al principio, cuando me asaltaron las primeras sospechas sobre Charles Nancy, las descarté inmediatamente porque no me parecía correcto sospechar de un trabajador tan eficiente. Si me hubiera preguntado hace una semana qué opinión me merecía Charles Nancy, lo habría calificado de empleado modélico.

—Sin duda. Y bien, ¿cuándo descubrió usted que alguien podía estar desviando dinero de las cuentas de sus clientes?

—Bueno, en realidad aún no estoy completamente seguro de si eso es realmente así. No quiero pensar mal de nadie, ni ser yo quien tire la primera piedra. No juzgues sí no quieres ser juzgado.

En las series de televisión, pensó Daisy, el policía suele decir eso de «aténgase a los hechos». Deseó poder usar aquella frase, pero no lo hizo.

Aquél tipo no le gustaba un pelo.

—He sacado copias impresas de todas las transacciones que considero anómalas —le dijo—. Como verá, todas ellas se hicieron desde el terminal de Nancy. Una vez más, debo insistir en que la discreción es esencial en este asunto: entre los clientes de la Agencia Grahame Coats hay importantes figuras públicas y, como ya le expliqué a su superior, si pudieran llevar a cabo sus pesquisas manteniendo todo este asunto en la más estricta confidencialidad, lo consideraría como un favor personal. La discreción ha de ser su consigna. Si, llegado el caso, pudiéramos persuadir al señor Nancy para que devolviera el dinero malversado sin más, yo me daría por satisfecho y no tendría el menor inconveniente en dar por zanjado este asunto. No tengo mayor interés en llevarlo a los tribunales.

—Haré lo que pueda pero, al acabar la jornada, tenemos la obligación de enviar a la Fiscalía General del Estado toda la información que hayamos podido recopilar. —Daisy se preguntaba qué grado de influencia tendría realmente aquel hombre sobre el Súper—. Dígame, ¿qué fue lo que despertó sus sospechas?

—Ah, sí. Honestamente, y con toda franqueza, he de admitir que fue cierto cambio en su actitud lo que me llamó la atención en un principio. Ya sabe, un perro que no ladra en toda la noche, la manera en la que una hoja de perejil se hunde en la mantequilla. Para un detective los pequeños detalles resultan muy significativos, ¿no le parece, detective Day?

—Ejem, agente detective Day, en realidad. Bien, déjeme esas copias —dijo— y cualquier otro documento que pueda ser relevante; extractos bancarios y demás.

Puede que tengamos que llevarnos el terminal, para revisar el disco duro.

—*Perfectupuesto* —replicó. Sonó el teléfono que tenía encima de la mesa—. ¿Me disculpa un momento? —y contestó—: ¿Ya está aquí? Santo Cielo. Bien, dígame que me espere ahí mismo. Voy enseguida. —Colgó el teléfono—. Creo —le dijo a Daisy— que esto es lo que ustedes, los policías, llaman un acontecimiento digno de quedar registrado en los anales.

Daisy alzó una ceja.

—El famoso Charles Nancy en persona ha venido a verme. ¿Quiere interrogarle? Si lo desea, puede usar mi despacho como sala de interrogatorios. Incluso me parece que tengo una grabadora que podría prestarle.

Daisy respondió:

—No será necesario. Antes de nada, debo revisar toda la documentación.

—Claro, por supuesto —dijo Grahame Coats—, qué estúpido soy. Esto... ¿querría... querría usted echarle un vistazo?

—No veo que eso pueda serme de ninguna utilidad —replicó Daisy.

—Oh, por supuesto, yo no le diría nada de que está usted investigándole —le aseguró Grahame Coats—. Si lo hiciera, cogería el primer avión con destino a cualquier paraíso fiscal antes de que pudiéramos decir «pruebas *prima facie*». Francamente, me gusta pensar que soy extremadamente sensible a los obstáculos que dificultan la labor policial en nuestros días.

Daisy pensó que quienquiera que se dedicara a robar a aquel hombre, no podía ser tan malo. Pero descartó inmediatamente aquel pensamiento por no considerarlo digno de un agente de policía.

—La acompañaré a la salida —se ofreció Grahame Coats.

Había un hombre sentado en la sala de espera. Tenía pinta de haber dormido con la ropa puesta. No se había afeitado y parecía algo confuso. Grahame Coats le hizo una seña a Daisy y señaló al hombre con un gesto de la cabeza. A continuación, dijo en voz alta:

—Charles, Santo Cielo, pero mírate. Tienes un aspecto horrible.

Gordo Charlie le miró con ojos vidriosos.

—No pude volver a mi casa anoche —explicó—. El taxista se hizo un lío.

—Charles —dijo Grahame Coats—, te presento a la agente detective Day, de la Policía Metropolitana. Ha venido a comprobar unos detalles, meras formalidades.

Gordo Charlie se dio cuenta por primera vez de que había alguien más allí. Trató de enfocar la mirada y distinguió una figura con un traje muy serio, seguramente un uniforme. Luego, vio la cara de la mujer.

—Esto... —dijo.

—Buenos días —le saludó Daisy.

Aquellas fueron las palabras que salieron de su boca, pero mentalmente lo que

estaba diciendo era: joder joder joder...

—Encantado de conocerla —dijo Gordo Charlie.

Desconcertado, hizo algo que no había hecho nunca: se imaginó a una agente de policía uniformada sin el uniforme, y, para su sorpresa, su imaginación recordaba con todo lujo de detalles el cuerpo desnudo de la chica al lado de la cual se había despertado a la mañana siguiente de aquella celebración en memoria de su padre. El uniforme le hacía parecer algo mayor, le daba un aire más adusto y bastante más temible, pero era ella, sin duda.

Al igual que los demás seres humanos, Gordo Charlie tenía una especie de barómetro interno para medir el grado de inverosimilitud de las cosas que a uno le suceden. En su caso, la aguja llevaba varios días en el punto máximo de la escala —por momentos, incluso fuera de la escala—. Pero en ese preciso instante, el barómetro se hizo añicos, directamente. De ahora en adelante, pensó, ya nada podría volver a sorprenderle. Nada, por más absurdo que fuera. Aquél era el colmo de todos los colmos.

Pero, por supuesto, se equivocaba.

Gordo Charlie se quedó mirando a Daisy mientras abandonaba las oficinas y, a continuación, siguió a Grahame Coats hasta su despacho.

Grahame Coats cerró la puerta con aire resuelto. Luego, se sentó en la esquina de la mesa y sonrió; era la sonrisa de una comadreja que se ha quedado encerrada en un gallinero lleno de sabrosas gallinas.

—Vayamos al grano —dijo—. Pongamos las cartas sobre la mesa. No nos andemos por las ramas. Vamos —siguió abundando en la idea— a llamar al pan, pan y al vino, vino.

—Muy bien —replicó Gordo Charlie—, adelante. Dijo usted que necesitaba que le firmara algunos documentos.

—Eso ya no ha lugar. Olvídese de ello. No, quiero que hablemos de algo que usted sacó a colación hace unos días. Me puso usted sobre aviso de que había detectado ciertas transacciones irregulares al repasar la contabilidad de la empresa.

—¿Eso hice?

—Dos, Charlie, hacen falta dos para jugar a este juego. Naturalmente, mi primer impulso fue ponerme a investigar el asunto. Ésa es la razón de que la agente detective Day nos haya honrado esta mañana con su presencia. Y me imagino que nada de lo que he descubierto le causará la más mínima sorpresa.

—¿No?

—No, ni mucho menos. Los datos, tal como usted señaló, apuntan a que en esta empresa se ha perpetrado un delito de malversación de fondos, Charles. Pero, mire usted por dónde, el dedo acusador señala inequívocamente a un único responsable.

—¿Hay un sospechoso?

—Lo hay.

Gordo Charlie no entendía nada.

—¿Quién?

Grahame Coats trató de aparentar preocupación, o al menos, de que pareciera que intentaba aparentar preocupación, pero la expresión que le salió se parecía más a la de un bebé que necesitara desesperadamente expulsar el aire.

—Tú, Charles. La policía sospecha de ti.

—Sí —replicó Gordo Charlie—, no me extraña. Hoy es un día de éstos en los que cualquier cosa me parece posible.

Araña abrió la puerta, se había puesto a llover, y Gordo Charlie estaba allí plantado, con la ropa toda arrugada y empapado de la cabeza a los pies.

—¿Qué pasa? —dijo Gordo Charlie—. ¿Es que ya no se me permite entrar en mi propia casa?

—No seré yo quien te lo impida —respondió Araña—. Después de todo, es tu casa. ¿Dónde te has metido esta noche?

—Sabes de sobra dónde he estado. He estado intentando volver a casa. No sé qué clase de hechizo te habrás sacado de la manga esta vez.

—No ha sido magia —protestó Araña, ofendido—. Ha sido un milagro.

Gordo Charlie lo apartó de un empujón y subió las escaleras con paso vacilante. Se metió en el cuarto de baño, puso el tapón de la bañera y abrió los grifos. Salió al pasillo.

—Me da igual cómo lo llames. Pero estás en mi casa, a la que me has impedido volver esta noche. —Se quitó la ropa que llevaba puesta desde hacía dos días y, a continuación, asomó la cabeza por la puerta—. Y la policía me está investigando por un delito que se ha cometido en la oficina. ¿Fuiste tú quien le habló a Grahame Coats de ciertas irregularidades en la contabilidad de la empresa?

—Por supuesto que sí —contestó Araña.

—¡Ja! Fantástico, pues soy su único sospechoso, mira qué bien.

—Oh, venga, no creo que sospeche de ti —dijo Araña.

—Tú no tienes ni idea —replicó Gordo Charlie—. He hablado con él. La policía ha tomado cartas en el asunto. Y luego está lo de Rosie. Tú y yo vamos a hablar largo y tendido sobre Rosie en cuanto salga del baño. Porque, antes de nada, voy a darme un buen baño. Me he pasado toda la noche andando y sólo he podido dormir un rato, en el asiento trasero de un taxi. Cuando me desperté, eran las cinco de la mañana y mi taxista se había transformado en Travis Bickle. Estaba en pleno monólogo. Le dije que se olvidara de intentar llevarme a Maxwell Gardens; obviamente, no era la noche adecuada para ir a Maxwell Gardens. Al final, me dio la razón y nos fuimos a desayunar a un sitio de éstos a los que van los taxistas a desayunar. Comimos huevos,

salchichas, judías y tostadas, y tomamos un té en el que la cucharilla se podía sostener de pie. Cuando les contó a los demás taxistas que se había pasado la noche dando vueltas intentando llegar a Maxwell Gardens... en fin, yo pensé que acabarían llegando a las manos. Al final, la cosa no pasó a mayores. Pero, no te creas, faltó muy poco.

Gordo Charlie hizo una pausa para tomar aliento. Araña lo miraba con aire compungido.

—Después —dijo Gordo Charlie—. Después de bañarme.

Gordo Charlie cerró la puerta del baño dando un portazo.

Se metió en la bañera.

Lanzó un gemido.

Salió de la bañera.

Cerró los grifos.

Se puso una toalla en la cintura y abrió la puerta del cuarto de baño.

—No hay agua caliente —dijo con mucha, muchísima calma—, ¿tienes idea de por qué no tenemos agua caliente?

Araña estaba de pie en mitad del pasillo, justo donde lo había dejado unos segundos antes.

—Antes me he dado un baño caliente en el jacuzzi —dijo—. Lo siento.

Gordo Charlie replicó:

—Bueno, por lo menos Rosie no... Es decir, ella no se... —y entonces vio la expresión en el rostro de Araña.

Gordo Charlie dijo:

—Quiero que te largues de mi casa. Que desaparezcas de mi vida. Y de la vida de Rosie. ¡Fuera!

—Me gusta estar aquí —respondió Araña.

—¡Tú eres el culpable de que toda mi puta vida se esté yendo al carajo!

—Estás siendo injusto conmigo.

Araña se dirigió a la habitación del fondo y abrió la puerta. Una dorada luz tropical inundó el pasillo por unos segundos y, a continuación, la puerta se cerró.

Gordo Charlie se lavó la cabeza con agua fría. Se cepilló los dientes. Revolvió en el cesto de la ropa sucia hasta sacar unos vaqueros y una camiseta que habían ido a parar al fondo del todo y, por tanto, parecían razonablemente limpios. Se vistió, se puso un jersey morado que tenía un osito en el pecho; un regalo de su madre que no se había puesto jamás, pero del que tampoco había tenido valor para deshacerse.

Se dirigió al fondo del pasillo.

Una melodía se colaba a través de la puerta cerrada, había un tambor y un contrabajo: *dumchaka-dum*.

Gordo Charlie intentó hacer girar el pomo. Araña había echado el pestillo.

—Como no abras inmediatamente esta puerta —gritó—, la echo abajo de una patada.

La puerta se abrió antes de que terminara de pronunciar su amenaza. Gordo Charlie se asomó y vio que la habitación había recuperado su aspecto normal. Allí estaban otra vez sus cajas. Por la ventana, no se veía más que la casa de enfrente — más que verla, tuvo que adivinarla, porque afuera estaba cayendo el diluvio.

A pesar de todo, seguía oyendo la misma música. Era como si alguien, justo en la habitación de al lado, tuviera el volumen a todo trapo: toda la habitación vibraba al compás de un lejano *dumchaka-dum*.

—Muy bien —dijo Gordo Charlie como si le estuviera hablando a otra persona—. Supongo que eres consciente de que esto es una declaración de guerra.

Aquél era el grito de guerra del Conejo cuando se veía arrastrado a una situación extrema. En algunos lugares, la gente cree que Anansi era un conejo burlón. Ni que decir tiene que tal creencia es errónea: Anansi era una araña. Probablemente os resulte inconcebible que alguien pueda confundir a dos animales tan dispares, pero os aseguro que la confusión es más habitual de lo que imagináis.

Gordo Charlie se fue a su habitación. Sacó su pasaporte del cajón de la mesilla de noche y, a continuación, se fue al cuarto de baño a por su cartera.

Se fue andando bajo la lluvia hasta la carretera principal y paró un taxi.

—¿Adónde?

—A Heathrow —respondió Gordo Charlie.

—Muy bien —dijo el taxista—. ¿A qué terminal?

—Ni idea —replicó Gordo Charlie, consciente de que, en realidad, debería saberlo. Después de todo, no habían pasado más que unos días—. ¿De dónde salen los vuelos para Florida?

Cuando Grahame Coats empezó a planear su huida de la agencia que llevaba su nombre, John Major era aún el Primer Ministro. Lo bueno no dura siempre, qué se le va a hacer. Tarde o temprano —como el propio Grahame Coats os habría explicado con sumo placer—, incluso si tu gallina pone huevos de oro, no tendrás más remedio que echarla al puchero. Aunque lo tenía todo muy bien planeado (nunca se sabe si tendrás que salir corriendo de un día para otro) y era consciente de que los acontecimientos empezaban a agolparse de forma ominosa, como cuando los nubarrones empiezan a acumularse en el horizonte, quería aplazar el momento de huir todo cuanto le fuera posible.

Lo más importante, y así lo había decidido ya mucho tiempo antes, era no salir corriendo, sino evaporarse, desvanecerse, desaparecer sin dejar rastro.

En el interior de su cámara de seguridad —una habitación secreta y acorazada que se había hecho construir dentro de su propio despacho, y de la que se sentía

tremendamente orgulloso—, en un estante que él mismo había colocado, y que había tenido que volver a colocar en su sitio recientemente (pues se había caído), guardaba un neceser de cuero que contenía dos pasaportes: uno a nombre de Basil Finnegan y el otro a nombre de Roger Bronstein. Ambos habían nacido unos cincuenta años antes, más o menos en la misma época que Grahame Coats, pero daba la casualidad de que tanto Basil como Roger habían muerto antes de cumplir su primer año de vida. El rostro que aparecía en las fotografías de los dos pasaportes era el de Grahame Coats. Además, el neceser contenía dos billeteras: en una, las tarjetas de crédito y el carné estaban a nombre de Basil Finnegan, mientras que en la otra, el nombre que figuraba tanto en el carné como en las tarjetas era el de Roger Bronstein. También se había encargado de hacer los trámites necesarios para poder operar bajo cualquiera de las dos identidades con las cuentas que tenía en las Islas Caimán y cuyos fondos estaban siendo desviados, a su vez, a diferentes cuentas en las Islas Vírgenes, Suiza y Licchtenstein.

Grahame Coats tenía planeado irse para siempre el día que cumpliera los cincuenta, para lo cual le quedaba poco más de un año. Pero ahora andaba dándole vueltas al asunto de Gordo Charlie.

Lo cierto es que no pretendía que detuvieran a Gordo Charlie ni que lo metieran en la cárcel, aunque tampoco pensaba mover un dedo para evitarlo. Quería verlo asustado, desacreditado y fuera de su empresa.

Grahame Coats disfrutaba exprimiendo a los clientes de la Agencia Grahame Coats y, además, se le daba bien hacerlo. Se había llevado una agradable sorpresa al descubrir que los artistas y famosos, si uno seleccionaba bien a su clientela, no tenían ni idea del dinero que manejaban y se sentían aliviados de tener a alguien que los representara y que manejara sus asuntos financieros evitándoles cualquier quebradero de cabeza. Cuando sus cheques o sus extractos bancarios no llegaban a su debido tiempo, o cuando las cifras eran menores de lo que ellos esperaban, o cuando descubrían algún cargo sospechoso en su cuenta... En fin, Grahame Coats renovaba continuamente su plantilla, especialmente en el departamento de contabilidad, y no había nada que no se pudiera atribuir a la incompetencia de un antiguo empleado o, en último caso, arreglarse con una caja de champán y un generoso cheque a modo de compensación.

No era que Grahame Coats tuviera don de gentes, ni que supiera inspirar confianza. Incluso sus representados lo tenían por una comadreja. Pero estaban convencidos de que era su comadreja, y en eso se equivocaban.

Grahame Coats era «su» propia comadreja.

Sonó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Señor Coats? Le llama Maeve Livingstone. Ya sé que me dio instrucciones de

pasarla con Gordo Charlie, pero como ahora está de vacaciones, no sé muy bien qué hacer. ¿Le digo que ha tenido que salir?

Grahame Coats se quedó pensando un momento. Antes de que un inesperado infarto lo mandara al otro mundo, Morris Livingstone —un cómico bajito, nacido en Yorkshire, que una vez fue el más querido del país— protagonizaba series de televisión como *Volvemos en breve* y tenía un show los sábados por la noche: *Morris Livingstone, supongo*. Incluso, allá en los ochenta, llegó a estar entre los diez más vendidos con un original single titulado *Qué bonita mariquita (pero vete bien lejitos)*. Era un hombre simpático, de trato fácil, que no sólo había dejado sus asuntos financieros en manos de la Agencia Grahame Coats, sino que, siguiendo el consejo que le había dado el propio Grahame Coats, lo había nombrado su albacea testamentario.

Habría sido un crimen no caer en una tentación de ese calibre.

Y luego estaba Maeve Livingstone. En honor a la verdad, hay que decir que Maeve Livingstone había protagonizado o coprotagonizado, sin saberlo, varias de las fantasías más íntimas de Grahame Coats durante muchos años.

Grahame Coats dijo:

—Pásamela. —Y luego, en tono solícito—: Maeve, cuánto me alegro de oírte. ¿Cómo estás?

—Pues no sabría decirte —respondió ella.

Cuando conoció a Morris, Maeve Livingstone era bailarina, y siempre había estado muy por encima del gran hombrecillo. Había sido un matrimonio muy feliz, se adoraban.

—Bueno, cuéntame lo que te pasa.

—Hablé con Charles hace un par de días. Quería saber. Bueno, el director de mi sucursal quería saber. El dinero que Morris me dejó. Nos dijeron que a estas alturas ya podríamos disponer de una parte.

—Maeve —dijo Grahame Coats, con un tono de voz supuestamente grave y aterciopelado al que, según él creía, no había mujer capaz de resistirse—, el problema no es que no haya dinero... es una simple cuestión de liquidez. Como ya te expliqué, Morris hizo algunas inversiones poco afortunadas en sus últimos tiempos, y aunque, haciendo caso de lo que yo mismo le aconsejé, también hizo algunas otras muy acertadas, tenemos que dar tiempo a estas últimas para que maduren y den sus frutos: no podemos liquidarlas ahora sin perder casi todo el dinero invertido. Pero no te me preocupes, tranquila. Sabes que haría cualquier cosa por ti, no en vano eres una de mis mejores clientas. Te haré un cheque, te adelantaré de mi propio bolsillo el dinero suficiente para que no tengas problemas con el banco y puedas vivir cómodamente hasta que podamos recuperar la inversión. ¿Cuánto te pide el director de tu sucursal?

—Dice que va a tener que empezar a devolver mis cheques —dijo Maeve—. Y

los de la BBC me han dicho que han estado ingresando en la cuenta de Morris los beneficios que generan las ventas de los DVDs que lanzaron con las grabaciones de sus viejos shows. Ése dinero no está invertido, ¿verdad?

—¿Eso te han dicho los de la BBC? La verdad es que yo he estado persiguiéndoles para que nos paguen lo que nos deben. Pero tampoco quiero echarles toda la culpa a ellos. Nuestra contable está embarazada y todo el departamento anda patas arriba. Y Charles Nancy, la persona con la que hablaste la última vez, también está pasando un mal momento, su padre ha fallecido recientemente y ha estado fuera del país varios días.

—La última vez que hablé contigo —le recordó Maeve— estabas renovando el sistema informático.

—Sí, Maeve, ni me lo recuerdes, prefiero no tocar ese tema. Como dicen algunos... errar es humano... pero para organizar una verdadera catástrofe se necesita un ordenador. O algo parecido. Revisaré las cuentas a conciencia, a mano, si es necesario, como se ha hecho toda la vida, y te haré llegar tu dinero a la mayor brevedad posible. Así lo habría querido Morris.

—El director de mi sucursal dice que, sólo para no tener que empezar a devolver mis cheques, debo ingresar en mi cuenta diez mil libras, y que debo hacerlo de inmediato.

—Tendrás esas diez mil libras. Estoy haciéndote un cheque en este mismo momento. —Dibujó un círculo en una nota de papel y luego le puso un rabito. Se parecía remotamente a una manzana.

—Te lo agradezco mucho —dijo Maeve, y Grahame Coats se felicitó una vez más por ser tan astuto—. Espero no estar causándote demasiadas molestias.

—Tú nunca molestas —respondió Grahame Coats—, de verdad, ni lo pienses siquiera.

Colgó el teléfono. Lo más gracioso del asunto, pensaba Grahame Coats, era que el personaje que había interpretado Morris toda su vida era el del típico cazurro de Yorkshire que tiene a gala controlar hasta el último penique que sale de su bolsillo.

Había hecho un trabajo fino con Morris, pensó Grahame Coats mientras le pintaba ojos y orejas a su manzana. Ahora, decidió, se parecía más a un gato. Ya no quedaba mucho para que llegara el momento de dejar de exprimir a famosillos malcriados y pudiera tumbarse al sol, al borde de una piscina, comiendo a cuerpo de rey, bebiendo sólo los mejores vinos y, a ser posible, disfrutando ilimitadamente de los placeres del sexo oral. A Grahame Coats no le cabía la menor duda de que, en esta vida, la felicidad se puede comprar, siempre que uno tenga el dinero suficiente.

Le pintó una boca al gato y la llenó de afilados dientes, de suerte que ahora parecía un puma. Siguió dibujando mientras cantaba con su atiplada voz de tenor:

Cuando yo era joven, mi papá me decía:
qué bonita mariquita, tiene alas y puntitos.
Pero al hacerme mayor, todas las chicas decían:
qué bonita mariquita, pero vete bien lejitos...

Morris Livingstone había pagado el ático que Grahame Coats se había comprado en Copacabana y también la piscina que se había hecho construir en la isla de Saint Andrews, de modo que, no os quepa la menor duda, Grahame Coats le estaba muy agradecido.

Qué bonita mariquita, pero vete bien lejitooooos.

Araña se sentía raro.

Algo le estaba pasando: era una sensación extraña, que estaba invadiendo su vida como una neblina, y que le estaba amargando el día. No conseguía identificar exactamente lo que era y, desde luego, tampoco le gustaba.

Pero lo que no sentía en absoluto era culpabilidad. Por la simple razón de que ése era un sentimiento que no había experimentado jamás. Se sentía de maravilla. Araña estaba de puta madre. No se sentía culpable. No se habría sentido culpable ni aunque le hubieran pillado in fraganti mientras atracaba un banco.

Pero, aun así, sentía a su alrededor una leve miasma que le provocaba cierta desazón.

Hasta ese momento, Araña había creído que los dioses eran diferentes: no tenían conciencia, ni falta que les hacía. El modo en que un dios se relacionaba con el mundo, con cualquiera de los mundos posibles, era tan emocional como el de alguien que juega con una consola conociendo bien los entresijos del juego y sabiendo cómo hacerle trampas a la máquina para ganar todas las partidas.

Araña vivía para divertirse. Exclusivamente para eso. Divertirse era lo único que le importaba. No habría sabido reconocer un sentimiento de culpa ni aunque tuviera una enciclopedia en la que viniera explicado con todo lujo de detalles y muchos diagramas en color. No es que fuera un irresponsable, más bien no estuvo presente el día que repartieron la cualidad de la responsabilidad. Pero algo había cambiado —en su interior o en el exterior, eso no lo tenía muy claro— y, fuera lo que fuese, le molestaba. Se sirvió otra copa. Movié la mano en el aire y subió el volumen de la música. Cambió la música de Miles Davis por la de James Brown. Tampoco la música le hizo sentirse mejor.

Se tumbó en la hamaca, bajo un sol tropical, a escuchar aquella música, repitiéndose una y otra vez lo fantástico que era estar en su pellejo... y, por primera

vez en su vida, inexplicablemente, ni siquiera eso le bastó.

Se levantó de la hamaca y caminó desganado hacia la puerta.

—¿Gordo Charlie?

No obtuvo respuesta. La casa parecía estar desierta. Por las ventanas, se veía un día gris y lluvioso. En aquel momento, le gustó ver caer la lluvia. Parecía más en consonancia con su estado de ánimo.

Melodioso y a la vez estridente, sonó el timbre del teléfono. Araña fue a cogerlo.

—¿Eres tú? —preguntó Rosie, al otro lado del hilo.

—Hola, Rosie.

—Lo de anoche... —dijo ella y, a continuación, hizo una pausa. Luego, continuó—: ¿fue igual de maravilloso para ti?

—No lo sé —respondió Araña—. Para mí fue bastante maravilloso. Supongo que eso es un sí.

—Hum —dijo ella.

Ambos callaron unos segundos.

—¿Charlie? —dijo Rosie.

—Hum... ¿sí?

—Me gusta, incluso, cuando no hablamos, me basta con saber que estás al otro lado.

—A mí también —repuso Araña.

Disfrutaron un rato más de su mutuo silencio, saboreándolo, alargándolo un poco más.

—¿Quieres venir esta noche a mi casa? —le propuso Rosie—. Mis compañeros de piso se han ido de acampada a Cairngorms.

—Ésa —replicó Araña— es una firme candidata al título de frase más bonita jamás pronunciada: «Mis compañeros de piso se han ido de acampada a Cairngorms». Es poesía en estado puro.

Ella soltó una risita.

—Qué bobo eres. Esto... Tráete el cepillo de dientes.

—Oh. Ooh. Vale.

Y tras unos minutos de jugar a «cuelga tú», «no, tú primero», como si fueran dos quinceañeros con sobredosis de hormonas, colgaron el teléfono.

Araña esbozó una sonrisa beatífica. Un mundo del que Rosie formaba parte era, sin duda, el mejor de los mundos posibles. Se había levantado la niebla y el mundo había dejado de ser un lugar sombrío.

Araña no se planteó siquiera dónde podía estar su hermano. ¿Por qué habría de preocuparse de una cosa tan trivial? Los compañeros de piso de Rosie estaban en Cairngorms, ¿y esa noche? Ésa noche se llevaría su cepillo de dientes.

El cuerpo de Gordo Charlie estaba a bordo de un avión que volaba rumbo a Florida; iba encajonado en el asiento central de una fila de cinco y se había quedado profundamente dormido. Una verdadera suerte, porque los retretes de la parte trasera se habían estropeado en el mismo instante en que el avión despegó y, aunque los auxiliares de vuelo habían colgado carteles de No funciona en las puertas de los aseos, la peste seguía siendo insoportable y se iba extendiendo por toda la cabina como una nube tóxica de baja intensidad. Los bebés berreaban, los adultos refunfuñaban y los niños lloriqueaban. Un grupo de pasajeros que iban a Disneyworld, y que habían decidido dar por inauguradas sus vacaciones al subirse al avión, se pusieron a cantar. Cantaron el tema principal de *La Cenicienta*, el de *La Sirenita*, la canción del Tigre de *Winnie the Pooh*, la de los enanitos de *Blancanieves* e, incluso, creyendo que también era de Disney, no dudaron en atacar un tema de *El mago de Oz*.

Cuando el avión volaba ya a cierta altura, se descubrió que, por error, habían olvidado subir a bordo los menús destinados a la clase turista. Alguien había cambiado los almuerzos por paquetes de desayuno y, por tanto, los pasajeros tendrían que conformarse con una caja individual de cereales y un plátano cada uno, que tendrían que comerse con tenedores y cuchillos de plástico porque, para más inri, tampoco había cucharas lo que, en el fondo, daba igual, porque también habían olvidado la leche con la que se suelen mezclar los cereales.

Fue un vuelo infernal, pero Gordo Charlie se lo pasó durmiendo.

Gordo Charlie soñaba que estaba en un salón inmenso, vestido con un traje normal y corriente. Rosie estaba a su lado, llevaba un vestido de novia blanco, y al lado de Rosie, en el mismo estrado, estaba su madre, hecha un adefesio, también vestida de novia, pero su vestido estaba lleno de polvo y telarañas. Allá lejos, en el horizonte de aquel inmenso salón, había gente que disparaba y alzaba banderas blancas.

«Son los de la Mesa H —dijo la madre de Rosie—. No les hagas caso».

Gordo Charlie se volvió a mirar a Rosie. Ella le dedicó una sonrisa dulce y encantadora, y, acto seguido, se pasó la lengua por los labios.

«La tarta», dijo Rosie.

Aquella era la señal para que la orquesta empezase a tocar. Era una banda de jazz de Nueva Orleans y estaba tocando una marcha fúnebre.

El ayudante del chef era una agente de policía y tenía unas esposas en la mano. El chef llevó el carrito con la tarta hasta el estrado.

«Venga —le decía en su sueño Rosie—, corta la tarta».

Los de la Mesa B —que no eran personas de carne y hueso, sino dibujos animados del tamaño de un ser humano— se pusieron a cantar canciones de Disney. Gordo Charlie sabía que aquellos dibujos querían que él cantara también. Incluso

estando dormido, la idea de cantar en público le producía un pánico espantoso, se le doblaban las piernas y le picaban los labios.

«No puedo cantar con vosotros —les dijo, mientras buscaba desesperadamente una excusa—. Tengo que cortar la tarta».

Al pronunciar estas palabras, se producía un silencio sepulcral en todo el salón. Y, en mitad de ese silencio, entraba otro chef que traía algo en el carrito de los postres. El tipo tenía la cara de Grahame Coats, y lo que traía en el carrito era una extravagante tarta nupcial de varios pisos y llena de adornos. En el último piso, estaban las figuritas del novio y de la novia, que intentaban mantener el equilibrio como dos seres humanos en lo alto de una réplica de azúcar, a tamaño natural, del edificio Chrysler.

La madre de Rosie sacó de debajo de la mesa un enorme cuchillo con la hoja oxidada y el puño de madera —algo muy parecido a un machete—. Se lo pasó a Rosie, que cogió la mano derecha de Gordo Charlie y la colocó sobre la suya. Juntos, hundieron la oxidada hoja en el merengue y cortaron la tarta justo entre las dos figuritas. Al principio notaron que la tarta ofrecía cierta resistencia, y Gordo Charlie apretó con más fuerza, cargando todo su peso en la mano que empuñaba el cuchillo. Notó que la cosa empezaba a ceder y, entonces, apretó aún más fuerte.

Por fin, logró hender el piso superior de la tarta, pero la hoja resbaló y siguió cortando todos los demás pisos. Mientras, la tarta se iba abriendo...

En su sueño, Gordo Charlie creía que aquellos puntitos negros en el bizcocho de la tarta eran bolitas de cristal oscuro o de azabache, pero, de repente, se dio cuenta de que aquellas bolitas que saltaban de la tarta tenían patas, ocho ágiles patitas cada una. Las arañas lo invadieron todo y cubrieron por completo el blanco mantel; cubrieron también a Rosie y a la madre de Rosie, volviendo sus blancos vestidos de color negro azabache; entonces, como si todas ellas estuvieran gobernadas por una misma mente, poderosa y maligna, se fueron todas en masa hacia Gordo Charlie. Él se dio la vuelta para salir por pies, pero sus piernas se habían quedado atrapadas en una sustancia pegajosa y elástica y se cayó de bruces.

Ahora, su cuerpo estaba cubierto de arañas que correteaban sobre su piel desnuda con aquellas diminutas patitas; intentó levantarse del suelo, pero estaba sepultado bajo un montón de arañas.

Gordo Charlie quería gritar, pero también su boca estaba llena de arañas. Finalmente, las arañas le cubrieron los ojos y se quedó sumido en la más negra oscuridad...

Gordo Charlie abrió los ojos, vio que todo estaba oscuro y se puso a gritar como un condenado. Entonces se dio cuenta de que habían apagado las luces de la cabina y habían bajado las persianas para que los pasajeros pudieran ver la película.

Ya de por sí, el vuelo había sido infernal desde el principio. Los gritos de Gordo

Charlie sólo contribuyeron a hacérselo un poco peor aún al resto de los pasajeros.

Se levantó de su asiento y trató de abrirse camino hasta el pasillo, tropezándose con todos los que ocupaban las butacas de al lado. Justo cuando pasaba por delante del último asiento y salía al pasillo, se dio un golpe en la frente con el maletero, que se abrió y dejó caer sobre su cabeza el equipaje de mano que algún pasajero había guardado allí.

Los que estaban a su alrededor y habían seguido su torpe avance, se echaron a reír. Aquél gag, digno del mismísimo Buster Keaton, les hizo reír a carcajada tendida y les compensó, en cierto modo, por lo que hasta ese momento había sido un vuelo funesto.

Capítulo Séptimo

En el que Gordo Charlie llega muy lejos.

La agente de inmigración le echó un vistazo al pasaporte estadounidense de Gordo Charlie, parecía como si se hubiera llevado una desilusión al ver que no era un extranjero de ésos a los que podía impedir la entrada en el país sin más ni más. Luego suspiró, y le hizo una seña con la mano para indicarle que podía pasar.

Se preguntó qué haría una vez hubiera salido de la aduana. Alquilar un coche, suponía. Y comer.

Se bajó del autobús y cruzó a pie la barrera de seguridad para salir al inmenso complejo comercial del aeropuerto de Orlando. No se sorprendió ni la mitad de lo que debería haberse sorprendido cuando se encontró a la señora Higglar allí en medio, mirando las caras de los pasajeros que acababan de desembarcar con su sempiterna taza de café en la mano. Sus miradas se encontraron casi al mismo tiempo, y ella echó a andar hacia donde estaba él.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

Gordo Charlie asintió.

—Muy bien —dijo ella—, en ese caso, espero que te guste el pavo.

Gordo Charlie se preguntaba si la camioneta burdeos de la señora Higglar era el mismo coche en el que él recordaba haberla visto conducir cuando era niño. Tenía la impresión de que sí. En algún momento debió de ser nuevo, obviamente. Después de todo, todas las cosas habían sido nuevas alguna vez. La piel de los asientos estaba rajada y levantada, el salpicadero era de madera y estaba lleno de polvo.

Entre los dos, sobre el asiento, había una bolsa de papel de estraza.

El vetusto coche de la señora Higglar no tenía soporte para vasos, así que sujetaba entre los muslos su gigantesca taza mientras conducía. Por lo visto, el coche también era anterior a la invención del aire acondicionado, así que llevaba todas las ventanillas abiertas. A Gordo Charlie no le importaba. Después del frío húmedo y despacible de Inglaterra, uno agradecía aquel clima tan caluroso. La señora Higglar cogió la carretera de peaje en dirección sur. Iba hablando mientras conducía: le contó cómo había sido el último huracán, y que había llevado a su sobrino Benjamin al Seaworld y a Disneyworld y que aquellos parques temáticos ya no son lo que eran, le explicó no sé qué de la normativa urbanística, del precio de la gasolina, le contó palabra por palabra lo que le había contestado al médico cuando éste le recomendó

que se pusiera una prótesis de cadera, se quejó de los turistas que daban de comer a los caimanes, y de que la gente siguiera empeñándose en construir casas en la playa y luego se sorprendiera cuando la playa o la casa desaparecían o cuando los caimanes devoraban a sus perros. Gordo Charlie escuchaba su cháchara como quien oye llover. Al fin y al cabo no era más que eso, cháchara.

La señora Higgler aminoró la velocidad y sacó su tiquet al pasar por el peaje. Había dejado de hablar. Parecía pensativa.

—Así que —dijo—, por fin has conocido a tu hermano.

—La verdad —dijo Gordo Charlie—, no sé por qué no me previno usted.

—Ya te dije que era un dios.

—Sí, pero no me dijo que es mil veces peor que un dolor de muelas.

La señora Higgler hizo un gesto de quitarle importancia y bebió un largo trago de café.

—¿No podemos parar un momento a comer algo en cualquier sitio? —inquirió Gordo Charlie—. En el avión no nos dieron más que cereales y un plátano. Tampoco tenían cucharas. Y se quedaron sin leche antes de llegar a la fila en la que yo iba sentado. Nos pidieron disculpas y nos dieron vales de comida a modo de compensación.

La señora Higgler negó con la cabeza.

—Podría haber canjeado mi vale por una hamburguesa en el bar del aeropuerto.

—Ya te lo he dicho —dijo la señora Higgler—, louella Dunwiddy te tiene preparado un pavo. ¿Cómo crees que se sentirá si llegas sin hambre porque te has atiborrado en un McDonald's, eh?

—Pero es que me muero de hambre. Y aún tardaremos más de dos horas en llegar.

—Ni mucho menos —replicó ella con convicción—. Te aseguro que, conmigo al volante, llegaremos mucho antes.

Y, dicho esto, pisó a fondo el acelerador. A ratos, mientras la camioneta color burdeos corría a trompicones por la autopista, Gordo Charlie cerraba los ojos y los apretaba con fuerza mientras pisaba con el pie izquierdo un imaginario pedal de freno. Era un ejercicio agotador.

Bastante menos de dos horas más tarde, dejaron atrás la autopista de peaje para coger la autovía. Pasaron por delante del Barnes and Noble y del Office Depot. Dejaron atrás las fastuosas mansiones de los multimultimillonarios, todas ellas dotadas de sofisticadas medidas de seguridad. Se adentraron por las calles de los barrios residenciales más antiguos, y a Gordo Charlie le dio la impresión de que ya no tenían un aspecto tan cuidado como cuando él era niño. Pasaron por delante de un restaurante indio que servía comida para llevar, y de otro en cuyas ventanas se veía la bandera jamaicana junto con carteles hechos a mano que recomendaban las

especialidades de la casa: estofado de rabo de buey con arroz, refresco natural de jengibre y pollo al curry.

A Gordo Charlie se le hacía la boca agua sólo con leer el cartel y empezaron a sonarle las tripas.

Un bandazo y un brinco. Las casas que se veían ahora desde el coche eran aún más viejas y, esta vez, todo aquello le resultaba familiar.

Aquéllos estrafalarios flamencos de plástico en el jardín delantero de la señora Dunwiddy seguían siendo el elemento más pintoresco de todo el vecindario, aunque el sol se había ido comiendo la pintura original y ya estaban más cerca del blanco que del rosa. También había, una bola de azogue de esas que se usan para adornar los jardines; Gordo Charlie, que aún no se había fijado en ese detalle, se llevó un susto de muerte cuando vio su cara reflejada en la curva superficie de la bola, pero enseguida reconoció el objeto y se quedó más tranquilo.

—¿Tan mal están las cosas... entre tú y Araña? —le preguntó la señora Higglar casi en la misma puerta de la casa.

—Para que se haga una idea —respondió Gordo Charlie—, le diré que tengo motivos para creer que se está acostando con mi futura esposa. Cosa que yo todavía no he conseguido hacer.

—Ah —respondió la señora Higglar—. Ssh —y llamó al timbre.

Aquello parecía la escena primera de *Macbeth*, pensaba Gordo Charlie, una hora más tarde; de hecho, si las brujas de *Macbeth* hubieran sido cuatro menudas ancianas y si, en lugar de encorvarse sobre sus calderos y recitar macabros conjuros, se hubieran limitado a recibir amablemente a Macbeth y le hubieran servido pavo asado con arroz y guisantes en platos de porcelana blanca sobre un mantel de hule a cuadros rojos y blancos —por no mencionar también el pastel de boniato y el repollo picante— y si le hubieran animado a repetir por segunda y por tercera vez, y a continuación, cuando Macbeth hubiera dicho basta, le hubieran obligado a seguir comiendo casi hasta reventar, y cuando él hubiera jurado solemnemente que ya no podía comer un bocado más, las brujas le hubieran seguido presionando para que probara su pastel de arroz y le hubieran servido también una generosa porción del famoso bizcocho de piña al revés de la señora Bustamonte, entonces, aquella escena habría sido clavadita a la escena de las brujas de *Macbeth*.

—Bueno —dijo la señora Dunwiddy, mientras se quitaba una miguita de bizcocho de piña al revés que se le había quedado en la comisura de los labios—, ya me han dicho que tu hermano ha ido a hacerte una visita.

—Sí, le mandé recado con una araña. Supongo que, en el fondo, la culpa es mía. Jamás se me ocurrió que aquello pudiera ser serio.

Alrededor de la mesa, se levantó un coro de *bahs* y *quiás* y *pstás*, y la señora

Higgler, la señora Dunwiddy, la señora Bustamonte y la señora Noles chasquearon la lengua y movieron la cabeza de un lado a otro.

—Él siempre decía que, de los dos, tú eras el tonto —dijo la señora Noles—. Me refiero a tu padre, claro. Y yo que creía que se equivocaba.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? —protestó Gordo Charlie—. Mis padres nunca me dijeron: «Por cierto, hijo, tienes un hermano del que nunca te hemos hablado. Pídele que te haga una visita y hará que la policía te investigue, se acostará con tu novia y no sólo se mudará a tu casa, sino que se traerá su propia mansión y la instalará en tu cuarto trastero. Y, además, te lavará el cerebro y te hará pasar una tarde entera en el cine y, luego, toda la noche dando vueltas intentando volver a tu casa y...».

Gordo Charlie hizo una pausa al ver la forma en la que le miraban.

Hubo una ronda de suspiros alrededor de la mesa; desde la señora Higgler, pasando por la señora Noles y la señora Bustamonte, y hasta la señora Dunwiddy. Resultaba algo inquietante y sobrenatural, pero la señora Bustamonte rompió el efecto con un eructo.

—¿Y qué es lo que quieres? —le preguntó la señora Dunwiddy—. Dinos qué es lo que quieres.

Gordo Charlie se quedó pensando qué era lo que quería exactamente, allí sentado, en el pequeño comedor de la señora Dunwiddy. Afuera, la luz iba perdiendo claridad a medida que caía la tarde.

—Ha convertido mi vida en una pesadilla —dijo Gordo Charlie—. Lo que quiero es que se vaya. ¿Pueden ustedes hacer que se vaya?

Las tres ancianas más jóvenes no respondieron. Se limitaron a mirar a la señora Dunwiddy.

—En realidad no podemos hacer que se vaya —contestó la señora Dunwiddy—. Ya en otra ocasión... —dejó la frase sin terminar y continuó—: En fin, por nuestra parte, ya hemos hecho todo lo que podíamos, ¿entiendes?

En honor a la verdad, hay que decir que Gordo Charlie logró sobreponerse y no se echó a llorar, ni se lamentó ni se vino abajo como un frágil *soufflé*, que era en realidad lo que el cuerpo le pedía en aquel momento. Se limitó a asentir.

—Bien, en ese caso —dijo— siento haberlas molestado. Gracias por la cena.

—No podemos hacer que se vaya —dijo la señora Dunwiddy, cuyos viejos ojos castaños parecían casi negros tras sus cristales de culo de vaso—, pero podemos ponerte en contacto con alguien que sí puede hacerlo.

Empezaba a anochecer en Florida, así que, en Londres, la noche estaba ya bien entrada. En la amplia cama de Rosie, que Gordo Charlie no había probado jamás, Araña se estremeció.

Rosie se acurrucó a su lado, piel contra piel.

—Charles —dijo—, ¿estás bien?

Notaba que la carne se le había puesto de gallina.

—Perfectamente —respondió Araña—, de repente he tenido una sensación extraña.

—Un escalofrío pasajero, como un mal presentimiento que se te cruza de repente por la cabeza sin saber por qué. A veces pasa —dijo Rosie.

Él la estrechó contra sí y la besó.

Y Daisy estaba sentada en la pequeña sala de estar que compartía con su compañera de piso en Hendon. Llevaba puestos un camisón de color verde esmeralda y unas chillonas zapatillas rosas de andar por casa. Estaba sentada frente al ordenador, moviendo la cabeza de un lado a otro y haciendo clic con el ratón.

—¿Vas a tardar mucho? —preguntó Carol—. No sé si lo sabes, pero ése no es tu trabajo, para algo tenemos un departamento de expertos en informática.

Daisy emitió un ruido. Era un ruido que no quería decir ni que sí ni que no. Más bien indicaba algo como: sé que alguien me ha dicho algo pero si hago un ruido a lo mejor me deja en paz.

Carol había escuchado ese mismo ruido en otras ocasiones.

—Oye —insistió—, culo gordo. ¿Vas a tardar mucho? Quiero actualizar mi blog.

Daisy procesó lo que acababa de decirle su compañera de piso. Le llamaron la atención dos palabras en especial.

—¿Me estás llamando culona?

—No —replicó Carol—. Lo que digo es que se está haciendo tarde y que quiero poner al día mi blog. Hoy va a tirarse a una top model en los lavabos de una discoteca de Londres cuyo nombre no mencionaré.

Daisy suspiró.

—Vale —dijo—, es sólo que hay algo en todo esto que me da mala espina, nada más.

—¿Qué te da mala espina?

—Ésa historia del desfalco. No sé. Vale, ya lo dejo. Todo tuyo. Supongo que sabes que te puedes meter en un lío haciéndote pasar por un miembro de la Familia Real.

—Piérdete ya.

Carol estaba escribiendo un blog en el que se hacía pasar por un miembro de la Familia Real británica; un hombre joven y completamente desmadrado. Se había desatado una polémica en la prensa sobre si el blog era apócrifo o no, muchos periódicos señalaban que había ciertos detalles que sólo un miembro de la Familia Real británica podía conocer, o un asiduo lector de las revistas del corazón.

Daisy se levantó y le cedió el ordenador a su compañera, pero seguía dándole vueltas al presunto desfalco en la Agencia Grahame Coats.

Mientras, Grahame Coats dormía profundamente en su casa de Purley; una casa ciertamente grande, pero no excesivamente ostentosa. Si hubiera justicia en este mundo, estaría gimiendo y sudando en sueños, acosado por terribles pesadillas, y su conciencia le torturaría como una plaga de escorpiones. Pero, muy a mi pesar, he de decir que Grahame Coats dormía como un inocente bebé después de un baño y un buen biberón. Ningún sueño turbaba su descanso.

En algún lugar de la casa de Grahame Coats, un carillón antiguo dio las doce. Medianoche en Londres. Las siete de la tarde en Florida.

Sea como fuere, había llegado la hora de las brujas.

La señora Dunwiddy quitó el hule a cuadros rojos y blancos.

—¿Quién tiene las velas negras? —preguntó.

—Las tengo yo —respondió la señora Noles. Se puso a buscar en la bolsa que tenía a sus pies y sacó cuatro velas. Casi todas eran negras. Una de las velas era recta y lisa. Las otras tres eran negras pero con algunos toques de amarillo y tenían la forma de un pingüino de juguete de cuya cabeza salía el pabilo—. No tenían otra cosa —se excusó—, y tuve que recorrerme tres tiendas para poder encontrarlas.

La señora Dunwiddy se ahorró los comentarios, pero hizo un gesto de resignación con la cabeza. Fue colocando cada vela en un extremo de la mesa, reservando la única que no tenía forma de pingüino para la cabecera, que ella misma ocupaba. Había un plato de plástico bajo cada vela. La señora Dunwiddy sacó un gran paquete de sal *kosher*, lo abrió y echó un montoncito sobre la mesa. A continuación, se quedó mirando fijamente los granos de sal y desbarató el montón trazando espirales con su sarmentoso índice.

La señora Noles había ido a la cocina a buscar una ensaladera de cristal que colocó ahora en el centro de la mesa. Abrió una botella de jerez y vertió en la ensaladera un generoso chorro.

—Ahora —indicó la señora Dunwiddy—, la Hierba del Diablo, la raíz de San Juan el Conquistador y la Sangre de las Mentiras de Amor.

La señora Bustamonte rebuscó en su bolsa y sacó un tarrito de cristal.

—He traído hierbas provenzales —explicó—; pensé que servirían igual.

—¡Hierbas provenzales! —exclamó la señora Dunwiddy—. ¡Hierbas provenzales!

—¿No sirven? —preguntó la señora Bustamonte—. Es lo que yo uso cuando en la receta dice una pizca de perejil, una pizca de orégano... No puedo andar comprando toda clase de hierbas. Con las hierbas provenzales voy que chuto; total, yo no noto la más mínima diferencia.

La señora Dunwiddy suspiró.

—Anda, échalas ahí —dijo.

La señora Bustamonte echó medio tarro de hierbas de Provenza en la ensaladera de cristal. Las hojas secas se quedaron flotando en el jerez.

—Y ahora —dijo la señora Dunwiddy—, las cuatro tierras. Espero —dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras— que no me salgáis con que tampoco habéis podido conseguir las cuatro tierras y tengamos que apañarnos con grava, una medusa disecada, un imán de nevera y una pastilla de jabón.

—Yo tengo las cuatro tierras —dijo la señora Higgler. Cogió su bolsa de papel de estraza y sacó cuatro bolsas de plástico, cada una de las cuales contenía arena o arcilla de diferentes colores. Fue vaciando cada bolsa en una esquina de la mesa.

—Me alegra comprobar que al menos una de vosotras está a lo que está —dijo la señora Dunwiddy.

La señora Noles encendió las velas, comentando de paso lo bien que prendían los pingüinos y lo monos que eran.

La señora Bustamonte sirvió cuatro copas del jerez que había quedado en la botella.

—¿Para mí no hay jerez? —preguntó Gordo Charlie, aunque no le apetecía. La verdad es que no le gustaba el jerez.

—No —respondió, tajante, la señora Dunwiddy—, tú no bebes. Tienes que estar bien lúcido.

Cogió su bolso y sacó un pequeño pastillero dorado.

La señora Higgler apagó las luces.

Ahora los cinco estaban sentados en torno a la mesa, a la luz de las velas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gordo Charlie—. ¿Nos cogemos de las manos y convocamos a los vivos?

—Nada de eso —susurró la señora Dunwiddy—. Y haz el favor de no volver a abrir la boca.

—Perdón —se excusó Gordo Charlie, e inmediatamente se arrepintió de haberse disculpado.

—Escucha —le dijo la señora Dunwiddy—, te vamos a mandar a un lugar en el que podrán ayudarte. Pero, cuidado, no les des nada ni les hagas ninguna promesa. ¿Queda claro? Si tienes que darle algo a alguien, asegúrate de recibir a cambio algo del mismo valor. ¿Estamos?

Gordo Charlie estuvo a punto de responder con un «sí», pero se mordió la lengua a tiempo y, en lugar de ello, asintió con la cabeza.

—Así me gusta —dijo la señora Dunwiddy y, a continuación, se puso a bisbisear con su voz de centenaria, temblorosa y quebradiza.

La señora Noles murmuraba, pero su salmodia resultaba más melódica, y su voz era también más aguda y potente.

La señora Bustamonte no murmuraba, más bien silbaba de forma intermitente,

con un sonido sibilante similar al de una serpiente, que empezaba en el mismo tono que el murmullo y luego subía y bajaba alternativamente.

La señora Higglers se unió al coro. No murmuraba ni silbaba: su voz era como un zumbido, muy parecido al de una mosca en el cristal de una ventana. Apoyaba la lengua en los dientes y la hacía vibrar. Parecía como si tuviera la boca llena de enloquecidas abejas que zumbaran al chocar contra sus dientes intentando escapar.

Gordo Charlie se preguntaba si debía unirse también al cántico, pero no tenía ni idea de qué ruido sería el adecuado, así que intentó concentrarse y no dejar que aquel extraño cántico le distrajesen.

La señora Higglers echó una pizca de tierra roja en la ensaladera. La señora Bustamonte, a su vez, añadió una pizca de tierra amarilla. La señora Noles hizo lo propio con una pizca de tierra marrón, mientras la señora Dunwiddy se inclinaba hacia delante, en un movimiento lento y dificultoso, y echaba un pegote de barro negro.

La señora Dunwiddy bebió un sorbo de jerez. Luego, con sus dedos sarmentosos y torpes, sacó algo del pastillero y lo dejó caer sobre la llama de la vela. Por un segundo, un aroma de limón inundó el comedor, pero fue inmediatamente reemplazado por un simple olor a quemado.

La señora Noles empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Seguía murmurando. Las vacilantes llamas de las velas proyectaban ahora sobre las paredes una danza de inmensas sombras. La señora Higglers siguió a la señora Noles, pero las yemas de sus dedos marcaron un ritmo distinto: más rápido, más fuerte. De la mezcla de ambos, surgió un nuevo ritmo.

En la cabeza de Gordo Charlie todos aquellos sonidos —murmullos, silbidos, zumbidos y tamborileos— se entremezclaban y provocaban un efecto extraño. Empezaba a sentirse levemente mareado. Todo aquello resultaba muy peregrino. Nada tenía demasiado sentido. En los sonidos que producían las cuatro mujeres empezó a oír ruidos selváticos o el crepitar de un fuego inmenso. Sus dedos se relajaron y adquirieron una elasticidad como de goma, y tenía la impresión de que una distancia inconmensurable le separaba ahora de sus propios pies.

Entonces, tuvo la sensación de que estaba en algún lugar por encima de ellas, por encima de todo, y de que allá abajo había cinco personas sentadas alrededor de una mesa. Una mujer de las que estaban sentadas a la mesa se movió y echó algo en la ensaladera que había en el centro y provocó una llamarada tan brillante que dejó momentáneamente ciego a Gordo Charlie. Cerró los ojos, pero fue aún peor. Incluso con los ojos cerrados, la luz era tan intensa que resultaba dolorosa.

Se frotó los ojos. Miró a su alrededor.

A su espalda, se erguía una altísima pared de escarpadas rocas: era una montaña. Justo delante de él, la roca hacía un corte, dando lugar a un interminable despeñadero.

Se acercó al borde y, con recelo, echó un vistazo hacia abajo. Vio unas manchas blancas que le parecieron ovejas hasta que se dio cuenta de que en realidad eran nubes —nubes enormes, blancas, esponjosas—, y estaban a muchos, muchísimos kilómetros de él. Y bajo las nubes, nada: sólo un cielo azul. Pensó que si seguía mirando, podría distinguir la oscuridad del espacio exterior, y más allá de la oscuridad, el gélido brillo de las estrellas.

Dio un paso atrás para apartarse del borde.

A continuación, se dio la vuelta y echó a andar en dirección a las montañas. Eran tan altas que, desde donde él estaba, ni siquiera divisaba sus cumbres; tan altas, que llegó a convencerse de que se estaban derrumbando sobre él, de que un monumental desprendimiento de rocas acabaría arrastrándolo y sepultándolo para siempre. Se obligó a bajar la vista y a mantener los ojos fijos en el terreno que pisaba, y al hacerlo vio que, casi al nivel del suelo, había unos agujeros que parecían dar entrada a una serie de cuevas naturales.

La franja de terreno que pisaba, entre la pared de roca y el despeñadero, debía de tener una anchura de unos cuatrocientos metros escasos: un camino de tierra plagado de piedras, con algunos matorrales aquí y allá y, muy de vez en cuando, algún que otro árbol. El sendero parecía ascender por la ladera de la montaña hasta perderse, mucho más arriba, entre la bruma.

«Alguien me observa», pensó Gordo Charlie.

—¿Hola? —gritó, y alzó de nuevo la vista—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Un hombre salió de la cueva más cercana. Su piel era mucho más oscura que la de Gordo Charlie —más, incluso, que la de Araña—, pero sus largos cabellos eran de un rubio no muy claro, y enmarcaban su rostro como la melena de un león. Llevaba una andrajosa piel de león alrededor de la cintura con su correspondiente cola en la parte de atrás. De pronto, la cola se movió para espantar una mosca que se había posado sobre el hombro del desconocido.

El tipo guiñó sus dorados ojos.

—¿Quién eres tú? —rugió—. ¿Y quién te ha autorizado a llegar hasta aquí?

—Soy Gordo Charlie Nancy —respondió él—. Anansi, la Araña, era mi padre.

El hombre asintió con su imponente cabeza.

—¿Y por qué has venido hasta aquí, Compé hijo de Anansi?

Aparentemente, allí no había nadie más, pero Gordo Charlie tenía la sensación de que había más gente escuchándoles, más voces que callaban, más oídos que escuchaban con atención. Gordo Charlie habló en voz muy alta, para que quienquiera que pudiera estar escuchando oyera con claridad sus palabras:

—Mi hermano está destrozándome la vida. No tengo poder sobre él para hacer que se marche.

—¿Así que has venido en busca de ayuda? —inquirió el León.

—Sí.

—Y ese hermano tuyo, ¿es como tú? ¿También él es de la sangre de Anansi?

—No es en absoluto como yo —respondió Gordo Charlie—, él es uno de los vuestros.

Un movimiento fluido y dorado; el hombre-león acababa de saltar —grácil, con parsimonia— desde la entrada de la cueva, salvando casi cincuenta metros de rocas en apenas un segundo. Ahora estaba al lado de Gordo Charlie. Movía su cola de león con aire impaciente.

Se cruzó de brazos y miró a Gordo Charlie:

—¿Por qué no te ocupas tú mismo de eso?

Gordo Charlie tenía la boca seca. También notaba cierta aspereza en la garganta. La criatura que tenía delante, de una altura superior a la de cualquier ser humano, no olía tampoco como un ser humano. Sobre el labio superior asomaban dos colmillos.

—No puedo —replicó Gordo Charlie con voz de pito.

Por la abertura de otra cueva, un poco más allá, se asomó un gigantesco hombre. Tenía la piel oscura pero más bien grisácea y rugosa, formando pliegues; sus piernas eran rectas y enormes, como columnas.

—Si te has peleado con tu hermano —dijo—, debes recurrir a tu padre y dejar que sea él quien juzgue lo que ha de hacerse. Ambos acataréis la decisión del cabeza de familia. Ésa es la ley.

Dicho esto, volvió a su cueva y emitió un sonido que parecía salir de la parte posterior de su nariz y de su garganta —algo similar al sonido de una trompeta—, y Gordo Charlie comprendió que el que acababa de hablar era el Elefante.

Gordo Charlie tragó saliva.

—Mi padre ha muerto —dijo, y su voz sonó clara; más limpia y potente de lo que esperaba. Sus palabras rebotaron contra la pared de roca, y el eco se la devolvió multiplicada por cien desde otras tantas cuevas. «Muerto muerto muerto muerto», dijo el eco—, por eso he venido hasta aquí.

—No siento gran estima por Anansi —dijo el León—. En una ocasión, hace ya mucho tiempo, me ató a un leño e hizo que una mula me arrastrara por el suelo hasta el trono de Mawu, el que todo creó.

El León rugió al recordar aquel episodio, y Gordo Charlie deseó no estar allí.

—Sigue tu camino —le dijo el León—. Quizá encuentres a alguien que quiera ayudarte, pero no cuentes conmigo.

Y el Elefante dijo:

—Ni conmigo. Tu padre me la jugó y se comió la grasa de mi barriga. Me dijo que me estaba haciendo unos zapatos y en lugar de eso me guisó. No dejó de reírse mientras me comía. Yo nunca olvido.

Gordo Charlie siguió su camino.

En la siguiente cueva encontró a un hombre vestido con un flamante traje verde y un gorro de punta adornado con la piel de una serpiente. Llevaba unas botas de piel de serpiente y un cinturón también a juego. Cuando Gordo Charlie pasó por delante de él, emitió un sonido sibilante.

—Sigue tu camino, hijo de Anansi —le dijo la Serpiente, cuya voz era como un cascabel lleno de arena—. Tu maldita familia sólo trae problemas. No pienso mezclarme en vuestras trifulcas.

La mujer que había en la siguiente cueva era muy hermosa: sus ojos eran dos negras gotas de petróleo y tenía unos bigotes blanquísimos, como los de un felino. Tenía dos filas de mamas a lo largo del pecho.

—Yo conocí a tu padre —le dijo— hace ya mucho tiempo. Huy. —Movié la cabeza de un lado al otro al recordar aquello, y Gordo Charlie se sintió como si hubiera leído la correspondencia privada de otro. La mujer le tiró un beso, pero negó con la cabeza cuando él hizo intención de acercarse.

Siguió caminando. Un árbol muerto le salió al paso, sus grises ramas parecían un montón de huesos viejos. Las sombras se iban haciendo cada vez más largas a medida que el sol descendía lentamente en aquel cielo infinito, más allá del lugar en que el abismo se hundía en los confines del mundo; el sol era un monstruoso globo de color naranja dorado y, más abajo, las blancas nubes empezaban a adquirir suaves matices de oro y púrpura.

«Bajaron los asirios como al redil el lobo —pensó Gordo Charlie recordando aquel verso que debía de llevar largos años olvidado en su memoria—. Y brillaban sus cohortes con el oro y la púrpura». Intentó recordar lo que era una «cohorte», pero no pudo. Debía de ser un carro o algo parecido, decidió.

Algo se movió, algo que estaba junto a su codo y, entonces, se dio cuenta de que eso que había visto bajo el árbol, y había confundido con una piedra, era en realidad un hombre. Su piel era del color de la arena y tenía la espalda llena de manchas, como un leopardo. Sus cabellos eran negros y largos. Le sonrió, dejando a la vista unos dientes que a Gordo Charlie le recordaron a los de un gato enorme. Sólo sonrió un momento, y no fue una sonrisa cálida, ni amistosa, ni tampoco irónica.

—Soy el Tigre —le dijo—. Tu padre me maltrató y me insultó de cien maneras diferentes. El Tigre no lo olvida.

—Lo siento —dijo Gordo Charlie.

—Te acompañaré un rato —dijo el Tigre—. ¿Y dices que Anansi ha muerto?

—Sí.

—Vaya. Vaya, vaya. Fueron tantas las veces que me hizo quedar como un idiota... Hubo un tiempo en el que todas las cosas me pertenecían; las leyendas, las estrellas... todo. Él me las fue robando una por una. Quizá ahora que él ha muerto, la gente dejará de contar sus malditas leyendas. Y dejarán de reírse a mi costa de una

vez por todas.

—Seguro que sí —dijo Gordo Charlie—. Yo nunca me he reído de ti.

Un destello hizo brillar los ojos del Tigre, que eran como dos esmeraldas.

—La sangre es la sangre —dijo—. Y todo aquel que desciende de la sangre de Anansi es Anansi.

—Yo no soy mi padre —protestó Gordo Charlie.

El Tigre mostró sus dientes. Eran dientes muy afilados.

—No vayas por ahí haciendo reír a la gente —le explicó el Tigre—. Ahí fuera, el mundo es grande y serio; no hay motivos para reír. Bajo ningún concepto. Debes enseñar a los niños a tener miedo, debes enseñarles a temblar. A ser crueles. A ser el peligro que acecha en la oscuridad. A ocultarse en las sombras y luego saltar, o dejarse caer sobre cualquiera que se cruce en su camino y matarle. Matarle siempre. ¿Sabes cuál es el verdadero sentido de la vida?

—Esto... —dijo Gordo Charlie—. ¿Amarnos los unos a los otros?

—El sentido de la vida es sentir en la lengua el calor de la sangre de tu presa, la carne que se te queda entre los dientes, el cadáver de tu enemigo yaciendo al sol a la espera de que los carroñeros terminen el trabajo. Eso es la vida. Yo soy el Tigre, y siempre he sido más fuerte que Anansi, más grande, más peligroso, más poderoso, más cruel, más sabio...

Gordo Charlie no quería estar en su propio pellejo en ese momento, hablando con el Tigre. El problema no era que el Tigre estuviera loco; el problema era que creía sinceramente en lo que afirmaba, y todo cuanto afirmaba era invariablemente desagradable. Además, a Gordo Charlie el Tigre le recordaba mucho a alguien y, aunque no conseguía recordar a quién, estaba seguro de que la persona en cuestión tampoco le agradaba.

—¿Me ayudarás a deshacerme de mi hermano?

El Tigre se puso a toser, como si se hubiera atragantado con una pluma —o con un mirlo entero, quizá.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —le preguntó Gordo Charlie.

El Tigre le miró con aire suspicaz.

—La última vez que Anansi se ofreció a traerme agua, acabé intentando tragarme la luna reflejada en un lago y me ahogué.

—Yo sólo pretendía ayudar.

—Eso mismo dijo él. —El Tigre se inclinó sobre Gordo Charlie y le miró fijamente a los ojos. De cerca, no parecía ni remotamente humano: su nariz era plana, sus ojos no estaban situados del mismo modo y olía como la jaula de un zoo. Su voz era áspera y fiera como un rugido—. Te voy a decir cómo puedes ayudarme, hijo de Anansi. Tú y todos los de tu misma sangre. Aléjate de mí. ¿Lo has entendido? Si quieres conservar la carne sobre tus huesos...

El Tigre se pasó la lengua por los labios, una lengua tan roja como la carne recién desgarrada y más larga que la de cualquier ser humano que haya pisado jamás la faz de la tierra.

Gordo Charlie se alejó de él caminando hacia atrás, pues no le cabía la menor duda de que, en el mismo momento en que le diera la espalda, el Tigre le clavaría sus afilados dientes. Ya no veía en aquella criatura ni el más mínimo rasgo que pareciera humano; además, era tan grande como un tigre. En él se encarnaban ahora todos los felinos que habían acabado convertidos en devoradores de hombres, todos los tigres que habían roto un cuello humano con la misma facilidad que un gato doméstico mata a un ratón. Siguió alejándose sin perder de vista al Tigre que, poco después, volvió a agazaparse bajo su árbol, se quedó tendido sobre la roca y, camuflándose de nuevo entre las sombras, se volvió invisible. Sólo el impaciente movimiento de su cola delataba su posición.

—No te preocupes por él —le dijo una mujer, desde la boca de otra cueva—. Acércate.

Gordo Charlie era incapaz de decidir si aquella mujer era atractiva o monstruosamente fea, pero se fue hacia ella.

—Va por ahí dándose aires de animal feroz y poderoso, pero tiene miedo hasta de su sombra. Y tiene miedo de la sombra de tu padre. Ya no tiene fuerza en las mandíbulas.

Su cara tenía un aire perruno. No, no era perruno...

—Pero yo —continuó la mujer—, yo sí que puedo romper huesos con la boca. Ahí es donde está la parte más sabrosa. En el interior de los huesos están los mejores bocados, y yo soy la única que lo sabe.

—Estoy buscando a alguien que me ayude a deshacerme de mi hermano.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; su risa era una especie de rebuzno feroz, un sonido potente, largo y terrorífico. Entonces, Gordo Charlie supo quién era.

—Aquí no vas a encontrar a nadie que esté dispuesto a ayudarte —le dijo—. Todos salieron mal parados al enfrentarse a tu padre. El Tigre siente un odio acérrimo por ti y por todos los de tu sangre, pero ni siquiera él se atrevería a hacerte daño mientras tu padre ande suelto por el mundo. Escucha: sigue caminando por el sendero. Personalmente, no creo que vayas a encontrar a nadie que quiera ayudarte, y te diré que poseo una piedra profética que está situada justo detrás de uno de mis ojos. Sigue caminando por el sendero hasta que encuentres una cueva vacía. Entonces, entra en esa cueva y habla con cualquiera que te encuentres en el interior. ¿Me has entendido?

—Sí, creo que sí.

La mujer se rio. Su risa no era precisamente agradable.

—¿Quieres quedarte un rato conmigo antes de seguir? Puedo enseñarte muchas cosas. Ya sabes lo que dicen... No hay animal más dañino, ni más infame, ni más obsceno, que la Hiena.

Gordo Charlie negó con la cabeza y siguió caminando, pasando por delante de las cuevas que jalonan el camino que asciende por la rocosa ladera de las montañas del fin del mundo. Al pasar delante de cada cueva, se asomaba a ver si encontraba alguna que estuviera vacía. Había gente de formas y tamaños muy diversos; los había diminutos y también muy altos, hombres y mujeres. A su paso, aquellos seres salían de entre las sombras y luego volvían a ocultarse, y al moverse, Gordo Charlie pudo ver que algunos de ellos tenían ijares, otros tenían escamas, o cuernos o garras.

A veces, se asustaban cuando él pasaba por delante, y corrían a esconderse en el interior de su cueva. Otras veces, le salían al paso y se le quedaban mirando en actitud agresiva o con aire curioso.

De repente, desde una de las cuevas que había un poco más arriba, algo llegó rodando por los aires y fue a aterrizar al lado de Gordo Charlie.

—Hola —le saludó aquello mientras intentaba recobrar el aliento.

—Hola —le saludó a su vez Gordo Charlie.

La nueva criatura era inquieta y peluda. Sus brazos y piernas parecían estar mal colocadas. Gordo Charlie trató de adivinar quién podía ser. Las criaturas que había visto hasta ese momento eran mitad hombre mitad animal, ambas naturalezas se combinaban sin contradecirse y sin que resultara extraño —su naturaleza animal y su naturaleza humana se mezclaban como las rayas de una cebrá y juntas daban lugar a otra cosa distinta—. Aquélla criatura, sin embargo, parecía humana y al mismo tiempo casi humana, y resultaba tan extraña que a Gordo Charlie le producía dentera. Pero entonces cayó.

—¿Mono? —dijo—. ¿Eres el Mono?

—¿No tendrás un melocotón? —le preguntó el Mono—. ¿O un mango? ¿O, a lo mejor, un higo?

—Pues me temo que no —respondió Gordo Charlie.

—Dame algo de comer —le dijo el Mono— y yo seré tu amigo.

La señora Dunwiddy ya le había avisado. «No le des nada a nadie —recordó—. No hagas promesas».

—Me temo que no tengo nada que darte.

—¿Quién eres tú? —le preguntó el mono—. ¿Qué cosa eres? Pareces la mitad de algo. ¿Eres de aquí o de allá?

—Anansi era mi padre —respondió Gordo Charlie—. Estoy buscando a alguien que pueda ayudarme con mi hermano, alguien que haga que se marche.

—Anansi podría enfurecerse —dijo el Mono—. Pésima idea. Anansi se enfurece y ya no apareces más en ningún cuento.

—Anansi está muerto —le dijo Gordo Charlie.

—Muerto allí—dijo el Mono, —puede. ¿Muerto aquí? Eso son plátanos de otro racimo, muy diferente.

—¿Quieres decir que podría estar aquí? —Gordo Charlie alzó la vista con más temor aún: la idea de que, en alguna de aquellas cuevas, pudiera llegar a ver a su padre meciéndose plácidamente en una mecedora, con su sombrero verde, bebiendo una lata de cerveza negra y ahogando un bostezo tras una mano enfundada en un guante amarillo limón, le resultaba de lo más inquietante.

—¿Quién? ¿Qué cosa?

—¿Crees que él está aquí?

—¿Quién?

—Mi padre.

—¿Tu padre?

—Anansi.

Aterrorizado, el Mono se encaramó a una roca y aplastó su cuerpo contra ella mirando a todas partes, como si temiera que de un momento a otro se fuera a desatar un tornado.

—¿Anansi? ¿Está aquí?

—Eso es lo que yo pregunto —dijo Gordo Charlie.

El Mono dio una voltereta y se quedó colgando de sus pies, mirando fijamente a los ojos de Gordo Charlie con la cabeza al revés.

—Yo vuelvo al mundo de vez en cuando —afirmó—. Ellos dicen, Mono, sabio Mono, ven, ven. Ven a comerte estos melocotones que te hemos traído. Y nueces. Y manduca. Y estos higos.

—¿Está aquí mi padre? —repitió Gordo Charlie, armándose de paciencia.

—El no tiene cueva —dijo el Mono—. Si la tuviera me habría enterado. Eso creo. A lo mejor tiene una cueva y yo lo he olvidado. Si me das un melocotón, me acordaré mejor.

—No tengo nada —le dijo Gordo Charlie.

—¿No tienes melocotones?

—Nada, no tengo nada.

El Mono volvió a encaramarse a la roca y desapareció.

Gordo Charlie siguió caminando por el pedregoso sendero. El sol estaba más bajo, casi a la altura del sendero, ardía en brillantes llamas de intenso color naranja. Su luz ancestral iluminaba la entrada de las cuevas y permitía ver las que estaban ocupadas. Aquél debía de ser el Rinoceronte, con su piel grisácea, mirando hacia fuera con ojos miopes; allí, con la piel del mismo color que un leño podrido embarrancado en aguas poco profundas, estaba también el Cocodrilo, con sus negros ojos, que parecían de cristal.

Gordo Charlie oyó un ruido a su espalda, era como el sonido de una piedra al chocar contra otra piedra, y se dio la vuelta como un resorte. El Mono le estaba mirando fijamente, sus nudillos rozaban la tierra del sendero.

—No tengo fruta, en serio —le dijo Gordo Charlie—. Si la tuviera, te daría algo.

El Mono dijo:

—Sentí lástima de ti. Es mejor que vuelvas a tu casa. Es una idea mala mala mala mala mala. ¿Sí?

—No —replicó Gordo Charlie.

—Ah —suspiró el Mono—, vale. Vale vale vale vale.

Se quedó quieto y luego, de repente, se puso frenético: saltó por encima de Gordo Charlie y se detuvo delante de otra cueva que estaba un poco más allá.

—No entres ahí tú —gritó—. Sitio malo. —Y señaló la entrada de la cueva.

—¿Por qué no? —preguntó Gordo Charlie—. ¿Quién hay ahí?

—Hay nadie ahí —dijo el Mono con aire satisfecho—. Por eso no es la que buscas tú, ¿verdad?

—Al contrario —respondió Gordo Charlie—, es exactamente lo que busco.

El Mono se puso a dar saltos y gritos, pero Gordo Charlie siguió subiendo hasta llegar a la cueva deshabitada. El sol estaba completamente rojo y seguía descendiendo por el abismo del fin del mundo.

Caminando por el sendero que asciende por la ladera de las montañas del principio del mundo (sólo son las montañas del fin del mundo cuando uno viene del otro lado), tenía la impresión de que la realidad presentaba un lado insólito, como retorcido. Éstas montañas, junto con sus cuevas, están hechas de la misma materia que los cuentos primitivos (aquello ocurrió en un tiempo remoto, mucho antes de la aparición de la raza humana, claro está; ¿de dónde habéis sacado esa idea de que fueron los hombres los primeros en contar cuentos?). Al salirse del camino para entrar en la cueva, Gordo Charlie tuvo la impresión de estar adentrándose en una realidad completamente ajena a la suya. La cueva era muy profunda; en el suelo había manchas blancas que parecían excrementos de pájaro. También había algunas plumas aquí y allá, y el cadáver de un pájaro tirado en el suelo, como un viejo plumero que alguien hubiera abandonado allí.

Al fondo de la cueva, la más absoluta oscuridad.

Gordo Charlie gritó:

—¿Hola?

Sólo el eco le respondió: «Hola hola hola hola». Siguió avanzando. La oscuridad que reinaba en el interior de la cueva resultaba ahora casi palpable, como si tuviera una fina venda negra sobre los ojos. Caminaba despacio, paso a paso, con los brazos extendidos.

Algo se movió.

—¿Hola?

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, de modo que empezaba a distinguir alguna que otra forma. «No es nada. Sólo plumas, eso es todo». Dio un paso más y una ráfaga de aire levantó las plumas que había en el suelo de la cueva.

Algo revoloteó muy cerca de él y pasó a través de él; algo que parecía el batir de las alas de una paloma.

Un remolino. Notó que un poco de arena le saltaba a la cara y se le metía en los ojos. Guiñó los ojos y retrocedió al notar un viento que parecía levantarse justo delante de él, armando una tormenta de polvo y plumas. Luego, el viento desapareció de forma igualmente repentina, y en el lugar en el que se había formado aquel remolino de plumas apareció una figura humana que le hacía señas con una mano.

Hubiera querido retroceder, pero aquel ser había alargado la mano y lo tenía cogido por una manga. Lo agarraba con suavidad y tiraba hacia él...

Dio un paso hacia el interior de la cueva...

... y de repente se encontró al aire libre, en medio de una llanura cobriza y sin árboles, bajo un cielo del color de la leche cuando está cortada.

Los ojos varían de una criatura a otra. Los ojos de los seres humanos (a diferencia de los que poseen, por ejemplo, los gatos, o los pulpos) sólo pueden percibir una única versión de la realidad. Gordo Charlie veía ahora una cosa con sus ojos y, al mismo tiempo, en su mente, veía otra distinta. Y en el espacio que quedaba entre ambas, acechaba la locura. Sentía que un incontrolable pánico empezaba a crecer dentro de él. Tomó aire y aguantó la respiración mientras el corazón latía desbocado dentro de su pecho. Se obligó a hacer caso de lo que le mostraban sus ojos y no de lo que veía en su mente.

De este modo, comprendió que estaba viendo un pájaro, un pájaro de aterradora mirada, con el plumaje raído, más grande que un águila, más alto que un avestruz; su mortífero pico estaba diseñado para desgarrar la carne de su presa, como el de las rapaces; el plumaje de color gris pizarra estaba cubierto de una brillante película de grasa que producía un efecto irisado, un oscuro arco iris de violetas y verdes. Gordo Charlie comprendió todo esto tan sólo por un segundo y únicamente en alguna remota zona de su mente. Lo que veían sus ojos era una mujer de cabellos tan negros como el ala de un cuervo en el mismo lugar que ocupaba en su mente la imagen del pájaro. No era joven, ni tampoco vieja, y su rostro parecía haber sido tallado en obsidiana allá por la noche de los tiempos, cuando el mundo era joven.

La mujer le observaba, inmóvil. Las nubes enturbiaban aquel extraño cielo del color de la leche cuando se vuelve agria.

—Soy Charlie —dijo Gordo Charlie—. Charlie Nancy. Algunos, bueno, la mayoría de la gente me llama Gordo Charlie. Puedes llamarme así, si quieres.

No hubo respuesta.

—Anansi era mi padre.

Nada. No movió un solo músculo, ni siquiera respiraba.

—Quiero que me ayudes a hacer que mi hermano desaparezca de mi vida.

La mujer inclinó a un lado la cabeza al oír esto último. Aquello bastó para hacerle saber que escuchaba y que estaba viva.

—No puedo hacerlo yo solo. Tiene poderes mágicos o lo que sea. Hablé con una araña y, de repente, mi hermano se presentó en mi casa. Ahora no consigo deshacerme de él.

La mujer habló por fin, y su voz era áspera y profunda, como la de un cuervo.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—¿Que me ayudes? —aventuró.

La mujer se quedó pensativa.

Posteriormente, Gordo Charlie intentaría recordar cómo iba vestida, pero no sería capaz. Unas veces creía recordar que era un manto de plumas; otras, le parecía que eran más bien jirones de algo, o quizá, una gabardina muy raída como la que llevaba el día que se la encontró en Piccadilly, un tiempo después, cuando todo empezó a ir verdaderamente mal. En todo caso, no estaba desnuda: de eso estaba casi seguro del todo. Si hubiera estado desnuda, lo recordaría, ¿no?

—Ayudarte —repitió.

—Ayudarme a deshacerme de él.

La mujer asintió.

—Quieres que te ayude a deshacerte de la sangre de Anansi.

—Sólo quiero que mi hermano se largue y me deje en paz de una vez por todas. No quiero hacerle daño ni nada de eso.

—A cambio, debes prometer que podré quedarme con el hijo de Anansi.

Gordo Charlie permanecía de pie en medio de la cobriza llanura —que, en cierto modo, estaba en algún lugar de aquella cueva en el interior de las montañas del fin del mundo que, a su vez, de algún modo, estaban en el comedor de la señora Dunwiddy—, tratando de entender qué era exactamente lo que aquella mujer le pedía.

—No puedo darle nada a nadie. Ni tampoco puedo hacer ninguna promesa.

—¿Quieres que él se marche o no? Decídetes. Mi tiempo es precioso. —Se cruzó de brazos y le miró con sus terroríficos ojos—. No temo a Anansi.

Gordo Charlie recordó las palabras de la señora Dunwiddy.

—Esto... —dijo—. No debo hacer promesas. Y tengo que pedir a cambio algo de valor equivalente. Quiero decir, que debe ser un intercambio justo.

La Mujer Pájaro parecía contrariada, pero asintió.

—En ese caso, debo darte a cambio algo de igual valor. Te doy mi palabra. —Puso su mano sobre la de Gordo Charlie, como si le estuviera dando algo, y luego se la estrechó—. Y ahora, habla.

—Te entregaré la sangre de Anansi —dijo Gordo Charlie.

—Es un trato —dijo una voz y, tras esas palabras, ella se hizo añicos, literalmente.

En el lugar en el que hasta hace un momento había habido una mujer, había ahora una bandada de pájaros que volaban en todas las direcciones, como si un disparo los hubiera asustado. De pronto, todo el cielo se llenó de pájaros; Gordo Charlie no había visto nunca tal cantidad de pájaros: pájaros pardos y negros, volando en círculos o de un lado a otro, formando una nube tan grande como el propio mundo.

—Ahora, ¿harás que se marche? —gritó Gordo Charlie, dirigiendo su voz al lechoso cielo, cada vez más oscuro.

Los pájaros se deslizaron por el cielo, desplazándose tan sólo un poco y sin dejar de volar, pero de repente, Gordo Charlie vio que habían formado un rostro en mitad del cielo. Era un rostro gigantesco.

El rostro habló con las voces de aquellos miles y miles y miles de pájaros; pronunció su nombre moviendo aquellos inmensos labios hechos de pájaros.

Luego, los pájaros salieron en desbandada y el rostro se disolvió en medio del caos más absoluto mientras las aves corregían su rumbo y volaban en dirección a Gordo Charlie. Él se cubrió la cara con las manos para protegerse.

Sintió un repentino e intenso dolor en el cuello. Por un segundo, pensó que uno de aquellos pájaros debía de haberle rajado la mejilla asestándole un picotazo o clavándole las garras. Pero enseguida supo lo que había pasado en realidad.

—¡Deje de pegarme! —dijo—. Ya basta. ¡No hace falta que me pegue!

Sobre la mesa, los pingüinos casi se habían consumido ya; no tenían cabeza, ni hombros, y la mecha seguía ardiendo sobre la informe masa de cera negra y amarilla que había sido la barriga del pingüino, a sus pies se había formado un charco de cera negruzca. En torno a la mesa, tres mujeres le observaban.

La señora Noles le tiró a la cara un vaso de agua.

—Eso tampoco hacía ninguna falta —dijo—. Estoy aquí, ¿no?

La señora Dunwiddy entró en la habitación con aire triunfal. Traía en las manos un frasquito de vidrio marrón.

—Las sales —explicó—. Sabía que tenía un frasco guardado en alguna parte. Lo compré en 1967 y no en el sesenta y ocho. Puede que estén caducadas. —Dirigió sus penetrantes ojillos hacia Gordo Charlie y frunció el ceño—. Ya está despierto. ¿Quién le ha despertado?

—Había dejado de respirar —dijo la señora Bustamonte—, así que le di un bofetón.

—Y yo le eché agua —dijo la señora Noles—, para que acabara de volver en sí.

—No necesito sales —dijo Gordo Charlie—. Ya estoy empapado y dolorido.

Pero la señora Dunwiddy ya había destapado el frasco con sus dedos sarmentosos

y se lo había puesto bajo la nariz. Gordo Charlie tomó aire cuando intentaba apartar la cabeza e inhaló sin querer el vapor de amoníaco. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se sintió como si acabara de recibir un puñetazo en la nariz. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Eso es —dijo la señora Dunwiddy—. ¿Te sientes mejor ahora?

—¿Qué hora es? —preguntó Gordo Charlie.

—Son casi las cinco de la mañana —respondió la señora Higgler. Se echó al colete un buen trago de café—. Empezábamos a estar preocupadas. Será mejor que nos cuentes lo que ha pasado.

Gordo Charlie intentó hacer memoria. No era que aquello se hubiera evaporado, como pasa con los sueños, más bien era como si aquella experiencia le hubiera ocurrido a otra persona, alguien que no era él, y tuviera que establecer contacto con aquella otra persona por medio de una suerte de ejercicio telepático sin precedentes. En su cabeza todo estaba manga por hombro, el recuerdo en technicolor de aquella tierra de Oz se iba fundiendo progresivamente y adaptándose a los tonos sepias de la realidad cotidiana.

—Había cuevas. Yo iba pidiendo ayuda. También había montones de animales. Animales que también eran humanos. Ninguno de ellos quería ayudarme. Todos le tenían miedo a mi padre. Pero al final una dijo que me ayudaría.

—¿Una? —preguntó la señora Bustamonte.

—Había hombres y mujeres —explicó Gordo Charlie—. La que se ofreció a ayudarme era una mujer.

—¿Sabes quién era? ¿El Cocodrilo? ¿La Hiena? ¿La Rata?

Él se encogió de hombros.

—Quizá me acordaría si no me hubieran pegado y no me hubieran arrojado agua a la cara, y no me hubieran puesto nada bajo la nariz. Después de eso, no es fácil conservar la memoria.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de emprender el viaje? ¿Que no le dieras nada a nadie, a menos que te ofrecieran algo a cambio?

—Sí —respondió; en cierto modo, se sentía orgulloso de no haber caído en una trampa de esa clase—, sí. Había un mono que me pedía cosas todo el rato, y le dije que no. Oigan, me parece que necesito una copa.

La señora Bustamonte cogió de la mesa una copa de no se sabe qué.

—Ya imaginamos que necesitarías un trago. Colamos el jerez que había en la ensaladera. Puede que quede algún resto de hierba, pero no será más que una brizna.

Gordo Charlie tenía los puños apretados sobre sus piernas. Abrió la mano derecha para coger la copa que la anciana le ofrecía. Entonces se quedó quieto, con la mirada perdida.

—¿Qué? —preguntó la señora Dunwiddy—. ¿Qué te pasa?

En la palma de la mano tenía una cosa negra, estaba hecha un gurrño y empapada de sudor, pero Gordo Charlie sabía lo que era: una pluma. Entonces, se acordó. Lo recordaba todo perfectamente.

—Era la Mujer Pájaro —dijo.

Empezaba a amanecer cuando Gordo Charlie se subió a la camioneta burdeos de la señora Higglar y ocupó el asiento del copiloto.

—¿Tienes sueño? —le preguntó.

—No mucho, la verdad. Pero me siento raro.

—¿Adonde te llevo? ¿A mi casa? ¿A casa de tu padre? ¿A un motel?

—No sé.

La señora Higglar arrancó el coche y lo sacó de allí.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gordo Charlie.

Ella no contestó. Sorbió un trago de café de su megataza y dijo:

—Puede que lo que hemos hecho esta noche salga bien, pero también puede que no. A veces es mejor que los asuntos de familia se resuelvan en familia. Tú y tu hermano os parecéis demasiado. Supongo que por eso os peleáis.

—Imagino que la expresión «os parecéis demasiado» es una licencia idiomática que en realidad significa «os parecéis como un huevo a una castaña».

—No te pongas británico conmigo. Sé perfectamente lo que me digo. Tú y él estáis cortados por el mismo patrón. Recuerdo que tu padre me decía: «Callyanne, mis dos chicos son tontos del...», ya sabes, pero da igual cómo lo expresara, a lo que voy es a que se refería a los dos —de repente, algo se le vino a la cabeza—. Oye, cuando estuviste en ese sitio en el que viven los dioses, ¿viste a tu padre?

—Creo que no. Si lo hubiera visto, me acordaría.

La señora Higglar asintió y siguió conduciendo en silencio.

Aparcó y se bajaron del coche.

Hacía frío en Florida al amanecer. El Parque Cementerio parecía sacado de una película: estaba cubierto por una leve bruma que daba la sensación de que los detalles se percibían con mayor nitidez. La señora Higglar abrió la puerta de la verja y entraron en el cementerio.

La tumba de su padre estaba ahora cubierta de césped y en la cabecera había una placa con un florero metálico incorporado en el que alguien había dejado una rosa de seda amarilla.

—Señor, ten piedad del pecador que aquí yace —rezó fervorosamente la señora Higglar—. Amén, amén, amén.

Alguien les observaba: las dos grullas de cabeza roja que habían llamado la atención del Gordo Charlie en su primera visita les observaban sin dejar de mover la cabeza, como si fueran dos aristócratas de visita en una prisión.

—¡Fus, fus! —dijo la señora Higglar. Pero no le hicieron ni caso.

Una de ellas enterró la cabeza entre la hierba y, cuando volvió a sacarla, tenía una lagartija colgando del pico. La grulla estiró el cuello, sacudió la cabeza y se la tragó sin contemplaciones.

Empezaba a despertar el coro del amanecer: zanates, turpiales y ruiseñores anunciaban con sus cantos el comienzo de un nuevo día desde los árboles que había al otro lado de la verja.

—Creo que es hora de volver a casa —dijo Gordo Charlie—. Con un poco de suerte, a lo mejor me encuentro con que ella se ha ocupado ya de echarle. Entonces, todo volverá a la normalidad. No me será difícil aclarar las cosas con Rosie.

Un moderado optimismo empezaba a aflorar en su ánimo. Aquél iba a ser un buen día.

Según los cuentos más antiguos, Anansi, al igual que tú y que yo, vive en su casa. Es codicioso, por supuesto que sí, y también lascivo, tramposo, y un consumado embustero. Pero también tiene buen corazón, y buena suerte y, a veces es, incluso, sincero. Unas veces es bueno, otras veces es malo. Malvado, jamás. Las más de las veces, uno está de parte de Anansi. Y esto es así porque Anansi es el dueño de todos los cuentos. Fue Mawu quien, en el amanecer de los tiempos, le regaló todos los cuentos. Primero se los quitó al Tigre y, luego, se los regaló a Anansi que, desde ese momento, va tejiendo poco a poco una preciosa red con todos ellos.

Según todos los cuentos, Anansi es una araña, pero también un hombre. No es difícil tener en la cabeza dos ideas al mismo tiempo. Hasta un niño puede hacerlo.

Las abuelas y las tías que viven en las costas del África occidental fueron las primeras en contar a sus nietos y sobrinos los cuentos de Anansi; desde allí se extendieron por todo el Caribe hasta llegar a todos los rincones del mundo. Con aquellos cuentos se escribieron después cientos de miles de libros infantiles y, de este modo, el viejo Anansi dio la vuelta al mundo con sus divertidas jugarretas. El problema es que las abuelas, las tías y los señores que escriben libros para niños suelen omitir cosas, porque no todos los cuentos son apropiados para los niños.

Éste es uno de esos cuentos que no encontraréis en ningún libro de cuentos infantiles. Yo lo he titulado así:

«Anansi y la Mujer Pájaro».

A Anansi no le caía bien la Mujer Pájaro, porque cuando ésta tenía hambre comía muchas cosas, entre ellas, arañas. Y siempre tenía hambre.

Hubo un tiempo en el que fueron amigos, pero ya no lo eran.

Un día, Anansi salió a dar un paseo y vio un agujero en el suelo que le dio una idea. Puso unas ramitas secas en el fondo del agujero y les prendió fuego, y sobre ese fuego puso un puchero en el que fue echando raíces y hierbas. Entonces, se puso a correr y a bailar alrededor del puchero mientras gritaba: «Me encuentro bien, me encuentro taaaan bien... ¡Ya no me duele nada y no me he sentido tan bien en toda mi vida!».

Armaba tal escándalo que la Mujer Pájaro lo oyó y bajó volando para ver a cuento de qué se había armado todo ese follón. Y le preguntó: «¿Qué es eso que cantas? ¿Por qué te comportas como un lunático, Anansi?».

Anansi siguió cantando: «Tenía tortícolis y me dolía mucho, pero ya no me duele. Me crujían los huesos, pero ahora soy tan flexible como un junco, y tan suave como la Serpiente a la mañana siguiente de haber mudado la piel. Soy increíblemente feliz y ya siempre estaré en forma, porque conozco un secreto que todos los demás ignoran».

«¿Qué secreto?», le preguntó la Mujer Pájaro.

«Mi secreto —le respondió Anansi—. Ahora todos me ofrecerán sus más preciados tesoros a cambio de que les cuente mi secreto. ¡Yupi! ¡Yipiii! ¡Estoy de maravilla!».

La Mujer Pájaro dio unos saltitos para acercarse un poco más y ladeó la cabeza. Entonces fue y le preguntó: «¿Me contarás tu secreto?».

Anansi miró a la Mujer Pájaro con aire suspicaz y se colocó delante del puchero, que hervía a borbotones.

«Me parece que no —dijo Anansi—. Puede que no haya suficiente para los dos. No te ofendas».

Y la Mujer Pájaro le dijo: «Mira, Anansi, ya sé que no siempre hemos sido buenos amigos. Pero te propongo una cosa: tú compartes tu secreto conmigo y yo te prometo que ningún pájaro volverá a comerse jamás a ninguna araña. Seremos amigos hasta el fin de los tiempos».

Anansi se rascó la barbilla y negó con la cabeza. «Es un secreto muy grande y muy importante que te devuelve la juventud y te llena de energía y estimula la libido y te quita todos los dolores de una vez para siempre».

La Mujer Pájaro se atusó las plumas y volvió al ataque: «Oh, Anansi, seguro que ya te has dado cuenta de que siempre me has parecido un hombre enormemente atractivo. ¿Por qué no te vienes a retozar conmigo entre los matorrales que hay junto al camino? Seguro que puedo hacerte olvidar todos esos recelos que te impiden revelarme tu secreto».

Así que se fueron detrás de los matorrales que estaban junto al camino y empezaron a besuquearse y a reírse y a ponerse tontos y, luego, cuando

Anansi ya había conseguido lo que quería de la Mujer Pájaro, ella le dijo: «Y ahora, ¿qué hay de ese secreto que guardas tan celosamente, Anansi?».

Y Anansi le contestó: «Bueno, la verdad es que no pensaba compartirlo con nadie, pero te lo voy a contar. Es un baño de hierbas, está en ese agujero que hay en el suelo. Mira, echaré dentro estas hojas y estas raíces. Ya está. Todo el que se bañe aquí vivirá eternamente y no volverá a sentir dolor. Yo ya me he bañado y ahora soy tan fogoso como un cabritillo. Pero creo que no voy a dejar que nadie más se bañe aquí».

La Mujer Pájaro miró la burbujeante agua y de un salto se metió en el puchero.

«Está muy caliente, Anansi», dijo.

«Tiene que estar caliente para que las hierbas hagan efecto», le contestó Anansi. Y, entonces, cogió la tapa y la colocó sobre el puchero. La tapa pesaba mucho, y Anansi colocó una piedra encima de ella para que pesara todavía más.

¡Pum! ¡Pam! ¡Pom! La Mujer Pájaro golpeaba la tapa con todas sus fuerzas.

«Si te dejo salir ahora —gritó Anansi—, se perderán los efectos beneficiosos del baño. Relájate y siente la salud que empieza a correr por tus venas».

Pero la Mujer Pájaro o no le oía o no le creyó, porque siguió golpeando y empujando la tapa todavía un rato. Luego, paró.

Aquella noche, Anansi y su familia cenaron una exquisita sopa de Pájaro y Pájaro hervido. Tardaron muchos días en volver a tener hambre.

Desde aquel día, los pájaros comen arañas siempre que se presenta la ocasión, y un pájaro y una araña no podrán hacerse amigos jamás.

En otra versión de este cuento, Anansi acaba también dentro del puchero. Todos los cuentos son de Anansi, pero no por eso sale siempre bien parado en ellos.

Capítulo Octavo

En el que una cafetera demuestra ser un objeto muy útil.

«Si alguien estaba haciendo uso de su poder para echar a Araña de allí, Araña no se había enterado siquiera. Por el contrario, Araña se lo estaba pasando de maravilla suplantando a Gordo Charlie. Se lo estaba pasando tan bien, que empezaba a preguntarse por qué no lo había hecho antes. Aquello era más divertido que un barril lleno de monos. [7]

Lo que más le gustaba a Araña de suplantar a Gordo Charlie era Rosie.

Hasta ahora, Araña pensaba que todas las mujeres eran más o menos iguales. Siempre les daba un nombre falso y una dirección en la que sólo podrían localizarle durante unos días, no más de una semana y, por supuesto, el número de teléfono era el de un móvil. Las mujeres eran divertidas y muy decorativas, el mejor accesorio para un hombre, pero siempre había suficientes para ir cambiando; como aquellos platos de *goulash* en la cinta transportadora, cuando uno se acaba no tienes más que coger otro y añadirle un poco de tu crema agria.

Pero Rosie...

Rosie era diferente.

No hubiera sabido decir qué tenía ella de diferente. Había intentado discernir qué cualidad la hacía diferente de las demás, pero no logró identificarla. En, cierta medida, tenía que ver con cómo se sentía él cuando estaba con ella: como si, a través de los ojos de Rosie, se viera como un hombre mucho mejor. Eso explicaba en parte por qué ella le parecía diferente.

A Araña le gustaba saber que Rosie sabía dónde encontrarle. Le hacía sentirse cómodo. Le encantaban aquellas curvas tan acogedoras, y ese empeño que ponía en ir haciendo el bien sin mirar a quién, y su sonrisa. Lo cierto es que no había nada que no le gustara de Rosie, sólo le fastidiaba el no poder estar a todas horas con ella y, por supuesto, también había otro detalle que estaba empezando a fastidiarle de verdad: la madre de Rosie. Aquélla noche, Gordo Charlie estaba en un aeropuerto a miles de kilómetros de distancia a punto de conseguir que le colaran en primera clase, mientras que Araña estaba en el apartamento de la madre de Rosie, en Wimpole Street, descubriendo lo horrible que podía llegar a ser aquella mujer.

—¿Quién es éste? —preguntó, suspicaz, nada más abrirles la puerta.

—Soy Gordo Charlie Nancy —dijo Araña.

—¿Por qué dice eso? —preguntó la madre de Rosie—. ¿Quién es?

—Soy Gordo Charlie Nancy, su futuro yerno, y le caigo pero que muy bien —dijo Araña con gran convicción.

La madre de Rosie se tambaleó, pestañeó y se quedó mirándole fijamente.

—Puede que seas Gordo Charlie —dijo, no muy convencida—, pero no me caes bien.

—Pues debería caerle bien —dijo Araña—. Soy un tipo encantador. La gente convoca asambleas para hablar de lo encantador que soy. Tengo varios premios y una medalla que me concedieron en un pequeño país sudamericano como tributo a mi encanto personal y, en general, a lo increíblemente maravilloso que soy. Pero, lógicamente, no los llevo encima. Guardo esas medallas en el cajón de los calcetines.

La madre de Rosie hizo un gesto de desdén. No tenía idea de qué demonios estaba pasando, pero fuera lo que fuese, no le gustaba nada. Hasta ahora había tenido la impresión de que le tenía cogida la medida a Gordo Charlie. Posiblemente, admitió para sí, no había manejado bien aquella situación en el primer momento; seguramente, Rosie no se habría comprometido con Gordo Charlie tan alegremente si su madre no hubiera manifestado la opinión que le merecía de manera tan explícita. La madre de Rosie le había dicho a su hija que aquel hombre era un perdedor, pues era capaz de olfatear el miedo igual que un tiburón puede olfatear la sangre a varios kilómetros. Pero no había conseguido persuadir a Rosie para que le dejara y, ahora, su estrategia consistía en asumir la dirección de los preparativos de la boda, hacer que Gordo Charlie se sintiera lo más incómodo posible y regodearse repasando la estadística nacional de divorcios con una amplia sonrisa de satisfacción.

Algo muy extraño estaba sucediendo ahora, y no le gustaba un pelo. Gordo Charlie había dejado de ser el tipo vulnerable de siempre. Aquélla nueva criatura de ingenio tan agudo la tenía desconcertada.

A Araña, por su parte, la madre de Rosie le estaba haciendo trabajar.

La mayoría de la gente no se fija en sus semejantes. La madre de Rosie sí. No se le escapaba un detalle. En ese momento, bebía agua caliente a sorbitos en una taza de porcelana de color marfil. La mujer era consciente de que acababa de perder una escaramuza, aunque no habría sido capaz de explicar dónde había fallado ni de qué iba la batalla. Así que decidió pasar al siguiente asalto.

—Charles, querido —dijo—, háblame de tu prima Daisy. Creo que he dejado un poco de lado a tu familia a la hora de participar en la boda. ¿Te gustaría que desempeñara algún papel destacado en el cortejo nupcial?

—¿Quién?

—Daisy —repitió dulcemente la madre de Rosie—, la jovencita que tuve ocasión de conocer el otro día, en tu casa. Aquélla que andaba por allí en ropa interior. Si es que era tu prima, claro está.

—¡Madre! Si Charlie dice que era su prima...

—Deja que hable él, Rosie —interrumpió su madre, y dio otro sorbito a su taza de agua caliente.

—Claro —dijo Araña—, daisy.

Rebobinó hasta situarse en la noche en que su hermano y él habían compartido vino, mujeres y canciones: se había llevado a casa a la chica más guapa y divertida, después de convencerla de que la idea había partido de ella, y luego había necesitado su ayuda para subir al inconsciente y corpulento Gordo Charlie por las escaleras. Habiendo disfrutado ya de las atenciones de varias de las mujeres que les acompañaban aquella noche, se había llevado a aquella chica tan menuda y simpática con ellos de igual modo que uno se echa al bolsillo una chocolatina de menta después de una cena pero, una vez en casa y después de haber aseado y acostado a Gordo Charlie, se dio cuenta de que ya no tenía hambre. Aquélla.

—Mi adorable prima Daisy —y continuó sin pausa alguna—. Seguro que le encantaría participar en la boda, si no tuviera que viajar en esas fechas. Se pasa el día viajando de aquí para allá, es funcionaría del Foreign Office, se encarga de llevar documentos confidenciales a las embajadas británicas en el extranjero. Un día está en Londres y al día siguiente en Murmansk, entregando algún importante informe altamente confidencial.

—¿No tienes su dirección? ¿O su número de teléfono?

—Podemos ir a buscarla, usted y yo juntos —repuso Araña—, siguiendo su rastro por todo el mundo. Ahora la ves, ahora no la ves.

—En ese caso —replicó la madre de Rosie en un tono que bien podía ser el mismo que utilizaba Alejandro Magno cuando ordenaba saquear una de esas pequeñas aldeas persas—, debes invitarla la próxima vez que venga a pasar unos días por aquí. Me pareció una chica muy mona y encantadora, y estoy segura de que a Rosie le encantará conocerla.

—Sí —respondió Araña—, en efecto. Tengo que invitarla.

Todas y cada una de las personas que han habitado, habitan o habitarán en este planeta tienen su propia canción. No es una canción escrita por otra persona. Es una canción con su propia melodía y su propia letra. Son pocos los que llegan a cantar su propia canción. La mayoría tememos que nuestra voz no le haga justicia, o que nuestras palabras sean demasiado tontas, o demasiado honestas, o demasiado raras. Así que la gente acaba viviendo las canciones de los demás en lugar de cantar la suya propia.

Examinemos, por ejemplo, el caso de Daisy. Su canción, que había estado olvidada en algún oscuro rincón de su mente la mayor parte de su vida, tenía un ritmo vivo y decidido, y la letra hablaba de proteger al más débil, y el estribillo empezaba

así: «¡*Hombres malvados, cuidado conmigo!*», por lo que parecía un poco tonta para cantarla de viva voz. Aunque a veces la tarareaba para sí, en la ducha, mientras se enjabonaba.

Y esto es, más o menos, todo lo que debéis saber de Daisy. El resto no son más que simples detalles.

El padre de Daisy había nacido en Hong Kong. Su madre en Etiopía, en el seno de una adinerada familia que se dedicaba a la exportación de alfombras: tenían una casa en Addis Abeba y otra cerca de Nazaret. Los padres de Daisy se conocieron en Cambridge; él estudiaba informática en una época en la que no parecía una carrera con mucho futuro, y ella devoraba manuales de química molecular y de derecho internacional. Ambos eran estudiantes muy aplicados, de natural tímido y muy inquietos. Los dos echaban de menos sus respectivos hogares, aunque por motivos muy diferentes; en cualquier caso, los dos jugaban al ajedrez, y fue precisamente en el club de ajedrez, un miércoles por la tarde, donde tuvo lugar su primer encuentro. Puesto que los dos eran principiantes, les animaron a que jugaran juntos y, en su primera partida, la madre de Daisy no tuvo ninguna dificultad para ganar al padre de Daisy.

Al padre de Daisy le escoció la derrota lo suficiente como para pedirle tímidamente que jugaran la revancha el miércoles siguiente y, de este modo, durante los dos años siguientes, continuaron quedando cada miércoles para jugar al ajedrez (excepto en vacaciones y los días de fiesta).

Su vida social se iba haciendo más activa a medida que empezaban a adquirir un mayor dominio del inglés y aprendían a relacionarse con cierta soltura. Juntos, participaron en una cadena humana convocada para protestar por la llegada de camiones cargados de misiles. Juntos, aunque formando parte de un numeroso grupo de gente, se fueron a Barcelona para protestar contra el imparable ascenso del capitalismo a nivel internacional y oponerse radicalmente a la hegemonía de las multinacionales. Aquélla fue también la primera vez que les lanzaron botes de humo y el señor Day se hizo un esguince en la muñeca cuando la policía española arremetió contra los manifestantes.

Algún tiempo más tarde, uno de aquellos miércoles a principios de su tercer año en Cambridge, el padre de Daisy ganó a la madre de Daisy. La victoria le hizo tan feliz, se sentía tan seguro de sí después de aquella hazaña, que le propuso matrimonio; y la madre de Daisy, que en el fondo había temido que el día que él ganara una de aquellas partidas perdería todo interés en ella, le dio el sí sin pensárselo dos veces.

Se establecieron en Inglaterra y optaron por la vida académica, y tuvieron una hija, a la que pusieron de nombre Daisy porque en aquella época tenían un tándem, una bicicleta de dos plazas (que, para posterior regocijo de la propia Daisy,

funcionaba perfectamente). Trabajaron en diferentes universidades inglesas: él como profesor de telecomunicaciones y ella escribiendo, por un lado, libros que nadie leía sobre la hegemonía de las multinacionales, y, por otro, libros que la gente sí leía sobre estrategia e historia del ajedrez, con lo que, el año que las ventas se le daban bien, ganaba más dinero que su marido, que tenía un sueldo más bien modesto. Su compromiso político fue disminuyendo a medida que se hicieron mayores, y al llegar a la madurez, se habían convertido en un matrimonio feliz sin más intereses fuera del que sentían el uno por el otro, el ajedrez, Daisy y la reconstrucción y saneamiento de anticuados sistemas operativos.

Ninguno de los dos entendía a Daisy, ni tan siquiera un poquito.

Se culpaban de no haber sabido atajar a tiempo aquella fascinación que la chica sentía por las fuerzas de policía, de no haberlo hecho en cuanto empezó a manifestarse; más o menos al mismo tiempo que aprendió a pronunciar sus primeras palabras. Daisy señalaba los coches de policía con la misma ilusión con que otras niñas señalaban un poni. Cuando cumplió siete años, tuvieron que celebrar una fiesta de disfraces para que pudiera estrenar su disfraz de mujer policía, y en las fotos que sus padres tienen guardadas en el desván, se la ve exultante de alegría delante de su tarta de cumpleaños, con sus siete velas encendidas.

De adolescente, Daisy era una chica diligente, alegre y despierta que hizo muy felices a sus padres cuando decidió ingresar en la Universidad de Londres a fin de estudiar derecho e informática. Su padre soñaba con que algún día Daisy llegara a ser doctora en derecho; su madre albergaba esperanzas de verla vestir la toga en los tribunales, incluso, de que llegara a juez y utilizara la ley para acabar con la hegemonía de las multinacionales de una vez por todas. Y, entonces, Daisy destrozó todos sus sueños presentándose a los exámenes de ingreso de la academia e incorporándose a la Policía. La Policía la recibió con los brazos abiertos: por un lado, habían salido nuevas directivas sobre la necesidad de dotar al cuerpo de una mayor diversidad; por otro, los delitos informáticos y el fraude basado en la manipulación informática estaban en auge. Necesitaban a Daisy. En honor a la verdad, necesitaban un ejército entero de Daisies.

A estas alturas, cuatro años más tarde, se podría decir que su carrera en la policía no estaba ni por asomo a la altura de sus expectativas. No tenía nada que ver con el hecho de que la policía fuera, como no se cansaban de repetirle sus padres, un monolito institucionalmente racista y machista que estuviera destruyendo su individualidad para convertirla en otro androide uniformado y sin alma. No, lo que le resultaba frustrante era tener que dedicarse a convencer a otros *pasmas* de que ella también era una *pasma*. Había llegado a la conclusión de que, para la mayoría de ellos, el objetivo del trabajo policial era proteger al inglesito medio de esa peligrosa chusma que constituían quienes ocupaban los estratos más bajos de la sociedad, y que

estaban siempre al acecho para robarles sus preciados móviles. La visión de Daisy era muy distinta. Daisy sabía que un simple adolescente con un ordenador en Alemania podía, sin moverse de su habitación, poner en circulación un virus y provocar el cierre de un hospital, causando así un daño muy superior al que se puede causar con una bomba. Daisy sostenía que los tipos más peligrosos hoy en día son gente que sabe perfectamente cómo funciona una página web y que domina los sistemas de encriptación y el funcionamiento de los sistemas prepago de los teléfonos móviles. De lo que no estaba tan segura era de que los buenos estuvieran igualmente preparados.

Bebió un sorbo de café de un vaso de plástico e hizo una mueca; en el tiempo que llevaba revisando datos pantalla tras pantalla, el café se le había quedado frío.

Había revisado ya toda la información que le había pasado Grahame Coats. En efecto, a simple vista parecía que había motivos fundados para sospechar que allí había algo raro —aunque sólo fuera un cheque por valor de dos mil libras que el propio Charles Nancy había extendido a su favor la semana anterior.

Pero.

Pero había algo que le olía mal.

Se dirigió al pasillo y llamó a la puerta del despacho del superintendente.

—¡Adelante!

Camberwell solía fumar en pipa mientras trabajaba en su despacho; era una costumbre a la que había sido fiel durante treinta años, hasta que se prohibió fumar en todo el edificio. Ahora se consolaba con un trozo de plastilina que estrujaba y moldeaba y volvía a estrujar continuamente. Mientras había podido fumar tranquilamente en su pipa, había sido un hombre apacible, bonachón y, en lo tocante a la relación con sus subordinados, un hombre ejemplar. Desde que se vio obligado a cambiar su pipa por aquel pegote de plastilina, era un hombre irritable y con muy malas pulgas. Si le pillabas en un día bueno, se mostraba simplemente quisquilloso.

—¿Sí?

—El caso de la Agencia Grahame Coats.

—¿Hum?

—No lo veo muy claro.

—¿No lo ve claro? ¿Qué demonios significa eso de que no lo ve claro?

—Pues, creo que debería retirarme del caso.

El superintendente no pareció sorprenderse. La miraba fijamente. Por debajo de la mesa, a escondidas, estaba moldeando con su plastilina azul una pipa de espuma de mar.

—¿Por?

—Conozco personalmente al sospechoso.

—¿Y? ¿Se ha ido usted de vacaciones con él? ¿Es usted la madrina de sus hijos?

¿Qué?

—No. Nos hemos visto en una sola ocasión. Pasé la noche en su casa.

—¿Me está usted diciendo que usted y él hicieron cosas feas?

Suspiró profundamente; aquel suspiro expresaba, a partes iguales, hastío, mala leche y el deseo de tener en sus manos una buena pipa bien cargada.

—No, señor. No se trata de eso. Sólo me quedé a dormir.

—¿Y ésa es toda la relación personal que tiene usted con él?

—Sí, señor.

Camberwell estrujó la pipa reduciéndola de nuevo a un informe trozo de plastilina.

—¿Por qué me hace perder el tiempo con sus tonterías?

—Lo siento, señor.

—Haga lo que tenga que hacer y no me moleste más.

Maeve Livingstone subió sola en el ascensor hasta el quinto piso, y aquel lento ascenso le proporcionó tiempo más que suficiente para ensayar mentalmente lo que le diría a Grahame Coats cuando llegara a la agencia.

Llevaba un maletín plano de color marrón que había pertenecido a Morris: un accesorio inconfundiblemente masculino. Bajo el abrigo gris, llevaba una blusa blanca y una falda vaquera. Tenía las piernas muy largas, su piel era extraordinariamente pálida y su cabello, sin demasiadas ayudas químicas, seguía siendo casi tan rubio como hacía veinte años, cuando se casó con Morris Livingstone.

Maeve había querido mucho a Morris. Cuando él murió, ella no eliminó su nombre de la agenda del móvil, ni siquiera después de haber dado de baja el número de Morris y de haber devuelto su móvil. Su sobrino le había hecho una foto a Morris que era la que aparecía en el registro del móvil, y no quería perderla. Ojalá pudiera llamar a Morris y pedirle consejo.

Había dado su nombre abajo, en el portero automático, para que le abrieran el portal y, cuando llegó arriba, Grahame Coats estaba allí para recibirla personalmente.

—Vaya, vaya, cuánto bueno por aquí. Mi querida señora Livingstone, ¿cómo está usted? —le saludó.

—Tengo que hablar contigo en privado, Grahame —dijo Maeve—. Ahora mismo.

Grahame Coats sonrió satisfecho; daba la casualidad de que muchas de sus fantasías comenzaban con Maeve diciendo unas palabras muy similares, a continuación de lo cual, ella empezaba a decirle cosas como: «Te deseo, Grahame, tienes que poseerme aquí mismo» y «Oh, Grahame, he sido una chica muy, muy, muy mala y necesito que alguien me dé unos buenos azotes» y, alguna que otra vez, aunque raramente: «Grahame, eres demasiado hombre para una sola mujer, así que permíteme que te presente a mi hermana gemela, que ha venido completamente

desnuda: Maeve II».

Se dirigieron a su despacho.

Maeve, traicionando vagamente las fantasías de Grahame Coats, no dijo nada de poseerla allí mismo. Ni siquiera se quitó el abrigo. En lugar de eso, abrió su maletín y sacó un legajo que depositó sobre su escritorio.

—Grahame, siguiendo el consejo del director de mi sucursal, he mandado hacer una auditoría cotejando tus cifras y los extractos bancarios correspondientes a los últimos diez años, desde antes de que Morris falleciera. Puedes echar un vistazo, si quieres. Las cifras no cuadran. Ni por casualidad. Pensé que sería mejor venir a hablar contigo antes de llamar a la policía. Por respeto a la memoria de mi marido, sentí que debía hacerlo.

—Claro, claro —dijo Grahame Coats, suave como una serpiente pringada de mantequilla—. Lo comprendo, sí.

—¿Y bien? —inquirió Maeve Livingstone, alzando una de sus perfectas cejas.

La expresión que había en la cara de Maeve no era precisamente tranquilizadora. A Grahame Coats le gustaba más en sus fantasías.

—Me temo que uno de nuestros empleados ha resultado ser un sinvergüenza, es alguien que lleva ya tiempo trabajando en la Agencia Grahame Coats, Maeve. En realidad, yo mismo he acudido ya a la policía. Les llamé la semana pasada, cuando me di cuenta de que algo estaba pasando. El largo brazo de la ley lo está investigando ya. Dado que muchos de nuestros clientes (tú, entre otros) son personas ilustres, la policía está llevando el caso con toda la discreción posible, ¿quién podría culparles? —Ella no parecía haber bajado la guardia tal como él hubiera querido. Cambió de táctica—. Creen que podrán recuperar la mayor parte del dinero, si no todo.

Maeve asintió. Grahame Coats se relajó, pero sólo un poco.

—¿Puedo preguntar quién es ese empleado?

—Charles Nancy. Debo decir que confiaba plenamente en él. Me quedé atónito al descubrirlo.

—Oh. Es un hombre muy amable.

—Pura fachada —sentenció Grahame Coats—, las apariencias engañan.

Ella sonrió, tenía una sonrisa preciosa.

—A mí no me engañas, Grahame. Esto es algo que lleva sucediendo desde hace mucho. Desde mucho antes de que Charles Nancy empezara a trabajar aquí. Probablemente desde mucho antes de que yo me casara con Morris. Morris confiaba ciegamente en ti, y tú fuiste capaz de robarle. Y ahora intentas cargarle el muerto a uno de tus empleados (o de tus cómplices). Bien, pues no te creo. Esto no va a quedar así.

—No —dijo Grahame Coats con aire compungido—. Lo siento.

Maeve recogió sus documentos.

—Sólo por curiosidad —dijo—, ¿cuánto calculas que nos has robado a Morris y a mí en todos estos años? Yo diría que la cifra debe de rondar los tres millones de libras.

—Ah. —Grahame Coats había dejado de sonreír. Desde luego, la cifra era mucho más alta, pero lo admitió—, me parece que tus cálculos son correctos.

Se miraron fijamente a los ojos, Grahame Coats estaba calculando desesperadamente la cifra adecuada. Necesitaba comprar un poco más de tiempo. Eso era lo que necesitaba.

—¿Y si...? —dijo—. ¿Y si te lo devolviera todo, absolutamente todo, en metálico, ahora mismo? Con intereses. Digamos un cincuenta por ciento de la mencionada cifra.

—¿Me estás ofreciendo cuatro millones y medio de libras? ¿En efectivo?

Grahame Coats le sonrió exactamente del mismo modo que una cobra a punto de atacar tiende a no hacer.

—Como lo oyes. Si acudes a la policía, yo lo negaré todo y contrataré a los mejores abogados. En el peor de los casos, tras un larguísimo proceso judicial, en el que yo me veré obligado a ensuciar el buen nombre de Morris tanto como me sea posible, me sentenciarán a no más de diez o doce años de cárcel. Con buen comportamiento, y pienso ser un prisionero modélico, podría salir en cinco. Dado que nuestro sistema carcelario está actualmente francamente desbordado, seguramente cumpliría condena en régimen abierto, cosa que no me supondría mayores trastornos. Por otro lado, te garantizo que si acudes a la policía jamás volverás a ver un solo penique del dinero de Morris. La otra opción es que mantengas la boca cerrada, cojas el dinero que te pertenece y mucho más, y a cambio, yo dispondré del tiempo necesario para... para hacer lo que debo hacer. Tú ya me entiendes.

Maeve se lo pensó un momento.

—Me encantaría ver cómo te pudres en la cárcel —dijo. Luego, suspiró y asintió—. De acuerdo, aceptaré el dinero. No quiero volver a verte ni saber nada de ti. En el futuro, yo misma gestionaré los royalties de Morris.

—*Perfectupuesto*. La caja fuerte está aquí mismo —le dijo.

La pared del fondo estaba ocupada por una librería llena de volúmenes encuadernados en piel: Dickens, Thackeray, Trollope y Austen. Ninguno parecía haber sido leído. Movié un libro y la estantería se desplazó dejando al descubierto una puerta camuflada en la pared.

Maeve se preguntó si tendría combinación, pero no, sólo había una cerradura, en la que Grahame Coats introdujo una enorme llave de bronce. La puerta se abrió de par en par.

Grahame Coats alargó un brazo y pulsó el interruptor de la luz. Era una habitación estrecha en cuyas paredes alguien no muy hábil había colocado unas

baldas. Al fondo había un pequeño archivador a prueba de incendios.

—Puedes cogerlo en efectivo, en joyas, o mitad y mitad —le explicó sin rodeos—. Te aconsejo esta última opción. Aquí dentro hay un montón de joyas antiguas. Muy fáciles de transportar.

Abrió varias cajas fuertes y le fue mostrando lo que contenían. Había anillos, cadenas y medallones que relucían como el sol.

Maeve se quedó boquiabierta.

—Echa un vistazo —le dijo Grahame Coats, y ella se acercó y pasó por delante de él. Era una auténtica cueva del tesoro.

Cogió un medallón con su correspondiente cadena y lo contempló extasiada.

—Es una maravilla —exclamó—, esto debe de valer...

Se interrumpió al ver en la dorada superficie del medallón que algo se estaba moviendo a su espalda. Se volvió, evitando así que el martillo la golpeará de pleno en la nuca, tal como pretendía Grahame Coats, y logrando apartar la cara justo a tiempo.

—¡Maldito cabrón! —exclamó, y le dio una patada. Maeve tenía buenas piernas y sabía cómo usarlas, pero estaba demasiado cerca de su atacante.

Maeve acertó a darle en plena espinilla y alargó el brazo para quitarle el arma de las manos. Grahame Coats la golpeó con el martillo que ella intentaba arrebatarle; esta vez acertó, y Maeve se tambaleó. Su mirada parecía desenfocada. Él la golpeó de nuevo en mitad de la coronilla, y otra vez, y otra, y otra más, hasta que Maeve se desplomó.

Grahame Coats deseó tener una pistola. Una pistola era un arma eficaz, limpia. Con un silenciador, como en las películas. La verdad es que, si se le hubiera llegado a pasar por la cabeza que era posible que tuviera que matar a alguien en su despacho, habría estado bastante mejor preparado. Incluso, podría haber dejado a mano una pequeña cantidad de veneno. Eso sí que habría sido una buena idea. No habría hecho falta armar todo este numerito.

En la cabeza del martillo había restos de sangre y cabellos rubios. Lo dejó a un lado poniendo cara de asco y, a continuación, rodeó el cadáver de la mujer para recoger las cajas de seguridad que contenían las joyas. Las volcó sobre su escritorio y volvió a dejarlas en la cámara acorazada, de donde sacó un maletín repleto de dinero —en billetes de cien dólares y de quinientos euros— y un saquito de terciopelo negro prácticamente lleno de diamantes sin engarzar. Sacó también algunos documentos del archivador. Por último, pero —como él mismo habría señalado— no por ello menos importante, sacó de la cámara acorazada el neceser en el que había guardado las dos billeteras y los dos pasaportes.

Entonces, cerró la gruesa puerta de acero, echó la llave y volvió a colocar la librería en su sitio.

Se quedó un momento parado para recobrar el aliento.

A pesar de todo, decidió, se sentía satisfecho consigo mismo. Buen trabajo, Grahame. Buen chico. Buen número. Había tenido que improvisar con las limitadas herramientas de que disponía y había logrado salir adelante: se había tirado un farol y había sido audaz e imaginativo —capaz, como dijo el poeta, de jugártelo todo a una sola carta—. Él lo había apostado todo y había ganado. Algún día, ya instalado en su paraíso tropical, se dedicaría a escribir sus memorias, y todos sabrían que había vencido a una mujer peligrosa. Aunque, pensó, quizá fuera mejor si hacía que ella llevara una pistola en la mano.

Probablemente, concluyó después de una breve reflexión, ella le había apuntado, en efecto, con una pistola. Estaba casi seguro de que la había visto hacer el ademán de ir a cogerla. Había sido una suerte para él que el martillo estuviera ahí, que siempre tuviera en su despacho una caja de herramientas por si en algún momento había que hacer alguna pequeña chapuza; de otro modo, no podría haber actuado en legítima defensa de forma tan rápida y eficaz.

De repente, se acordó de echar el pestillo de la puerta de su despacho.

Se dio cuenta, también, de que tenía manchada de sangre la camisa y la mano con la que había empuñado el martillo y la suela de uno de sus zapatos. Se quitó la camisa y se limpió con ella el zapato. Luego, tiró la camisa en la papelera que estaba debajo de su escritorio. Se sorprendió a sí mismo cuando se vio limpiándose la mano de sangre a lengüetazos, como un gato.

Y entonces, bostezó. Recogió los documentos que Maeve había dejado sobre su mesa y se deshizo de ellos en el destructor de documentos. Encontró otra copia en el maletín de Maeve, y se deshizo de ella del mismo modo. Finalmente, recogió las tiras de papel y las volvió a pasar una segunda vez por el destructor de documentos.

En un rincón del despacho había un armario en el que tenía un traje limpio y varias camisas, calcetines, calzoncillos, etc. Después de todo, uno nunca sabía si tendría que acudir a un estreno directamente desde la oficina. Hay que estar preparado para hacer frente a cualquier contingencia.

Se cambió de ropa sin descuidar el más mínimo detalle.

Dentro del armario había también una maleta con ruedas —una de esas maletas pequeñas que uno puede llevar como equipaje de mano en los vuelos—, y fue llenándola con todo lo necesario.

Llamó a recepción.

—Annie —dijo—, ¿podrías traerme un sándwich? De Prêt no, no. Estaba pensando más bien en ese sitio que acaban de abrir en Brewer Street. Estoy acabando ya con la señora Livingstone. A lo mejor acabo de rematar este asunto llevándomela a comer a un buen restaurante, pero más vale ser previsores.

Se pasó un rato sentado al ordenador, pasándole uno de esos programas que sobreescriben los datos almacenados en el disco duro y los reemplazan con una serie

aleatoria de unos y ceros, luego, lo comprimen todo hasta dejarlo muy pequeñito y, finalmente, lo tiran al Támesis, no sin antes colocarles un buen par de botas de cemento. Al terminar, Grahame Coats salió de su despacho con su maleta de ruedas.

Se asomó por la puerta abierta de uno de los despachos.

—Tengo que salir —dijo—. Si alguien pregunta por mí, estaré de vuelta a eso de las tres.

Annie no estaba en recepción, cosa que resultaba muy conveniente para él. Todos darían por sentado que Maeve Livingstone se había marchado ya, del mismo modo que esperarían ver regresar a su jefe en cualquier momento. Para cuando empezaran a buscarle, él ya estaría muy lejos.

Bajó en el ascensor. Todo se había precipitado, pensó. Le faltaba aún más de un año para cumplir los cincuenta. Pero los dispositivos de huida estaban ya listos. Podía tomárselo como un despido inesperado acompañado de una indemnización multimillonaria.

Y así, tirando de su maleta con ruedas, abandonó para siempre la Agencia Grahame Coats en aquella mañana soleada.

Araña durmió plácidamente en su enorme cama, en aquella habitación que se había montado en el cuarto de los trastos de Gordo Charlie. Empezaba a preguntarse, sin demasiado interés, si Gordo Charlie se habría marchado para siempre, y decidió que lo investigaría cuando tuviera un hueco, suponiendo que no le surgiera algo más interesante que hacer y no se olvidara.

Había dormido hasta muy tarde y ahora iba a comer con Rosie. Pasaría por su casa a recogerla y luego irían a un buen restaurante. Era una bonita mañana de principios de otoño y la felicidad de Araña era contagiosa. Y esto sucedía porque Araña era, más o menos, un dios. Cuando eres un dios, tus emociones son siempre contagiosas; la gente de alrededor está expuesta a pillarlas. La gente que pasaba cerca de Araña en un día en el que se sentía feliz, veía su vida con más optimismo. Si Araña empezaba a tararear una canción, los que estaban cerca de él empezaban también a tararear en ese mismo tono, como en un musical. Lógicamente, si bostezaba, un centenar de personas a su alrededor bostezaban también, y cuando estaba deprimido su humor se extendía como la niebla en un río, y todos los que pasaban cerca de él se volvían pesimistas. Aquello no era algo que Araña hiciera; él era así.

En ese momento, lo único que podía estropear aquella felicidad era su decisión de contarle a Rosie toda la verdad.

Araña no tenía mucha práctica en esto de decir la verdad. Para él, la verdad era algo flexible, prácticamente una cuestión de opinión, y Araña era capaz de pergeñar argumentos muy convincentes para defender la opinión que más le conviniera en

cada momento.

Ser un impostor no le suponía ningún problema. Le gustaba ser un impostor. Se le daba muy bien. Encajaba perfectamente con sus planes, que eran muy simples y, hasta ahora, podrían haberse resumido más o menos así: a) ir a algún sitio; b) divertirse; y c) marcharse antes de empezar a aburrirse. Y, en el fondo, sabía que había llegado ya el momento de marcharse. El mundo era una langosta esperando a que él le hincara el diente, se había puesto ya la servilleta alrededor del cuello y tenía preparada la mantequilla fundida y los utensilios necesarios para sacarle todo el jugo a su langosta.

Salvo...

Salvo que no quería irse.

Su cabeza barajaba diferentes líneas de pensamiento, cosa que Araña encontraba francamente desconcertante. Normalmente ni siquiera tenía una línea de pensamiento. Hasta ahora había sido muy feliz sin necesidad de pensar; siguiendo su instinto, sus impulsos y con la suerte siempre de su lado, se las había arreglado de maravilla. Pero hasta los milagros tienen un alcance limitado. Araña siguió caminando por la calle, todos le sonreían.

Había quedado con Rosie en que pasaría por su casa a buscarla, así que se llevó una agradable sorpresa al ver que estaba esperándole ya en la calle. Sintió una punzada que no llegaba a ser exactamente de culpabilidad, y saludó a Rosie con la mano.

—¿Rosie? ¡Hey!

Ella salió a su encuentro y él sonrió de oreja a oreja. Entre los dos, lograrían resolver aquella situación. Todo iba a salir bien.

—Pareces una estrella de cine —dijo Araña—. Qué digo... una diosa. ¿Qué te apetece comer?

Rosie le sonrió y se encogió de hombros.

Pasaron por delante de un restaurante griego.

—¿Qué tal un griego?

Rosie asintió.

Bajaron unos cuantos escalones y entraron. El interior del restaurante estaba a oscuras y completamente vacío, pues acababan de abrir, y el dueño les señaló una mesa que había en un rincón —o más bien un hueco—, al fondo del comedor.

Se sentaron frente a frente, en una mesa con el espacio justo para dos personas. Araña le dijo:

—Hay algo de lo que quiero hablar contigo. —Rosie no dijo nada—. No es nada malo —continuó—. Bueno, tampoco es que sea exactamente bueno. Pero, en fin, es algo que debes saber.

El dueño les preguntó si sabían ya lo que iban a tomar.

—Café —respondió Araña, y Rosie asintió para indicar que ella tomaría lo mismo—. Dos cafés —dijo Araña—. Y si pudiera usted darnos, hum, cinco minutos... Necesitamos un poco de intimidad.

El dueño los dejó a solas.

Rosie miró a Araña con aire interrogativo.

Araña respiró hondo.

—Bueno, allá va. Déjame hablar, no digas nada ahora, esto no me resulta fácil, y no sé si... Bueno, allá va. Verás, yo no soy Gordo Charlie. Ya sé que tú crees que sí, pero no. Soy su hermano, Araña. Tú crees que soy él porque... bueno, porque nos parecemos bastante.

Rosie seguía sin decir nada.

—Bueno, la verdad es que no nos parecemos. Pero... En fin, todo esto me resulta muy difícil. Vaaale. Uf. No puedo dejar de pensar en ti. Así que, bueno, lo que intento decir es que ya sé que eres la novia de mi hermano, pero lo que quiero preguntarte es si tú... bueno... si estarías dispuesta a dejarle y empezar a salir conmigo.

El dueño se presentó con una cafetera y dos tazas en una pequeña bandeja de plata.

—Café griego —les anunció.

—Sí, gracias. Pero le pedí que nos dejara a solas un par de minutos...

—Es muy caliente —dijo el dueño—. Café muy caliente. Cargado. Griego. No turco.

—Estupendo. Pero escuche, si es tan amable... cinco minutos, ¿puede ser?

El dueño se encogió de hombros y se marchó.

—Seguro que me odias —dijo Araña—. En tu lugar, seguramente yo también me odiaría. Pero hablo en serio. No he hablado tan en serio en toda mi vida. —Ella se limitó a mirarle, completamente inexpresiva, y Araña le suplicó—: Por favor. Di algo. Lo que sea.

Rosie movió los labios, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

Araña esperó.

Rosie abrió la boca.

La primera idea que cruzó por la mente de Araña fue que Rosie estaba masticando algo, porque tenía algo marrón en la boca, algo que, desde luego, no era la lengua. Entonces, aquella cosa movió la cabeza y los ojos, unos ojos pequeños y brillantes, y se quedó mirándole. Rosie abrió desmesuradamente la boca y empezaron a salir pájaros.

—¿Rosie? —dijo Araña.

Todo se llenó de picos, alas y garras. De su garganta iba saliendo un pájaro tras otro, y a cada uno que salía le acompañaba un sonido entre tos y atragantamiento. Iban todos directos hacia Araña.

Él levantó una mano para protegerse los ojos y algo le hirió en la muñeca. Se puso a agitar los brazos en todas direcciones y algo voló directamente hacia su cara, tratando de alcanzar sus ojos. Incluyó la cabeza hacia atrás y el pico se clavó en su mejilla.

Un segundo de claridad en medio de la pesadilla: aún había una mujer sentada frente a él. Lo que ya no podía entender era cómo había podido confundirla con Rosie. Para empezar, era mayor que Rosie, y en su cabello —tan negro que parecía azul— había mechones plateados. Su piel no tenía el tono cálido y tostado que tenía la piel de Rosie: era negra como el carbón. Vestía una gabardina andrajosa de color ocre. La mujer sonrió y abrió su enorme boca una vez más, en su interior se veían ahora los crueles picos de las gaviotas con sus enloquecidos ojos...

Araña no se detuvo a pensar. Actuó. Asió la cafetera con una mano y, mientras, con la otra levantó la tapa y le arrojó el hirviente café a la mujer que tenía sentada enfrente.

La mujer lanzó un bufido de dolor.

Los pájaros seguían volando por todo el comedor, pero ya no había nadie sentado frente a él, y los pájaros volaban de un lado a otro completamente desorientados, aleteando con furia contra las paredes.

El dueño se acercó y le preguntó:

—Caballero, ¿está usted herido? Lo siento mucho. Deben de haberse colado por la puerta de la calle.

—Estoy bien —respondió Araña.

—Tiene sangre en la cara —le dijo el hombre. Le ofreció una servilleta y Araña la presionó contra su mejilla. Le escocía el corte.

Araña se ofreció a ayudarlo a sacar los pájaros de allí. El hombre abrió la puerta de la calle, pero los pájaros habían desaparecido y el lugar estaba exactamente como se lo había encontrado al llegar.

Araña sacó un billete de cinco libras.

—Tome —dijo—, cúbrese el café. Tengo que marcharme.

El dueño asintió, agradecido.

—Llévese la servilleta.

Araña se detuvo y se quedó pensando un momento.

—Cuando llegué —le preguntó—, ¿vio usted si me acompañaba una mujer?

El dueño pareció sorprenderse; seguramente estaba asustado, pero Araña no estaba seguro.

—No lo recuerdo —dijo, como si estuviera aturdido—. Si hubiera venido solo, no le habría sentado allí atrás. Pero no sabría decirle.

Araña salió del restaurante. Seguía brillando el sol, pero aquello no le infundía ya la misma confianza. Echó un vistazo a su alrededor. Vio una paloma, estaba

picoteando los restos de un cucurucho de helado que alguien había dejado tirado por ahí; en el alféizar de una ventana, había un gorrión; y, allá arriba, en el soleado cielo, una mancha blanca, con las alas extendidas: era una gaviota que volaba en círculos.

Capítulo Noveno

En el que Gordo Charlie sale a abrir la puerta y Araña tropieza con unos flamencos.

La suerte de Gordo Charlie estaba cambiando, lo presentía. Habían vendido plazas de más para el vuelo en el que debía regresar a casa y le habían dado un asiento en primera clase para otro vuelo. Le habían servido una comida excelente. Sobrevolando ya el Atlántico, una azafata le había regalado una caja de bombones que había ganado en un sorteo que habían hecho entre los pasajeros. La guardó en el maletero que había sobre su asiento y pidió un Drambuie con hielo.

Llegaría a casa. Iría a hablar con Grahame Coats y lo aclararía todo; si había algo de lo que no le cabía la menor duda, era de su honestidad como contable. Arreglaría las cosas con Rosie. Todo saldría a pedir de boca.

Se preguntaba si Araña se habría marchado ya cuando él llegara, o si tendría ocasión de darse el gustazo de echarlo personalmente. Prefería esta última opción. Gordo Charlie quería ver a su hermano pidiéndole perdón, a lo mejor, incluso, de rodillas. Se puso a imaginar lo que le diría.

—¡Lárgate de aquí! —dijo Gordo Charlie—. ¡Y llévate tu sol tropical, tu jacuzzi y el resto de tu habitación!

—¿Perdón? —dijo la azafata.

—Estaba pensando —dijo Gordo Charlie—. En alto. Sólo, emm...

Pero ni aquel ridículo episodio pudo con su optimismo. Ni siquiera deseó que el avión se estrellara para no tener que soportar la vergüenza. La vida le sonreía, por fin.

Abrió el paquete de accesorios que le habían dado para hacerle más cómodo el vuelo, se puso el antifaz y reclinó el asiento hasta el tope, prácticamente en horizontal. Se puso a pensar en Rosie, aunque la imagen de Rosie que su mente evocaba no permanecía fija, continuamente se transformaba en una mujer menuda y más bien ligera de ropa. Gordo Charlie se sentía culpable, así que trató de imaginársela vestida. Fue aún peor, la veía vestida con un uniforme de policía. Se sentía terriblemente mal, se dijo, pero tampoco eso pareció surtir el más mínimo efecto. Debería sentirse avergonzado. Debería...

Gordo Charlie se acomodó en su asiento y dejó escapar un leve ronquido de satisfacción.

Seguía estando de un humor excelente cuando aterrizaron en Heathrow. Cogió el autobús que iba directo hasta Paddington y se alegró de comprobar que, durante el

breve tiempo que había estado ausente, el sol se había decidido por fin a salir. «A partir de ahora —se dijo—, todo, absolutamente todo, va a ser maravilloso».

El único detalle fuera de tono que le estropeó aquella mañana tan perfecta, fue algo que ocurrió en el transcurso de su viaje en tren. Estaba mirando por la ventanilla y pensando que ojalá se le hubiera ocurrido comprar el periódico en el aeropuerto. El tren pasaba en ese momento por delante de un campo —seguramente el campo de juegos de algún colegio—, cuando el cielo se oscureció momentáneamente y, con un ruido de freno, el tren se detuvo.

Aquél incidente no alteró el buen humor de Gordo Charlie. Estaban en Inglaterra, en pleno otoño: el sol era, por definición, un mero intervalo entre lluvias o nubes. Pero, afuera, junto a un grupo de árboles, había una figura humana.

A primera vista, le pareció un espantapájaros.

Qué estupidez. No podía ser un espantapájaros. Los espantapájaros se colocan en mitad de un sembrado, no en un campo de fútbol. Y, desde luego, a nadie se le ocurriría plantar un espantapájaros en el lindero de un bosque. En cualquier caso, si era un espantapájaros, mal servicio podía hacer en aquel lugar.

Y aun así, había cuervos por todas partes, grandes cuervos negros.

Y entonces, aquello se movió.

Estaba demasiado lejos como para distinguir algo más que su silueta, una figura delgada con una gabardina marrón y andrajosa. Pero incluso así, Gordo Charlie la reconoció. Sabía que, si hubiera podido acercarse un poco más, habría visto un rostro tallado en obsidiana, un cabello negro como ala de cuervo y unos ojos que conducían directamente a la locura.

Entonces el tren dio una sacudida y se puso en marcha, y, en cuestión de segundos, perdió de vista a la mujer de la gabardina marrón.

Gordo Charlie estaba inquieto. Ya casi había logrado convencerse de que lo que había pasado, lo que él creía que había pasado, en el comedor de la señora Dunwiddy no había sido más que una especie de alucinación, una horrible pesadilla, en cierto modo relacionada con algo real, pero no real en sentido estricto. Aquello no había sucedido realmente; más bien, era una representación simbólica de una verdad superior. Era imposible que se hubiera trasladado físicamente a un lugar real, y también era imposible que, efectivamente, hubiera cerrado ningún trato, ¿o no?

Después de todo, no era más que una simple metáfora.

No se preguntó por qué estaba ahora tan seguro de que todo estaba a punto de cambiar para mejor. Había realidades y realidades, y unas cosas eran más reales que otras.

Cada vez más rápido, el tren se iba acercando a Londres.

Araña se había ido directamente a casa desde el restaurante griego, presionando el

corte de la mejilla con la servilleta, y estaba ya a punto de llegar a su destino cuando alguien le tocó el hombro.

—¿Charles? —dijo Rosie.

Araña dio un respingo o, al menos, se apartó y dejó escapar un grito de alarma.

—¿Charles? ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha pasado en la cara?

Araña se quedó mirándola.

—¿Eres tú de verdad?

—¿Qué?

—¿Eres Rosie?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? Pues claro que soy Rosie. ¿Qué le ha pasado a tu cara?

Araña presionaba la servilleta sobre la herida.

—Me he cortado —dijo.

—¿Me dejas que eche un vistazo? —Rosie apartó la mano de Araña. La servilleta tenía una mancha roja, como de sangre, pero su mejilla estaba intacta—. Si no tienes nada.

—Oh.

—Charles, ¿estás bien?

—Sí —respondió—, estoy bien. O a lo mejor no. Creo que deberíamos ir a mi casa. Creo que allí estaremos seguros.

—Habíamos quedado para comer —replicó Rosie. Parecía estar esperando que apareciera de repente un tipo con un micrófono y le dijera eso de «sonríe, estás saliendo por la tele» mientras señalaba hacia una cámara oculta.

—Sí —dijo Araña—, ya lo sé. Pero creo que alguien ha intentado matarme hace un momento. Y se hizo pasar por ti.

—Nadie intenta matarte —dijo Rosie, tratando de disimular, sin éxito, las ganas de reír.

—Bueno, pues aunque no haya nadie intentado matarme, ¿podemos pasar de la comida e irnos directos a mi casa? Podemos comer algo allí.

—Claro.

Rosie se fue con él y, de pronto, se fijó en que Gordo Charlie había perdido mucho peso. Le sentaba bien, pensó. Le sentaba muy bien. Caminaron en silencio por Maxwell Gardens.

—Pero bueno... —dijo Araña.

—¿Qué?

Él le enseñó la servilleta. La mancha de sangre había desaparecido. Ahora, la servilleta estaba inmaculadamente blanca.

—¿Es algún truco de magia?

—Sí lo es, no he sido yo —contestó—. Ésta vez, no.

Tiró la servilleta a una papelera. En ese mismo momento, un taxi se detuvo justo delante de la casa de Gordo Charlie. Era Gordo Charlie; traía la ropa arrugada y el sol le hacía guiñar los ojos. Llevaba una bolsa de plástico blanca.

Rosie miró a Gordo Charlie. A continuación, miró a Araña. Y volvió a mirar a Gordo Charlie, que acababa de sacar de la bolsa una enorme caja de bombones.

—Son para ti—le dijo.

Rosie cogió los bombones y dijo:

—Gracias.

Allí había dos hombres con un aspecto y una voz completamente diferentes y, aun así, no era capaz de distinguir cuál de los dos era su novio.

—Me he vuelto loca, ¿verdad? —dijo Rosie, su voz era inexpresiva. Ahora que sabía que estaba loca, las cosas empezaban a tener sentido.

El Gordo Charlie delgado, el del pendiente, le puso una mano en el hombro.

—Será mejor que te vayas a casa —le dijo—. Cuando llegues, échate una siesta. Al despertar, no recordarás nada de esto.

«Bueno —pensó ella—, la vida es más fácil así. Es mejor tener un plan». Se volvió a su casa caminando con paso resuelto y llevándose su caja de bombones.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Gordo Charlie—. Parece haber desconectado de repente.

Araña se encogió de hombros.

—No quería preocuparla —dijo.

—¿Por qué no le has contado la verdad?

—No me ha parecido oportuno.

—¿Desde cuándo sabes distinguir lo que es oportuno y lo que no?

Araña tocó la puerta de la casa y ésta se abrió sola.

—Soy yo quien tiene las llaves, ¿sabes? —dijo Gordo Charlie—. Es la puerta de mi casa.

Entraron y subieron al piso de arriba.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Araña.

—Por ahí —contestó Gordo Charlie, como si fuera un adolescente.

—Unos pájaros me han atacado hace un rato, en un restaurante. ¿Tienes idea de por qué? Tú lo sabes, ¿no?

—Pues la verdad es que no. A lo mejor sí. Simplemente es hora de que te vayas, nada más.

—No empieces —le dijo Araña.

—¿Yo? ¿Que yo no empiece? Creo que he sido un verdadero ejemplo de contención. Fuiste tú el que se metió en mi vida. Tú cabreaste a mi jefe y él me echó encima a la poli. Tú, tú has estado besando a mi novia. Tú me has jodido la vida.

—Hey —dijo Araña—. ¿Desde cuándo necesitas tú ayuda de nadie para joderte la

vida? Si lo haces de maravilla tú solito...

Gordo Charlie cerró el puño, tomó impulso, y le lanzó un golpe directo a la mandíbula, como en las películas. Araña se tambaleó, más por la sorpresa que por el golpe en sí. Se llevó la mano a los labios y, luego, se miró la sangre en los dedos.

—Me has dado un puñetazo —le dijo.

—Y más que podría darte —respondió Gordo Charlie, que no estaba muy seguro de poder volver a hacerlo. Le dolía la mano.

—¿Ah, sí? —replicó Araña.

Se lanzó sobre Gordo Charlie y la emprendió a puñetazos. Gordo Charlie le pasó el brazo por la cintura y ambos cayeron al suelo.

Rodaron por el suelo del pasillo sin dejar de pelearse. Gordo Charlie se temía que Araña iba a contraatacar con algún tipo de magia, o que iba a resultar que tenía una fuerza sobrehumana, pero la pelea estaba bastante igualada. Ambos peleaban sin ninguna técnica, como niños —como hermanos— y, mientras peleaban, Gordo Charlie recordó una escena similar que había vivido hace muchos, muchos años. Araña era más listo y más rápido, pero si Gordo Charlie conseguía ponerse encima y sujetarle las manos...

Gordo Charlie agarró la mano derecha de Araña y se la sujetó a la espalda. Luego, se sentó encima de su hermano, cargando todo su peso sobre él.

—¿Te rindes? —dijo.

—No. —Araña se retorció tratando de soltarse, pero Gordo Charlie dominaba la pelea desde su posición, sentado sobre el pecho de Araña.

—Quiero que me prometas —dijo Gordo Charlie— que saldrás de mi vida y que nos dejarás en paz de una vez a Rosie y a mí.

Araña se resistió con más furia aún y consiguió derribar a Gordo Charlie, que aterrizó de cualquier modo en el suelo de la cocina.

—¿Ves? —dijo Araña—. Te lo advertí.

Alguien aporreó la puerta principal, parecía tratarse de una urgencia. Gordo Charlie miró furioso a Araña, Araña miró furioso a Gordo Charlie y, lentamente, se pusieron en pie.

—¿Quieres que vaya a abrir? —dijo Araña.

—No —respondió Gordo Charlie—, ésta es mi puta casa. Y yo bajaré a abrir mi puta puerta, muchas gracias.

—Lo que tú digas.

Gordo Charlie se dirigió a las escaleras. De pronto, se dio la vuelta.

—En cuanto despache esto —le dijo—, te voy a despachar a ti. Recoge tus cosas. Te largas de aquí.

Bajó por las escaleras remetiéndose la camisa por los pantalones, sacudiéndose el polvo y, en general, tratando de disimular que había estado rodando por el suelo los

últimos diez minutos.

Abrió la puerta. Había dos policías grandes de uniforme y una más pequeña que venía de paisano y tenía un aire bastante más exótico.

—¿Charles Nancy? —preguntó Daisy.

Le miraba como si no le conociera, era una mirada carente de cualquier expresión.

—Glup —dijo Gordo Charlie.

—Señor Nancy —continuó—, está usted detenido. Tiene derecho a...

Gordo Charlie se volvió a mirar hacia adentro.

—¡Hijo de puta! —gritó, mirando hacia la escalera—. ¡Hijoputa hijoputa hijoputa hijoputa hijoputa!

Daisy le dio un golpecito en el hombro.

—¿Es usted capaz de salir calladito? —le dijo sin levantar la voz—. Porque si no, vamos a tener que reducirle. Y no se lo aconsejo. A veces, cuando se trata de reducir a un detenido, se dejan llevar por la emoción.

—Saldré callado —dijo Gordo Charlie.

—Así me gusta —replicó Daisy. Condujo a Gordo Charlie hasta el furgón negro y lo encerró en la parte de atrás.

La policía registró la casa. Estaba vacía. Al fondo del pasillo había una habitación no muy grande en la que había varias cajas y coches de juguete. Echaron un vistazo, pero no encontraron nada interesante.

Araña se tumbó en el sofá, en su habitación, con cara de pocos amigos. Se había ido a su habitación en cuanto Gordo Charlie bajó a abrir la puerta. Necesitaba estar solo un rato. No le gustaban las peleas. Normalmente, cuando las cosas llegaban a ese punto, se marchaba, y Araña sabía que había llegado ya el momento de irse, pero seguía sin querer hacerlo.

No estaba muy seguro de que hubiera sido una buena idea mandar a Rosie a su casa.

Lo que de verdad quería —y Araña se movía únicamente porque quería, nunca porque debería, ni porque tendría que— era decirle a Rosie que la quería; él, Araña. Que no era Gordo Charlie. Que era muy diferente de él. Y que, en sí mismo, eso no tendría por qué ser un problema. Podría haberle dicho sin más, y con gran convicción: «La verdad es que soy Araña, el hermano de Gordo Charlie, y a ti te parece bien. No te molesta en absoluto», y el universo le habría dado un empujoncito de nada a Rosie, y ella lo habría aceptado, igual que se había marchado a casa un rato antes. Ella habría estado conforme. No le habría importado, ni un poquito.

Salvo que, y él lo sabía, en el fondo, sí le habría importado.

A los seres humanos no les gusta que los dioses les mangoneen. Puede parecer

que sí, a simple vista, pero en el fondo, de alguna manera, lo notan, y no les gusta. Lo saben. Araña podía decirle que aceptara aquella situación, y ella lo haría, pero sería tan falso como si le pintaras una sonrisa en la cara; aunque ella creyera, a todos los efectos, que aquella sonrisa era la suya. A corto plazo (y hasta ese momento Araña siempre había pensado a corto plazo), nada de eso tendría la menor importancia, pero a la larga no le traería más que problemas. No quería tener a su lado una criatura furiosa, una muñequita aparentemente sumisa y normal que, en lo más profundo de su ser, le odiaría con todas sus fuerzas. Quería a Rosie.

Y, de ese otro modo, dejaría de ser Rosie, ¿no?

Araña contempló la magnífica cascada y el cielo tropical que se veían desde su ventana, y Araña empezó a preguntarse cuándo subiría Gordo Charlie a llamar a su puerta. Algo raro había pasado esta mañana en el restaurante, y estaba seguro de que su hermano sabía más de lo que había admitido saber.

Después de un rato se aburrió de esperar, y salió de su habitación. No había nadie en la casa. Todo estaba revuelto —parecía un registro profesional—. Araña llegó a la conclusión de que había sido el propio Gordo Charlie el que lo había puesto todo patas arriba para dejar bien claro lo mal que le había sentado que Araña hubiera ganado la pelea.

Miró por la ventana. Había un coche y un furgón de policía. Les vio marcharse.

Se preparó unas tostadas, las untó de mantequilla y se las comió. Luego, recorrió la casa y echó cuidadosamente todas las cortinas.

Sonó el timbre de la puerta. Araña terminó de correr todas las cortinas y bajó a abrir.

Era Rosie. Parecía un poco aturdida aún. Araña la miró.

—¿Qué? ¿Puedo pasar?

—Claro, pasa.

Rosie se fue derecha a las escaleras.

—¿Qué ha pasado aquí? Cualquiera diría que ha habido un terremoto.

—¿Sí?

—¿Por qué tienes toda la casa a oscuras? —Y fue a abrir las cortinas.

—¡No, no, deja eso! No las abras.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Rosie.

Araña miró por la ventana.

—Los pájaros —dijo.

—Pero los pájaros son buenos —le dijo Rosie, como si estuviera dirigiéndose a un niño.

—Los pájaros —dijo Araña— son los últimos dinosaurios. Diminutos velocirraptores con alas. Devoradores de indefensos gusanitos, y de nueces, y de peces, incluso se comen a otros pájaros. Se comen a los gusanitos recién nacidos.

¿Alguna vez has visto comer a un pollo? Puede que parezcan inofensivos, pero los pájaros son... bueno... perversos.

—El otro día, en las noticias —dijo Rosie—, oí que hablaban de un pájaro que le había salvado la vida a un hombre.

—Eso no quita para que...

—Era un cuervo, o un grajo. Uno de esos que son grandes y negros. El hombre estaba tumbado en el césped, en el jardín de su casa, en California. Estaba leyendo una revista y de repente empezó a oír graznidos, y vio que era un cuervo que intentaba llamar su atención. Entonces, se levantó y fue hasta el árbol en el que se había posado el cuervo, y allí, agazapado y al acecho, había un puma esperando el momento oportuno para atacarle. Así que se fue a su casa y se salvó. Si no hubiera sido por aquel cuervo, el puma se lo habría merendado.

—Dudo mucho de que un cuervo se comporte de ese modo —dijo Araña—, pero aun suponiendo que fuera verdad que un cuervo haya salvado la vida de un hombre, eso no tiene nada que ver con lo que me está pasando. Los pájaros siguen ahí fuera y van a por mí.

—Claro —dijo Rosie, tratando de disimular su sarcasmo—, los pájaros van a por ti.

—Sí.

—Y van a por ti porque...

—Hum.

—Algún motivo tendrán. ¿O me vas a decir que todos los pájaros de todas las especies han decidido ir a por ti, como si fueras un gusanito enorme, porque, de repente, les ha dado por ahí?

—Me parece que no me crees —dijo Araña, y lo decía en serio.

—Charlie, siempre has sido muy sincero. Quiero decir que siempre he confiado en ti. Si tú me cuentas algo, yo haré todo lo posible por creerlo. Lo intentaré por todos los medios. Te quiero y creo en ti. Así que, ¿por qué no me dejas averiguar si te creo o no?

Araña se quedó pensando. Luego, alargó el brazo para coger su mano y la apretó.

—Creo que debería enseñarte una cosa —dijo.

La llevó hacia el fondo del pasillo. Se detuvieron frente a la puerta del cuarto de los trastos de Gordo Charlie.

—Hay algo aquí, creo que con esto lo entenderás antes.

—¿Eres un superhéroe —dijo ella— y me vas a enseñar tu Baticueva?

—No.

—¿Tiene que ver con alguna clase de perversión? ¿Te gusta ponerte falda y un collar de perlas y que te llamen Dora?

—No.

—¿Tampoco me vas a enseñar... una maqueta con un tren eléctrico?

Araña abrió la puerta de la habitación de los trastos de Gordo Charlie y, al mismo tiempo, la de su propia habitación. Por los amplios ventanales del fondo se veía una cascada, que iba a parar a un lago salvaje, mucho más abajo. El cielo que se veía a través de las ventanas era de un azul tan intenso que parecía de zafiro.

Rosie dejó escapar un ruidito.

Se dio la vuelta y enfiló de nuevo el pasillo en dirección a la cocina. Miró por la ventana el cielo gris de Londres, pastoso e inhóspito. Volvió a la habitación del fondo.

—No entiendo nada —dijo—. Charlie, ¿qué está pasando?

—No soy Charlie —le dijo Araña—. Mírame. Pero con mucha atención. Ni siquiera me parezco a él.

Rosie dejó de mirarle con ironía. Tenía los ojos muy abiertos y parecía asustada.

—Soy su hermano —dijo Araña—. Todo se ha ido al carajo por mi culpa. Todo. Creo que lo mejor que puedo hacer es salir de vuestras vidas cuanto antes y largarme de aquí.

—Y entonces, ¿dónde está Gordo... dónde está Charlie?

—No lo sé. Nos peleamos. El bajó a abrir la puerta y yo me fui a mi habitación y, luego, desapareció. No he vuelto a verle.

—¿Que desapareció? ¿Y ni siquiera has intentado averiguar qué puede haberle pasado?

—Pues... Creo que es posible que se lo haya llevado la policía —dijo Araña—. No es más que una suposición. No lo sé seguro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Araña.

Rosie lo repitió:

—Araña.

Por la ventana, sobre la espuma de la catarata, Rosie vio volar una bandada de flamencos, cuyas plumas rosas y blancas brillaban al sol. Eran majestuosos y había muchísimos; Rosie no había visto nada tan hermoso en toda su vida. Volvió a mirar a Araña y, viéndolo ahora, no podía comprender cómo era posible que hubiera podido creer que aquel hombre era Gordo Charlie. Gordo Charlie era tranquilo, abierto e inseguro, mientras que este hombre era como una vara de acero dispuesta a golpear.

—En realidad no eres él, ¿verdad?

—Ya te lo dije, no lo soy.

—Y entonces... Entonces, ¿con quién me he...? ¿Con cuál de los dos... me he acostado?

—Conmigo —dijo Araña.

—Me lo imaginaba —dijo Rosie, y le dio una bofetada en plena cara. Lo hizo con

ganas. Araña notó que volvía a sangrarle el labio.

—Supongo que me lo he ganado —dijo.

—Y tanto que te lo has ganado, a pulso. —Rosie hizo una pausa y, luego, continuó—. ¿Gordo Charlie estaba enterado de todo esto? ¿Sabía él lo que estabas haciendo? ¿Sabía que estabas saliendo conmigo?

—Pues, sí... Pero él...

—Estáis enfermos los dos —le dijo—. Podridos por dentro estáis. Y espero que os terminéis de pudrir del todo en el infierno.

Echó un último vistazo de asombro por aquella enorme habitación y, a continuación, miró por la ventana hacia las palmeras, la impresionante cascada y la bandada de flamencos, y se marchó.

Araña se sentó en el suelo, con un hilillo de sangre rodando por su barbilla, sintiéndose como un auténtico idiota. Oyó el portazo que dio Rosie al salir de la casa. Se dirigió a la bañera, llena de agua caliente, y empapó el extremo de una esponjosa toalla. Luego, lo escurrió y se lo puso sobre la boca.

—Yo no necesito nada de esto —se dijo Araña. Se lo dijo en voz alta; es más fácil mentirse a uno mismo hablando en voz alta—. No os necesitaba a ninguno hace una semana y tampoco os necesito ahora. Paso. Se acabó.

Los flamencos se estrellaron contra la ventana como bolas de cañón de rosado plumaje, y el cristal se hizo añicos. Los cristales volaban por la habitación, y se incrustaban en las paredes, todo el suelo estaba lleno de cristales, y también la cama. Por todas partes llegaban proyectiles rosa pálido que caían en picado, la habitación era un caos de inmensas alas rosadas y curvos picos negros. El estruendo de la cascada invadió también la habitación.

Araña pegó la espalda a la pared. Centenares de flamencos se interponían entre la puerta y él: aves de metro y medio, todo patas y cuello. Se puso en pie y avanzó unos pasos hacia aquel ejército de furibundos plumíferos que le miraban con sus enloquecidos ojos de color rosa. Vistos de lejos, podían parecer hermosos. Uno de ellos le dio un picotazo en la mano. No le hizo sangre, pero le dolió.

La habitación de Araña era muy grande, pero se llenaba a toda velocidad de flamencos que llegaban volando como kamikazes. En el cielo color zafiro, sobre la cascada, se veía una nube oscura que parecía una nueva bandada preparándose para atacar.

Le atacaban a picotazos o con las garras, y le azotaban con sus alas, pero él sabía que aquello no era lo peor que podía pasarle. Lo peor que podía pasarle era acabar asfixiado bajo un edredón de plumas rosas con pájaros. Ésa sí que sería una muerte terriblemente humillante, aplastado bajo una montaña de aves, y no de una clase especialmente inteligente.

«Piensa —se dijo—. Son flamencos. Tienen el cerebro de un pájaro. Tú eres

Araña».

«¿Y? —pensó después, irritado—. Dime algo que no sepa».

Los flamencos que había en la habitación lo acosaban. Los que venían por el aire volaban directos hacia él. Se cubrió la cabeza con la cazadora y, entonces, los flamencos que venían volando comenzaron a atacarle. Era como si lo estuvieran bombardeando con pollos. Se tambaleó y cayó. «Venga, engáñalos, pedazo de idiota».

Araña se puso en pie y vadeó aquel mar de alas y picos hasta llegar a la ventana, que parecía ahora una enorme boca abierta con dientes de cristal.

—Estúpidos pájaros —dijo, con voz triunfante. Se subió al alféizar de la ventana.

Los flamencos no son famosos por su aguda inteligencia, ni por su capacidad de resolver problemas: si le das a un cuervo un rollo de alambre y una botella llena de comida, el pájaro utilizará el alambre para sacar la comida de la botella. Por el contrario, un flamenco intentará comerse el alambre, si su forma recuerda a la de una gamba, y seguramente, aunque no se parezca ni remotamente a una gamba, también intentará comérselo, por si se trata de alguna clase nueva de gamba. Por esa razón, si el hombre que les insultaba desde el alféizar parecía una sombra, algo poco sólido, los flamencos ni siquiera lo verían. Lo miraron con aquellos ojos demenciados de color rubí que parecían los de un conejo asesino y se lanzaron contra él.

Araña se tiró de cabeza y fue a caer entre la espuma que se formaba al pie de la cascada, y un millar de flamencos se lanzaron tras él; muchos de ellos se desplomaron como piedras, pues esa clase de aves necesitan coger carrerilla para poder alzar el vuelo.

En unos minutos, no quedaban en la habitación más que los flamencos heridos o muertos: los que habían roto los cristales, los que se habían estrellado contra las paredes, los que habían sido aplastados por sus congéneres. Los que aún vivían, vieron cómo se abría la puerta de la habitación —aparentemente, por sí sola— y, a continuación, se volvía a cerrar. Pero no eran más que flamencos y, por tanto, apenas sacaron nada en conclusión.

Araña se quedó de pie en el pasillo del piso de Gordo Charlie, tratando de recobrar el aliento. Se concentró en hacer desaparecer su habitación, cosa que le daba cien patadas; en especial, porque se sentía muy orgulloso de su equipo de sonido, pero también porque era allí donde estaban todas sus cosas.

Pero las cosas se pueden reemplazar por otras.

Tratándose de Araña, bastaba con pedirlo.

La madre de Rosie no era muy dada a expresar en voz alta la satisfacción que sentía cuando por fin se demostraba que ella tenía razón, de modo que, cuando Rosie —sentada en el sofá de estilo chippendale—, se echó a llorar, su madre se contuvo

para no prorrumpir en gritos de júbilo, ni cantar, ni ponerse a bailar el twist por toda la habitación. No obstante, a un buen observador no se le habría escapado aquel brillo triunfal que había en sus ojos.

Le trajo a Rosie un gran vaso de agua vitaminada con un cubito de hielo y escuchó su llorosa letanía de desamores y engaños. Hacia el final del relato de Rosie, el brillo triunfal de sus ojos había sido reemplazado por una mirada de confusión, y la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Así que, ¿gordo Charlie no era en realidad Gordo Charlie? —dijo la madre de Rosie.

—No. Bueno, sí. Gordo Charlie es Gordo Charlie, pero al que he estado viendo esta última semana ha sido a su hermano.

—¿Es que son gemelos?

—No. Ni siquiera les encuentro un gran parecido. No lo sé. Estoy muy confusa.

—A ver, entonces, ¿con cuál de los dos has roto?

Rosie se sonó la nariz.

—He roto con Araña. Así es como se llama el hermano de Gordo Charlie.

—Pero si con él no tenías ningún compromiso.

—No, pero yo creía que sí. Yo creía que era Gordo Charlie.

—O sea, que también has roto con Gordo Charlie.

—Más o menos. Sólo que aún no se lo he dicho.

—¿Y él...? ¿Sabía él algo de todo esto, de lo de su hermano? ¿Pretendían hacer realidad alguna depravada fantasía a costa de mi pobre niña?

—No lo creo. Pero da igual. No puedo casarme con él.

—No —su madre le dio la razón—, por supuesto que no. Ni hablar.

Por dentro, mentalmente, la madre de Rosie se puso a dar saltos de alegría y lanzó unos enormes —pero muy elegantes— fuegos artificiales para celebrar su victoria.

—Te encontraremos un buen chico. Tú no te preocupes. Ése Gordo Charlie... Siempre ha ido por mal camino. Lo supe desde la primera vez que lo vi. Se comió mi manzana de cera. Sabía que acabaría trayendo problemas. ¿Y dónde anda ahora?

—No estoy muy segura. Araña me dijo que creía que a lo mejor se lo había llevado la policía —dijo Rosie.

—¡Ajá! —replicó su madre, sus imaginarios fuegos artificiales eran comparables ahora a los que iluminan el cielo de Disneyworld el día de Nochevieja y, siempre mentalmente, sacrificó (tampoco había que exagerar) una docena de toros, todos ellos negros y perfectos. En voz alta, se limitó a decir—: Para mí que está en la cárcel. Que es exactamente donde debe estar. Siempre dije que ese joven acabaría en la cárcel.

Rosie se echó a llorar, más afligida que antes, si cabe. Sacó unos cuantos kleenex más y se sonó ruidosamente la nariz. Tragó saliva intentando sobreponerse. Luego, lloró todavía un poco más. Su madre le daba palmaditas en la espalda, consolándola

lo mejor que sabía.

—Está claro que no puedes casarte con él —le dijo—, no puedes casarte con un convicto. Si está en la cárcel, puedes romper tu compromiso sin más. —El espectro de una sonrisa hechizó las comisuras de sus labios al proponerle—. Puedo ir yo a verle en tu lugar. O acercarme en un día de visita y decirle que es un impresentable, además de un delincuente, y que no quieres volver a verle nunca más. Seguro que podemos conseguir también que un juez dicte una orden de alejamiento —añadió, solícita.

—N—no es por eso por lo que no puedo casarme con Gordo Charlie —dijo Rosie.

—¿No? —preguntó su madre, alzando una ceja perfectamente perfilada.

—No —contestó Rosie—. No puedo casarme con Gordo Charlie porque no estoy enamorada de él.

—Pues claro que no. Yo lo he sabido todo el tiempo. No ha sido más que un capricho infantil, pero ahora estás viendo lo que de verdad...

—De quien estoy enamorada —continuó Rosie, sin escuchar a su madre— es de Araña. De su hermano.

La expresión que cruzó el rostro de su madre en ese instante era como un enjambre de abejas volando directamente hacia un grupo de domingueros.

—No te preocupes —dijo Rosie—, tampoco voy a casarme con él. Le he dicho que no quiero volver a verle en toda mi vida.

La madre de Rosie frunció los labios.

—En fin —dijo—, no puedo fingir que entiendo todo esto, pero tampoco tengo nada que objetar. —En su cabeza, los engranajes giraban ahora en otro sentido, de suerte que los dientes casaban de una forma distinta y muy interesante—. ¿Sabes qué te vendría de maravilla ahora mismo? ¿Qué te parecería irte de vacaciones unos días? Yo lo pago todo, al fin y al cabo, el dinero que iba a invertir en la boda...

A lo mejor se había equivocado al decir eso. Rosie empezó a sollozar sobre sus kleenex otra vez. Su madre continuó:

—En cualquier caso, ahí queda mi oferta. Sé que aún te quedan algunos días de vacaciones, y tú misma me has dicho que en la oficina no hay mucho trabajo ahora. En un momento como éste, lo mejor que puede hacer una es alejarse de todo y descansar.

Rosie pensó si, a lo largo de todos estos años, no habría juzgado mal a su madre. Se sorbió los mocos, tragó saliva y dijo:

—Sí, eso me sentaría muy bien.

—Entonces, está decidido —replicó su madre—. Yo también iré, así podré cuidar de mi niña.

Mentalmente, mientras remataba su particular despliegue de fuegos artificiales

con un espectacular final, añadió para sí: «Y para asegurarme de que mi hija no se relacione más que con la clase de hombre que le conviene».

—¿Y adonde iremos? —preguntó Rosie.

—Pues me parece —dijo su madre— que vamos a hacer un crucero.

Y.

Lo bueno era que a Gordo Charlie no le habían esposado. Lo malo era todo lo demás pero, por lo menos, no estaba esposado. La vida se había convertido en un confuso sinsentido lleno de detalles excesivamente nítidos: el sargento de guardia que se rascaba la nariz mientras cruzaban —«la celda seis está vacía»— una puerta verde y, luego, el olor de las celdas, un leve hedor que no había olido hasta ahora, pero que le resultó inmediata y horriblemente familiar, una mezcla de ese penetrante olor del vómito rancio, con el humo, y el desinfectante, las mantas sucias, retretes en los que nadie tira de la cadena y desesperación. Era el olor de los bajos fondos que, al parecer, era adonde había ido a parar Gordo Charlie.

—Cuando tengas que tirar de la cadena —le explicó el policía que le acompañaba a su celda—, pulsa el botón que hay en tu celda. Uno de nosotros se pasará por allí, tarde o temprano, para hacerlo en tu lugar. De este modo evitamos que las pruebas acaben en las alcantarillas.

—¿Las pruebas de qué?

—Olvídalo, chaval.

Gordo Charlie suspiró. Llevaba eliminando los deshechos de su propio cuerpo el tiempo suficiente como para sentir cierto orgullo cada vez que lo hacía, y aquella privación le indicaba que todo había cambiado, más aún que el haberse visto privado de su libertad.

—Es tu primera vez —dijo el policía.

—Lo siento.

—¿Drogas? —dijo el policía.

—No, gracias —contestó Gordo Charlie.

—Te pregunto si es por eso por lo que estás aquí.

—No sé por qué estoy aquí —dijo Gordo Charlie—. Soy inocente.

—Un delito de guante blanco, ¿eh? —dijo el policía, y sacudió de un lado a otro la cabeza—. Te voy a decir algo que si fueras un delincuente común no haría falta que te dijera: cuanto más fáciles nos pongas las cosas, más fáciles te las haremos nosotros a ti. Vosotros, los delincuentes con estudios, os pasáis la vida haciendo valer vuestros derechos. Y así lo único que conseguís es poner os las cosas más difíciles. —Abrió la puerta de la celda número seis—. Hogar, dulce hogar.

El hedor carcelario era aún más insoportable dentro de la celda. La pintura de las paredes era de esa clase que resiste los grafitos, y no había más mobiliario que un catre, sin patas, y un retrete sin tapa en una esquina.

Gordo Charlie dejó la manta que le habían proporcionado sobre la cama.

—Muy bien —dijo el policía—. Ponte cómodo. Y si te aburres, haz el favor de no atascar el retrete con tu manta.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Eso mismo me pregunto a menudo —contestó el policía—: ¿por qué demonios lo hacen? Será para romper la monotonía, o yo qué sé. Yo me he mantenido siempre dentro de los límites de la ley y, como policía, tengo asegurada una pensión cuando me retire, así que nunca he tenido que pasar demasiado tiempo en las celdas.

—Mire, yo no lo hice —dijo Gordo Charlie—. Sea lo que sea lo que tienen contra mí.

—Eso está bien —replicó el policía.

—Disculpe —dijo Gordo Charlie—, ¿no me van a dejar nada para leer?

—¿Te crees que estás en una biblioteca pública?

—No.

—Cuando era joven, un tipo me pidió un libro. Entonces, fui a coger el libro que yo estaba leyendo para prestárselo, era uno de J. T. Edson, o de Louis L'Amour. El caso es que el tipo lo usó para atascar su retrete, ¿entiendes? Pues eso, lo que es a mí, ya no me pillan en otra de éstas.

Y, dicho esto, salió y cerró la puerta de la celda, dejando dentro a Gordo Charlie.

Lo más extraño de todo, pensó Grahame Coats —que no era muy dado a la introspección—, era que no sentía nada especial, estaba tan campante, tan a gusto.

El capitán les dijo que se abrocharan los cinturones de seguridad, y les informó de que en breves minutos aterrizarían en Saint Andrews. Saint Andrews es una pequeña isla en el mar Caribe que, tras declarar su independencia en 1962, decidió reafirmar su autonomía dotándose de un sistema judicial propio y negándose a firmar tratados de extradición con el resto del mundo, entre otras cosas.

El avión aterrizó. Grahame Coats desembarcó y cruzó la soleada pista con su maleta de ruedas. Presentó el pasaporte que había escogido para la ocasión —el de Basil Finnegan— y se lo sellaron allí mismo. Recogió el resto de su equipaje en la cinta transportadora, pasó por delante de la desierta aduana y entró en el minúsculo aeropuerto, desde donde salió al exterior, bajo un sol de justicia. Iba vestido con camiseta, pantalones cortos y sandalias: el uniforme completo de Turista Inglés de Vacaciones en el Extranjero.

El encargado de su finca le estaba esperando a la salida del aeropuerto. Grahame Coats se sentó en el asiento trasero del Mercedes negro y dijo:

—A casa, por favor.

Al salir de Williamstown para tomar la carretera que subía hasta el acantilado en el que se encontraba su finca, contempló la isla con una sonrisa de satisfacción, como

si fuera su único propietario.

De repente, recordó que antes de abandonar Inglaterra había dejado a una mujer a la que había dado por muerta, y se preguntó si cabía la posibilidad de que aún estuviera viva; no, probablemente no. No le importaba haber matado. En realidad, le producía una inmensa satisfacción, como si aquello hubiera sido necesario para sentirse completo. Se preguntó si volvería a hacerlo alguna vez.

Se preguntó si sería pronto.

Capítulo Décimo

En el que Gordo Charlie sale a ver mundo y Maeve Livingstone se lleva una desilusión.

Gordo Charlie se sentó en la cama metálica, sobre su manta, y se quedó esperando a que algo sucediera, pero no pasó nada. El tiempo pasaba terriblemente despacio, casi le parecieron meses. Intentó dormir, pero ya no recordaba cómo se hacía.

Aporreó la puerta.

Alguien gritó:

—¡Cállate!

Pero Gordo Charlie no supo si aquella voz era la de un guardia o la de otro preso.

Estuvo caminando arriba y abajo por su celda más o menos dos o tres años, según calculó, tirando por lo bajo. Luego, se sentó y dejó que la eternidad le pasara por encima. Podía ver la luz del sol a través del grueso bloque de vidrio que hacía las veces de ventana, en lo alto de la pared; por lo visto, era la misma luz que había visto aquella misma mañana, antes de que le encerraran.

Gordo Charlie trató de recordar qué era lo que la gente hacía para matar el tiempo cuando estaba en la cárcel, pero todo lo que le venía a la cabeza eran cosas como escribir un diario secreto y ocultar cosas en sus traseros. No tenía nada con qué escribir, y tuvo la impresión de que el hecho de no tener que ocultar cosas en el trasero podía ser un buen indicio de que a uno no le iba tan mal en la vida.

No pasó nada. Siguió pasando nada. Más nada. El Regreso de Nada. Hijo de Nada. Nada cabalga de nuevo. Nada, Abbott y Costello y el Hombre Lobo...

De repente, alguien abrió la puerta de su celda, y Gordo Charlie estuvo a punto de gritar: «¡Hurra!».

—Venga. Hora de bajar al patio. Puedes llevarte un cigarrillo si quieres fumar.

—No fumo.

—Bueno, es un hábito repugnante.

El patio era un recinto al aire libre situado en mitad de las dependencias policiales que estaba rodeado de unos inmensos muros con un alambre de espino en lo alto. Gordo Charlie caminaba en círculos mientras decidía que, si había algo bajo lo que no le gustaba estar, era bajo custodia policial. A Gordo Charlie nunca le había gustado demasiado la policía, pero hasta ese momento, siempre había confiado en el orden natural de las cosas, había vivido con la convicción de que existía algo —en la época victoriana lo habrían denominado Providencia— que, en último término,

garantizaba que el culpable recibiría su castigo y que el inocente sería puesto en libertad. Su fe se había ido a pique tras los últimos acontecimientos y, en su lugar, se había instalado la sospecha de que el resto de su vida se lo iba a pasar proclamando su inocencia ante una larga serie de implacables jueces y torturadores, muchos de los cuales tendrían el aspecto de Daisy, y de que, con toda probabilidad, al despertarse mañana en la celda seis, se iba a encontrar transformado en una gigantesca cucaracha. Sin duda alguna, había aterrizado en esa clase de universo cruel en el que la gente se transformaba en cucarachas...

Algo cayó del cielo y se posó sobre el alambre de espino. Gordo Charlie levantó la vista. Un mirlo le miraba fijamente con magnánima indiferencia. Se oyó el batir de otras alas, y al mirlo se unieron unos cuantos gorriones y otro pájaro que debía de ser un tordo, o eso le parecía a Gordo Charlie.

Le miraban fijamente; él los miró fijamente también.

Llegaron más pájaros.

A Gordo Charlie le habría resultado difícil decir en qué preciso momento aquella reunión de pájaros había pasado de ser un hecho interesante para convertirse en algo terrorífico.

Debió de ser más o menos cuando superaron el centenar. También tenía que ver con el hecho de que ninguno piaba, ni gorjeaba, ni trinaba, ni graznaba. Simplemente, se posaban sobre el alambre de espino y se quedaban mirándole fijamente.

—Largaos —dijo Gordo Charlie.

Todos a una, no se movieron de donde estaban. En lugar de eso, hablaron. Pronunciaron su nombre.

Gordo Charlie se fue hacia la puerta que había en un rincón del patio. La aporreó y dijo:

—Por favor... —y lo repitió unas cuantas veces. Luego, se puso a gritar—. ¡Socorro!

Un estampido. La puerta se abrió, y un miembro de las fuerzas del orden al servicio de Su Majestad dijo:

—Más te vale que sea importante.

Gordo Charlie señaló hacia arriba. No dijo nada. No hacía falta. La mandíbula inferior del guardia se descolgó y su boca se abrió de forma desmesurada. La madre de Gordo Charlie le habría dicho que cerrara la boca si no quería que se le llenara de moscas.

El alambre se combaba bajo el peso de miles de pájaros. Diminutos ojos aviares les observaban sin siquiera parpadear.

—¡Copón bendito! —exclamó el guardia, y condujo a Gordo Charlie hasta su celda sin decir una sola palabra más.

Maeve Livingstone tenía el cuerpo dolorido. Estaba despatarrada en el suelo. Se despertó, tenía el cabello y la cara empapados y calientes; volvió a quedarse inconsciente, y la segunda vez que despertó, tenía el cabello y la cara pegajosos y fríos. Soñaba y se despertaba, y luego volvía a soñar y, al despertar, estaba suficientemente espabilada como para ser consciente del dolor que sentía en la nuca. Y entonces dejó que el sueño la envolviera como una manta; en parte, porque era más fácil dejarse llevar y, en parte, porque mientras estaba dormida no sentía dolor.

En sus sueños, caminaba por un plató de televisión buscando a Morris. De vez en cuando, lo veía aparecer por un instante en los monitores. Parecía preocupado. Ella intentaba encontrar la salida, pero fuera en la dirección que fuese, siempre acababa otra vez en el mismo plató.

«Tengo mucho frío», pensó, y se dio cuenta de que volvía a estar despierta. No obstante, el dolor había remitido un poco. Dadas las circunstancias, pensó Maeve, se encontraba razonablemente bien.

Había algo que le irritaba, pero no sabía exactamente qué. Puede que fuera por algo relacionado con sus sueños.

No sabía dónde estaba, pero estaba a oscuras. Le pareció que podía ser un armario de ésos en los que se guardan los útiles de limpieza, y tanteó con las manos para no tropezar con nada. Nerviosa, avanzó unos pasos con los brazos extendidos y los ojos cerrados y, luego, abrió los ojos. Reconoció la habitación. Era un despacho.

El despacho de Grahame Coats.

Entonces, lo recordó todo. Seguía un poco aturdida —aún no era capaz de pensar con claridad, sabía que no terminaría de despejarse hasta que no tomara el primer café de la mañana— pero, a pesar de todo, el recuerdo le vino a la memoria: la perfidia de Grahame Coats, su trapacería, su instinto criminal, su...

Y pensó: «¿Por qué me atacó? Me golpeó». Y luego, se le ocurrió: «La policía. Tengo que llamar a la policía».

Alargó el brazo hacia el teléfono que había encima del escritorio y levantó el auricular, o lo intentó, pero el teléfono parecía demasiado pesado, o escurridizo, o las dos cosas a la vez, y no lograba sujetarlo entre las manos. Los dedos no le respondían.

«Debo de estar más débil de lo que pensaba —concluyó Maeve—. Será mejor que les pida que avisen también a un médico».

En el bolsillo de su chaqueta tenía un móvil plateado que le avisaba con la melodía de *Greensleeves* cuando recibía una llamada. Aliviada, descubrió que el móvil seguía en su sitio y que era perfectamente capaz de sostenerlo. Marcó el número del servicio de llamadas de emergencia. Mientras esperaba a que lo cogieran, se preguntó por qué seguían diciendo «marcar» incluso cuando no tenían que pulsar más que una tecla.

Se puso a pensar en lo mucho que habían cambiado los teléfonos; aún se acordaba de cuando los números se marcaban en un dial y de cuando salieron los primeros teléfonos con aquellas teclas luminosas y aquel timbre tan desagradable. Siendo todavía una adolescente, tuvo un novio que imitaba a la perfección aquel timbre —viéndolo ahora en perspectiva, lo cierto era que el chico no tenía más habilidad que ésa—. ¿Qué habría sido de él? ¿De qué le serviría esa habilidad ahora que los teléfonos podían sonar de tantas formas diferentes...?

—En este momento, todos nuestros operadores están ocupados —dijo una voz mecánica—. Por favor, permanezca a la espera.

Maeve estaba sorprendentemente tranquila, como si tuviera la completa seguridad de que jamás volvería a ocurrir le nada malo.

Una voz masculina atendió su llamada.

—¿Diga? —el tono denotaba eficacia.

—Necesito hablar con la policía —dijo Maeve.

—No es necesario que hable usted con la policía —replicó la voz—. Las autoridades competentes intervendrán inevitablemente y a su debido tiempo en caso de que se haya cometido algún delito.

—Verá —dijo Maeve—, quizá me equivocado de número.

—No importa —dijo la voz—, todos los números son igualmente correctos, en último término. Sólo son números y, por tanto, no pueden ser ni correctos ni incorrectos.

—Usted dirá lo que quiera —dijo Maeve—, pero necesito hablar con la policía. Y creo que también necesito una ambulancia. Obviamente, me he equivocado de número.

Maeve colgó. A lo mejor es que no se podía comunicar con el 091 desde un teléfono móvil, pensó. Buscó en su agenda el número de su hermana y la llamó. Una voz familiar contestó inmediatamente.

—Deje que me explique: no digo que se haya equivocado de número a propósito. Lo que intentaba decirle es que todo número es intrínsecamente correcto. Bueno, todos menos Pi, claro. Sólo de pensar en él ya me duele la cabeza, cuatro decimales y cinco decimales y seis decimales y venga decimales...

Maeve cortó pulsando el botón rojo. Llamó al director de su sucursal.

La voz que se puso al teléfono dijo:

—Vaya por Dios, no hago más que parlotear y hablar de si los números son correctos o no y usted seguramente estará pensando que todo esto no viene a cuento...

Clic. Llamó a su mejor amiga.

—... y que, en realidad, deberíamos estar hablando de su solicitud. Me temo que esta tarde hay mucho tráfico, así que, si fuera usted tan amable de esperar un rato,

pasarán a recogerla...

La voz resultaba reconfortante, parecía uno de esos predicadores radiofónicos ofreciendo a los oyentes su reflexión diaria.

De no haber estado tan relajada, aquello la habría aterrorizado. En lugar de eso, se puso a pensar. Puesto que su móvil estaba —¿cómo se decía, «pinchado»?—, tendría que bajar a la calle a buscar un agente de policía para presentar una queja oficial. Maeve pulsó el botón para llamar al ascensor, pero no sucedió nada, así que bajó por las escaleras, pensando que, de todos modos, lo más seguro era que no hubiera ningún agente de policía por allí, como suele suceder siempre que necesitas uno. Se pasan la vida patrullando en esos coches que hacen *niinoooniino*. «La policía debería patrullar a pie y por parejas —pensó Maeve—, dando la hora a los transeúntes o esperando al pie de los canalones para detener a los cacos que bajan con sus botines al hombro...».

Justo al pie de la escalera, en el portal, se encontró con dos agentes de policía: un hombre y una mujer. Iban de paisano, pero eran policías. Ésta vez no había ninguna posibilidad de error. El hombre era robusto y rubicundo, la mujer era menuda y tenía la piel oscura y seguramente, en otras circunstancias, le habría parecido bastante guapa.

—Nos consta que estuvo aquí —decía la mujer—. La recepcionista recordaba haberla visto llegar justo antes de irse a comer. Cuando regresó, ambos se habían marchado ya.

—¿Crees que huyeron los dos juntos? —preguntó el hombre.

—Eeh... Disculpen —interrumpió educadamente Maeve Livingstone.

—Es posible. Tiene que haber un modo sencillo de explicarlo. Desaparece Grahame Coats. Desaparece Maeve Livingstone. Al menos, tenemos a Charles Nancy bajo custodia.

—No huimos juntos, ni muchísimo menos —dijo Maeve, pero ellos la ignoraron.

Los dos agentes entraron en el ascensor y cerraron de golpe ambas puertas. Maeve se quedó mirándoles mientras el ascensor los llevaba a trompicones hasta el último piso.

Aún tenía el móvil en la mano. Notó que empezaba a vibrar y, a continuación, sonó la melodía de *Greensleeves*. Se quedó mirándolo fijamente. En el display aparecía la foto de Morris. Nerviosa, atendió la llamada.

—¿Diga?

—Hola, mi amor. ¿Cómo te va?

—Bien, gracias —respondió, y añadió—. ¿Morris? No, no me va nada bien. En realidad me va de pena.

—¡Ay! —replicó Morris—. Me lo temía. Pero la cosa ya no tiene arreglo. Hay que seguir adelante.

—Morris, ¿desde dónde me llamas?

—Es un poco complicado de explicar —repuso él—. A ver, en realidad no estoy al teléfono. Sólo quería ayudarte a dar este paso.

—Grahame Coats —le dijo— ha resultado ser un estafador.

—Sí, mi amor —replicó Morris—. Pero ahora tienes que olvidarte de todo eso. Es hora de pasar página.

—Me atizó un golpe en la nuca —dijo ella—, y nos ha estado robando.

—Sólo son asuntos terrenales, mi amor —le dijo Morris, intentando reconfortarla—, ahora estás más allá del valle...

—Morris —continuó Maeve—, ese gusano hediondo ha intentado asesinar a tu esposa. Me parece que deberías mostrar un poquito más de interés.

—No seas así, mi amor. Sólo intento explicarte...

—¿Sabes lo que te digo, Morris? Que si esa es la actitud que piensas adoptar, prefiero encargarme de este asunto yo sola. Lo que no pienso hacer es olvidarme de él, desde luego. Tú puedes hacer lo que quieras, al fin y al cabo, estás muerto. Tú ya no tienes que preocuparte de estas cosas.

—Tú también estás muerta, mi amor.

—Ésa no es la cuestión —le espetó. Y a continuación—: ¿Que estoy qué? —sin darle tiempo para responder, Maeve dijo—: Te he dicho que ha intentado matarme. No que lo haya conseguido.

—Eer —parecía que el difunto Morris Livingstone no sabía ya qué decir—. Maeve, cariño. Sé que todo ha sido muy repentino y que probablemente sea un golpe difícil de encajar, pero la verdad es que...

El teléfono hizo «biiip» y en el display apareció el icono que indicaba que se había quedado sin batería.

—No he podido oír eso último, Morris —dijo Maeve—. Creo que me estoy quedando sin batería.

—Tu móvil no tiene batería —respondió Morris—. No tienes móvil. No es más que una ilusión. Eso es lo que intento explicarte desde hace un rato, estás más allá del valle de cómo-se-llame, y ahora te estás transformando, ¡caray, a ver cómo te lo explico!, es como lo de los gusanos y las mariposas, cariño. Ya me entiendes.

—Orugas —le corrigió Maeve—. Creo que te refieres a las orugas y las mariposas.

—Eem... sí, eso —dijo la voz de Morris a través del móvil sin batería—, orugas. A eso me refería. Pero, entonces, ¿en qué se transformaban los gusanos?

—No se transforman en nada, Morris —respondió Maeve, irritada—. Son gusanos y punto.

El móvil plateado hizo un ruidito, una especie de eructo mecánico, volvió a mostrar el icono de batería agotada y se apagó.

Maeve lo cerró y se lo volvió a meter en el bolsillo. Se fue hasta la pared más cercana y, a modo de prueba, la presionó con el dedo. La pared tenía un tacto viscoso y resbaladizo. Presionó un poco más fuerte y su mano atravesó la pared.

—Oh, no —exclamó, y lamentó, como tantas otras veces, no haber hecho caso a Morris, quien, después de todo, tenía que admitirlo, a estas alturas debía de saber mucho mejor que ella lo que era estar muerto. «¡Ah, en fin!— pensó. —Estar muerta debe de ser como todo en esta vida: vas aprendiendo lo que puedes sobre la marcha y ya con eso te haces tu composición de lugar».

Salió por la puerta principal y, de repente, se le ocurrió probar a entrar en el edificio atravesando la pared que había al fondo del portal. Funcionó. Repitió la prueba una vez más y el resultado fue el mismo. Entonces, se fue hacia la agencia de viajes que ocupaba la planta baja del edificio y probó a atravesar el muro que daba al oeste.

Atravesó el muro y volvió a entrar en el portal, esta vez por el muro que daba al éste. Era como estar en un decorado jugando a salirse del plano. En términos topográficos, aquel edificio parecía haberse convertido en su pequeño universo.

Subió de nuevo a la última planta a ver qué estaban haciendo aquellos detectives. Estaban mirando hacia el escritorio, observando los restos que había dejado Grahame Coats al hacer las maletas.

—Miren —dijo Maeve, solícita—, estoy en una habitación que hay detrás de la librería. Estoy ahí. Ellos no le hicieron ni caso.

La mujer se agachó y examinó el contenido de la papelera. —Premio— dijo, y sacó una camisa blanca con manchas de sangre seca. La metió en una bolsa de plástico. El hombre sacó un móvil.

—Mandad a la Científica —dijo.

Gordo Charlie veía ahora su celda más como un refugio que como una prisión. Para empezar, las celdas estaban situadas en el interior del edificio, muy lejos del alcance del pájaro más audaz. Y tampoco había por allí el menor rastro de su hermano. Ya no le importaba que en la celda número seis nunca pasara nada. Prefería mil veces nada que todos los algos con los que se había tropezado últimamente. Incluso prefería un mundo en el que no hubiera nada más que castillos, cucarachas y tipos que se llamaran K a un mundo lleno de pájaros que susurraban a coro su nombre.

La puerta se abrió.

—¿No llamas nunca antes de abrir? —preguntó Gordo Charlie.

—No —le contestó el guardia—, la verdad es que nunca llamamos antes de entrar. Tu abogado ha venido a verte.

—¿Señor Merryman? —dijo Gordo Charlie y, a continuación, hizo una pausa.

Leonard Merryman era un orondo caballero que llevaba unas gafas muy pequeñas con montura dorada, y el hombre que estaba detrás del guardia ni siquiera se le parecía.

—No pasa nada —dijo el tipo que no era su abogado—. Podemos hablar aquí mismo.

—Llame cuando haya acabado —le dijo el policía, y cerró la puerta.

Araña cogió la mano de Gordo Charlie.

—Vengo a rescatarte —le dijo.

—Pero yo no quiero que me rescaten. No he hecho nada.

—Ésa es una buena razón para largarse cuanto antes.

—Pero si me escapo, entonces sí habré hecho algo. Seré un prisionero que se ha fugado.

—No eres un prisionero —dijo Araña en tono jovial—. Todavía no han presentado cargos en tu contra. Simplemente, les estás ayudando en su investigación. Escucha, ¿tienes hambre?

—Un poco sí.

—¿Qué te apetece? ¿Té? ¿Café? ¿Chocolate caliente?

Lo del chocolate caliente sonaba muy bien.

—Pues la verdad es que me encantaría tomarme un buen chocolate caliente —respondió.

—Estupendo —repuso Araña. Cogió a Gordo Charlie de la mano y dijo—: Cierra los ojos.

—¿Porqué?

—Así es más fácil.

Gordo Charlie cerró los ojos, aunque no tenía ni idea de qué era eso que iba a ser más fácil con los ojos cerrados. El mundo a su alrededor se estiró, luego se encogió y Gordo Charlie tomó conciencia de que se iba a marear. Entonces, su mente se estabilizó y sintió en su cara una brisa cálida.

Abrió los ojos.

Estaban en plena calle, en un mercado inmenso en algún lugar que no tenía pinta de ser Inglaterra.

—¿Dónde estamos?

—Creo que se llama algo así como Skopsie. Es una ciudad de Italia o alrededores. Hace tiempo que vengo por aquí. Hacen un chocolate increíble. No he probado nunca otro mejor.

Se sentaron a una pequeña mesa de madera pintada de color butano. Un camarero se acercó y les dijo algo, pero el idioma que hablaba no sonaba a italiano, o al menos, eso le pareció a Gordo Charlie.

—Dos *chocolatos* (sic.)§ —pidió Araña, y el hombre asintió y se fue.

—Genial —dijo Gordo Charlie—, con esto ya has terminado de hundirme. Ahora seguro que me ponen en busca y captura. Mi foto saldrá en todos los periódicos.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Araña, sonriendo—. ¿Meterte en la cárcel?

—¡Oh, venga ya!

El camarero trajo el chocolate y lo sirvió en tazas pequeñas. Aquello debía de estar a la misma temperatura que la lava fundida, y estaba a medio camino entre una sopa de chocolate y unas natillas de chocolate, pero, desde luego, olía de maravilla.

—Mira, al final, con esto del reencuentro hemos hecho un pan como unas tortas, ¿o no?

—¿Que hemos hecho un pan como unas tortas? ¿Hemos? —A Gordo Charlie se le daba muy bien esto de hacerse el ofendido—. No fui yo quien me robó la novia. No fui yo quien hizo que me despidieran. No fui yo quien hizo que me arrestara la policía...

—No —replicó Araña—, pero sí fuiste tú quien metió a los pájaros en todo esto, ¿o tampoco?

Gordo Charlie bebió un sorbito muy pequeño, lo justo para probar el chocolate.

—¡Ay! Acabo de abrasarme la boca. —Miró a su hermano y vio que la expresión de su cara era idéntica a la suya propia: preocupado, cansado, asustado—. Sí, fui yo quien metió a los pájaros en todo esto. Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Por cierto, aquí hacen una especie de tallarines con salsa francamente buenos.

—Pero ¿tú estás seguro de que esto es Italia?

—La verdad es que no.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Araña asintió.

Gordo Charlie se quedó pensando un momento a ver cómo le planteaba la cuestión.

—El rollo ese de los pájaros. Lo de que se presenten en cualquier momento y se junten de mil en mil, como si se hubieran escapado de la película de Hitchcock, ¿crees que es algo que sucede sólo en Inglaterra?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me da que esas palomas nos han visto —y señaló al otro lado de la plaza.

Las palomas no se comportaban como palomas normales. No picoteaban las cortezas de los sándwiches ni andaban por ahí con la cabeza gacha a la caza de las sobras que iban dejando los turistas. Estaban quietas, en silencio, y les miraban fijamente. Un aleteo y, de pronto, un centenar de pájaros vinieron a unirse a las palomas. La mayoría se iba posando en la estatua de un tipo gordo con un sombrero enorme que presidía la plaza. Gordo Charlie miró a las palomas y las palomas le miraron a él.

—¿Qué es lo peor que podría pasar? —le preguntó en voz baja a Araña—. ¿Que se nos cagaran encima todas a la vez?

—No lo sé. Pero sospecho que son capaces de cosas mucho peores que ésa. Acábate el chocolate.

—Pero está ardiendo.

—Nos harán falta un par de botellas de agua, ¿no? *Garçon?*

Un susurro de alas; más pájaros aún; y, por debajo, un suave rumor, como si se estuvieran diciendo un secreto.

El camarero les trajo las dos botellas de agua. Araña, que llevaba puesta una vez más su chaqueta de cuero roja y negra, se las metió en los bolsillos.

—No son más que palomas —dijo Gordo Charlie, pero enseguida se dio cuenta de lo estúpido de aquel comentario. No eran sólo palomas. Eran un auténtico ejército. La estatua del tipo gordo había desaparecido prácticamente bajo las plumas grises y moradas.

—Creo que me gustaban más los pájaros antes de que se les ocurriera confabularse contra nosotros.

—Y están por todas partes —dijo Araña y, a continuación, cogió a Gordo Charlie de la mano—. Cierra los ojos.

En ese momento, los pájaros levantaron el vuelo todos a una. Gordo Charlie cerró los ojos.

Bajaron las palomas como al redil el lobo...

Se hizo el silencio, y la distancia, y Gordo Charlie pensó: «Estoy metido en un horno». Abrió los ojos y se dio cuenta de que, efectivamente, así era: estaba en un horno con dunas rojas que se perdían a lo lejos hasta fundirse con un cielo de color madreperla.

—El desierto —dijo Araña— me pareció una buena idea. Aquí no hay pájaros. Así podremos terminar de hablar. Toma —y le alargó a Gordo Charlie una botella de agua.

—Gracias.

—Y bien, ¿te importaría explicarme de dónde han salido los pájaros?

—Fue en el sitio ése. Viajé hasta allí. Había un montón de animales humanos. Ellos... hum... Todos conocían a papá. Y había uno que era una mujer, una especie de Mujer Pájaro —dijo Gordo Charlie.

Araña le miró.

—¿En el sitio ése? No es que sea una información muy precisa.

—Hay una montaña en la que hay muchas cuevas. Y también hay un despeñadero que cae y cae hasta perderse en la nada. Es como el fin del mundo.

—Es el principio del mundo —le corrigió Araña—. He oído hablar de esas cuevas. Me habló de ellas una chica que conocí hace tiempo. Pero nunca he estado

allí. Así que conociste a la Mujer Pájaro, ¿y...?

—Se ofreció a hacer que te marcharas. Y... hum... Bueno, yo acepté su ayuda.

—Eso —dijo Araña con una sonrisa de estrella de cine— fue una estupidez por tu parte.

—Yo no le dije que te hiciera daño.

—¿Y cómo te imaginabas que se iba a deshacer de mí? ¿Escribiéndome una carta muy seria?

—No lo sé. No lo pensé. Estaba furioso.

—Genial. Bueno, si ella se sale con la suya, tu estarás furioso y yo muerto. Podrías haberme pedido que me fuera, sin más, ¿sabes?

—¡Lo hice!

—Ah... ¿Y qué te dije yo?

—Que estabas muy a gusto en mi casa y que no pensabas marcharte.

Araña bebió un poco de agua.

—Bueno, ¿qué le dijiste exactamente a esa mujer?

Gordo Charlie hizo memoria. Ahora que lo pensaba, aquellas palabras le parecían muy extrañas.

—Sólo le dije que le daría la sangre de Anansi —dijo, a regañadientes.

—¿Que tú qué?

—Es lo que ella me pidió que dijera.

Araña le miró con incredulidad.

—Pero eso no se refiere sólo a mí. Nos incluye a los dos.

De repente, Gordo Charlie tenía la boca seca. Esperaba que no fuera más que el aire del desierto, y bebió un trago de agua.

—Espera. ¿Por qué el desierto? —preguntó Gordo Charlie.

—Porque aquí no hay pájaros, ya te lo he dicho.

—¿Y qué es eso de allí? —preguntó, señalando con el dedo. De entrada parecían diminutos, pero luego te dabas cuenta de que, en realidad, volaban muy alto: planeaban en círculos, inclinándose sobre un ala.

—Buitres —respondió Araña—, son carroñeros, sólo les interesan los muertos.

—Sí, ya. Y las palomas se asustan de la gente —dijo Gordo Charlie. Aquéllos puntos allá lejos empezaron a descender en círculos, y a medida que se acercaban los pájaros se veían cada vez más grandes.

—De acuerdo —y a continuación, exclamó—: ¡Mierda!

No estaban solos. Alguien les estaba observando desde una duna lejana. Un observador que no estuviera en antecedentes, seguramente habría confundido aquella figura con un espantapájaros.

—¡Déjanos en paz! —gritó Gordo Charlie, pero la arena se tragó el sonido de su voz—. Retiro todo lo que te dije. ¡Ya no hay trato! ¡Déjanos en paz!

La gabardina ondeó en el árido viento del desierto, y la figura desapareció.

—Se ha ido —dijo Gordo Charlie—. ¿Quién habría podido imaginar que la cosa era tan simple?

Araña le dio un toque en el hombro y señaló algo con el dedo. La mujer de la gabardina marrón estaba ahora en la duna más próxima a ellos, tan cerca que Gordo Charlie podía distinguir sus cristalinos ojos negros.

Los buitres eran como harapietas manchas negras que empezaban a aterrizar sobre la arena: sus cabezas eran de color malva y no tenían plumas —de ese modo les resulta más fácil hundir la cabeza en las carcasas medio putrefactas—, y estiraban sus cuellos, también desplumados y de color malva, para observar con sus miopes ojos a los dos hermanos, como si estuvieran pensando si sería mejor esperar a que murieran o deberían intervenir de alguna manera para acelerar el proceso.

—¿Y qué más incluía ese trato? —preguntó Araña.

—¿Eh?

—¿Hay algo más que puedas decirme? ¿Te dio algo para sellar el trato? A veces, en este tipo de cosas se produce alguna clase de intercambio entre las partes.

Los buitres avanzaban lentamente hacia ellos, paso a paso, cerrando filas, estrechando el cerco. Nuevas manchas negras surcaban el cielo, se iban haciendo cada vez más grandes y venían directos hacia ellos. Araña cerró su mano sobre la mano de Gordo Charlie.

—Cierra los ojos.

Gordo Charlie sintió una oleada de frío que le golpeó en mitad del estómago. Respiró hondo, y fue como si alguien le hubiera congelado los pulmones. Le dio un ataque de tos, el viento ululaba como un gigantesco animal.

Abrió los ojos.

—¿Se puede saber dónde estamos ahora?

—En la Antártida —le contestó Araña. Se abrochó su cazadora de cuero, parecía que el frío no le importaba demasiado—. Me temo que el clima es algo frío.

—¿Es que no tienes término medio? Primero el desierto y, luego, sin solución de continuidad, directamente a los hielos polares.

—Aquí no hay pájaros —replicó Araña.

—¿Y no sería más fácil sentarnos cómodamente en una habitación interior en alguna parte? Sería mucho más agradable y estaríamos fuera del alcance de cualquier pájaro. Y podríamos comer tranquilamente.

—¿Sabes qué? Eres un quejica. Total, por un poco de frío.

—No es un poco de frío. Estamos a cincuenta bajo cero. Y, por cierto, mira eso.

Gordo Charlie estaba señalando al cielo. Una especie de garabato blanco, como una «m» escrita con tiza en el cielo, planeaba en el gélido viento.

—Un albatros —dijo.

—Un rabihorcado —le corrigió Araña.

—¿Perdón?

—Digo que no es un albatros. Es un rabihorcado. Seguramente no nos ha visto.

—Puede que no —admitió Gordo Charlie—, pero ellos seguro que sí.

Araña se dio la vuelta y dijo algo así como «rabihorcado». Puede que aquello no fueran un millón de pingüinos anadeando y patinando y deslizándose sobre su barriga en dirección a los dos hermanos, pero desde luego lo parecían. Por lo general, los únicos que sienten pánico de los pingüinos son los peces más pequeños, pero cuando a uno se le acercan por millones...

Gordo Charlie se cogió de la mano de Araña, esta vez no hizo falta que nadie se lo dijera. Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaban en un lugar más cálido, aunque con los ojos abiertos el panorama no era muy diferente. Todo estaba oscuro como boca de lobo.

—¿Me he quedado ciego?

—Estamos en el interior de una mina de carbón abandonada —le explicó Araña—. La vi en una foto de una revista hace unos años. Salvo que nos tropecemos con una bandada de pinzones ciegos que se hayan adaptado a vivir en la oscuridad y se alimenten a base de carbón, creo que aquí estaremos a salvo.

—Es una broma, ¿no? Me refiero a lo de los pinzones ciegos.

—Más o menos.

Gordo Charlie suspiró, y el eco hizo que su suspiro se oyera en toda la galería.

—Por si no te has dado cuenta —dijo Gordo Charlie—, si te hubieras marchado en su momento, si te hubieras ido de mi casa cuando te lo pedí, nos habríamos evitado todo este mogollón.

—Menuda ayuda.

—No pretendía ayudar. Sabe Dios cómo me las voy a arreglar para explicarle a Rosie todo este embrollo.

Araña carraspeó.

—Me parece que ya no vas a tener que preocuparte de eso.

—¿Por...?

—Ha roto con nosotros.

Un largo silencio.

—No me extraña —dijo Gordo Charlie.

—Me parece que creo que metí un pelín la pata con toda esa historia —admitió Araña, incómodo.

—Pero ¿y si se lo explico todo? Quiero decir que si le explico que yo no era tú, que tú te hacías pasar por mí...

—Ya se lo he explicado yo. Justo después fue cuando decidió que no quería volver a vernos nunca a ninguno de los dos.

—¿A mí tampoco?

—Eso parece.

—En serio —dijo la voz de Araña en la oscuridad—, no era mi intención... Bueno, cuando fui a verte, sólo quería saludarte. No pensaba... Hum... La he cagado pero bien, estoy hasta las cejas de mierda, ¿verdad?

—¿Estás intentando pedirme perdón?

Silencio.

—Supongo. No sé.

Otro silencio.

—Bueno —dijo Gordo Charlie, por fin—, en ese caso, yo también siento muchísimo haber llamado a la Mujer Pájaro para que se deshiciera de ti. —Así, en la oscuridad, sin ver la cara de Araña mientras hablaban, todo parecía más fácil.

—Ya. Gracias. Ojalá supiera cómo deshacerme ahora de ella.

—¡Una pluma! —dijo Gordo Charlie.

—No, me has buscado la ruina.

—Antes me preguntaste si ella me había dado algo para sellar el trato. Me dio algo. Me dio una pluma.

—¿Dónde está?

Gordo Charlie trató de hacer memoria.

—No recuerdo exactamente. La tenía en la mano cuando me desperté en el comedor de la señora Dunwiddy. Pero cuando subí al avión ya no la tenía. Imagino que la señora Dunwiddy la habrá conservado.

Ésta vez, el silencio que siguió a estas palabras fue largo, oscuro e ininterrumpido. Gordo Charlie empezaba a temer que Araña se hubiera marchado, que le hubiera abandonado en aquel oscuro subterráneo. Finalmente, se decidió a comprobarlo.

—¿Sigues ahí?

—Sigo aquí.

—Menos mal. Si me hubieras dejado aquí solo, no sé cómo me las habría arreglado para salir.

—No me des ideas.

Otro silencio.

—¿En qué país estamos? —preguntó Gordo Charlie.

—En Polonia, creo. Ya te lo dije, lo vi en una foto. Aunque, en la foto, la galería estaba iluminada.

—¿Tienes que haber visto una foto del sitio para trasladarte allí?

—Tengo que saber dónde está.

Era asombroso, pensó Gordo Charlie, el silencio tan limpio que reinaba en el interior de aquella mina. Aquél lugar tenía un silencio propio muy especial. Se puso a

pensar en las diversas clases de silencio. ¿Era esencialmente diferente el silencio en una tumba del silencio en el espacio, por ejemplo?

—Recuerdo a la señora Dunwiddy —dijo Araña—. Huele a violetas.

Se sabe de gente que ha afirmado «se acabó. Vamos a morir» con más entusiasmo del que Araña puso en pronunciar aquellas dos frases.

—Sí, es ella —dijo Gordo Charlie—. Menuda, más vieja que un trilobites. Gafas de culo de vaso. Supongo que ahora tendremos que ir a verla para coger la pluma. Luego, se la devolveremos a la Mujer Pájaro. Con eso habremos roto el trato y se acabará de una vez esta pesadilla.

Gordo Charlie apuró el agua que le quedaba en la botella que se había traído de aquella placita que no estaba en una ciudad de Italia. Volvió a poner el tapón y la dejó en el suelo, preguntándose si estaría mal dejar basura en un lugar que nadie vería jamás.

—Hala, cógeme de la mano y vamos a ver a la señora Dunwiddy.

Araña hizo un ruido. No sonó arrogante. Sonó inquieto e inseguro. En la oscuridad, Gordo Charlie se imaginó a Araña desinflándose como un sapo, o como un globo después de una semana. Gordo Charlie había deseado con toda su alma ver cómo se le bajaban los humos a Araña; pero, desde luego, nunca quiso oírle hacer ese ruido, parecía como si tuviera seis años y estuviera muerto de miedo.

—Un momento. ¿Le tienes miedo a la señora Dunwiddy?

—Es que... Es que no puedo acercarme a ella.

—Bueno, por si te sirve de consuelo te diré que yo también le tenía miedo de pequeño pero, cuando volví a verla en el funeral de papá, no me pareció tan terrible. No es más que una anciana. —Recordó la imagen de la señora Dunwiddy encendiendo aquellas velas negras y espolvoreando las hierbas en la ensaladera—. Un poquito siniestra, quizá. Pero ya verás como no es tan terrible.

—Fue ella la que me obligó a marcharme de allí —le explicó Araña—. Yo no quería irme. Pero me cargué aquella bola que tenía en el jardín. Una cosa como de cristal, grande, como una de esas bolas que se ponen en el árbol de Navidad, pero gigantesca.

—Yo también le rompí una. Menudo cabreo se agarró.

—Lo sé. —Su voz se oía débil, parecía confuso y preocupado—. En realidad fue esa misma vez. Ahí fue donde empezó todo.

—Venga, vamos, tampoco es el fin del mundo. Tú llévame a Florida y yo iré a ver a la señora Dunwiddy para recuperar la pluma. A mí no me da ningún miedo. No hace falta que vengas conmigo.

—No puedo. No puedo estar en el mismo lugar que ella.

—Vale, ¿qué es lo que intentas decirme? ¿Ha conseguido una especie de orden de alejamiento mágica?

—Más o menos. Sí —y, añadió—: echo de menos a Rosie. Siento haber... ya sabes.

Gordo Charlie pensó en Rosie. Le resultaba especialmente difícil recordar su cara. Imaginó cómo sería no tener de suegra a la madre de Rosie; recordó las dos siluetas tras las cortinas de su habitación. Y dijo:

—No te sientas mal por eso. Bueno, siéntete mal si quieres, porque la verdad es que te has portado como un grandísimo cabrón. Pero puede que haya sido lo mejor.

Gordo Charlie sintió una punzada de dolor, pero sabía que lo que había dicho era verdad. A oscuras, resulta más fácil decir la verdad.

—¿Sabes qué es lo que no tiene ningún sentido en todo esto? —le preguntó Araña.

—¿Todo?

—No. Sólo una cosa. No entiendo por qué la Mujer Pájaro decidió entrar en el juego. No tiene sentido.

—Papá la cabreó...

—Papá cabreó a todo el mundo. Aunque ella se equivoca. Pero, si lo que quería era matarnos, ¿por qué no lo intenta, sin más?

—Yo le entregué nuestra sangre.

—Sí, eso ya me lo has dicho. No, hay algo más, pero no consigo saber qué es. — Se quedaron un momento en silencio. Luego, Araña dijo—: Cógete de mi mano.

—¿Debo cerrar también los ojos?

—Puedes hacerlo, si quieres.

—¿Y adónde vamos ahora? ¿A la luna?

—Voy a llevarte a un lugar seguro —le dijo Araña.

—Genial —dijo Gordo Charlie—, me encantan los lugares seguros. ¿Dónde?

Pero inmediatamente, sin necesidad de abrir los ojos siquiera, Gordo Charlie supo dónde estaba. Aquél olor era inconfundible: cuerpos que seguramente no sabían lo que era una ducha, retretes inmundos, desinfectante, mantas viejas y apatía.

—Seguro que habría estado igual de seguro en una suite de un hotel de lujo — dijo en voz alta, pero ya no había nadie que pudiera oírle. Se sentó en el catre de la celda número seis y se echó la fina manta sobre los hombros. Podía haberse quedado allí de por vida.

Media hora más tarde, alguien vino a buscarle para llevarle a la sala de interrogatorios.

—Hola —le saludó Daisy, con una sonrisa—, ¿te apetece una taza de té?

—Por mí no te molestes —respondió Gordo Charlie—, lo he visto en la tele muchas veces. Ya sé de qué va. Es el viejo truco del poli bueno y el poli malo, ¿no? Tú me ofreces una taza de té y unas galletitas y, luego, entra un gorila con cara de

perro y de muy mala leche que se pone a dar voces, me tira el té al suelo y se come mis galletitas; después, él hace como que me va a partir la cara y, entonces, tú le sujetas y le obligas a traerme otra taza de té con galletitas para que yo, muy agradecido, te lo cuente todo.

—Si quieres, nos saltamos el numerito —dijo Daisy—, y vamos directos a la parte en que tú me lo cuentas todo. Y, por cierto, no tenemos galletitas.

—Ya te he dicho todo lo que sé —replicó Gordo Charlie—. Todo. Grahame Coats me dio un cheque por dos de los grandes y me dijo que me tomara dos semanas de vacaciones. Me dijo que se alegraba de que le hubiera avisado de que había algunas irregularidades en la contabilidad de la empresa. Luego me pidió mi contraseña y nos despedimos. Punto final.

—¿Y sigues manteniendo que no sabes nada de la desaparición de Maeve Livingstone?

—Creo que ni siquiera he llegado a verla en persona. Quizá una vez, un día que se pasó por la oficina. Hablamos por teléfono varias veces. Ella quería hablar con Grahame Coats. Yo tenía que decirle que ya le habíamos enviado su cheque por correo y que no tardaría en recibirlo.

—¿Y era cierto?

—No lo sé. Yo creía que sí. Oye, ¿no creerás en serio que tuve algo que ver con su desaparición?

—No —respondió en tono jovial—, no lo creo.

—Porque te juro que no tengo ni idea de lo que puede haber... ¿que tú qué?

—Que no creo que tuvieras nada que ver con la desaparición de Maeve Livingstone. Ni tampoco creo que tuvieras nada que ver con el desfalco perpetrado en la Agencia Grahame Coats, aunque alguien se ha tomado muchas molestias para hacer que todas las sospechas recaigan sobre ti. Pero está bastante claro que el baile de cifras y el constante desvío de fondos empezó mucho antes de que tú llegaras. Sólo hace dos años que trabajas allí.

—Más o menos —confirmó Gordo Charlie, y se dio cuenta de que tenía la boca abierta. La cerró.

—Escucha —le dijo Daisy—, ya sé que en las novelas y en las películas los polis suelen ser más bien idiotas, sobre todo si el protagonista del libro es un jubilado que lucha tenazmente por que se haga justicia o un cínico detective que está de vuelta de todo. Y no sabes cómo siento no poder ofrecerte unas galletitas. Pero no todos somos tontos del culo.

—No he dicho que lo fuerais —replicó Gordo Charlie.

—No —dijo ella—, pero lo estabas pensando. Eres libre de irte cuando quieras. Con nuestras disculpas, si hace falta.

—¿Y dónde... hum... dónde desapareció? —le preguntó Gordo Charlie.

—¿La señora Livingstone? Pues la última vez que la vieron, estaba con Grahame Coats. Él la acompañó hasta su despacho.

—Ah.

—Lo de la taza de té iba en serio. ¿Te apetece?

—Sí. Mucho. Hum... Imagino que tu gente habrá registrado ya la cámara secreta que hay en su despacho. La que está detrás de la librería.

Hay que reconocer que Daisy mantuvo la calma en todo momento y se limitó a decir:

—No, no lo creo.

—Se suponía que nadie más que Grahame Coats sabía que existía —le explicó Gordo Charlie—, pero un día entré en su despacho y vi que la librería estaba al otro lado y que Grahame Coats estaba allí dentro. Volví a salir. —Y añadió—: No es que estuviera espiándole ni nada de eso.

—Podemos comprar unas galletitas por el camino —comentó Daisy.

Gordo Charlie no sabía si alegrarse de que le hubieran puesto en libertad; eso implicaba volver a salir a la calle.

—¿Estás bien? —le preguntó Daisy.

—Sí, sí, muy bien.

—Pareces algo nervioso.

—Supongo que lo estoy. Pensarás que es una estupidez, pero estoy un tanto... bueno, tengo un problema con los pájaros.

—¿Alguna clase de fobia?

—Algo así.

—Bueno, es el término por el que comúnmente se conoce ese temor irracional a los pájaros.

—¿Y cuál es el término por el que comúnmente se conoce el miedo racional a los pájaros? —Y mordisqueó una galletita.

Un breve silencio.

—Bueno, en cualquier caso, te aseguro que en este coche no hay ningún pájaro —le dijo Daisy.

Aparcó en la doble línea amarilla, justo a la entrada del edificio en el que tenía su sede la Agencia Grahame Coats, y entraron juntos.

Rosie estaba tomando el sol junto a la piscina en la cubierta de popa de un crucero coreano^[8], con una revista sobre la cabeza y su madre al lado. Intentaba recordar lo que había bebido el día que decidió que irse de vacaciones con su madre podía ser una buena idea.

En el barco no tenían prensa británica, y Rosie tampoco la echaba de menos. Sin embargo, echaba de menos todo lo demás. Para ella, aquel crucero era una especie de purgatorio flotante, y lo único que lo hacía un poco más soportable eran las islas que visitaban prácticamente a diario. Los demás pasajeros bajaban a tierra a comprar o a hacer parapente o para pasar el día a bordo de un barco pirata y hartarse de beber ron. Rosie, por su parte, prefería pasear y hablar con los lugareños.

Allí donde viera enfermos, necesitados o hambrientos, sentía ganas de ayudar. Para Rosie, no había nada que no se pudiera arreglar. Lo único que hacía falta era que alguien se pusiera a arreglarlo.

Maeve Livingstone imaginaba que la muerte sería muchas cosas, pero que resultara irritante no era una de ellas. Y, sin embargo, estaba irritada. Estaba harta de que la gente pasara a través de ella, harta de que todo el mundo la ignorara y, sobre todo, harta de no poder salir de aquel edificio de oficinas.

—Y digo yo, si tengo que encantar algún lugar —le dijo a la recepcionista—, ¿por qué no puedo encantar Somerset House, que está en la acera de enfrente? Una arquitectura preciosa, una excelente vista del Támesis. Unos cuantos restaurantes pequeños y agradables, también. Sé que ya nunca más necesitaré comer pero, aun así, sería muy agradable poder entretenerme observando a la gente.

Annie, la recepcionista —cuyo trabajo desde que Grahame Coats desapareció consistía básicamente en atender las llamadas telefónicas con voz aburrida y decir: «Me temo que no lo sé», independientemente de lo que le preguntaran, y que, en sus ratos libres, se dedicaba a llamar a sus amigas para hablar de aquel misterio en voz muy baja pero excitada—, no le respondió, como tampoco había respondido antes a nada de lo que Maeve le había dicho.

La llegada de Gordo Charlie Nancy con la agente femenina rompió la monotonía.

A Maeve siempre le había caído bien Gordo Charlie, a pesar de que su trabajo consistía en asegurarle que pronto recibiría un cheque por correo, pero ahora podía ver cosas que antes no veía: había unas sombras que revoloteaban alrededor de Gordo Charlie, aunque siempre a cierta distancia; algo malo estaba a punto de suceder. Parecía como si estuviera huyendo de algo, y eso la preocupó.

Entró tras ellos en las oficinas de la Agencia Grahame Coats y se alegró al ver que Gordo Charlie iba directo a la librería que estaba en la pared del fondo del despacho.

—Y bien, ¿dónde está ese panel secreto? —le preguntó Daisy.

—No es un panel, es una puerta. Detrás de esta librería. No sé. A lo mejor hay algún botón secreto o algo así.

Daisy observó la librería detenidamente.

—¿Escribió Grahame Coats una autobiografía? —le preguntó a Gordo Charlie.

—No, que yo sepa.

Empujó un ejemplar encuadernado en piel titulado: *Mi vida*, de Grahame Coats. Se oyó un clic, y la librería se desplazó a un lado, dejando al descubierto una puerta cerrada con llave.

—Vamos a necesitar un cerrajero —dijo Daisy—. Y me parece, señor Nancy, que ya puede usted marcharse.

—Ya —replicó Gordo Charlie—. Entiendo. Ha sido... hum... muy interesante. —Y, a continuación, añadió—: Me imagino que no querrá. Comer. Conmigo. Un día de éstos.

—*Dim sum* —respondió Daisy—. A comer, el domingo. Pagaremos a medias. Será mejor que estés allí como un clavo a las once y media, cuando abran las puertas, si no, nos pasaremos un siglo haciendo cola. —Apuntó la dirección del restaurante y se la pasó a Gordo Charlie—. Ten cuidado con los pájaros, no vayan a hacerte algo de camino a casa.

—Lo tendré —respondió él—. Hasta el domingo.

El cerrajero abrió una cartera negra de paño y sacó varias ganzúas.

—Uno siempre piensa —dijo— que la gente andará más lista. No será por lo que cuesta una buena cerradura. A ver si me explico, mire esa puerta: bien buena que es. Bien maciza. Harían falta muchas horas para poder perforarla con un soplete. Y luego van y le ponen una cerradura que podría abrir hasta un niño chico con el mango de una cuchara... Vamos allá... Hala, más fácil, imposible.

Empujó la puerta. La puerta se abrió y vieron aquello tirado en el suelo.

—¡Por Dios Santo! —exclamó Maeve Livingstone—. Ésa no soy yo.

Pensó que sentiría más apego por su cadáver, pero no: le recordaba a un animal muerto en una cuneta.

El despacho no tardó en estar abarrotado de gente. Maeve, que nunca había tenido paciencia para seguir una serie policíaca, se aburrió enseguida, sólo sintió interés por ver qué estaba pasando cuando sintió que algo la arrastraba hasta el portal y, después, la obligaba a salir del edificio, mientras metían su cadáver en una bolsa de plástico azul y se la llevaban discretamente.

—Esto está mucho mejor —dijo Maeve Livingstone.

Estaba fuera.

Al menos, fuera del edificio.

Obviamente, existían unas reglas, y ella lo sabía. Tenía que haber unas reglas. Lo malo es que no estaba muy segura de cuáles eran.

De repente, lamentó no haber sido más religiosa en vida, pero nunca había podido con esas cosas: de niña, no había sido capaz de imaginar un Dios que fuera capaz de enfadarse tanto con alguien como para condenarlo a sufrir por toda la eternidad los

tormentos del Infierno, y como nunca había terminado de creer en Él, a medida que creció sus dudas fueron haciéndose cada vez más firmes hasta convertirse en una certeza absoluta de que la Vida, que empieza cuando nacemos y acaba cuando morimos, es nuestro único destino y que todo lo demás no son más que fantasías. Le había ido muy bien aferrándose a esa idea, y le había permitido desenvolverse sin problemas en cualquier circunstancia, pero aquello suponía todo un desafío a su fe.

Sinceramente, tampoco estaba muy segura de que una vida entera practicando escrupulosamente la religión verdadera hubiera podido prepararla para esto. Maeve estaba llegando a la conclusión de que, en un mundo bien organizado, la Muerte debería ser como uno de esos paquetes de vacaciones de lujo en los que todos los gastos están ya incluidos y, además, te dan una carpeta con los billetes, vales descuento, horarios y una serie de números de teléfono a los que puedes llamar en caso de que te surja cualquier problema.

Maeve no caminaba. Tampoco volaba. Se desplazaba como el viento, como un viento frío de otoño que hacía que la gente se estremeciera cuando pasaba por su lado y alborotaba las hojas secas sobre las aceras.

Fue al lugar que primero visitaba siempre que pasaba por Londres: a Selfridges, los grandes almacenes ubicados en Oxford Street. Siendo muy joven, Maeve había trabajado en la sección de perfumería de Selfridges, cuando no le salía ningún trabajo como bailarina, y procuraba volver allí siempre que podía para comprar maquillajes caros, tal como se había prometido que haría en sus tiempos de dependienta.

Deambuló por la sección de cosméticos hasta que se aburrió, luego, se dio una vuelta por el departamento de muebles. Nunca tendría que comprar otra mesa de comedor, pero tampoco iba a pasar nada porque les echara un vistazo...

Después, siguió hacia el departamento de electrónica de Selfridges y se paseó por entre monitores de televisión de todos los tamaños posibles. Algunos tenían sintonizadas las noticias. Les habían quitado el sonido a todos los televisores, pero la imagen que aparecía en las pantallas era la de Grahame Coats. Sintió que la ira empezaba a hacerle hervir la sangre como si fuera lava. La imagen cambió y se vio a sí misma en un vídeo en el que aparecía junto a Morris. Lo reconoció, era el *sketch* «Dame cinco pavos y te comeré a besos», de *Morris Livingstone, supongo*.

Ojalá pudiera recargar el móvil, pensó. Incluso si volvía a responder aquella voz curil tan irritante, pensó, por lo menos tendría alguien con quien hablar. Pero, sobre todo, quería hablar con Morris. Él sabría qué hacer. Ésta vez le dejaría hablar. Ésta vez le escucharía.

—¿Maeve?

El rostro de Morris la miraba desde las pantallas de cientos de televisores. Por un instante, creyó que era cosa de su imaginación, luego, que formaba parte del informativo, pero Morris la miraba con cara de preocupación, volvió a pronunciar su

nombre y, entonces, supo que era él.

—¿Morris...?

Él le dedicó una de sus famosas sonrisas, y todos los rostros en todas las pantallas se dirigieron directamente a ella:

—Hola, preciosa. Me estaba preguntando por qué tardabas tanto. Venga, ya es hora de que te vengas aquí.

—¿Aquí?

—Al otro lado. Debes atravesar el valle. ¿O es el velo? Da igual, lo que sea.

Y Morris le ofreció cientos de manos desde cientos de pantallas.

Ella sabía que todo lo que tenía que hacer era coger su mano. Pero, para su propia sorpresa, respondió:

—No, Morris. Me parece que no voy a hacerlo.

Un centenar de caras la miraron con perplejidad.

—Maeve, mi amor. Tienes que dejar atrás tu carne mortal.

—Bueno, eso es evidente, cariño. Y lo haré. Te prometo que lo haré. En cuanto esté en condiciones de dar ese paso.

—Maeve, estás muerta. ¿Se puede estar en mejores condiciones?

Maeve suspiró.

—Aún tengo ciertos asuntos que resolver en este lado.

—¿Como por ejemplo?

Maeve se puso derecha.

—Pues —dijo—, pensaba buscar a ese monstruo de Grahame Coats para... en fin, para lo que sea que puedan hacer los fantasmas en estas circunstancias. Podría aparecerme o algo.

Morris le respondió con voz incrédula.

—¿Quieres aparecerte a Grahame Coats? ¿Y para qué demonios, si se puede saber?

—Porque —replicó ella— aún no he acabado con él.

Apretó los labios y alzó la barbilla.

Morris Livingstone la miró desde un centenar de pantallas de televisión al mismo tiempo y movió la cabeza de un lado a otro, con una mezcla de admiración y de exasperación. Se había casado con ella porque sabía valerse por sí misma, y por esa misma razón la había amado siempre, pero deseó poder persuadirla, aunque sólo fuera por una vez. Sin embargo, le dijo:

—En fin, yo no me voy a ir a ninguna parte, cielo. Avísanos cuando estés lista.

Y, a continuación, comenzó a desvanecerse.

—Morris. ¿Tienes alguna idea de cómo puedo buscarle? —le preguntó.

Pero la imagen de su marido había desaparecido ya, y en las pantallas aparecía el pronóstico del tiempo.

Ése domingo, Gordo Charlie comió *dim sum* con Daisy en un restaurante discretamente iluminado del pequeño barrio chino de Londres.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo.

—Gracias —respondió Daisy—, pero estoy fatal. Me han retirado del caso Grahame Coats. Ahora es un caso de asesinato y están llevando a cabo una investigación muy exhaustiva. Creo que he tenido suerte de que me hayan dejado llevarlo durante tanto tiempo.

—Bueno —replicó él, animoso—, si no hubieras participado en la investigación, te habrías perdido la ocasión de divertirme arrestándome.

—Y encima, eso.

Daisy, ocurrente, puso cara de arrepentida.

—¿Tenéis alguna pista?

—Aun suponiendo que la tuviéramos —respondió—, no podría comentarlo contigo. —Les llevaron un carrito, y Daisy escogió unos cuantos platos—. Una de las hipótesis que barajan es que Grahame Coats se tiró por la borda de uno de los ferrys que hacen la travesía del canal. Es el último cargo que aparece en una de sus tarjetas de crédito, un pasaje para Dieppe.

—¿Tú crees que eso es verosímil?

Daisy utilizó los palillos para coger una croqueta y se la llevó a la boca.

—No —respondió—. Mi teoría es que ha huido a algún país con el que no tenemos tratado de extradición. Probablemente Brasil. Puede que no tuviera previsto matar a Maeve Livingstone, pero el resto ha sido meticulosamente planeado. Se había montado su propio sistema. El dinero llegaba a las cuentas de sus clientes. Grahame Coats se cobraba el quince por ciento de lo que iba entrando y, luego, a base de transferencias permanentes que él mismo ordenaba, iba esquilmando las cuentas discretamente. Hay un montón de cheques de banco extranjeros que ni siquiera llegaron a ser ingresados en las cuentas de sus clientes. Lo que resulta increíble es que haya podido mantener ese sistema en pie durante tanto tiempo.

Gordo Charlie masticó una croqueta de arroz rellena de algo dulce.

—Creo que tú sabes dónde está —dijo.

Daisy dejó de masticar la croqueta que tenía en la boca.

—Me ha dado esa impresión cuando has dicho que había huido a Brasil. Parece como si supieras que no esté allí.

—De ser así, formaría parte de la investigación —le respondió—, y me temo que no puedo revelar esa clase de detalles. ¿Qué tal está tu hermano?

—Ni idea. Creo que se ha marchado. Su habitación no estaba en casa cuando yo llegué.

—¿Su habitación?

—Sus cosas. Se había llevado sus cosas y no ha vuelto a dar señales de vida. — Gordo Charlie bebió un sorbo de su té de jazmín—. Espero que esté bien.

—¿Hay algo que te haga pensar que pueda no estarlo?

—Pues... Él padece la misma fobia que yo.

—Lo de los pájaros. Ya. —Daisy asintió, comprensiva—. ¿Y qué tal la novia y la futura suegra?

—Hum... Me parece que ninguno de esos términos sigue... hum... vigente.

—Ah.

—Se han ido las dos.

—¿Ha tenido algo que ver con tu arresto?

—No, que yo sepa.

Ella le miró con cara de duende comprensivo.

—Lo siento.

—Bueno —replicó él—, en este momento estoy sin trabajo, sin pareja, y (gracias, sobre todo, a tu empeño profesional) mis vecinos están convencidos de que la poli me tiene fichado. Algunos hasta se cambian de acera para no cruzarse conmigo. Por otro lado, mi quiosquero quiere que le dé una buena lección al tipo que pegó a su hija.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad. Aunque me parece que no me creyó. Me regaló una bolsa de patatas fritas con sabor a queso y cebolla y un paquete de caramelos de menta, y me dijo que me daría muchos más una vez hubiera cumplido mi parte.

—Pronto se olvidarán del asunto.

Gordo Charlie suspiró.

—Es humillante.

—Pero tampoco es el fin del mundo.

Pagaron a medias y el camarero les trajo la vuelta y dos galletas de la suerte.

—¿Qué dice la tuya? —le preguntó Gordo Charlie.

—«La perseverancia madura y da fruto en abundancia.» —leyó—. ¿Y la tuya?

—Lo mismo —respondió él—. Perseverancia, sublime virtud.

Arrugó el papel hasta transformarlo en una pelotilla del tamaño de un guisante y se lo echó al bolsillo. La acompañó hasta la boca de metro de Leicester Square.

—Parece que hoy es tu día de suerte —comentó Daisy.

—¿Por qué lo dices?

—No hay pájaros en la costa —respondió.

Entonces, Gordo Charlie se dio cuenta de que era verdad. No había palomas ni estorninos. Ni siquiera gorriones.

—Pero Leicester Square siempre está lleno de pájaros.

—Pues hoy no —dijo ella—. Puede que tengan otras cosas que hacer.

Se detuvieron al llegar a la boca de metro, y por un momento Gordo Charlie

pensó ingenuamente que ella le daría un beso de despedida. No lo hizo. Simplemente le sonrió y dijo:

—Con Dios. —Y se despidió haciendo un gesto con la mano que igual podía ser, efectivamente, un modo de despedirse, o igual un simple reflejo involuntario. Luego, bajó por las escaleras y la perdió de vista.

Gordo Charlie cruzó Leicester Square y se dirigió a Piccadilly Circus.

Sacó el papel que se había guardado en el bolsillo y deshizo la pelotilla. «Reúnete conmigo en Eros», decía y, al lado, había un garabato que parecía un asterisco grande y que, según se mirara, podía ser una araña.

Mientras caminaba, iba pasando revista al cielo y a los edificios, pero no había pájaros, y era extraño, porque siempre había pájaros en las calles de Londres. Pájaros por todas partes.

Araña estaba sentado al pie de la estatua leyendo el *News of the World*. Levantó la vista del periódico al ver llegar a Gordo Charlie.

—Éste no es Eros, para tu información —dijo Gordo Charlie—. Es la Caridad Cristiana.

—Y, entonces, ¿por qué está desnuda y tiene un arco y una flecha? No me parece que ésa sea una actitud precisamente caritativa y cristiana.

—Yo sólo te digo lo que he leído —dijo Gordo Charlie—. ¿Dónde te habías metido? Me tenías preocupado.

—Estoy bien. He estado eludiendo a los pájaros, intentando encajar todas las piezas del puzle.

—¿Te has fijado en que hoy no se ve un solo pájaro por ahí? —le dijo Gordo Charlie.

—Sí, ya me he dado cuenta. La verdad es que no sé qué pensar. Pero he estado pensando y, ¿sabes qué me parece? —le dijo Araña—: que hay algo en todo esto que no está bien.

—Pues, así de entrada, yo diría que nada —respondió Gordo Charlie.

—No. Lo que quiero decir es que hay algo malo en esta hostilidad de la Mujer Pájaro hacia nosotros.

—Ya. Es malo. Es muy, muy, muy malo ir por ahí azuzando a los pájaros para que ataquen a la gente. ¿Se lo dices tú o prefieres que lo haga yo?

—No me refiero a eso. Me refiero a que... En fin, piénsalo un poco. A ver cómo te lo explico: al margen de lo que Hitchcock planteara en aquella película, los pájaros no son muy eficaces a la hora de atacar a la gente. Hace millones de años que se dieron cuenta de que es mejor no provocar o acabarán dando con sus huesos en alguna cazuela. Su instinto primario les dice que es mejor dejarnos en paz.

—No a todos —dijo Gordo Charlie—. Piensa en los buitres. O en los cuervos. Pero sólo entran en escena cuando la batalla ha terminado. Y se quedan a esperar que

mueras.

—¿Qué?

—Digo que todos menos los buitres y los cuervos. No era nada...

—No. —Araña se concentró—. No, se me ha escapado. Me has dado una idea, ya casi lo tenía. ¿Has ido ya a ver a la señora Dunwiddy?

—Llamé a la señora Higgler, pero no me cogió el teléfono.

—Pues ve y habla con ellas.

—Para ti es muy fácil decirlo, pero yo estoy sin blanca. A dos velas. Limpio. No puedo pasarme la vida haciendo vuelos transoceánicos. Ni siquiera tengo trabajo. Estoy...

Araña sacó una billetera del bolsillo de su cazadora. Sacó un fajo de billetes en distintas divisas y los puso en la mano de Gordo Charlie.

—Ten. Con esto tendrás suficiente para ir y volver. Tú trae la pluma.

—Oye, ¿no se te ha ocurrido pensar que, a lo mejor, papá no está muerto?

—¿Qué?

—Pues le he estado dando vueltas. Puede que no haya sido más que otra de sus bromas. Él siempre disfrutó con esa clase de bromas.

—No sé. Puede —respondió Araña.

—Estoy seguro —dijo Gordo Charlie—. Eso es lo primero que voy a hacer. Voy a ir a ver su tumba y...

Pero ya no terminó la frase, porque justo en ese momento llegaron los pájaros. Eran pájaros de ciudad: gorriones y estorninos, palomas y cuervos, miles y miles de ellos, y se entrecruzaban formando como un tapiz, como un muro de pájaros que volaban sobre Regent Street directos hacia Araña y Gordo Charlie. Un ejército plumífero tan grande como la fachada de un rascacielos, perfectamente liso, perfectamente imposible, avanzando inexorablemente hacia ellos. Gordo Charlie lo estaba viendo, pero no le cabía en la cabeza. Miró hacia arriba y trató de comprender qué estaba viendo.

Araña le dio un codazo y gritó:

—¡Corre!

Gordo Charlie echó a correr. Araña estaba doblando meticulosamente su periódico y, al terminar, lo dejó en la papelera.

—¡Corre tú también!

—No te quiere a ti. Todavía no —le dijo, y sonrió de oreja a oreja. Aquella sonrisa, en sus tiempos, había convencido a más gente de la que podáis imaginar para que hicieran cosas que no querían hacer; y Gordo Charlie quería seguir corriendo—. Coge la pluma. Y busca a papá, si crees que todavía anda por aquí. Pero vete ya.

Gordo Charlie se fue.

Los pájaros se arremolinaron y el muro se convirtió en un torbellino que iba

directo hacia la estatua de Eros y el hombre que estaba al pie de la estatua. Gordo Charlie corrió a refugiarse a la entrada de un portal y contempló cómo la base del torbellino colisionaba contra Araña. Gordo Charlie imaginó que oía gritar a su hermano entre el ruido ensordecedor de las alas. Puede que lo oyera.

Y entonces, los pájaros se dispersaron y la calle se quedó vacía. El viento arrastró por la acera unas cuantas plumas que habían caído al suelo.

Gordo Charlie se quedó allí de pie y sintió que se mareaba. Si los transeúntes habían visto lo que acababa de pasar, ninguno de ellos se había inmutado. De algún modo, estaba completamente seguro de que nadie más que él lo había visto.

Había una mujer al pie de la estatua, cerca de donde había estado su hermano unos momentos antes. Su andrajosa gabardina marrón ondeaba al viento. Gordo Charlie caminó hacia ella.

—Escucha —le dijo—, cuando te pedí que te deshicieras de él, me refería a que quería que le hicieras salir de mi vida. No que hicieras lo que sea que hayas hecho con él.

Ella le miró a los ojos, pero no dijo nada. Hay un toque de demencia en los ojos de algunas aves de presa, una ferocidad que puede llegar a dar mucho miedo. Gordo Charlie intentó que el miedo no se adueñara de él.

—Cometí un error —le dijo— y estoy dispuesto a pagar por ello. Llévame a mí en su lugar. Haz que vuelva.

Ella seguía mirándole fijamente. Al cabo de unos minutos, dijo:

—No te quepa la menor duda de que también te llegará el turno, Compé hijo de Anansi. Cuando sea el momento.

—¿Por qué te interesa tanto?

—A mí no me interesa —respondió ella—. ¿Por qué habría de interesarme? Tenía un compromiso con alguien. Ahora se lo entregaré y habré cumplido con mi compromiso.

Las hojas del periódico se agitaron y Gordo Charlie se quedó solo.

Capítulo Undécimo

En el que Rosie aprende a decir «no» a los desconocidos y Gordo Charlie se encuentra en posesión de una lima.

Gordo Charlie miró la tumba de su padre.

—¿Estás ahí? —preguntó en voz alta—. Si estás, sal. Necesito hablar contigo.

Se acercó a la placa con el florero y se quedó mirándola. No sabía muy bien qué era lo que estaba esperando —ver salir de entre la tierra una mano, a lo mejor, y luego, la mano tirando para sacar la pierna—, pero no parecía que nada de eso fuera a pasar.

Estaba seguro de que algo pasaría.

Gordo Charlie se dirigió a la puerta del Parque Cementerio del Eterno Descanso. Se sentía como un idiota, igual que un concursante que acaba de apostar su millón de dólares a que el Mississippi es más largo que el Amazonas. Debería haberlo sabido. Su padre estaba más muerto que muerto, y había malgastado el dinero de Araña en una búsqueda completamente inútil. Se sentó junto a los molinillos que adornaban Bebelandia y se echó a llorar, y los muñecos le parecieron aún más tristes y solitarios que de costumbre.

Ella le estaba esperando en el aparcamiento, apoyada en el coche, fumándose un cigarrillo. Parecía incómoda.

—Hola, señora Bustamonte —saludó Gordo Charlie.

Ella dio una última calada, lo tiró al suelo y lo pisó con su zapato plano. Iba vestida de negro. Parecía cansada.

—Hola, Charles.

—De haber esperado encontrarme con alguien aquí, habría sido con la señora Higglar. O con la señora Dunwiddy.

—Callyanne se ha marchado. La señora Dunwiddy me mandó a buscarte. Quiere verte.

«Son como la Mafia —pensó Gordo Charlie—. Una mafia posmenopáusica».

—¿Me va a hacer una oferta que no podré rechazar?

—Lo dudo. No se encuentra demasiado bien.

—Oh.

Gordo Charlie se subió al coche que había alquilado y siguió al Camry de la

señora Bustamonte por las calles de Florida. Venía tan seguro de lo de su padre... Seguro de que lo encontraría vivo; seguro de que le ayudaría a...

Aparcaron frente a la casa de la señora Dunwiddy. Gordo Charlie miró hacia el jardín delantero, allí estaban los desvaídos flamencos de plástico, los gnomos y la bola roja cromada sobre su pie de cemento, igual que una enorme bola de Navidad. Fue hacia la bola —era exactamente igual que la que él había roto de niño— y vio su reflejo distorsionado que le miraba a su vez.

—¿Para qué sirve? —preguntó.

—Para nada. Simplemente le gustó.

En el interior de la casa, el perfume de violetas era denso y empalagoso. La tía abuela de Gordo Charlie, Alanna, llevaba siempre caramelos de violeta en su bolso, pero a él no le gustaban demasiado, ni siquiera cuando aún era un niño rellenito y goloso, y sólo se los comía cuando no había ninguna otra golosina. La casa de la señora Dunwiddy olía como aquellos caramelos. Llevaba veinte años sin acordarse de los caramelos de violeta de la tía Alanna. ¿Seguirían fabricándolos? Es más, ¿a quién se le habría ocurrido fabricar una cosa así...?

—Está al fondo del pasillo —dijo la señora Bustamonte, señalando en esa dirección. Gordo Charlie fue al dormitorio de la señora Dunwiddy.

La cama no era demasiado grande, pero allí acostada, la señora Dunwiddy parecía una muñeca grande. Llevaba puestas sus gafas, y una cosa en la cabeza que resultó ser un gorro de dormir, el primero que Gordo Charlie veía en su vida. Era una cosa bordada, de color amarillento y aspecto un tanto victoriano y cursi. La señora Dunwiddy estaba recostada en una montaña de almohadas, con la boca abierta, y roncaba suavemente cuando entró Gordo Charlie.

Tosió para hacerle notar su presencia.

La señora Dunwiddy giró la cabeza, abrió los ojos y se le quedó mirando. Señaló con el dedo la mesilla de noche, y Gordo Charlie cogió el vaso de agua que estaba encima y se lo acercó. La anciana lo cogió con ambas manos, como si fuera una ardilla cogiendo una nuez, y bebió un largo trago antes de devolvérselo a Gordo Charlie.

—Se me seca mucho la boca —le explicó—. ¿Sabes cuántos años tengo?

—Hum. —No había forma de acertar con aquella respuesta, pensó—. No.

—Ciento cuatro.

—Increíble. No los aparenta usted. Es decir, es fantástico que...

—Cierra el pico, Gordo Charlie.

—Perdón.

—Tampoco me digas «perdón» de esa manera, como un perro que acaba de ser abroncado por ensuciar el suelo de la cocina. Levanta la cabeza. Mira al mundo de igual a igual. ¿Me has oído?

—Sí, perdón. Digo, sólo sí.

La anciana suspiró.

—Quieren llevarme al hospital. Pero yo les digo que el que llega a los ciento cuatro, se ha ganado el derecho a morir en su cama. Hice bebés en esta misma cama, hace muchos años ya, y parí bebés en esta misma cama, y no pienso ir a morir a ningún otro sitio. Y otra cosa... —Dejó de hablar, cerró los ojos, y respiró honda y lentamente. Justo cuando Gordo Charlie pensaba que se había quedado dormida, abrió los ojos y continuó—: Gordo Charlie, si alguna vez te preguntan si quieres vivir ciento cuatro años, di que no. A uno le duele todo. Todo. Incluso tengo dolores en sitios que ni los médicos conocen.

—Lo tendré presente.

—No empieces otra vez.

Gordo Charlie miró a la menuda anciana en su cama de madera toda blanca.

—¿Digo «perdón», o no? —le preguntó.

La señora Dunwiddy desvió la mirada con aire de culpabilidad.

—Te jugué una mala pasada —dijo—. Hace muchos años, te hice una faena.

—Lo sé —respondió Gordo Charlie.

Puede que la señora Dunwiddy se estuviera muriendo, pero le echó aquella mirada que hacía que cualquier niño menor de cinco años saliera corriendo y se pusiera a llamar a gritos a su mamá.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya lo sabes?

—Lo suponía. Seguramente no llegué a imaginarlo exactamente, pero sí de manera bastante aproximada. No soy idiota.

Ella le observó serenamente a través de sus cristales de culo de vaso y dijo:

—No, no lo eres. Ahí te voy a dar la razón.

La anciana alzó su mano sarmentosa.

—Alcánzame otra vez el vaso. Eso es. —Al beber, sacaba un poco la lengua, una lengua morada y pequeña—. Me alegro de que hayas podido venir hoy. Mañana, toda la casa estará llena de nietos y bisnietos, tristes, que intentarán convencerme para que vaya a morir al hospital y me harán toda clase de zalamerías para sacarme alguna cosa. No saben quién soy yo. He enterrado a todos mis hijos. A todos.

—¿No me iba a hablar usted de aquella mala pasada que me jugó? —preguntó Gordo Charlie.

—No deberías haberme roto la bola de cristal que tengo en el jardín.

—Lo sé, sé que no debería haberlo hecho.

Recordaba aquel episodio como se recuerdan las cosas que a uno le sucedieron de niño, mitad recuerdo y mitad recuerdo del recuerdo: había ido a recuperar su pelota de tenis, que había ido a parar al jardín de la anciana pero, al llegar allí, cogió la bola para ver su rostro reflejado en ella, distorsionado y enorme, notó que la bola

resbalaba de sus manos y vio cómo se estrellaba en el caminito de piedra y se hacía añicos. Recordaba los fuertes dedos de la anciana cogiéndole de la oreja y arrastrándole por el jardín hasta la casa...

—Fue usted la que obligó a Araña a marcharse, ¿verdad?

La señora Dunwiddy apretaba las mandíbulas como un bulldog mecánico. Asintió.

—Hice un conjuro para desterrarle —dijo—. No era mi intención que funcionara de aquella manera. En aquellos tiempos, todo el mundo tenía nociones de magia. Puede que no tuviéramos DVD, ni móviles, ni hornos microondas, pero sabíamos otras muchas cosas, aunque no te lo creas. Yo sólo quería darte una lección. Estabas tan seguro de ti mismo, siempre contestando, eras puro vinagre. Así que saqué a Araña de dentro de ti, para darte una lección.

Gordo Charlie había escuchado perfectamente aquello, pero las palabras no tenían el menor sentido para él.

—¿Usted lo sacó de dentro de mí?

—Lo separé de ti. Te separé de tu lado travieso. De tu lado malo. Te quité esa parte diabólica —suspiró—. Cometí un error. Nadie me avisó de que si vas por ahí utilizando la magia contra gente como los que llevan la sangre de tu padre, los efectos se magnifican. Todo se hace más grande. —Bebió otro sorbo de agua—. Tu madre nunca lo creyó. No del todo. Pero ese Araña... él era aún peor que tú. Tu padre nunca había mencionado aquello hasta que hice que Araña se marchara. Incluso entonces, no me dijo más que, si no podía arreglarlo, ya no volverías a ser su hijo.

Quiso discutir con ella, decirle que aquello no tenía sentido, que Araña no formaba parte de él, no más de lo que él, Gordo Charlie, formaba parte del océano o de la oscuridad. Sin embargo, cambió de tema.

—¿Dónde está la pluma?

—¿De qué pluma estás hablando?

—Cuando regresé de aquel lugar, el sitio ese de las rocas y las cuevas, traía una pluma en la mano. ¿Qué hizo usted con ella?

—No me acuerdo —respondió—. Soy una vieja. Tengo ciento cuatro años.

Gordo Charlie insistió.

—¿Dónde está?

—No me acuerdo.

—Por favor, dígamelo.

—No la tengo yo.

—¿Y quién la tiene?

—Callyanne.

—¿La señora Higgler?

La anciana se incorporó, y le dijo en tono confidencial:

—Las otras dos son sólo unas niñas. No se lo toman en serio.

—Llamé a la señora Higgler antes de venir a Florida. Pasé por su casa antes de ir al cementerio. La señora Bustamonte dice que se ha marchado.

La señora Dunwiddy se meció suavemente en la cama, como si quisiera acunarse para dormir.

—No voy a seguir aquí por mucho tiempo. No puedo comer nada sólido desde la última vez que te marchaste. Se acabó. Sólo tomo agua. Algunas dicen que están enamoradas de tu padre, pero yo le conocí mucho antes que cualquiera de ellas. Hace años, cuando yo aún estaba de buen ver, me llevaba a bailar. Venía a buscarme y me volvía loca. En aquel entonces, ya era un hombre mayor, pero sabía cómo hacer que una chica se sintiera muy especial. No sientes... —Se detuvo para beber un poco más de agua. Le temblaban las manos. Gordo Charlie le cogió el vaso vacío de las manos—. Ciento cuatro años —dijo la anciana—, y jamás me he metido en la cama durante el día, excepto para dar a luz. Y mírame ahora.

—Estoy seguro de que llegaré a los ciento cinco —dijo, incómodo, Gordo Charlie.

—¡No digas eso! —replicó. Parecía asustada—. ¡Ni en broma! Tú y tu familia habéis causado ya suficientes problemas. Deja de ir por ahí haciendo que sucedan cosas.

—Yo no soy como mi padre —respondió Gordo Charlie—. No tengo poderes mágicos. Araña heredó toda esa parte, ¿lo recuerda?

No parecía estar escuchándole.

—Cuando salíamos a bailar, muchos años antes de que estallara la segunda guerra mundial, tu padre se acercaba a hablar con el director de la banda, y muchas veces le invitaban a subir al escenario para que cantara con ellos. Todos se reían y le aplaudían. Así era como hacía que sucedieran las cosas. Cantando.

—¿Dónde está la señora Higgler?

—Se ha ido a casa.

—En su casa no hay nadie. Y tampoco está su coche.

—Se ha ido a casa.

—Esto... ¿Quiere usted decir que ha muerto?

La anciana resolló entre las blancas sábanas y cogió aire. Parecía que ya no podía seguir hablando. Le hizo un gesto.

—¿Quiere que vaya a pedir ayuda? —le preguntó Gordo Charlie.

La anciana asintió, y siguió tratando de coger aire. La dejó allí, atragantándose y resollando, y salió a buscar a la señora Bustamonte. Estaba sentada en la cocina, viendo el programa de Oprah en un televisor portátil.

—Necesita que la atienda —le dijo.

La señora Bustamonte fue a ver. Volvió con la jarra de agua, ya vacía.

—Pero ¿qué es lo que le has dicho para que se ponga así?

—¿Ha sufrido un ataque o algo así?

La señora Bustamonte le miró.

—No, Charles. Se estaba riendo de ti. Dice que la pones de buen humor.

—Oh. Me dijo que la señora Higgler se había ido a casa. Yo le pregunté si era una manera de decir que estaba muerta.

La señora Bustamonte sonrió.

—Saint Andrews —le dijo—. Callyanne se ha ido a Saint Andrews.

La señora Bustamonte llenó la jarra en el fregadero.

—Cuando empezó toda esta historia —dijo Gordo Charlie—, pensaba que Araña y yo estábamos enfrentados, y que ustedes cuatro estaban de mi lado. Y ahora se han llevado a Araña y soy yo contra ustedes cuatro.

La señora Bustamonte cerró el grifo y le miró con antipatía.

—Yo ya no me creo nada —afirmó Gordo Charlie—. Seguramente, la señora Dunwiddy se está fingiendo enferma. Me apuesto lo que sea a que, en cuanto yo me marche, se levantará y se pondrá a bailar un charlestón alrededor de su cama.

—Ha dejado de comer. Dice que le sienta mal. Se niega en redondo a comer nada. Sólo bebe agua.

—¿En qué parte de Saint Andrews está la señora Higgler? —le preguntó Gordo Charlie.

—Lárgate de una vez —replicó ella—. Tú y tu familia ya nos habéis hecho suficiente daño.

Pareció que Gordo Charlie iba a decir algo más, pero no lo hizo, se marchó sin decir una sola palabra.

La señora Bustamonte fue a llevarle la jarra de agua a la señora Dunwiddy, que estaba en la cama, tranquila.

—El hijo de Nancy nos odia —dijo la señora Bustamonte—. ¿Qué le has dicho, si puede saberse?

La señora Dunwiddy no respondió. La señora Bustamonte escuchó y, una vez se hubo asegurado de que la anciana todavía respiraba, le quitó sus gafas de culo de vaso y las dejó en la mesilla. Luego, la arropó hasta los hombros.

Hecho esto, se limitó a esperar a que le llegara el fin.

Gordo Charlie cogió el coche, aunque no tenía muy claro adónde iba. Era la tercera vez que cruzaba el Atlántico en las últimas dos semanas, y prácticamente se le había acabado el dinero que Araña le había dado. Estaba solo en el coche, así que se puso a cantar en voz baja.

Estaba pasando por delante de un restaurante jamaicano cuando vio un cartel en un escaparate: Descuentos en viajes a las Islas. Frenó y entró en la tienda.

—En viajes A—One le encontraremos un viaje a la medida de sus necesidades —

le dijo el agente de viajes. Hablaba en ese tono bajo y humilde que los médicos suelen utilizar cuando tienen que decirle a un paciente que su brazo no tiene solución y que hay que amputarlo.

—Eeh... Ya. Gracias. Eeh... ¿Cuál es la oferta más barata que tienen para Saint Andrews?

—¿Se va usted de vacaciones?

—La verdad es que no. Sólo estaré allí un día. Quizá dos.

—¿En qué fecha quiere salir?

—Ésta misma tarde.

—Ya veo, me está gastando una broma.

—En absoluto.

El tipo echó un vistazo a la pantalla del ordenador con aire desolado. Tecleó algo.

—Me parece que no tenemos nada por debajo de mil doscientos dólares.

—Oh. —Gordo Charlie se desinfló.

El tipo hizo una nueva consulta.

—Esto tiene que ser un error —y, continuó—, espere un segundo. —Llamó por teléfono—. ¿Éste precio sigue vigente? —Anotó unos números en una libreta. Levantó la vista para mirar a Gordo Charlie—. Si puede prolongar su estancia, y se aloja en el hotel Dolphin, podría conseguirle una semana de vacaciones por quinientos dólares, en régimen de pensión completa. El vuelo le sale gratis, sólo tiene que pagar las tasas de aeropuerto.

Gordo Charlie parpadeó, incrédulo.

—¿Tiene trampa?

—La oferta forma parte de un plan de promoción del turismo en la isla. Es algo relacionado con el festival de música. No pensé que siguiera vigente. Pero ya sabe usted lo que se suele decir: las cosas valen lo que cuestan. Y si quiere comer fuera del hotel, a lo mejor no le compensa.

Gordo Charlie le entregó los quinientos dólares en billetes arrugados.

Daisy empezaba a sentirse como uno de esos polis que sólo se ven en las películas: fuertes, duros de pelar y siempre dispuestos a desafiar las normas; un poli de esos que siempre quieren saber si crees que es tu día de suerte, o si quieres arreglarle el día; esos que dicen «Estoy viejo para esta mierda». Daisy tenía veintiséis años, y quería decirle a la gente que estaba vieja para esta mierda. Sí, sabía perfectamente que sonaba ridículo, muchas gracias.

En ese momento, Daisy estaba en el despacho del Superintendente Detective Camberwell diciendo:

—Sí, señor. Saint Andrews.

—Hace unos años fui de vacaciones allí, con la antigua señora Camberwell. Un

sitio muy bonito. Tarta al ron.

—Sí, efectivamente, allí mismo. El tipo que aparece en el vídeo de seguridad de Gatwick es él, sin lugar a dudas. Viaja con un pasaporte a nombre de un tal Bronstein. Roger Bronstein cogió un vuelo para Miami, donde cogió otro avión con destino a Saint Andrews.

—¿Está usted completamente segura de que es él?

—Completamente.

—Estupendo —dijo Camberwell—, entonces estamos jodidos y bien jodidos, ¿no? No hay tratado de extradición con Saint Andrews.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Hum. Podemos congelar todas sus otras cuentas e inmovilizar sus activos, y lo haremos, aunque no va a servir de nada, porque tendrá efectivo más que de sobra en cuentas que no conocemos o que no podemos tocar.

—Pero eso es hacer trampa —replicó Daisy.

Camberwell la miró como si no supiera muy bien lo que estaba mirando.

—No estamos jugando al «corre, corre, que te pillo». Si respetaran las reglas, estarían del mismo lado que nosotros. Si regresa, le detendremos.

Aplastó un monigote de plastilina e hizo una bola con él. Luego, la pellizcó con el índice y el pulgar para dejarla plana.

—Antiguamente —dijo— se podía pedir asilo en las iglesias al grito de «¡Santuario!». No se podía tocar a nadie dentro de una iglesia. Ni siquiera si esa persona había cometido un asesinato. Claro que eso limitaba mucho su vida social. Mucho.

La miró como si esperara que se retirase.

—Mató a Maeve Livingstone. Lleva años estafando a sus clientes —dijo Daisy.

—¿Y?

—Deberíamos llevarle ante los tribunales.

—No se encabrone con eso.

Daisy pensó, «estoy ya muy vieja para esta mierda». Mantuvo la boca cerrada, pero aquellas palabras daban vueltas y más vueltas dentro de su cabeza.

—No se encabrone con eso —repitió él. Dobló la lámina de plastilina para hacer un cubo, luego, lo aplastó con saña—. Haga como yo, no dejo que esa clase de cosas me amarguen la vida. Plantéesele usted como si fuera un guardia de tráfico. Grahame Coats no es más que un coche que ha aparcado en doble fila y ha salido zumbando antes de que pudiera usted ponerle la multa, ¿me entiende?

—Perfectamente —respondió Daisy—. Tiene razón. Lo siento.

—Estupendo.

Daisy volvió a su escritorio, entro en la intranet de la Policía y se pasó varias horas estudiando sus opciones. Finalmente, se fue a casa. Carol estaba viendo

Coronation Street mientras se comía un pollo korma recién salido del microondas.

—Me voy a tomar unos días de descanso —dijo Daisy—. Me voy de vacaciones.

—No te quedan días —le recordó sensatamente Carol.

—Mala suerte —respondió Daisy—. Estoy demasiado vieja para esta mierda.

—Oh. ¿Y adónde te vas?

—A echarle el guante a un sinvergüenza —respondió Daisy.

A Gordo Charlie le gustaba volar con Caribbear. Puede que fuera una línea aérea internacional, pero parecía una empresa de transportes local. La azafata le había tratado de tú y le había dicho que se sentara donde le pareciera bien.

Se tumbó, ocupando tres asientos, y se quedó dormido. Soñó que caminaba bajo cielos de color cobrizo y que el mundo entero estaba en silencio, nada se movía. Iba hacia un pájaro gigantesco, del tamaño de una gran ciudad, tenía el pico abierto y los ojos en llamas, y Gordo Charlie entraba por el pico abierto y bajaba por la faringe del monstruo.

De repente, siguiendo la extraña lógica narrativa de los sueños, se encontraba en una habitación cuyas paredes estaban cubiertas de plumas y de ojos —redondos, como los de los búhos— sin párpados.

Araña estaba en el centro de la habitación, con los brazos y las piernas estirados. Estaba encadenado con unas cadenas hechas de huesos —huesos como los del cuello de un pollo— que lo sujetaban firmemente desde las cuatro esquinas de la habitación. Parecía una mosca atrapada en una tela de araña.

—Oh —decía Araña—, eres tú.

—Sí —respondía Gordo Charlie.

Las cadenas de hueso se tensaban y tiraban del cuerpo de Araña, y Gordo Charlie veía el dolor reflejado en su cara.

—Bueno —decía Gordo Charlie—, supongo que podría ser peor.

—No creo que sea para esto para lo que me han traído aquí —decía Araña—. Creo que tiene planes para mí. Para los dos. Sólo que aún no sé cuáles son.

—No son más que pájaros —le decía su hermano—, ¿qué más pueden hacerte?

—¿Alguna vez has oído hablar de Prometeo?

—Pues...

—Le entregó el fuego a un hombre. Los dioses le castigaron encadenándole a una roca. Todos los días, un águila venía a comerse su hígado.

—¿Y no se acababa nunca su hígado?

—Cada día le volvía a salir uno nuevo. Era cosa de los dioses, claro.

Hubo una pausa. Los dos hermanos se quedaron mirándose el uno al otro.

—Yo lo resolveré —decía Gordo Charlie—. Lo arreglaré todo.

—¿Del mismo modo que has arreglado el resto de tu vida? —Araña sonrió, pero

en su sonrisa no había alegría.

—Lo siento.

—No. Yo lo siento. —Araña suspiró—. Cuéntame, ¿tienes un plan?

—¿Un plan?

—Entenderé eso como un no. Tú haz lo que tengas que hacer. Sácame de aquí.

—¿Estás en el Infierno?

—No sé dónde estoy. De ser, será el Infierno de los Pájaros. Tienes que sacarme de aquí.

—¿Cómo?

—Eres hijo de papá, ¿no? Eres mi hermano. Piensa en algo. Pero sácame de aquí.

Gordo Charlie se despertó temblando. La azafata le trajo café y se lo bebió con fruición. Ya estaba completamente despierto y no quería volver a dormirse, así que se puso a leer la revista de Caribbeair y descubrió una serie de datos muy útiles acerca de Saint Andrews.

Se enteró de que Saint Andrews no es la más pequeña de las islas del Caribe, pero sí es frecuente que la gente se olvide de mencionarla cuando enumera los nombres de todas ellas.

Fue descubierta por los españoles en 1500, y es de origen volcánico; tiene una fauna muy variada, por no mencionar la variedad de su flora. Antiguamente se decía que cualquier cosa que uno plantara en Saint Andrews, prosperaría.

Estuvo bajo el dominio de los españoles y, posteriormente, de los ingleses, de los holandeses y, de nuevo, de los ingleses. A continuación, durante un breve periodo, antes de declararse independiente en 1962, perteneció al coronel F. E. Garrett, que dio un golpe de Estado, rompió las relaciones diplomáticas con todos los demás países —excepto el Congo y Albania— y gobernó la isla con mano de hierro durante años hasta que se cayó de la cama y murió. La caída fue tan grave que se fracturó varios huesos; aunque tenía a un pelotón de soldados en su dormitorio velando por su seguridad, éstos declararon que todos habían intentado frenar la caída del coronel, pero ninguno lo consiguió y, a pesar de sus esfuerzos, el coronel llegó muerto al único hospital de la isla. Desde entonces, la isla contaba con un gobierno democráticamente elegido que desempeñaba sus funciones con eficacia y magnanimidad, siempre cercano a sus ciudadanos.

Tenía muchos kilómetros de playas de fina arena y una selva tropical muy pequeña justo en el centro; producía plátanos y caña de azúcar, estaba dotada de un sistema bancario abierto a las inversiones extranjeras y no había firmado tratado de extradición con ningún país extranjero, a excepción, seguramente, del Congo y Albania.

Si había algo por lo que Saint Andrews era conocida en todo el mundo era por su gastronomía: sus habitantes afirman que el pollo asado con especias es una creación

suya, y no de los jamaicanos, como vulgarmente se cree, y también reivindican la originalidad de su cabrito al curry, frente al de Trinidad, y de su pez volador frito, frente al de las Barbados.

Había dos ciudades en Saint Andrews: Williamstown, al sudeste, y Newcastle, al norte. Había mercados callejeros en los que se podían comprar toda clase de productos de la tierra, y varios supermercados en los que se podían comprar esos mismos productos sólo que al doble de precio. Algún día, Saint Andrews tendría un verdadero aeropuerto internacional.

Había diversidad de opiniones en cuanto a si el gran puerto de Williamstown era una buena idea o no. Indiscutiblemente, el puerto atraía a los cruceros, verdaderas islas flotantes llenas de turistas, que estaban cambiando la economía y la naturaleza de Saint Andrews del mismo modo que estaban cambiando la economía de muchas otras islas del Caribe. En temporada alta, había más de media docena de cruceros en la Bahía de Williamstown, y miles de personas esperando para desembarcar, estirar las piernas, ir de compras. Y los habitantes de Saint Andrews se quejaban, pero recibían de buen grado la visita de los turistas, les vendían sus mercancías, les daban de comer hasta que ya no podían más y, luego, los mandaban de vuelta a sus respectivos barcos.

El avión de Caribbeair aterrizó de forma tan brusca que a Gordo Charlie se le cayó la revista de las manos. La volvió a dejar en el revistero del asiento de delante, bajó por la escalera y cruzó la pista.

Era ya media tarde.

Gordo Charlie cogió un taxi para ir a su hotel. En el trayecto, se enteró de algunas cosas más que no mencionaba la revista de Caribbeair. Por ejemplo, se enteró de que la música, la música de verdad, la buena música, era la música country. En Saint Andrews, lo sabían hasta los rastas. ¿Johnny Cash? Un dios. ¿Willie Nelson? Un semidiós.

Se enteró de que no había motivo para marcharse de Saint Andrews. El propio taxista nunca había encontrado una buena razón para salir de Saint Andrews, y era algo sobre lo que había reflexionado mucho. En la isla había una cueva, una montaña y una selva. ¿Hoteles?, veinte. ¿Restaurantes?, varias docenas. Había una gran ciudad, tres más pequeñas y varios pueblos diseminados por toda la isla. ¿Comida?, había una enorme variedad de frutas: naranjas, plátanos, nuez moscada. Incluso, le aseguró el taxista, tenían limas.

Gordo Charlie exclamó «¡noo!» al oír esto último, más que nada para sentir que formaba parte de aquella conversación, pero el taxista pareció interpretarlo como un desafío a su sinceridad. Dio un frenazo, el coche derrapó junto a la acera, salió, cogió una fruta de un árbol y volvió a subir.

—¡Mire esto! —le dijo—. Pregunte por ahí, a ver si encuentra a alguien que me

tache de mentiroso. ¿Qué es esto?

—¿Una lima? —preguntó Gordo Charlie.

—Exactamente.

El taxista dio un bandazo y entró de nuevo en la calzada. Le dijo a Gordo Charlie que el Dolphin era un hotel excelente. ¿Tenía familia en la isla Gordo Charlie? ¿Conocía a alguien allí?

—En realidad —respondió—, he venido a buscar a alguien. A una mujer.

Al taxista le pareció una idea estupenda, porque Saint Andrews era un lugar perfecto si lo que uno andaba buscando era una mujer. Las mujeres de Saint Andrews, le explicó, tenían más curvas que las jamaicanas, y no te hacían sufrir ni te rompían el corazón como las de Trinidad. Además, eran más guapas que las mujeres de la Dominica, y eran las mejores cocineras del mundo. Si lo que Gordo Charlie andaba buscando era una mujer, había ido al sitio más adecuado.

—No busco a una mujer cualquiera —le explicó—. Busco a una en particular.

El taxista le dijo a Gordo Charlie que aquél era su día de suerte, porque él se preciaba de conocer a todos y cada uno de los habitantes de la isla. Cuando has vivido toda la vida en el mismo sitio, le dijo, no es difícil. Estaba deseando apostarse algo a que Gordo Charlie no conocía a todos los habitantes de Inglaterra, y Gordo Charlie admitió que, efectivamente, no los conocía a todos.

—Es una amiga de la familia —dijo Gordo Charlie—. Se llama Higgler. Callyanne Higgler. ¿Le suena?

El taxista se quedó callado un momento. Parecía pensativo. Luego, le dijo que no, que no le sonaba ese nombre. El taxi se detuvo frente al hotel Dolphin y Gordo Charlie pagó al taxista.

Gordo Charlie entró. En el mostrador de recepción había una mujer joven. Le enseñó su pasaporte y le dio el número de su reserva. Dejó la lima sobre el mostrador.

—¿No trae usted equipaje?

—No —respondió Gordo Charlie en tono de disculpa.

—¿Nada?

—Nada. Sólo esta lima.

Rellenó varios impresos y la chica le dio la llave y le indicó cómo llegar a su habitación.

Gordo Charlie estaba en el baño cuando llamaron a la puerta. Se puso una toalla en la cintura. Era el botones.

—Se olvidó su lima en recepción —dijo, y se la dio.

—Gracias —respondió Gordo Charlie.

Volvió a la bañera. Terminado el baño, se metió en la cama y tuvo unos sueños un tanto inquietantes.

En la casa que había en lo alto del acantilado, también Grahame Coats estaba teniendo unos sueños de lo más extraños, oscuros e inquietantes, por no decir realmente desagradables. Al despertar, no los recordaba de manera muy precisa, pero cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, tenía la vaga impresión de haberse pasado la noche persiguiendo a otras criaturas más pequeñas por un paraje con la hierba muy alta, despachándolos con sus garras, desgarrando sus cuerpos con los dientes.

En sus sueños, tenía unos dientes que eran verdaderas armas de destrucción.

Se despertaba preocupado y se pasaba el día con el ánimo levemente alterado.

Y así, cada mañana amanecía un nuevo día, y Grahame Coats, que había abandonado su antigua vida hacía tan sólo una semana, había empezado ya a experimentar la frustración del fugitivo. Tenía una piscina, sí, y cocoteros, y vides, y mirísticas; tenía una bodega bien surtida y una bodega para carne sin carne. Tenía televisión por satélite, una amplia colección de DVD, además de algunas obras de arte —por valor de varios miles de dólares— que adornaban las paredes de la casa. Tenía un cocinero, que venía cada día a prepararle las comidas, un ama de llaves y un jardinero (un matrimonio que venía unas horas cada día para ocuparse de la casa y la finca). La comida era excelente, el clima —si a uno le gustan los días soleados y calurosos— perfecto, y nada de todo esto le hacía tan feliz como él consideraba que debería serlo.

No se había afeitado desde que salió de Inglaterra, pero aún no tenía una barba propiamente dicha, sino más bien esa barba de tres días que suele dar al hombre un aspecto sospechoso. Sus ojos tenían una sombra negra alrededor, como los ojos de un panda, y las ojeras eran tan oscuras que casi parecían cardenales.

Nadaba un rato todos los días, por la mañana, pero, en general, evitaba el sol; no había amasado aquella fortuna para no poder disfrutarla por culpa de un cáncer de piel, se decía. Ni por ningún otro motivo.

Pensaba demasiado en Londres. En Londres, en todos y cada uno de sus restaurantes favoritos, los *maîtres* le llamaban por su nombre y se aseguraban de que todo estuviera a su gusto. En Londres había gente que le debía favores, y nunca tenía dificultades para conseguir invitaciones para cualquier estreno —y allí había estrenos todas las noches—. Siempre había pensado que disfrutaría en grande de su exilio, pero empezaba a sospechar que se había equivocado.

Buscando un cabeza de turco, llegó a la conclusión de que toda la culpa era de Maeve Livingstone. Ella le había provocado. Había intentado robarle. Era una zorra, una descarada, una mesalina. Se merecía todo lo que le había pasado. Y más que debería haber sufrido. Si llegaran a entrevistarle algún día en televisión, habría contado con aire inocente y lastimoso cómo, en realidad, él no había hecho otra cosa que proteger su patrimonio y su honor de una loca muy peligrosa. Francamente, debía

de haber sido un milagro lo que le permitió salir con vida de aquel despacho...

Le había gustado de verdad ser Grahame Coats. En esos momentos, como siempre que estaba en la isla, era Basil Finnegan, y eso le fastidiaba. No se sentía un Basil. Se había ganado su *basilismo* con gran esfuerzo —el verdadero Basil había muerto siendo un bebé, y su fecha de nacimiento no andaba muy lejos de la de Grahame. Hizo falta conseguir un certificado de nacimiento, primero, y una carta de un sacerdote inexistente, después, para que Grahame Coats consiguiera un pasaporte y una identidad nuevos—. Había mantenido viva su nueva identidad; Basil tenía un sólido historial bancario, Basil viajaba a lugares exóticos, Basil se había comprado una lujosa mansión en Saint Andrews sin haberla visto siquiera. Pero, tal como Grahame lo veía, Basil había estado trabajando para él, y ahora el criado se había convertido en el amo. Basil Finnegan se lo había comido vivo.

—Si me quedo aquí —dijo Grahame Coats—, voy a acabar volviéndome loco.

—¿Decía usted? —le preguntó el ama de llaves, plumero en mano, apoyada en el quicio de la puerta.

—Nada —respondió Grahame Coats.

—Me pareció que decía que si se quedaba aquí, se iba a volver loco. Debería salir a dar un paseo. Le hará bien caminar un poco.

Grahame Coats no paseaba; tenía gente que lo hacía por él. Pero, pensó, quizá Basil Finnegan sí paseaba. Se puso un sombrero de ala ancha y cambió sus sandalias por un calzado más cómodo para caminar. Cogió su móvil, le dio instrucciones al jardinero de que fuera a buscarle cuando le llamara y salió de la casa rumbo a la ciudad más cercana.

El mundo es un pañuelo. No hace falta haber vivido mucho tiempo en él para darse cuenta. Hay una teoría según la cual, en todo el mundo, no existen, de verdad, más que quinientas personas (el reparto, por así decirlo; todos los demás, según esta teoría, no son más que meros extras) y, lo que es más, todos se conocen entre sí. Y es verdad, por lo menos hasta cierto punto. En realidad, el mundo se compone de miles y miles de grupos de unas quinientas personas cada uno, y todos ellos se pasan la vida tropezándose los unos con los otros, o tratando de evitarse unos a otros, y, tarde o temprano, se encuentran comprando té en una pequeña y recoleta tienda en Vancouver. Sucede de forma inevitable. No son meras coincidencias. Simple y llanamente, el mundo funciona así, sin hacer distinción entre individuos o propiedades.

Así, Grahame Coats entró en un pequeño café en la carretera que iba a Williamstown para tomar un refresco y sentarse un rato mientras llamaba a su jardinero para que viniera a buscarlo.

Pidió una Fanta y se sentó a una mesa. El lugar estaba prácticamente vacío: dos mujeres, una joven y otra un poco más mayor, estaban sentadas en un rincón del

fondo, tomando café y escribiendo unas postales.

Grahame Coats contempló la playa, al otro lado de la carretera. Era el paraíso, pensó. Quizá debiera involucrarse más en la política del lugar; quizá como mecenas. Ya había hecho varias donaciones muy sustanciosas al cuerpo de policía, cosa que incluso podría llegar a convertirse en algo necesario para asegurarse de que...

A su espalda, una voz emocionada e indecisa se dirigió a él:

—¿Señor Coats?

El corazón le dio un vuelco. Era la mujer joven que estaba sentada detrás de él. Le sonreía afectuosamente.

—Qué casualidad ir a encontrármelo precisamente aquí —le dijo—. ¿También usted está de vacaciones?

—Más o menos. —No tenía la menor idea de quién podía ser aquella mujer.

—¿Se acuerda usted de mí? Rosie Noah. Estuve saliendo con Gordo, con Charlie Nancy, ¿recuerda?

—Hola, Rosie. Sí, por supuesto que la recuerdo.

—Estoy haciendo un crucero, con mi madre. Está escribiendo unas postales.

Grahame Coats echó un vistazo por encima de su hombro hacia el fondo del café y aquella especie de madre sudamericana con un vestido estampado lo miró con expresión ceñuda.

—La verdad —continuó Rosie—, es que esto de los cruceros no va mucho conmigo. Diez días yendo de isla en isla. Es agradable encontrarse con un rostro familiar, ¿no cree?

—*Perfectupuesto* —respondió Grahame Coats—. ¿Debo entender que usted y nuestro querido Charlie ya no son, en fin, uno solo?

—Sí —replicó ella—, supongo que sí.

Grahame Coats sonrió, aparentemente comprensivo. Cogió su Fanta y se fue con Rosie hacia la mesa del rincón. La madre de Rosie irradiaba mala voluntad, igual que un viejo radiador de hierro puede irradiar frío y bajar la temperatura de una habitación, pero Grahame Coats se mostró encantador y muy solícito, y le dio la razón absolutamente en todo. Ciertamente, era espantoso el modo en el que las navieras eludían sus responsabilidades hoy en día; era vergonzoso el modo en el que habían descuidado la organización de los cruceros; era terrible que no hubiera nada que hacer en las islas; y, bajo cualquier punto de vista, era indignante que los pasajeros tuvieran que viajar en semejantes condiciones: diez días sin una bañera, teniendo que apañarse con una triste ducha no precisamente bien equipada. Inconcebible.

La madre de Rosie le habló de las muchas enemistades que había logrado cultivar en los últimos días con ciertos pasajeros americanos cuyo mayor delito, según pudo deducir Grahame Coats, había sido llenar demasiado sus platos en el bufé del *Squeak*

Attack y ponerse a tomar el sol justo en el sitio que la madre de Rosie había decidido, ya en su primer día a bordo, que le pertenecía por derecho propio.

Grahame Coats asintió y masculló con aire de aprobación mientras la mujer iba soltando vitriolo gota a gota; dijo «*mmhá*» y cloqueó mostrándose en todo momento de acuerdo con ella y, de ese modo, logró que la madre de Rosie finalmente se mostrara dispuesta a pasar por alto lo mucho que le desagradaban los extraños — máxime si tenían alguna relación con Gordo Charlie— y se soltara a hablar y a hablar. Grahame Coats apenas la escuchó. Grahame Coats reflexionaba.

No sería muy conveniente, pensaba Grahame Coats, que alguien regresara a Londres en este preciso momento e informara a las autoridades de que se había tropezado con Grahame Coats en Saint Andrews. Era inevitable que, tarde o temprano, alguien lo reconociera; no obstante, lo inevitable podía, quizá, retrasarse aún un poco más.

—Permita —le dijo Grahame Coats— que le sugiera una posible solución, al menos para uno de sus problemas. Poseo una casa no muy lejos de aquí. Es una casa muy bonita, o eso me gusta pensar. Y si hay algo que me sobra son baños. ¿Querrían ustedes ser mis invitadas y darse ese capricho?

—No, gracias —le respondió Rosie. De haber aceptado la invitación, su madre habría dicho que debían estar en el puerto de Williamstown a media tarde, cuando pasaran a recogerlas, y la habría regañado por aceptar una invitación como ésa de alguien a quien apenas conocía. Así que Rosie dijo que no.

—Es usted muy amable —dijo la madre de Rosie—. Nos encantaría.

Poco tiempo después, llegó el jardinero con el Mercedes negro, y Grahame Coats abrió la puerta trasera para que subieran Rosie y su madre. Les aseguró que las llevaría al puerto a tiempo de tomar el último bote para regresar a su barco.

—¿Adónde, señor Finnegan? —preguntó el jardinero.

—A casa.

—¿Señor Finnegan? —preguntó Rosie.

—Es una especie de apodo —le explicó Grahame Coats.

Cerró la puerta y rodeó el coche para subir por el lado del acompañante.

Maeve Livingstone estaba perdida. Todo había empezado muy bien: deseó volver a casa, en Pontefract, y, de repente, se produjo un resplandor, se levantó un tremendo viento y, como en una ráfaga fantasmal, se encontró allí. Deambuló por la casa una última vez y luego salió. Deseó ver a su hermana, que vivía en Rye, y, sin tiempo para reaccionar, se encontró en el jardín de su hermana, viéndola pasear a su perro.

Parecía muy fácil.

Fue entonces cuando decidió que deseaba ver a Grahame Coats, y ahí fue cuando la cosa empezó a ir mal. Por un momento, se encontró de nuevo en las oficinas de la

Agencia Grahame Coats; luego, en una casa vacía en Purley, que reconoció inmediatamente —recordaba haber estado allí con ocasión de una cena que había celebrado Grahame Coats hacía diez años— y, entonces...

Entonces se perdió. Y cada vez que intentaba ir a otro sitio, la cosa se ponía aún peor.

No tenía ni idea de dónde estaba en ese momento. Parecía un jardín o algo así.

Un chaparrón lo dejó todo perdido de agua, pero ella no se mojó. Salía un leve vapor del suelo, así que no podía estar en Inglaterra. Se estaba haciendo de noche.

Se sentó en el suelo y empezó a moquear.

«Venga —se dijo—. Maeve Livingstone, tienes que sobreponerte». Pero seguía teniendo ganas de llorar y moqueó todavía más.

—¿Quieres un kleenex? —le preguntó alguien.

Maeve levantó la vista. Un anciano caballero con un sombrero verde y un bigotillo estrecho le estaba ofreciendo un kleenex.

Maeve asintió.

—Aunque no creo que me sirva de mucho. Seguro que no puedo ni cogerlo.

Él sonrió, con aire comprensivo, y le tendió el kleenex. No se le cayó por entre los dedos, así que se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—Gracias. Lo siento mucho. Todo esto es demasiado.

—Son cosas que pasan —replicó el caballero. La miró de arriba a abajo con admiración—. ¿Qué eres? ¿Un *duppy*?

—No —contestó—. Al menos, eso creo... ¿qué es un *duppy*?

—Un fantasma —le explicó. Con aquel bigotillo, se parecía un poco Cab Calloway, o a Don Ameche, a una de esas estrellas de Hollywood que llegaron a viejos sin dejar de ser nunca estrellas. Quienquiera que fuese aquel anciano, seguía siendo una estrella.

—Oh, entiendo. Sí. Eso es lo que soy. Hum. ¿Y usted?

—Más o menos —respondió—. En cualquier caso, estoy muerto.

—Oh. ¿Le importaría decirme dónde estoy?

—Estamos en Florida —le informó—. En el cementerio. Ha sido una suerte que nos hayamos encontrado —añadió—, iba a dar un paseo. ¿Quiere acompañarme?

—¿No debería usted estar en su tumba? —le preguntó, vacilante.

—Me aburría —le dijo—, pensé que me vendría bien dar un paseo. Y pescar un rato, quizá.

Maeve vaciló un momento, y luego asintió. Era agradable tener a alguien con quien charlar.

—¿Le apetece escuchar un cuento? —le preguntó el anciano.

—Pues la verdad es que no —reconoció.

El caballero la ayudó a ponerse en pie y salieron del Parque Cementerio.

—Aprecio su sinceridad. En ese caso, seré breve. No me alargaré mucho. Puedo contar un cuento de modo que dure varias semanas. El secreto está en los detalles: los que cuentas, los que omites. Quiero decir, por ejemplo, si no describes qué tiempo hace ni cómo van vestidos los personajes, puedes ahorrarte la mitad del cuento. Una vez conté un cuento...

—Escuche —le interrumpió Maeve—, si va a contarme un cuento, hágalo ya, ¿de acuerdo?

Bastante malo era ya tener que caminar por el arcén a esas horas, casi de noche. Se recordó que los coches ya no podían atropellada, pero aquello no la tranquilizó.

El anciano empezó a hablar con voz melodiosa.

—Cuando le hable del Tigre —dijo—, debe usted entender que no me refiero sólo a ese felino con rayas, el tigre de Bengala. Es el nombre que la gente utiliza para referirse a todos los grandes felinos en general: el puma, el lince, los jaguares y demás. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente.

—Bien. Pues... hace mucho tiempo —comenzó—, el Tigre era el dueño de los cuentos. Todos los cuentos de todos los tiempos hablaban del Tigre, todas las canciones hablaban del Tigre, y yo diría que incluso los chistes hablaban del Tigre; aunque no había chistes en los tiempos del Tigre. En los cuentos del Tigre, sólo importaba si tus dientes eran fuertes, cazar y matar. En los cuentos del Tigre no había lugar para cosas como la ternura, las bromas o la paz.

Maeve trató de imaginar qué clase de cuentos podía contar un gran felino.

—Debían de ser muy violentos.

—A veces. Pero, más que nada, eran malos. Los tiempos en los que todos los cuentos y todas las canciones eran del Tigre, fueron malos tiempos para todo el mundo. La gente toma la forma de las canciones y los cuentos que les rodean, especialmente si no tiene una canción propia. Y en los tiempos del Tigre todas las canciones eran siniestras. Comenzaban con lágrimas y terminaban con sangre, y eran las únicas historias que aquellos hombres conocían. Y entonces llegó Anansi. Pero, supongo que ya lo sabrá todo de Anansi...

—Pues, no, no me suena —dijo Maeve.

—En fin, si empezara a describirle ahora lo listo y lo apuesto y lo encantador y lo astuto que era Anansi, no acabaría hasta el jueves de la semana que viene —comenzó el anciano.

—Entonces, será mejor que no lo haga —dijo Maeve—. Lo daremos por supuesto. ¿Y qué hizo Anansi?

—Pues, Anansi ganó los cuentos... ¿Los ganó, sin más? No. Se los ganó a pulso. Se los arrebató al Tigre, y se aseguró de que el Tigre no pudiera volver a pisar el mundo real. No en persona. Los cuentos que la gente contaba se convirtieron en

cuentos de Anansi. Esto debió de ser hace diez o quince mil años. Pues bien, en los cuentos de Anansi había ingenio, bromas y sabiduría. La gente, en cualquier rincón del mundo, no pensaba sólo en cazar y ser cazados. En ese momento empezaron a pensar para encontrar el modo de resolver sus problemas; aunque, a veces, se ponían a pensar y sólo conseguían complicarlos más. Aún necesitaban llenarse la barriga, pero ahora intentaban encontrar el modo de hacerlo sin tener que trabajar: en ese momento fue cuando la gente empezó a usar la cabeza. Algunos creen que las primeras herramientas fueron las armas, pero es justo al revés. En primer lugar, la gente es la que interpreta para qué puede servir determinada herramienta. La muleta fue siempre antes que la cachiporra. Porque entonces la gente contaba cuentos de Anansi, y empezaba a pensar en cómo conseguir un beso, o cómo conseguir algo a cambio de nada siendo más listo o más gracioso que otro. Y entonces fue cuando se empezó a construir el mundo.

—No es más que un cuento de hadas —dijo Maeve—. Fueron los hombres quienes se inventaron los cuentos.

—¿Cree que eso cambia las cosas? —le preguntó el anciano—. Puede que Anansi no sea más que el personaje de un cuento, inventado en algún lugar de África en el amanecer de los tiempos. Puede que un niño, con una mosca posada en la pierna, estuviera sentado un día en la arena, jugando con la tierra, y se inventara un cuento absurdo sobre un muñeco hecho de alquitrán. ¿Qué más da? La gente responde a los cuentos. Se los cuentan a sí mismos. Los cuentos se propagan a través de la gente que los cuenta, los cuentos cambian a quien los cuenta. Porque esos mismos que nunca habían pensado en nada que no fuera huir de los leones, o mantenerse alejados de los ríos para no ser devorados por los cocodrilos, esos mismos, decía, empezaron a soñar con un mundo completamente nuevo. Puede que el mundo fuera el mismo, pero estaba pintado de otro color. ¿Me sigue? El cuento no ha cambiado, es el mismo de siempre, lo que sí ha cambiado es el significado del cuento. Eso es lo que cambia.

—¿Me está usted diciendo que, antes de que los cuentos fueran de Anansi, el mundo era un lugar salvaje y malo?

—Sí. Exactamente.

Maeve se quedó asimilando aquello.

—Bueno —dijo en tono jovial—, entonces, es una suerte que los cuentos sean ahora de Anansi.

El anciano asintió.

—Y el Tigre, ¿no quiere recuperarlos? —le preguntó Maeve.

El viejo asintió.

—Lleva diez mil años queriendo recuperarlos.

—Pero no lo conseguirá, ¿verdad?

El anciano no respondió. Se quedó un momento con la mirada perdida. Luego, se

encogió de hombros.

—Sería terrible que lo consiguiera.

—¿Y qué pasa con Anansi?

—Anansi está muerto —respondió el anciano—. Y un *duppy* ya no puede hacer gran cosa.

—Como *duppy* que soy —dijo Maeve—, me siento ofendida.

—Bueno —replicó el anciano—, los *duppies* no pueden tocar a los vivos, ¿recuerda?

Maeve se quedó pensando.

—Y, entonces, ¿qué es lo que sí puedo tocar? —le preguntó.

La expresión que cruzó momentáneamente su anciano rostro era, a un tiempo, astuta y maliciosa.

—Pues —dijo—, podrías tocarme a mí.

—Para su información —respondió ella en tono mordaz—, soy una mujer casada.

Aquello sólo le hizo sonreír aún más. Su sonrisa era tierna y amable, pero tan reconfortante como peligrosa.

—Como vulgarmente se dice, ese compromiso sólo es válido «hasta que la muerte nos separe».

Maeve no se dejó impresionar.

—La cuestión es —le explicó— que ahora eres una chica inmaterial. Puedes tocar cosas inmateriales. Como yo. Lo que quiero decir es que, si te apetece, podríamos ir a bailar. Conozco un sitio que está en esta misma calle, un poco más abajo. Nadie se fijará en que hay dos *duppies* en la pista de baile.

Maeve se lo pensó. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que fue a bailar.

—¿Es usted un buen bailarín? —le preguntó.

—Nadie se me ha quejado nunca —respondió él.

—Quiero encontrar a un hombre, está vivo y se llama Grahame Coats —le explicó—. ¿Podría usted ayudarme a encontrarlo?

—Puedo, en efecto, orientarte en la dirección correcta —dijo—. Y bien, ¿bailas?

Maeve esbozó una sonrisa.

—¿Me está usted invitando?

Las cadenas que habían mantenido cautivo a Araña se cayeron. El dolor, que había sido abrasador y continuo como un fuerte dolor de muelas en todo el cuerpo, empezaba a remitir.

Araña dio un paso al frente.

Delante de él había una especie de raja en el cielo, y caminó hacia ella.

Veía una isla un poco más adelante. Y, en el centro de la isla, una montaña. Veía

un cielo muy azul, palmeras que se mecían con la brisa y una blanca gaviota en lo alto del cielo. Pero el mundo parecía alejarse. Era como si lo estuviera mirando por un telescopio puesto del revés. Se encogía y se le escapaba de las manos y, cuanto más corría hacia él, más parecía alejarse.

La isla era un reflejo en un charco de agua y, un momento después, ya no estaba ahí.

Araña estaba dentro de una cueva. Los bordes de las cosas eran cortantes y afilados, más cortantes y más afilados que en ningún otro sitio que él hubiera conocido. Aquél lugar era diferente de todos los demás.

Ella estaba de pie, a la entrada de la cueva, entre Araña y el exterior. La conocía. Era la misma que le había mirado cara a cara en aquel restaurante griego, en el sur de Londres, y de cuya boca habían salido todos aquellos pájaros.

—Tengo que decir —le dijo Araña— que tienes una extraña idea de lo que es la hospitalidad. Si tú vinieras a verme a mi casa, te prepararía una buena cena, abriría una botella de vino, pondría música suave y me encargaría de hacerte pasar una velada inolvidable.

La mujer se quedó impasible; su rostro parecía tallado en negro granito. El viento hacía ondear los faldones de su vieja gabardina marrón. Entonces, la mujer habló, su voz sonaba distante y solitaria, como el chillido de una gaviota lejana.

—Te atrapé —dijo—. Ahora, tú le llamarás.

—¿Llamar? ¿Llamar a quién?

—Gemirás —dijo ella—. Llorarás a gritos. Tu miedo le inquietará.

—Araña no gime —respondió. No estaba muy seguro de que eso fuera verdad.

Le miró fijamente a los ojos con sus brillantes ojos negros como esquirolas de obsidiana. Eran como dos agujeros negros, no expresaban nada, no revelaban nada de lo que pudiera estar pasando por su cabeza.

—Si me matas —le dijo Araña—, haré caer sobre ti una maldición.

No estaba muy seguro de tener el poder de lanzar maldiciones. Aunque era probable que sí; y sí no, estaba seguro de poder, al menos, fingir que lo tenía.

—No seré yo quien te mate —le respondió.

La mujer levantó una mano, pero no era una mano, era la garra de una rapaz. Le pasó la garra por la cara y el pecho, clavándola cruelmente en su carne, desgarrando su piel.

No le dolía, pero Araña sabía que el dolor no tardaría en aparecer.

Gotas de sangre tiñeron su pecho de rojo y rodaron por su cara. Le dolían los ojos. Notó que la sangre llegaba a sus labios. Sentía su sabor y su olor ferruginoso.

—Y ahora —dijo con aquella voz de aves distantes—, ahora es cuando empieza tu muerte.

—Los dos somos seres razonables —dijo Araña—. Deja que te plantee una

alternativa que podría resultar más práctica y, a la vez, beneficiosa para ambos.

Mientras hablaba, Araña sonreía con naturalidad, y sus palabras sonaban muy convincentes.

—Hablas demasiado —replicó ella, y negó con la cabeza—. Se acabó la charla.

Se metió las afiladas garras en la boca y se arrancó la lengua de un tirón.

—Ya está —dijo. Y al parecer, se apiadó de Araña, porque acarició su rostro casi con ternura. Luego, le ordenó—: duerme.

Y Araña se durmió.

La madre de Rosie acababa de salir del baño. Reapareció con aire más fresco y descansado, estaba resplandeciente.

—Antes de acercarnos a Williamstown, ¿permiten que les enseñe mi casa? —les preguntó Grahame Coats.

—La verdad es que deberíamos regresar al barco ya, pero, de todos modos, se lo agradezco —respondió Rosie, que no había sido capaz de convencerse a sí misma de que le apetecía darse un baño en casa de Grahame Coats.

Su madre echó un vistazo al reloj.

—Aún disponemos de noventa minutos —dijo—. No tardaremos más de quince en llegar al puerto. No seas descortés, Rosie. Nos encantaría ver su casa.

Así pues, Grahame Coats les enseñó la sala de estar, el estudio, la biblioteca, la sala de televisión, el comedor, la cocina y la piscina. Abrió una puerta que había debajo de la escalera de la cocina —parecía la puerta de un escobero o algo similar— y bajó con sus invitadas por la escalera de madera hasta la bodega, que estaba excavada en la roca. Les mostró sus vinos, la mayor parte de los cuales ya estaban ahí cuando compró la casa. Las condujo hasta el fondo de la bodega y les enseñó una cámara que, en tiempos, cuando no existían las neveras, había sido una fresquera para conservar la carne, pero que estaba en desuso. Siempre hacía frío en aquella cámara; del techo colgaban gruesas cadenas que acababan en un garfio del que se colgaban en aquellos tiempos reses enteras abiertas en canal. Grahame Coats sujetó amablemente la pesada puerta de hierro macizo para que sus invitadas pudieran entrar a echar un vistazo.

—Vaya —dijo, con voz amable—. Ahora caigo en que el interruptor de la luz está a la entrada de la bodega. Disculpenme un segundo.

Y, entonces, cerró la puerta, dejando a las dos mujeres dentro de la cámara, y echó los cerrojos.

Cogió una botella polvorienta de un Chablis Premier Cru de 1995.

Subió la escalera con paso decidido e informó a sus tres empleados de que podían tomarse toda la semana libre.

Cuando subía por la escalera para ir a su estudio, le pareció oír un mudo ruido de

pasos detrás de él, pero al darse la vuelta no vio a nadie. Por extraño que pueda parecer, aquello le tranquilizó. Cogió un sacacorchos, abrió la botella y se sirvió una copa de vino blanco. Lo probó y, aunque nunca había sido muy aficionado al vino tinto, descubrió que, en ese preciso instante, le apetecía un vino más rico en aromas y más oscuro. «Debería tener —pensó— el color de la sangre».

Al terminar su segunda copa de Chablis, se dio cuenta de que había estado culpando de su incómoda situación a la persona equivocada. Maeve Livingstone, ahora lo comprendía, no era más que una pobre idiota. No, el verdadero culpable, obvia e indiscutiblemente, era Gordo Charlie. Si él no se hubiera entrometido, si no hubiera violado la privacidad de sus archivos informáticos, Grahame Coats no estaría allí, exiliado, como un rubio Napoleón en una paradisíaca y soleada Elba. No se vería en el brete de tener que encerrar a aquellas dos mujeres en la fresquera. «Si Gordo Charlie estuviera aquí —pensó—, le arrancaría la garganta con mis propios dientes», y aquel pensamiento, aun excitándole, le impresionó.

Anocheció, y Grahame Coats contempló desde su ventana el *Squeak Attack*, que pasaba frente a su casa rumbo a la puesta de sol. Se preguntó cuánto tiempo tardarían en descubrir que habían perdido a dos de sus pasajeras. Hasta le dijo adiós con la mano.

Capítulo Duodécimo

En el que Gordo Charlie hace varias cosas por primera vez.

En el hotel Dolphin había un conserje. Era un hombre joven, con gafas, y estaba leyendo una novela de bolsillo con una pistola y una rosa en la cubierta.

—Estoy tratando de localizar a una persona —le dijo Gordo Charlie—, aquí, en la isla.

—¿A quién?

—A una señora que se llama Callyanne Higgler. Viene de Florida. Es una vieja amiga de la familia.

El joven cerró su libro con aire pensativo y, a continuación, miró a Gordo Charlie con los párpados entornados. En las novelas de bolsillo, cuando alguien hace ese gesto, es que algo malo está a punto de ocurrir; pero en el mundo real, simplemente parecía que estaba muerto de sueño y luchaba por mantener los ojos abiertos.

—¿Es usted el tipo que vino con una lima? —le preguntó.

—¿Qué?

—¿El de la lima?

—Sí, supongo que sí.

—¿Puedo verla?

—¿La lima?

El conserje asintió, muy serio.

—No, no puedes. Me la he dejado en la habitación.

—Pero usted dijo que era el tipo de la lima.

—¿Puedes ayudarme a encontrar a la señora Higgler? ¿Hay algún Higgler en la isla? ¿Tienes por ahí un listín telefónico? Creí que habría uno en mi habitación.

—Ése apellido es bastante común aquí, ¿sabe? —le dijo el conserje—. El listín no le va a servir de mucho.

—¿Cómo de común?

—Pues —replicó el conserje—, vamos a ver. Yo me llamo Benjamin Higgler. ¿Y ve usted a aquella chica de allí, la de recepción? Se llama Amerila Higgler.

—Oh. Genial. La isla está llena de Higglers. Pues qué bien.

—Y esa señora, ¿ha venido por el festival de música?

—¿Qué?

—Dura toda la semana. —Le dio un folleto a Gordo Charlie en el que se

informaba de que Willie Nelson (cancelado) sería el encargado de abrir el Festival de Música de Saint Andrews.

—¿Por qué ha cancelado su actuación?

—Por lo mismo que Garth Brooks. Básicamente, nadie les avisó.

—No creo que haya venido por el festival de música. Tengo que encontrarla, se trata de algo muy importante. Tiene algo que me hace mucha falta. Dime una cosa, si estuvieras en mi lugar, ¿por dónde empezarías a buscar?

Benjamin Higglers sacó un mapa de la isla de un cajón.

—Estamos aquí, al sur de Williamstown... —comenzó, y señaló el lugar con un rotulador. A partir de ahí, se puso a trazar todo un plan de campaña para Gordo Charlie: dividió la isla en varios segmentos que podían ser fácilmente recorridos en bici en un solo día, y señaló con cruces todos los cafés y los bares. También dibujó circulitos para señalar todos los puntos de interés turístico.

A continuación, le alquiló una bici a Gordo Charlie.

Gordo Charlie cogió su bici y pedaleó en dirección al sur.

En Saint Andrews la información circulaba por canales que a Gordo Charlie — que, en cierto modo, creía que los cocoteros y los teléfonos móviles deberían ser mutuamente excluyentes— le sorprendieron sobremanera. Por lo visto, daba igual con quién hablara: viejos sentados a la sombra jugando a las damas; mujeres con pechos como melones y traseros del tamaño de una mesa camilla cuya risa parecía el canto de un ruiseñor; una circunspecta jovencita en la oficina de turismo; un rasta barbudo con un gorro de punto verde, rojo y amarillo y una especie de faldita corta de punto: todos le respondían lo mismo.

—¿Es usted el de la lima?

—Supongo que sí.

—Enséñenosla.

—La he dejado en el hotel. Escuche, estoy tratando de localizar a Callyanne Higglers. Es una señora de unos sesenta años. Americana. Lleva una enorme taza de café en la mano.

—No me suena.

Gordo Charlie no tardó en descubrir que moverse en bici por la isla entrañaba ciertos peligros. El principal medio de transporte en la isla era el minibús; sin licencia, temerarios, siempre abarrotados, los minibuses circulaban a toda velocidad por la isla, pitando y haciendo chirriar los frenos, tomando las curvas sobre dos ruedas, confiando en que el peso de sus pasajeros evitaría que volcaran. En aquella primera mañana, Gordo Charlie se habría matado ya una docena de veces de no ser por el *drum and bass* que sonaba a modo de hilo musical en todos los minibuses: podía sentir los bajos en la boca del estómago incluso antes de oír el sonido del motor, y eso le daba tiempo más que suficiente para apartarse a un lado.

Aunque ninguna de las personas con las que se paraba a hablar le eran de mucha ayuda, todos se mostraban extraordinariamente amables. Gordo Charlie se detuvo varias veces en el transcurso de su expedición al sur para llenar de agua su botella: unas veces en cafés, otras en casas particulares. Todos le recibían con gran alborozo, aunque no supieran nada de la señora Higglar. Volvió al hotel Dolphin a tiempo para la cena.

Al día siguiente fue hacia el norte. Volviendo ya a Williamstown, a media tarde, hizo una parada en lo alto de un acantilado, se bajó de la bici y caminó hacia la verja de una lujosa mansión con vistas a la bahía. Llamó al portero automático y dijo: «hola», pero nadie le contestó. Había un impresionante coche negro aparcado frente a la entrada de la casa. Gordo Charlie pensó que no debía de haber nadie en la casa, pero vio moverse una cortina en una de las ventanas del piso de arriba.

Volvió a llamar.

—Hola —dijo—. Sólo quería saber si podrían dejarme entrar para coger un poco de agua.

No hubo respuesta. Quizá lo de la ventana había sido cosa de su imaginación. Por lo visto, aquel lugar le volvía propenso a imaginar cosas: empezó a imaginar que alguien le observaba, no desde la casa, sino oculto en los matorrales que flanqueaban el camino.

—Disculpen que les haya molestado —dijo por el altavoz del portero automático, y se volvió a montar en la bici.

El camino hasta Williamstown era todo cuesta abajo. Seguro que por el camino habría uno o dos cafés donde poder llenar su botella, o alguna casa particular donde la gente sería más hospitalaria.

Bajaba por la carretera —el acantilado parecía ahora una empinada colina que iba a parar directamente al mar—, cuando un coche negro se colocó detrás de él y aceleró haciendo rugir el motor. Gordo Charlie se dio cuenta demasiado tarde de que el conductor no le había visto, el coche rozó el manillar de la bici y Gordo Charlie cayó rodando colina abajo con bici y todo. El coche negro no se detuvo.

Hacia la mitad de la cuesta, Gordo Charlie logró levantarse por sus propios medios.

—Casi me matas —gritó.

El manillar se había dado la vuelta. Empujó la bici colina arriba y volvió a la carretera. El retumbar del *drum and bass* le alertó: se acercaba un minibús. Gordo Charlie le hizo señas y el minibús se detuvo.

—¿Puedo subir ahí al fondo con la bici?

—No hay sitio —le contestó el conductor, pero sacó unos pulpos de debajo de su asiento y colocó la bici en la baca del minibús. Luego, sonrió de oreja a oreja—. Tú debes de ser el inglés de la lima.

—No la llevo encima en este momento. La tengo en el hotel.

Gordo Charlie subió al abarrotado minibús. El *drum and bass* acabó resolviéndose, de forma absurda e improbable, en el *Smoke on the Water* de Deep Purple. Gordo Charlie logró hacerse un sitio al lado de una mujerona con un pollo en el regazo. Detrás de ellos, dos chicas blancas iban comentando las fiestas a las que habían asistido la noche anterior y los defectos de los eventuales novios que habían ido acumulando en el transcurso de sus vacaciones.

Gordo Charlie vio pasar el coche negro o, un Mercedes, dirigiéndose hacia lo alto del acantilado. Tenía una raya en uno de los lados. Se sintió culpable y pensó que ojalá no le hubiera estropeado mucho la pintura. Los cristales tintados eran tan oscuros que daba la impresión de que no llevara conductor...

De pronto, una de las chicas le dio un toque en el hombro y le preguntó si sabía de alguna fiesta guay para esa misma noche, y cuando le respondió que no, se puso a hablarle de una fiesta en una cueva a la que había asistido dos noches antes: había piscina, un sistema de sonido increíble, luces y mazo de cosas. A todo esto, Gordo Charlie no reparó en que el Mercedes negro había seguido al minibús hasta Williamstown, ni de que sólo se marchó cuando Gordo Charlie bajó su bici de la baca («la próxima vez, no se olvide de traer la lima») y entró en el vestíbulo del hotel.

Sólo entonces, el coche emprendió el camino de regreso hacia la casa en lo alto del acantilado.

Benjamin, el conserje, le echó un vistazo a la bici y le dijo a Gordo Charlie que no se preocupara, que la tendría arreglada y como nueva a la mañana siguiente.

Gordo Charlie subió a su habitación, decorada en un color que recordaba el fondo del mar. Allí estaba su lima, como un pequeño Buda de color verde, sobre la cómoda.

—No me resultas muy útil —le dijo a la lima.

Estaba siendo injusto con ella. No era más que una lima; no tenía nada de especial. La pobre hacía lo que podía.

Los cuentos son telarañas, conectados entre sí hilo a hilo, y cada uno de los cuentos te lleva al centro mismo de la tela, porque el centro es el final. Cada persona es un hilo del cuento.

Daisy, por ejemplo.

Daisy no habría podido permanecer tanto tiempo en la policía de no haber tenido un lado sensato, que era básicamente lo que la gente percibía en ella. Respetaba las leyes y también las normas. Entendía que muchas de estas normas eran perfectamente arbitrarias —por ejemplo, las que dictaban dónde se podía aparcar y dónde no o los horarios comerciales—, pero que, incluso éstas, contribuían a organizar el esquema general. Las normas aseguraban la convivencia social. La protegían.

Su compañera de piso, Carol, pensaba que Daisy se había vuelto loca.

—No puedes marcharte sin más y decir que te vas de vacaciones. No es así como funcionan las cosas. No eres una poli de esas que se ven en las series de la tele, ¿sabes? No puedes irte de viaje sin más para seguir una pista.

—Vale, en ese caso, no estoy siguiendo ninguna pista —mintió Daisy—. Simplemente, me voy de vacaciones.

Lo dijo en un tono tan convincente que la poli sensata que llevaba dentro se quedó muda de asombro y, a continuación, empezó a decirle exactamente lo que no estaba haciendo bien: para empezar, le recordó que nadie le había dado permiso para tomarse unos días de vacaciones —y eso, le susurró la poli sensata, era negligencia profesional— y siguió enumerando todas y cada una de las faltas que cometería si seguía adelante con sus planes.

Siguió explicándoselas de camino al aeropuerto y mientras sobrevolaba el Atlántico. Le recordó que, incluso si lograba evitar un borrón permanente en su expediente —o aún más, la expulsión definitiva del cuerpo—, incluso en el supuesto de que finalmente encontrara a Grahame Coats, no habría nada que ella pudiera hacer al respecto. La policía británica no veía con buenos ojos que sus agentes se dedicaran a secuestrar criminales en el extranjero, y mucho menos que los arrestaran, y no era razonable pensar que lograría persuadirle para que regresara voluntariamente al Reino Unido.

Sólo cuando Daisy se bajó del avión que había tomado en Jamaica y saboreó el aire —terroso, especiado, húmedo, casi dulce— de Saint Andrews, su poli sensata dejó de intentar convencerla de que aquello era, simple y llanamente, una locura. Y fue porque otra voz ahogó la suya. «¡Hombres malvados, cuidado conmigo! —cantaba—. ¡Mucho cuidado! ¡Andaos con ojo! ¡Hombres malvados, dondequiera que estéis!», y Daisy marchaba a su son. Grahame Coats había matado a una mujer en su despacho de Aldwych y se había ido de rositas. Y lo había hecho prácticamente delante de sus propias narices.

Daisy sacudió la cabeza, recogió su maleta, informó alegremente al agente de inmigración de que había venido de vacaciones, y se dirigió a la parada de taxis.

—Lléveme a un hotel que no sea demasiado caro, ni tampoco cutre, por favor —le dijo al taxista.

—Conozco el sitio perfecto para ti —le dijo—. Sube.

Araña abrió los ojos y descubrió que estaba amarrado a un poste, boca abajo. Tenía los brazos atados a un largo poste clavado en el suelo que había justo delante de él. No podía mover las piernas ni girar la cabeza lo suficiente como para ver lo que tenía detrás, pero estaba casi seguro de que se las habían inmovilizado del mismo modo. Al moverse, al intentar levantar la cabeza del suelo y mirar hacia atrás, empezaron a escocerle las heridas.

Abrió la boca y una baba sanguinolenta empapó la tierra.

Oyó un ruido y giró la cabeza todo lo que pudo. Una mujer blanca le miraba con curiosidad.

—¿Estás bien? Qué pregunta más tonta. Estás hecho un poema. Supongo que tú también serás un *duppy*, ¿me equivoco?

Araña reflexionó un momento. Él creía que no. Negó con la cabeza.

—Si lo eres, no tienes de qué avergonzarte. Por lo visto, yo también soy una *duppy*. Jamás había oído esa palabra, pero me encontré por el camino con un anciano caballero, un tipo encantador, que me explicó lo que significaba. Déjame ver si puedo echarte una mano.

Se puso en cuclillas y trató de aflojarle las cuerdas.

La mano de la mujer le atravesó. Podía sentir el roce de sus dedos, como hilos de niebla, sobre la piel.

—Me temo que no puedo tocarte —le dijo—. Pero eso quiere decir que aún no estás muerto, así que, ánimo.

Araña esperaba que aquel extraño fantasma de mujer se marchara pronto. No podía pensar con claridad.

—Cuando me di cuenta de que estaba muerta, decidí quedarme en la Tierra hasta que consiguiera vengarme del hombre que me mató. Se lo expliqué a Morris (estaba en una pantalla de televisión en Selfridges) y me dijo que le parecía que yo no terminaba de entender que ya no pertenecía a este mundo, pero te diré una cosa: si esperan que me limite a poner la otra mejilla, lo llevan claro. Existen muchos precedentes. Y estoy segura de que, si tengo ocasión, podría montar un numerito en plan Banquo apareciéndose a Macbeth durante el banquete. ¿Puedes hablar?

Araña negó con la cabeza, y la sangre que brotaba de su frente se le metió en los ojos. Escocía. Araña se preguntó cuánto tiempo podría tardar en crecerle otra lengua. Prometeo había logrado desarrollar un hígado nuevo cada día, y Araña imaginaba que un hígado debía de ser mucho más difícil de regenerar que una lengua. El hígado es capaz de generar sustancias químicas —bilirrubina, urea, enzimas y todo eso—. Sintetiza el alcohol, y eso debía de ser un proceso muy complejo. La lengua sólo sirve para hablar, y para lamer, claro...

—No puedo quedarme a charlar contigo —le dijo la rubia aparición—, tengo un largo camino por delante, creo.

El fantasma se alejó y se fue desvaneciendo a medida que avanzaba. Araña levantó la cabeza y observó cómo se deslizaba hacia otra realidad, igual que se borra una foto expuesta a la luz del sol. Trató de llamarla, pero de su boca no salían más que sonidos prácticamente inaudibles e inconexos. Era inútil, no tenía lengua.

Oyó un pájaro a lo lejos.

Araña comprobó sus ataduras. No cedían.

Se encontró pensando en aquella historia que Rosie le había contado sobre un cuervo que había salvado a un hombre de morir devorado por un puma. La cabeza le picaba todavía más que los arañazos que tenía en la cara y en el pecho. «Concéntrate». Aquél tipo estaba tumbado en la hierba, leyendo o tomando el sol. El cuervo graznó desde la rama de un árbol. El puma acechaba, oculto en la maleza...

Y entonces la historia se transformó sola y dio con la clave. Nada había cambiado. Simplemente, el resultado dependía de cómo se combinaran los ingredientes.

¿Y si —pensó Araña—, la intención del cuervo no había sido alertar al hombre de la presencia de un puma? ¿Y si, por el contrario, estaba tratando de avisar al puma de que había un hombre tumbado en la hierba; muerto, moribundo o dormido? Puede que el cuervo le estuviera avisando de que, a escasos metros, tenía una presa fácil para poder darse un banquete con los restos...

Araña abrió la boca para gemir, y la sangre se derramó una vez más sobre el arcilloso polvo.

La realidad se diluía. El tiempo pasaba.

Araña, deslenguado y furioso, levantó la cabeza y la giró para mirar a los fantasmagóricos pájaros que volaban a su alrededor, chillando.

Se preguntó dónde estaría. Aquél no era el universo cobrizo de la Mujer Pájaro, ni su cueva, pero tampoco era el mundo que él consideraba real; no obstante, estaba más cerca del mundo real que de cualquier otra cosa, tan cerca que casi podía saborearlo —si su boca pudiera percibir otro gusto que no fuera el ferruginoso sabor de la sangre—; tan cerca que, de no haber estado atado a un poste, habría podido tocarlo con sus propias manos.

Si no fuera porque estaba absolutamente seguro de su propia cordura —y la fuerza de esta convicción era sólo comparable a la de quienes llegan a la conclusión de que son el mismísimo Julio César y su misión es salvar el mundo—, podría haber llegado a creer que se estaba volviendo completamente loco. Primero veía a una mujer rubia que decía ser una *duppy* y, ahora, oía voces. Bueno, concretamente, oía una voz. La de Rosie.

Estaba diciendo:

—No sé. Pensé que estábamos de vacaciones, pero ver a esos niños que carecen hasta de las cosas más básicas, le rompe a una el corazón —y, a continuación, mientras Araña trataba de comprender la importancia de aquello, Rosie prosiguió—: Me pregunto cuánto tiempo más piensa quedarse en la bañera. Menos mal que aquí hay agua caliente más que de sobra.

Araña se preguntaba si las palabras de Rosie serían relevantes, si estaría en ellas la clave para salir de ese trance. Parecía poco probable. De todas formas, aguzó aún más el oído, por si el viento le traía más palabras de aquel otro mundo. Aparte del

fragor de las olas que oía a su espalda, muy por debajo de donde él estaba, no se oía nada, sólo silencio. Pero un silencio muy particular. Existen, tal como imaginó Gordo Charlie en aquella mina abandonada, muchas clases de silencio. Las tumbas tienen su propio silencio, y el espacio exterior, el suyo, y la cima de una montaña, el suyo propio. Aquél era un silencio de caza. Un silencio acechante. Y en medio de ese silencio, algo se movía con pasos de terciopelo, con músculos como muelles de acero cubiertos de suave pelo; algo del mismo color que las sombras sobre la hierba; algo que no permitiría que oyeras nada más que lo que quería que oyeras. Era un silencio que se movía de un lado a otro por delante de él, lenta e implacablemente, y que estaba cada vez más cerca.

Eso era lo que Araña oía al escuchar el silencio, y el vello de la nuca se le erizó. Escupió la sangre que tenía en la boca y esperó.

En la casa del acantilado, Grahame Coats paseaba arriba y abajo. Iba de su dormitorio al estudio, bajaba por la escalera hasta la cocina y luego subía a la biblioteca y, de ahí, otra vez a su dormitorio. Estaba furioso consigo mismo: ¿de verdad había sido tan estúpido como para creer que la visita de Rosie no había sido más que una coincidencia?

Se había dado cuenta cuando sonó el timbre y vio aparecer en la pantalla del videoportero el anodino rostro de Gordo Charlie. No cabía duda: era una conspiración.

Había reaccionado igual que un tigre y había cogido el coche, convencido de que le sería fácil atropellarle y darse a la fuga: si se encontraban a un ciclista atropellado en mitad de la carretera, todos pensarían que había sido culpa de algún minibús. Por desgracia, no había contado con que Gordo Charlie circularía tan pegado al precipicio; Grahame Coats no quiso acercarse más al coche al borde de la carretera, y ahora lo lamentaba. No, Gordo Charlie había enviado a aquellas dos mujeres que ahora estaban encerradas en su fresquera; eran espías. Se habían infiltrado en la casa de Grahame Coats. Tenía suerte de haberle dado la vuelta a la tortilla. Ya sabía él que algo no cuadraba.

Al pensar en las mujeres, se dio cuenta de que aún no les había llevado nada de comer. Debería llevarles algo. Y un cubo. Después de veinticuatro horas de encierro, probablemente necesitarían un cubo. Nadie podría decir de él que era un animal.

Había comprado una pistola en Williamstown la semana anterior. Era fácil comprar armas de fuego en Saint Andrews, era justo esa clase de isla. Pero casi nadie se molestaba en comprarlas, también era esa clase de isla. Sacó la pistola del cajón de su mesilla de noche y bajó a la cocina. Cogió un cubo de plástico de debajo del fregadero, echó dentro unos tomates, un ñame crudo, un trozo de queso cheddar ya empezado y un cartón de zumo de naranja. Luego, orgulloso de sí mismo por haber

pensado en ese detalle, fue a buscar un rollo de papel higiénico.

Bajó a la bodega. No se oía ningún ruido en la fresquera.

—Tengo una pistola —dijo—, y no me importaría tener que disparar. Ahora, voy a abrir la puerta. Vayan hacia la pared del fondo, por favor, dense la vuelta y pongan las manos contra la pared. He traído algo de comida. Si cooperan ustedes, las dejaré marchar sin hacerles daño. Si cooperan, nadie saldrá herido. Y eso significa. —Grahame Coats estaba encantado de tener ocasión de soltar aquella andanada de clichés que hasta ese momento le habían estado vedados— que no quiero tonterías.

Encendió las luces de la cámara y recorrió los cerrojos. Las paredes eran de ladrillo y piedra. Del techo colgaban oxidadas cadenas.

Las dos estaban de cara a la pared del fondo. Rosie estaba mirando a la pared. Su madre le miraba por encima del hombro como una rata atrapada en un cepo, furiosa y llena de odio.

Grahame Coats dejó el cubo en el suelo sin dejar de apuntarles con la pistola.

—Aquí les dejo el papeo —dijo— y, más vale tarde que nunca, un cubo. Ya veo que han estado utilizando ese rincón. Les dejo también un rollo de papel higiénico. Para que no digan que nunca hice nada por ustedes.

—Va a matarnos —dijo Rosie—, ¿verdad?

—No le provoques, imbécil —le espetó su madre. A continuación, forzando una especie de sonrisa, le dijo—. Es muy amable por su parte haber venido a traernos algo de comer.

—No voy a matarlas, qué disparate —dijo Grahame Coats. Pero, al oír las palabras que salían de su boca, admitió mentalmente que sí, por supuesto que iba a tener que matarlas. ¿Qué otra opción tenía?—. No me dijeron que había sido Gordo Charlie quien las había enviado aquí.

—Estábamos haciendo un crucero —replicó Rosie—. Ésta noche deberíamos estar en las Barbados comiendo pescado frito. Gordo Charlie está en Inglaterra. Ni siquiera creo que sepa dónde estamos. No le dije nada.

—Da igual lo que digas —repuso Grahame Coats—, soy yo quien tiene la pistola.

Dicho esto, cerró la puerta y echó los cerrojos. Aún pudo oír lo que decía la madre de Rosie:

—El animal. ¿Por qué no le has preguntado por ese animal?

—Porque no son más que imaginaciones tuyas, mamá. Te lo he dicho mil veces. Aquí no hay ningún animal. Y, de todas formas, está como un cencerro. Probablemente te daría la razón. Estoy segura de que él también ve tigres invisibles por todas partes.

Molesto por aquel último comentario de Rosie, apagó las luces de la cámara. Cogió una botella de vino tinto, subió la escalera y cerró de golpe la puerta de la bodega.

A oscuras en aquel sótano, Rosie partió el trozo de queso en cuatro y empezó a comerse uno de ellos tan despacio como podía.

—¿Qué era eso que decía de Gordo Charlie? —le preguntó su madre, una vez el queso se hubo fundido en su boca—. Otra vez tu maldito Gordo Charlie. No quiero ni oír hablar de él. Él es el culpable de que estemos aquí encerradas.

—No, estamos aquí porque ese Coats está de atar. Es un pirado con una pistola. Gordo Charlie no tiene la culpa. —Se había prohibido pensar en Gordo Charlie porque, inevitablemente, siempre que pensaba en él, acababa pensando en Araña...

—Otra vez —dijo su madre—. El animal está aquí otra vez. Lo he oído. Puedo olerlo.

—Sí, mamá —dijo Rosie. Se sentó en el suelo de hormigón y se puso a pensar en Araña. Le echaba de menos. Cuando Grahame Coats entrara en razón y las dejara marchar, intentaría localizar a Araña. Decidido. Estaba dispuesta a averiguar si podían empezar de nuevo. Sabía perfectamente que no era más que una ingenua fantasía, pero era una bonita fantasía, y muy reconfortante.

Se preguntaba si Grahame Coats las mataría al día siguiente.

Separado de ella por algo tan menudo como la llama de una vela, Araña seguía atado a aquel poste.

Estaba bien entrada la tarde, y, a su espalda, el sol empezaba a caer.

Araña estaba empujando algo sirviéndose de la nariz y de los labios: no había sido más que una pizca de tierra seca hasta que escupió sobre ella y la sangre la humedeció. Ahora era una bola de barro, una tosca canica de rojizo barro. Había logrado darle una forma más o menos esférica, y ahora le estaba dando unos toques, metiendo la nariz por debajo de ella y levantando la cabeza. No sucedió nada, como tampoco había sucedido nada las últimas... ¿cuántas veces iban ya? ¿Veinte? ¿Cien? Había perdido la cuenta. Se limitaba a seguir intentándolo. Apretó más la nariz contra el suelo, metió la nariz bajo la bola un poco más allá, levantó la cabeza y la echó hacia delante...

Nada. No iba a pasar nada.

Tenía que intentarlo una vez más.

Cerró los labios en torno a la bola. Cogió aire por la nariz, tanto como pudo. A continuación, soltó el aire por la boca. La bola salió disparada de su boca como el corcho de una botella de champán y fue a aterrizar unos cincuenta centímetros más allá.

Entonces, retorció su mano derecha. Tenía la muñeca atada, y la cuerda tiraba de ella hacia el poste. Dio un tirón y la estiró todo lo que pudo. Estiró los dedos intentando alcanzar la bola, pero no llegaba.

Estaba tan cerca...

Araña cogió aire, de nuevo, pero le entró un poco de arena y se puso a toser. Volvió a intentarlo, girando la cabeza a un lado para no tragar tierra. Luego, miró al frente y sopló con toda la fuerza de sus pulmones en la dirección de la bola.

La bola de barro avanzó apenas un poco más de dos centímetros, pero con eso le bastaba. Se estiró y alcanzó la bola. Empezó a pellizcar la bola con el índice y el pulgar, luego, le dio la vuelta y repitió la operación. Hasta ocho veces.

Repitió el mismo proceso una vez más, pero esta vez pellizcando la bola con más fuerza. Se le cayó un trocito, pero los demás seguían intactos. Ahora tenía en la mano algo parecido a una bolita con siete pinchos, como un sol modelado por un niño.

Lo contempló con orgullo: dadas sus circunstancias, se sentía tan orgulloso de aquello como un niño que vuelve a su casa con un cenicero moldeado con sus propias manos.

La palabra, ésa era la parte más difícil. Fabricar una araña, o algo bastante parecido, a base de arcilla, saliva y sangre, había sido fácil. Los dioses, incluso un travieso dios menor como Araña, sabían cómo hacerlo. Pero la fase final de la Creación prometía ser realmente difícil. Hace falta una palabra para insuflarle vida a la materia. Hay que nombrarla.

Abrió la boca.

—Hrrrrrrrrrrr —dijo, con su boca sin lengua.

No pasó nada.

Volvió a intentarlo.

—¡Hrrrrrrr!

La bola de barro seguía igual de muerta.

Dejó caer la cara en el suelo. Estaba agotado. Cada movimiento hacía que le tiraran las cicatrices que tenía en la cara y en el pecho. Supuraban y le escocían y —todavía peor— le picaban. «¡Piensa! —se dijo—. Tenía que haber un modo de hacerlo... de hablar sin lengua...».

Sus labios estaban cubiertos de arcilla. Se los chupó y los humedeció como fue capaz, no era fácil hacerlo cuando uno no tenía lengua.

Respiró hondo y soltó el aire por la boca, modulándolo como pudo, y pronunció una palabra con tal convicción que ni el universo se atrevería a discutirsele: describió aquella cosa que tenía en la mano, y pronunció su propio nombre, que era el conjuro más eficaz que conocía: «*hharranna*».

Y en su mano, en el lugar que antes había ocupado la bola, apareció una araña bien gorda, marrón rojiza igual que la arcilla, con sólo siete patas.

«Ayúdame —pensó Araña—. Ve a buscar ayuda».

La araña le miró, sus ojillos brillaban a la luz del sol. Luego saltó de su mano y se fue cojeando hacia la hierba, con paso vacilante.

Araña se quedó mirándola hasta que se perdió de vista. Luego, bajó la cabeza y

cerró los ojos.

En ese momento, el viento cambió, y le llegó el inconfundible olor de un felino macho. Estaba marcando su territorio...

Arriba, en el cielo, Araña oía graznidos de triunfo.

A Gordo Charlie le sonaban las tripas. Si no anduviera tan escaso de dinero, habría salido a cenar esa noche, sólo para salir un poco del hotel. Pero se estaba quedando a dos malditas velas, y la cena estaba incluida en el precio de la habitación, así que, tan pronto dieron las siete, bajó al restaurante.

La *maître* —era una mujer— le recibió con una espléndida sonrisa y le pidió que esperara aún unos minutos a que abrieran el restaurante. Había que darle un poco más de tiempo a los chicos de la orquesta para que terminaran de colocarlo todo. A continuación, se quedó mirándole. A Gordo Charlie empezaba a resultarle familiar esa mirada.

—¿Usted...? —comenzó a preguntarle.

—Sí —respondió con aire resignado—, aquí la tengo. —Y sacó su lima del bolsillo para enseñársela.

—Muy bonita —le dijo—, es una lima muy bonita. Lo que iba a decir es: ¿cenará a la carta o prefiere el bufé?

—Bufé —respondió Gordo Charlie. Era un bufé libre. Se quedó esperando en el pasillo, a la entrada del restaurante, con su lima.

—Espere un momento, por favor —le dijo la *maître*.

Una mujer menuda llegó por el pasillo. Le sonrió a la *maître* y dijo:

—¿Está abierto ya el restaurante? Me muero de hambre.

El bajo hizo un último *drumdung-dum* y el teclado electrónico hizo *plank*. La orquesta dejó sus instrumentos y le hicieron una seña a la *maître*.

—Ya está abierto —dijo—. Pasen.

La mujer se quedó mirando a Gordo Charlie con sorpresa y cautela.

—Hola, Gordo Charlie —le dijo—. ¿Para qué es esa lima?

—Es largo de contar.

—Bueno —dijo Daisy—, tenemos toda la cena por delante. ¿Por qué no me lo cuentas?

Rosie se preguntaba si la locura podía contagiarse. En la ciega oscuridad del sótano de aquella casa en el acantilado, acababa de notar el roce de algo que pasaba por su lado. Algo suave y flexible. Algo enorme. Algo que gruñía, en voz baja, mientras caminaba alrededor de ellas.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó.

—Pues claro que lo he oído, estúpida —replicó su madre—. ¿Queda algo de zumo?

Rosie buscó a tientas el cartón de zumo y se lo pasó a su madre. La oyó beber. A continuación, su madre le dijo:

—No es el animal el que nos va a matar. Él lo hará.

—Grahame Coats. Sí.

—Es un hombre peligroso. Hay algo o alguien que maneja sus hilos, como si fuera un muñeco, pero sería un muñeco perverso, y es un hombre perverso.

Rosie alargó la mano y cogió la huesuda mano de su madre. No dijo nada. No había gran cosa que decir.

—¿Sabes? —le dijo su madre, al cabo de un rato—. Estoy muy orgullosa de ti. Has sido una buena hija.

—Oh —exclamó Rosie. La idea de no ser una decepción para su madre le resultaba completamente nueva, y no estaba muy segura de qué sentía al respecto.

—Quizá debieras haberte casado con Gordo Charlie —dijo su madre—. Si lo hubieras hecho, no estaríamos aquí ahora.

—No —respondió Rosie—, no hubiera sido una buena idea casarme con Gordo Charlie. No estoy enamorada de él. Ya ves, no andabas del todo equivocada.

Oyeron un portazo en el piso de arriba.

—Ha salido —dijo Rosie—. Rápido. Aprovechemos mientras él está fuera. Vamos a excavar un túnel.

Rosie se echó a reír con una risa nerviosa y, a continuación, se echó a llorar.

Gordo Charlie estaba intentando entender qué hacía Daisy en la isla. Daisy, por su parte, intentaba averiguar con igual empeño qué estaba haciendo Gordo Charlie en la isla. Ninguno de los dos estaba teniendo mucho éxito. En el escenario, al fondo del pequeño restaurante del hotel, una cantante con un vestido rojo, largo y ceñido, que tenía demasiado talento para amenizar la Velada Musical de los jueves del Dolphin, cantaba *I've Got You Under My Skin*.

—Así que estás buscando a la mujer que vivía en la casa de al lado cuando eras niño, porque ella puede ayudarte a encontrar a tu hermano —dijo Daisy.

—Alguien me dio una pluma. Si la señora Higgler aún la conserva, puede que logre canjearla por mi hermano. Merece la pena intentarlo.

Daisy parpadeó lentamente, con aire pensativo, nada convencida de la explicación de Gordo Charlie, mientras picoteaba su ensalada.

—Bueno, y tú has venido porque crees que Grahame Coats buscó refugio aquí después de matar a Maeve Livingstone. Pero no estás aquí en misión oficial. Has venido por tu cuenta para comprobar si tu corazonada es cierta. Y si, efectivamente,

está aquí y lo encuentras, no podrás hacer absolutamente nada al respecto.

Daisy se limpió con la punta de la lengua unas semillas de tomate que se le habían quedado en la comisura de los labios. Parecía estar incómoda.

—No he venido en misión oficial —dijo—. Soy una simple turista.

—Pero has dejado tu trabajo sin más y has venido hasta aquí para buscarlo. ¿Te das cuenta de que podrías acabar en la cárcel por esto?

—En ese caso —respondió, sarcástica—, es una suerte que no tengamos tratado de extradición con Saint Andrews, ¿no?

Gordo Charlie exclamó por lo bajo:

—¡Oh, Dios!

El motivo de que Gordo Charlie exclamara «¡Oh, Dios!» fue que la cantante había abandonado el escenario y se había puesto a pasear por entre las mesas con un micrófono inalámbrico. En ese preciso instante, les estaba preguntando a una pareja de turistas alemanes de dónde eran.

—¿Y por qué habría de elegir precisamente esta isla? —le preguntó Gordo Charlie.

—Secreto bancario. Suelo muy barato. No hay tratados de extradición. O a lo mejor siente pasión por los cítricos.

—Me he pasado dos años aterrorizado por ese hombre —dijo Gordo Charlie—. Voy a servirme un poco más de esa cosa de pescado y plátano verde. ¿Vienes?

—Estoy bien así —respondió Daisy—. Quiero dejar sitio para el postre.

Gordo Charlie se dirigió al bufé dando un rodeo, para no llamar la atención de la cantante. Era muy guapa, y la luz se reflejaba en las lentejuelas de su vestido rojo, de suerte que brillaba de forma diferente según se moviera.

Era demasiado buena para aquella orquesta. Estaba deseando que volviera a subir al escenario y siguiera cantando clásicos del blues —le había gustado mucho como había interpretado *Night and Day* y su conmovedora interpretación de *Spoonful of Sugar*—, en lugar de andar por ahí haciendo preguntas entre el público. O, por lo menos, que se fuera a preguntar a los comensales del otro lado.

Se llenó el plato hasta arriba con las cosas que más le habían gustado. Recorrer la isla a golpe de pedal le abría a uno el apetito.

Cuando regresó a la mesa, se encontró con que Grahame Coats —que se había dejado crecer una especie de barba— estaba sentado al lado de Daisy, y sonreía como una comadreja con cara de velocidad.

—Gordo Charlie —dijo Grahame Coats al verle, y soltó una risita desagradable—. Es increíble, ¿no? Vengo buscándote a ti, para un pequeño *tête-a-tête*, y, mira por dónde, me encuentro además con esta atractiva policía. Siéntate ahí e intenta no hacer una escena, por favor.

Gordo Charlie, paralizado, parecía un muñeco de cera.

—Siéntate —repitió Grahame Coats—, el cañón de mi pistola apunta directamente al estómago de la señorita Daisy.

Daisy miró a Gordo Charlie con expresión suplicante y asintió. Tenía las manos extendidas sobre el mantel.

Gordo Charlie se sentó.

—Pon las manos donde yo pueda verlas, extendidas encima de la mesa, como tu amiga.

Gordo Charlie obedeció.

Grahame Coats, con expresión desdeñosa, dijo:

—Siempre supe que eras un secreta, Nancy. Un agitador, ¿eh? Te infiltras en mi empresa, me tiendes una trampa, me robas hasta la camisa.

—Yo nunca... —dijo Gordo Charlie, pero al ver la mirada de Grahame Coats, cerró la boca.

—Os creáis tan listos —dijo Grahame Coats—, que todos pensasteis que me tragaría cualquier cosa. Por eso enviaste a las otras dos de avanzadilla, ¿verdad? ¿Las dos que tengo en casa? ¿De verdad pensabas que me iba a creer lo del crucero? Hay que madrugar mucho para marcarme un tanto, ¿te enteras? ¿A quién más se lo has dicho? ¿Quién más lo sabe?

—No sé muy bien de qué estás hablando, Grahame —dijo Daisy.

La cantante estaba llegando al final de *Some of These Days*: tenía una voz aterciopelada y rica en matices, y les envolvía como un manto de terciopelo.

*Some of these days.
You're going to miss me honey.
Some of these days.
You're gonna be so lonely.
You'll miss my huggin'.
You'll miss my kissin'...*

—Ahora, vas a pagar la cuenta —dijo Grahame—, y yo os escoltaré a ti y a la dama hasta mi coche. Iremos a mi casa para hablar tranquilamente. Una tontería, y os mato. *Capiche?* (sic).

Gordo Charlie *capichió*. También *capichió* quién iba al volante del Mercedes negro y lo cerca que había estado de morir esa misma tarde. Estaba empezando a *capichar* que Grahame Coats estaba peligrosamente perturbado y que había muy pocas probabilidades de que, tanto Daisy como él, salieran de esto con vida.

La cantante terminó su canción. La gente de las otras mesas aplaudió. Gordo Charlie seguía teniendo las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo. Se quedó mirando a la cantante por encima del hombro de Grahame Coats y, con el ojo

que Grahame Coats no podía ver, le hizo un guiño. La mujer estaba cansada de que la gente rehusara su mirada, así que agradeció sinceramente el guiño de Gordo Charlie.

—Grahame, obviamente, yo he venido aquí por ti, pero Charlie sólo... —Se interrumpió y puso esa cara que pone la gente cuando alguien le clava el cañón de una pistola en el estómago.

—Escuchadme bien. Por el bien de todos estos testigos inocentes aquí reunidos, fingiremos que somos buenos amigos. Voy a guardarme la pistola en el bolsillo, pero seguiré apuntándoos. Vamos a levantarnos. Vamos a meternos en mi coche. Y yo...

Se interrumpió en mitad de la frase. Una mujer con un vestido rojo y ceñido y un micrófono en la mano venía directamente hacia su mesa, en sus labios había una amplia sonrisa. Se dirigía a Gordo Charlie.

—¿Cuál es su nombre, caballero? —le preguntó, y le puso el micrófono delante.

—Charlie Nancy —respondió él. Hablaba con voz entrecortada y temerosa.

—¿Y de dónde es usted, Charlie?

—Soy inglés. Y también estos amigos. Los tres somos ingleses.

—¿Y a qué se dedica usted, Charlie?

Todo se ralentizó. Era como tirarse de cabeza desde lo alto de un acantilado. Era su única posibilidad de escapar. Respiró hondo y lo dijo.

—Estoy reorientando mi carrera —dijo—, pero en realidad, soy cantante. Canto. Igual que usted.

—¿Como yo? ¿Qué tipo de música suele cantar?

Gordo Charlie tragó saliva.

—¿Qué le gustaría escuchar?

La cantante se volvió hacia los compañeros de mesa de Gordo Charlie.

—¿Creen que podríamos convencerle para que nos cantara algo? —preguntó, moviendo el micrófono.

—Pues... No lo creo. No. Imposible —respondió Grahame Coats.

Daisy se encogió de hombros, sin apartar las manos de la mesa.

La mujer del vestido rojo se volvió hacia el público presente en la sala.

—Y ustedes, ¿qué opinan? —les preguntó.

La gente de las otras mesas respondió con un conato de aplauso, y los camareros trataron de animar la cosa aplaudiendo con entusiasmo. El barman gritó:

—¡Cántese algo!

La cantante se inclinó sobre Gordo Charlie, tapó el micro, y le dijo:

—Será mejor que cantes alguna pieza que los músicos conozcan.

—¿Saben la de *Under the Boardwalk*? —le preguntó Gordo Charlie.

Ella asintió, anunció la pieza y le pasó el micrófono.

La orquesta empezó a tocar. La cantante acompañó a Gordo Charlie hasta el pequeño escenario. El corazón estaba a punto de salirse del pecho.

Gordo Charlie empezó a cantar, y el público le escuchó.

Sólo pretendía ganar un poco de tiempo, pero se sentía muy cómodo. Nadie le tiraba cosas. De repente, sintió que tenía sitio suficiente en la cabeza para pensar. Era consciente de todas y cada una de las personas que había en aquella sala: tanto de los turistas como de los camareros, y de los que estaban en el bar. Desde allí podía verlo todo: veía al barman preparando un cóctel, y a la anciana del fondo sirviéndose café en una enorme taza de plástico. Seguía estando aterrado, y furioso, pero cogió su terror y su furia y los volcó en la canción que estaba interpretando, e hizo que todo se convirtiera en una canción que hablaba de tranquilidad y de amor. Mientras cantaba, se puso a pensar.

«¿Qué haría Araña si estuviera en mi lugar? ¿Qué haría mi padre?».

Siguió cantando. Siguió contándoles lo que pensaba hacer bajo el embarcadero; básicamente, hacer el amor.

La mujer del vestido rojo sonreía y chasqueaba los dedos mientras bailaba al ritmo de la música. Se inclinó sobre el micrófono del teclado y se puso a hacerle los coros.

«Estoy cantando frente a un montón de desconocidos —pensó Gordo Charlie—. ¡Joder!».

No le quitó ojo a Grahame Coats.

En el último estribillo, empezó a dar palmas con las manos sobre la cabeza y, al momento, todo el público le siguió: comensales, camareros y cocineros; todos, menos Grahame Coats —que tenía las manos ocultas bajo el mantel— y Daisy, que las tenía encima de la mesa. Daisy le miraba como si pensara que, no sólo se había vuelto completamente loco, sino que, además, había escogido un momento muy poco oportuno para descubrir al Drifter que llevaba dentro.

El público aplaudió, Gordo Charlie sonrió y siguió cantando y, mientras cantaba, tuvo la certeza de que todo iba a salir bien. No les iba a pasar nada malo; ni a él, ni a Araña, ni a Daisy, ni a Rosie tampoco, dondequiera que estuviera, todos saldrían de ésa sanos y salvos. Sabía exactamente lo que iba a hacer: era algo estúpido e inverosímil, digno de un idiota, pero funcionaría. Y según se perdían en el aire las últimas notas, dijo:

—Me acompaña una chica que está sentada en aquella mesa. Se llama Daisy Day. Es inglesa, como yo. Daisy, ¿podrías saludar a estos amigos?

Daisy le lanzó una mirada de pánico, pero levantó una mano y saludó.

—Hay algo que me gustaría decirle a Daisy. Ella no sabe lo que voy a decir.

«Si esto no funciona —le susurró al oído una voz interior—, es mujer muerta. ¿Eres consciente de ello?».

—Pero esperemos que diga «sí». Daisy, ¿quieres casarte conmigo?

La sala se quedó en silencio. Gordo Charlie miraba fijamente a Daisy, pensando

que ojalá lo entendiera, que ojalá le siguiera el juego.

Daisy asintió.

La gente aplaudió. Esto sí que era un número de cabaret. La cantante, la *maître* y varias de las camareras se dirigieron a la mesa para felicitar a Daisy, la obligaron a ponerse en pie y la empujaron hasta llevarla al centro de la sala. La empujaron hacia Gordo Charlie y, mientras la orquesta tocaba *I Just Called To Say I Love You*, él la rodeó con sus brazos.

—¿Le vas a dar el anillo? —le preguntó la cantante.

Gordo Charlie se llevó la mano al bolsillo.

—Toma —le dijo a Daisy—. Esto es para ti.

La abrazó y la besó en los labios. «Si alguien va a recibir un disparo —pensó—, será ahora». Al terminar el beso, la gente se acercó a estrecharle la mano y a abrazarle —un tipo que, según dijo, había venido al festival, insistió en darle su tarjeta— y Daisy, con una expresión muy extraña en la cara, sostenía en su mano la lima que él le acababa de dar. Cuando Gordo Charlie se volvió para echar un vistazo a la mesa en la que habían estado cenando, vio que Grahame Coats se había ido.

Capítulo Decimotercero

Que resulta ser funesto para algunos.

Los pájaros estaban alterados. Graznaban, chillaban y trinaban como locos entre las ramas de los árboles. «Ya llega», pensó Araña, y soltó una maldición. Estaba vendido y acabado. Ya no le quedaba nada. Nada, excepto fatiga; nada, excepto agotamiento.

Se imaginó allí, tendido en el suelo, mientras lo devoraban. En general, decidió, era un modo espantoso de dejar este mundo. Ni siquiera estaba seguro de ser capaz de regenerar su hígado, de lo que sí estaba completamente seguro era de que, en cualquier caso, fuera lo que fuese lo que le estaba acechando, no se iba a conformar con comerse sólo su hígado.

Se puso a tirar del poste. Contó hasta tres y, luego, echando el resto, tiró hacia sí con ambos brazos para tensar la cuerda y arrancar el poste; luego, volvió a contar hasta tres y repitió la misma operación.

Aquello era como intentar empujar una montaña para llevarla al otro lado de la carretera. Uno, dos, tres... tira. Y otra vez. Y otra más.

Se preguntó si aquella bestia tardaría mucho más.

Uno dos tres... tira. Uno dos tres... tira.

Alguien, en alguna parte, estaba cantando, oía su voz. Y la canción hizo sonreír a Araña. Se encontró deseando volver a tener lengua para sacársela al Tigre cuando por fin apareciera. Aquélla idea le dio nuevas fuerzas.

Uno dos tres... tira.

Y el poste cedió y se movió un poco.

Otro tirón más y lo arrancaría, saldría del suelo con la misma facilidad que una espada clavada en una piedra.

Tiró de las cuerdas y cogió el poste con las manos. Debía de medir casi un metro. Uno de los extremos había sido afilado para poder clavarlo en el suelo. Le quitó las cuerdas, tenía las manos entumecidas. Las ataduras quedaron colgando inútilmente de sus muñecas. Sopesó el poste con la mano derecha. Serviría. Y entonces, supo que alguien le estaba vigilando, que llevaba ya un tiempo vigilándole, como un gato que vigila una ratonera.

Se le acercó en silencio, o casi en silencio, insinuando apenas sus movimientos, igual que se desplazan las sombras en el transcurso del día. El único movimiento que logró captar Araña fue el de su cola, que se movía impaciente. De no haber sido por eso, bien podría haber sido una estatua, o un montículo de arena que por un extraño efecto de la luz pareciera una bestia salvaje, pues su pelaje tenía el mismo color de la

arena, y sus estáticos ojos, el mismo verde del mar en febrero. Su rostro de pantera era grande y cruel. En las islas, la gente llama Tigre a cualquier felino grande, y éste era la síntesis de todos los grandes felinos de todos los tiempos —más grande, más cruel, más peligroso.

Araña seguía estando atado por los tobillos, y apenas podía caminar. Sentía pinchazos en las manos y en los pies. Saltaba alternativamente sobre sus pies, pero fingió que lo estaba haciendo adrede —como si estuviera bailando una especie de danza de intimidación— y no porque le dolieran al apoyarlos en el suelo.

Quería agacharse a desatarse los tobillos, pero no se atrevía a perder de vista a la fiera.

El poste era pesado y grueso, pero era demasiado corto para usarlo como lanza, y demasiado grande y difícil de manejar para usarlo de otro modo. Araña lo tenía cogido por el extremo más fino, el que había estado clavado en el suelo, y miró a lo lejos, hacia el mar, evitando a propósito mirar hacia donde estaba la fiera, vigilándole sólo con su visión periférica.

¿Qué era lo que ella le había dicho? «Gemirás. Llorarás a gritos. Tu miedo le excitará».

Araña se puso a llorar a gritos. Luego, gimió, como un cabritillo herido, perdido y desamparado.

Un fogonazo de color arena se estaba acercando, apenas tuvo tiempo de percibir fugazmente —casi como un borrón— sus dientes y sus zarpas. Araña asestó un golpe al aire, como si el poste fuera un bate de béisbol, y notó que había acertado a darle en el hocico.

El Tigre se detuvo, y le miró fijamente como si no pudiera creer lo que veían sus ojos; luego, soltó un gañido y se fue por donde había venido, en dirección a los matorrales, como si tuviera una cita más importante de la que estuviera deseando poder escaquearse. Miró a Araña con resentimiento por encima de su hombro, la fiera estaba sufriendo, y le miró como si quisiera darle a entender que volvería.

Araña lo vio marcharse.

Luego, se sentó y se desató los tobillos.

Caminó cuesta abajo, renqueando levemente, por el borde del precipicio. Poco después, se encontró con un riachuelo que cruzaba el sendero y caía por el precipicio en una cascada que brillaba como un diamante. Araña se arrodilló, cogió un poco de agua con las manos y bebió, estaba fresca.

A continuación, se puso a coger piedras. Piedras del tamaño de un puño. Y las fue apilando como un arsenal de bolas de nieve.

—Apenas has comido nada —dijo Rosie.

—Eres tú la que tiene que comer. Tienes que mantenerte fuerte —le respondió su

madre—. Yo he comido un poco de queso. Con eso me basta.

Hacía frío en aquella cámara, y estaba oscura. Tampoco era esa clase de oscuridad a la que los ojos acaban por acostumbrarse. No había nada de luz. Rosie había recorrido el perímetro de la habitación, tanteando las paredes —la piedra se alternaba con la pintura y con desgastados ladrillos—, buscando cualquier cosa que pudiera resultarles útil, pero no encontró nada.

—Antes comías bien —dijo Rosie—. Me refiero a cuando papá estaba vivo.

—Tu padre —le replicó— también comía bien. ¿Y que sacó con ello? Un ataque al corazón que lo llevó a la tumba con cuarenta y un años. ¿Qué clase de mundo es éste?

—Pero él disfrutaba comiendo.

—Él disfrutaba con todo —dijo, con amargura—. Con la comida, con la gente, con su hija. Adoraba cocinar. Me adoraba a mí. ¿Y qué consiguió? Una muerte prematura. Uno no debe ir por la vida repartiendo su amor a diestro y siniestro. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Sí —contestó Rosie—, supongo que sí.

Caminó en la oscuridad, guiándose por el sonido de la voz de su madre, con la mano delante de la cara para no darse con las cadenas que colgaban del techo. Palpó el huesudo hombro de su madre y la rodeó con un brazo.

—No tengo miedo —dijo Rosie.

—Entonces es que estás loca —replicó su madre.

Rosie soltó a su madre y retrocedió en la oscuridad. De repente, se oyó un crujido. Del techo cayó un trozo de escayola y una lluvia de polvo.

—¿Rosie? ¿Qué estás haciendo? —preguntó la madre de Rosie.

—Me estoy columpiando de la cadena.

—Ten cuidado. Si se cae esa cadena, te estamparás contra el suelo y te abrirás la cabeza sin tiempo para decir ni pío —su hija no le respondió. La señora Noah dijo—: Ya te lo he dicho, estás loca.

—No —dijo Rosie—, no estoy loca. Es sólo que ya no tengo miedo.

Arriba, en la casa, se oyó un portazo.

—Ha llegado Barbazul —dijo la madre de Rosie.

—Lo sé. Ya lo he oído —replicó Rosie—. Sigo sin tener miedo.

La gente no paraba de darle palmaditas en la espalda a Gordo Charlie, todos le invitaban a exóticos cócteles con sombrillas de papel; además, tenía ya cinco tarjetas de otros tantos profesionales vinculados al mundillo musical que habían venido a la isla para asistir al festival.

La gente le sonreía desde cada rincón de la sala. Tenía un brazo alrededor de Daisy: percibía el temblor de su cuerpo. Ella le habló al oído:

—Estás como una cabra, ¿lo sabías?

—Ha funcionado, ¿no?

Daisy le miró.

—Eres una caja de sorpresas.

—Vámonos —replicó él—. Aún no hemos acabado aquí.

Se abrió camino hasta donde estaba la *maître*.

—Disculpe... Antes he visto a una señora desde el escenario. Entró y se sirvió café de una cafetera que hay ahí atrás, junto a la barra. ¿Sabe usted dónde puede estar?

La *maître* parpadeó y se encogió de hombros.

—No sabría decirle...

—Sí, sí que lo sabe —replicó Gordo Charlie. Se sentía seguro e inteligente. Sabía que no tardaría en volver a sentirse como siempre, pero había cantado para un montón de gente y se lo había pasado bien. Lo había hecho en un intento de salvar la vida de Daisy, y la suya propia, y lo había conseguido—. Hablaremos más tranquilos ahí afuera.

Había sido la canción. Mientras cantaba, había empezado a verlo todo perfectamente claro. Y seguía viéndolo aún igual de claro. Se dirigió al pasillo, y Daisy y la *maître* le siguieron.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó a la *maître*.

—Clarissa.

—Hola, Clarissa. ¿Cuál es tu apellido?

—Charlie, ¿no crees que deberíamos llamar a la policía? —le dijo Daisy.

—Espera un segundo. Clarissa, ¿qué más?

—Higgler.

—¿Y qué parentesco tienes con Benjamin, el conserje?

—Es mi hermano.

—¿Y qué parentesco tenéis con la señora Higgler? ¿Con Callyanne Higgler?

—Son sobrinos míos, Gordo Charlie —respondió la señora Higgler, desde la puerta—. Y ahora, será mejor que le hagas caso a tu novia y llames a la policía. ¿No te parece?

Araña se sentó junto al arroyo en el borde del barranco, de espaldas a la montaña y con un montón de piedras delante de él. De repente, un hombre salió trotando de entre la hierba. No llevaba más que un taparrabos de piel de color arena a la cintura, y por detrás le colgaba un rabo; llevaba un collar hecho de colmillos blancos y afilados. Su cabello era negro y largo. Caminó hacia Araña con aire indiferente, como si hubiera salido de buena mañana a dar un paseo y la presencia de Araña fuera una agradable sorpresa.

Araña cogió una piedra del tamaño de un pomelo y la sopesó en la palma de una mano.

—Hola, hijo de Anansi —le saludó el extraño—. Pasaba por aquí y te vi, así que he decidido acercarme a ver si puedo ayudarte en algo. —Tenía la nariz torcida y amoratada.

Araña negó con la cabeza. Echaba de menos su lengua.

—Al verte aquí, me he puesto a pensar «pobre hijo de Anansi, debe de tener mucha hambre». —El extraño sonreía demasiado—. Toma. Hay suficiente para los dos. —Llevaba un saco al hombro, lo abrió y, con la mano derecha, sacó un cordero con el rabo negro que parecía recién cazado. Lo tenía sujeto por el cuello. Llevaba la cabeza colgando—. Tu padre y yo comimos juntos en más de una ocasión. ¿Hay algún motivo por el que tú y yo no podamos hacer lo mismo? Si te encargas de encender el fuego, yo limpiaré el cordero y haré un espetón para asarlo. ¿No se te hace la boca agua sólo de pensarlo?

Araña estaba mareado de tanta hambre como tenía. Si hubiera tenido lengua, a lo mejor le habría contestado que sí, seguro de poder arreglárselas para salir de cualquier posible aprieto por medio de la palabra; pero no tenía lengua. Con la mano izquierda, cogió otra piedra.

—Démonos un banquete y seamos amigos; así evitaremos futuros malentendidos —dijo el extraño.

«Y el buitre y el cuervo rebañarán mis huesos», pensó Araña.

El extranjero dio un paso más hacia donde estaba Araña, que decidió que aquél era su momento para tirar la primera piedra. Tenía buena puntería y un brazo muy fuerte, y la piedra fue a dar exactamente donde él quería dar, en el brazo derecho del extraño: soltó el cordero. La segunda piedra acertó a dar en la sien del extraño. —Araña había apuntado justo entre sus separados ojos, pero se había movido justo cuando la lanzaba.

El extraño salió corriendo y brincando, con la cola bien tiesa a su espalda. Al correr, parecía a veces un hombre y a veces un animal.

Una vez se hubo marchado, Araña se acercó hasta el lugar donde había estado para coger el cordero. El cordero se movió y, por un instante, Araña creyó que seguía vivo, pero luego vio que estaba lleno de gusanos. Apestaba, y el hedor del cadáver ayudó a Araña a olvidar el hambre que tenía, por un ratito.

Lo llevó, manteniéndolo a cierta distancia, hasta el borde del precipicio, y lo tiró al mar. Luego, se lavó las manos en el arroyo.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquel lugar. El tiempo se estiraba y se encogía. El sol empezaba a caer por el horizonte.

«Después de la puesta de sol, y antes de que salga la luna —pensó Araña—. En ese momento, volverá la fiera».

El implacablemente alegre representante del cuerpo de policía de Saint Andrews estaba sentado en el despacho del gerente del hotel con Daisy y Gordo Charlie, y escuchaba atentamente lo que cada uno de ellos tenía que decir con una plácida pero indiferente sonrisa en su amplia cara. De vez en cuando, se llevaba un dedo al bigote y se rascaba.

Le contaron al agente que un fugitivo de la justicia llamado Grahame Coats se les había acercado mientras cenaban y había amenazado a Daisy con una pistola. Pistola que, tuvieron que admitir, en realidad no había visto nadie más que Daisy. A continuación, Gordo Charlie le relató el incidente que había tenido con un Mercedes negro esa misma tarde, y le dijo que no, que no había podido ver quién iba al volante. Pero sabía de dónde había salido el coche. Y le habló al agente de la casa que había en lo alto del acantilado.

El policía se acarició su bigote entrecano con aire pensativo.

—Sí, efectivamente, hay una casa en el lugar que usted describe. Sin embargo, no pertenece a ese tal señor Coats del que ustedes hablan. Ni mucho menos. La casa que usted describe pertenece a Basil Finnegan, un hombre extraordinariamente respetable. Desde hace muchos años, el señor Finnegan viene demostrando un gran interés en colaborar con las fuerzas de la ley y el orden en esta isla. Ha donado dinero a las escuelas, y lo que es más importante, ha contribuido muy generosamente a financiar la construcción de una nueva comisaría.

—Me puso una pistola en el estómago —dijo Daisy—, y me dijo que si me negaba a acompañarle, me dispararía.

—Si el señor Finnegan hizo una cosa así, mi querida señorita —replicó el agente de policía—, estoy seguro de que habrá una explicación muy sencilla. —Abrió su maletín y sacó un grueso legajo—. Les diré qué es lo que vamos a hacer. Tómense un tiempo para reflexionar sobre este asunto. Consúltenlo con la almohada. Si mañana por la mañana están ustedes plenamente convencidos de que fue algo más que un incidente provocado por unas copas de más, no tienen más que rellenar este formulario y entregarlo, por triplicado, en la comisaría de policía. Pregunten por la comisaría nueva, está justo detrás de la plaza Mayor. Todo el mundo sabe dónde está.

Les estrechó la mano y se marchó.

—Deberías haberle dicho que tú también eres policía —dijo Gordo Charlie—. A lo mejor así te habría tomado más en serio.

—No creo que hubiera sido una buena idea —replicó ella—. Cuando alguien te llama «mi querida señorita», es que ya ha decidido que no merece la pena ni escucharte.

Se dirigieron a la recepción del hotel.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Gordo Charlie.

—¿Se refiere a la tía Callyane? —dijo Benjamín Higgler—. Les está esperando en la sala de conferencias.

—Ya está —dijo Rosie—. Sabía que podría hacerlo a fuerza de columpiarme.

—Te va a matar.

—Nos va a matar de todos modos.

—No saldrá bien.

—Mamá, ¿se te ocurre a ti algo mejor?

—Te va a ver.

—Mamá, ¿quieres dejar de ser tan pesimista, por favor? Si tienes alguna sugerencia que pueda sernos útil, no dejes de decírmelo. De lo contrario, hazme el favor de callarte. ¿Vale?

Silencio.

—Podría enseñarle el culo.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Esto... ¿En lugar dé?

—Además dé.

Silencio. Luego, Rosie dijo:

—Bueno, peor no se van a poner las cosas.

—¿Qué tal, señora Higgler? —dijo Gordo Charlie—. Quiero recuperar la pluma.

—¿Qué te hace pensar que yo tengo tu pluma? —le preguntó, con los brazos cruzados sobre su inmenso pecho.

—Me lo dijo la señora Dunwiddy.

Por primera vez, la señora Higgler pareció sorprenderse al oír aquellas palabras.

—¿Louella te dijo que yo tenía la pluma?

—Me dijo que usted tenía la pluma.

—La tengo en un lugar seguro. —La señora Higgler señaló a Daisy con su taza de café—. No esperarás que me ponga a hablar delante de ella. No la conozco.

—Ella es Daisy. Puede hablar delante de ella con la misma confianza con la que habla conmigo.

—Es tu novia —dijo la señora Higgler—. Ya me he enterado.

Gordo Charlie notó que sus mejillas se encendían.

—No es mi... en realidad, no somos... Tenía que decir algo para alejarla del tipo que la estaba amenazando a punta de pistola. Fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

La señora Higgler le miró. Tras los gruesos cristales de sus gafas, sus ojos

empezaron a brillar.

—Conozco esa historia —dijo—. Ocurrió mientras cantabas. Frente a un público. —Sacudió la cabeza con esa expresión que adoptan los viejos cuando se ponen a pensar en la inconsciencia de los jóvenes. Abrió su bolso, sacó un sobre y se lo dio a Gordo Charlie—. Le prometí a Louella que la pondría a buen recaudo.

Gordo Charlie sacó la pluma del sobre, estaba un poco chafada, tal como había aparecido en su mano la noche de la sesión de espiritismo.

—Vale —dijo—. Ya tengo la pluma. Genial. Y ahora, ¿qué se supone que debo hacer con ella?

—¿No lo sabes?

De pequeño, su madre le había dicho a Gordo Charlie que contara hasta diez antes de perder la calma. Empezó a contar, mentalmente y sin prisas, hasta llegar a diez, y entonces perdió la calma.

—¡Pues claro que no sé qué hacer con ella, maldita vieja estúpida! En las últimas dos semanas he sido arrestado, he perdido a mi novia y también mi trabajo, he visto cómo un muro de pájaros devoraba a mi hermano semi imaginario en Piccadilly Circus, he cruzado el Atlántico una y otra vez como una pelota de pimpón, y hoy he tenido que subirme a un escenario y cantar frente a un público porque el psicópata de mi ex jefe tenía el cañón de su pistola pegado al estómago de la chica con la que yo estaba cenando. Lo único que pretendo es resolver este caos en el que se ha convertido mi vida desde el momento en que usted me sugirió que tal vez estaría bien que hablara con mi hermano. De modo que no, no sé qué es lo que debo hacer ahora con esta puta pluma. ¿La quemo? ¿La pico bien picadita y me la como? ¿Me hago un nido con ella? ¿La sostengo frente a mí con una mano y me tiro por la ventana?

La señora Higglar parecía dolida.

—Tendrás que preguntárselo a Louella Dunwiddy.

—No estoy seguro de poder hacerlo. No tenía muy buen aspecto la última vez que la vi. Y no disponemos de mucho tiempo.

—Genial —dijo Daisy—. Ya has recuperado tu pluma. Y ahora, ¿podemos hablar ya de Grahame Coats?

—No es sólo una pluma. Es la pluma a cambio de la cual entregué a mi hermano.

—Pues canjéalo otra vez, y sigamos con el otro asunto. Tenemos que hacer algo.

—No es tan sencillo como eso —le dijo Gordo Charlie. Entonces, hizo una pausa, y pensó en lo que él había dicho y en lo que ella había dicho. Miró a Daisy con admiración—. Dios, pero mira que eres lista.

—Se hace lo que se puede —respondió—. ¿Qué es lo que he dicho?

No tenían cuatro ancianitas, pero tenían a la señora Higglar, a Benjamin y a Daisy. Estaban a punto de cerrar el restaurante, así que Clarissa, la *maître*, se prestó también de buena gana. No tenían tierras de cuatro colores diferentes, pero tenían la

blanca arena de la playa que estaba detrás del hotel y tierra negra del parterre que había a la entrada, barro rojo en un lateral del jardín y arena multicolor en los tubos de cristal que se vendían en la tienda de regalos. Las velas que cogieron prestadas del bar de la piscina no eran altas y negras, sino chatas y blancas. La señora Higglers les aseguró que podía encontrar todas las hierbas necesarias en la isla, pero Gordo Charlie y Clarissa entraron en la cocina y se hicieron con un saquito de *bouquet garni*.

—Creo que no es más que una cuestión de confianza —le explicó Gordo Charlie—. Lo importante no son los detalles, sino el crear una atmósfera mágica.

No ayudaba mucho a crear esa atmósfera mágica el que a Benjamin Higglers se le escapara una risita tonta cada vez que echaba un vistazo en torno a la mesa, ni los reiterados comentarios de Daisy sobre lo increíblemente estúpida que resultaba toda aquella parafernalia.

La señora Higglers esparció el *bouquet garni* sobre un cuenco en el que habían vertido los restos de una botella de vino blanco.

La señora Higglers empezó a murmurar. Alzó las manos a modo de invitación, y los demás se pusieron a murmurar con ella; parecían abejas beodas. Gordo Charlie se mantuvo a la espera de que algo sucediera.

Nada.

—Gordo Charlie —dijo la señora Higglers—, murmura tú también.

Gordo Charlie tragó saliva. No había nada que temer, se dijo: había cantado en un escenario en una sala llena de gente; le había propuesto matrimonio a una mujer a la que apenas conocía delante de esa misma gente. Murmurar sería pan comido.

Cogió el tono de la señora Higglers y dejó vibrar sus cuerdas vocales del mismo modo...

Benjamin dejó de reírse. Tenía los ojos como platos. En su cara había una expresión de alarma, y Gordo Charlie estuvo a punto de parar para averiguar qué le inquietaba, pero ya había interiorizado el cántico y la llama de las velas empezaba a parpadear...

—¡Miradle! —exclamó Benjamin—. Está...

Y Gordo Charlie se habría preguntado cómo estaba, pero ya era demasiado tarde para hacerse preguntas.

La niebla se disipó.

Gordo Charlie caminaba ahora por un puente, una larga pasarela blanca sobre una extensión de agua de color grisáceo. Un poco más adelante, hacia la mitad del puente, había un hombre sentado en una sillita de madera. Estaba pescando. Llevaba un sombrero fedora, verde con el ala curvada, calado sobre los ojos. Parecía estar echando una cabezada, y no se movió cuando Gordo Charlie se acercó a él.

Gordo Charlie lo reconoció inmediatamente. Colocó una mano sobre su hombro.

—Ya sabía yo —le dijo— que lo de tu muerte había sido una farsa. Nunca llegué a creer que estuvieras realmente muerto.

El hombre no se movió, pero le sonrió.

—Eso demuestra que no tienes ni idea —dijo Anansi—. Estoy más muerto que Carracuca. —Se estiró con parsimonia, cogió un cigarrito que llevaba sujeto tras la oreja y lo encendió con una cerilla—. Sip. Estoy muerto. Supongo que estaré muerto una temporadita. Si uno no se muere de vez en cuando, la gente acaba dando por sentado que siempre estarás ahí.

—Pero... —dijo Gordo Charlie.

Anansi se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio. Cogió su caña de pescar y empezó a recoger el sedal. Señaló una pequeña red. Gordo Charlie la cogió y la sostuvo en el aire mientras su padre echaba dentro un largo pez plateado que aún se retorció. Anansi desprendió la boca del pez del anzuelo y lo dejó caer dentro de un cubo blanco.

—Ya está. Ya tengo cena para esta noche.

Por primera vez, Gordo Charlie se dio cuenta de que, cuando se sentó a la mesa con Daisy y los Higgler, era ya noche cerrada y, en cambio, donde fuera que hubiera ido a parar, había atardecido, pero aún no se había puesto el sol.

Su padre recogió la sillita plegable y se la pasó a Gordo Charlie, junto con el cubo, para que se los llevara. Echaron a andar por el puente.

—¿Sabes? —dijo el señor Nancy—, siempre pensé que si alguna vez venías a hablar conmigo, te daría toda clase de consejos. Pero parece que te las estás arreglando muy bien tú solito. Así que, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—No estoy muy seguro. Intentaba localizar a la Mujer Pájaro. Quiero devolverle su pluma.

—No deberías mezclarte con esa clase de gente —le dijo su padre, con aire despreocupado—. No traen más que problemas y desgracias. Ésa mujer es puro rencor. Pero es una cobarde.

—Fue Araña... —se justificó Gordo Charlie.

—La culpa fue tuya. Por dejar que esa metomentodo desterrara a tu otra mitad.

—No era más que un crío. ¿Por qué no hiciste algo?

Anansi se echó el sombrero hacia atrás.

—La vieja Dunwiddy no podía hacer nada sin que tú se lo permitieras —dijo—. Después de todo, eres hijo mío.

Gordo Charlie se quedó pensándolo un momento. Después, dijo:

—Pero ¿por qué no me lo dijiste?

—Lo estás haciendo bien. Lo estás comprendiendo todo sin ayuda de nadie. Has entendido lo de las canciones, ¿verdad?

Gordo Charlie se sentía más torpe y más gordo y sentía que estaba decepcionando

más que nunca a su padre, pero no se limitó a responder directamente: «no». En lugar de eso, le preguntó:

—¿Tú qué crees?

—Creo que estás cada vez más cerca de comprenderlo. Lo importante de las canciones es que son como los cuentos. No significan nada a menos que haya gente que las escuche.

Estaban llegando al final del puente. Gordo Charlie sabía, sin necesidad de que nadie se lo dijera, que aquella iba a ser su última oportunidad de hablar con su padre. Había tantas cosas que necesitaba averiguar, tantas cosas que quería saber...

—Papá —le dijo—. Cuando yo era niño, ¿por qué me humillabas continuamente?

El anciano arrugó el ceño.

—¿Humillarte? Yo te quería.

—Me hiciste ir al colegio disfrazado de Taft. ¿Es a eso a lo que tú llamas amor?

El anciano soltó una especie de gañido muy agudo que bien podía ser una risotada y, a continuación, dio una calada a su cigarrito. El humo que salía de su boca parecía un espectral bocadillo como los que se ven en los cómics.

—Seguro que tu madre habría tenido algo que decir respecto a eso. No tenemos mucho tiempo, Charlie. ¿Quieres que malgastemos el poco tiempo que nos queda en una discusión?

Gordo Charlie negó con la cabeza.

—Supongo que no.

Habían llegado ya al final del puente.

—A ver —le dijo su padre—, cuando veas a tu hermano, quiero que le des una cosa de mi parte.

—¿Qué cosa?

Su padre le agarró por el cuello y le hizo agachar la cabeza, después, le besó cariñosamente en la frente.

—Esto —le dijo.

Gordo Charlie se enderezó. Su padre le miraba con una expresión que, de haberla visto en el rostro de cualquier otra persona, Gordo Charlie habría interpretado como de orgullo.

—Enséñame la pluma —le dijo su padre.

Gordo Charlie se metió la mano en el bolsillo. Allí estaba la pluma, aún más espachurrada y mustia que antes.

Su padre dijo: «ajá», y levantó la pluma para mirarla a la luz.

—Es una pluma muy bonita —dijo su padre—. No querrás que se te quede hecha una pena. No la aceptará si se la devuelves toda rota y sucia. —El señor Nancy pasó la mano por la pluma y se quedó como nueva. La miró con el ceño fruncido—. Pero ahora se te volverá a estropear. Se echó el aliento en las uñas y las frotó contra su

chaqueta. Entonces, puso cara de haber tomado una decisión. Se quitó el sombrero y metió la pluma en la cinta que lo adornaba. —Toma. Es un sombrero bien elegante, no te vendrá mal. —Y se lo puso a Gordo Charlie en la cabeza—. Perfecto.

Gordo Charlie suspiró.

—Papá, yo no llevo sombrero. Tendré una pinta absurda. Voy a parecer un cretino. ¿Por qué te empeñas siempre en dejarme en ridículo?

Empezaba a anochecer, y el anciano miró a su hijo.

—¿Crees que sería capaz de mentirte? Mira, hijo, lo único que hace falta para llevar sombrero es tener clase. Y tú la tienes. ¿Crees que te diría que te sienta bien si no fuera cierto? Te sienta realmente bien. ¿No me crees?

Gordo Charlie respondió:

—La verdad es que no.

—Mira —le dijo su padre.

El anciano señalaba hacia abajo. Gordo Charlie vio las aguas, claras y tranquilas, que parecían un espejo, y el hombre que vio reflejado en ellas tenía un aire realmente seductor con su flamante sombrero nuevo.

Gordo Charlie levantó la vista para decirle a su padre que a lo mejor se había equivocado, pero el anciano ya no estaba.

Salió del puente y siguió caminando a la luz del crepúsculo.

—Bien. Quiero saber exactamente dónde está. ¿Adónde ha ido? ¿Qué le habéis hecho?

—Yo no he hecho nada. Señor, qué chica esta —dijo la señora Higglers—. La última vez no ocurrió nada de esto.

—Parecía como si lo estuvieran abduciendo desde la nave nodriza—dijo Benjamin—. ¡Qué pasada! Efectos especiales en la vida real.

—Quiero que le haga volver —dijo Daisy, furiosa—. Quiero que vuelva ya.

—Ni siquiera sé dónde está —dijo la señora Higglers—. Y tampoco fui yo la que le envió allí. Lo hizo él mismo.

—En cualquier caso —intervino Clarissa—, ¿y si ha llegado al lugar al que tenía que ir para hacer lo que tuviera que hacer y lo traemos de vuelta? Podríamos estropearlo todo.

—Exactamente —apostilló Benjamin—. Sería como hacer regresar al equipo de reconocimiento en mitad de la misión.

Daisy lo pensó y se irritó al descubrir que tenía sentido —un sentido algo *sui generis*, como todo lo demás, últimamente.

—Si esto es todo lo que hay —dijo Clarissa—, yo debería volver al restaurante. Para asegurarme de que todo está en orden.

La señora Higglers bebió un sorbo de café.

—Esto es lo que hay —afirmó.

Daisy dio un golpe en la mesa.

—Discúlpenme. Un asesino anda suelto por ahí. Y resulta que Gordo Charlie ha sido abducido por la nave matrona.

—La nave nodriza —corrigió Benjamín.

La señora Higglar parpadeó.

—Muy bien —dijo—. Deberíamos hacer algo al respecto. ¿Alguna idea?

—No lo sé —admitió Daisy, aunque le daba cien patadas tener que reconocerlo—. Matar el tiempo, supongo.

Cogió el *Williamstown Courier* que había estado leyendo la señora Higglar y se puso a hojearlo.

Había una columna en la tercera página que hablaba de dos turistas desaparecidas, dos mujeres que habían llegado a la isla a bordo de un crucero y no habían regresado al barco. «Las dos que tengo en casa —dijo la voz de Grahame Coats dentro de su cabeza—. ¿De verdad pensabas que me iba a creer lo del crucero?».

Al final del día, Daisy volvía a ser una poli.

—Necesito un teléfono —dijo.

—¿A quién vas a llamar?

—Para empezar, al ministro de Turismo y al jefe de policía. Y luego, ya veremos.

El rojo sol se iba haciendo cada vez más pequeño sobre la línea del horizonte. Si Araña no hubiera sido Araña, se habría desesperado. En la isla, en aquel lugar, el día y la noche estaban separados por una línea bien clara, y Araña vio cómo el mar se tragaba por completo el rojo sol. Tenía sus piedras y dos estacas.

Ojalá tuviera fuego.

Se preguntó cuándo saldría la luna. Quizá cuando la luna estuviera en lo alto del cielo tuviera una oportunidad.

El sol se puso, los últimos vestigios de luz roja se hundieron en el oscuro mar, y se hizo de noche.

—Hijo de Anansi —dijo una voz en la oscuridad—. Dentro de muy poco, serás mi cena. No sabrás que estoy ahí hasta que no sientas mi aliento en tu nuca. Te tuve a mi merced cuando estabas ahí dentro, atado e inmovilizado, podría haberte roto el cuello de un solo bocado allí mismo, pero me lo pensé mejor. No me habría reportado ningún placer matarte mientras dormías. Quiero sentir cómo te mueres. Quiero que sepas por qué te he quitado la vida.

Araña lanzó una piedra en la dirección de la que parecía llegar la voz, y la oyó caer inútilmente entre los matorrales.

—Tú tienes dedos —dijo la voz—, pero yo tengo zarpas con garras afiladas como cuchillos. Tú tienes tus dos piernas, pero yo tengo cuatro patas que nunca se cansan y

que pueden correr diez veces más rápido que las tuyas y durante el tiempo que sea necesario. Tus dientes pueden masticar la carne, siempre que esté bien cocinada y tierna, porque tus dientes son pequeños como los de un mono, sirven para masticar frutas maduras y gusanos; pero yo puedo desgarrar la carne del hueso con mis dientes, y tragarla mientras la sangre todavía fresca sale disparada hacia el cielo.

Y, entonces, Araña hizo un ruido. Era un ruido para el que no le hacía falta la lengua, ni siquiera tenía que abrir los labios. Era algo así como un irónico «mhá» cargado de desprecio. «Puede que tengas todas esas cosas, Tigre —parecía decir— ¿y qué? Todos los cuentos pasados, presentes y futuros son de Anansi. Nadie cuenta cuentos del Tigre».

Se oyó un rugido en medio de la oscuridad, un rugido de furia y de frustración.

Araña empezó a tararear la melodía del *Tiger Rag*. Es una vieja canción, muy eficaz para hacer rabiar a un tigre: «Sujeta a ese tigre —dice la letra—. ¿Dónde está ese tigre?».

La voz se oyó ahora un poco más cerca.

—Tengo a tu mujer, hijo de Anansi. Cuando acabe contigo, le arrancaré la carne. Seguro que tiene un sabor más dulce que la tuya.

Araña hizo algo así como «¡hmé!», que es lo que la gente suele hacer cuando piensa que alguien les está mintiendo.

—Se llama Rosie.

Araña hizo un ruido involuntario al oír aquello.

Alguien rio a carcajadas en medio de la oscuridad.

—Y si hablamos de los ojos —dijo—, los tuyos sólo ven, con suerte, lo que es obvio y a plena luz del día; pero mi gente tiene ojos que les permiten ver cómo se eriza el vello de tus brazos mientras me escuchas, están viendo el terror en tu cara, y todo esto, en la oscuridad de la noche. Tenme miedo, hijo de Anansi, y si tienes una última oración y quieres rezar, hazlo ahora.

Araña no tenía ninguna oración, pero tenía piedras, y podía lanzarlas. Quién sabe, igual tenía suerte y acertaba a pesar de la oscuridad. Araña sabía que eso sería un milagro, pero se había pasado la vida confiando en los milagros.

Cogió otra piedra.

Algo le rozó el dorso de la mano.

«Hola», dijo en su mente la araña de barro.

«Hola —pensó Araña—, escucha, ahora estoy algo liado, intento evitar que me devoren, así que, si no te importa quitarte de en medio un momento...».

«Pero es que las he traído —pensó la araña—. Tal como me pediste que hiciera».

«¿Tal como yo te pedí?».

«Me dijiste que fuera a buscar ayuda. Las he traído conmigo. Siguieron el hilo que he ido tejiendo. En esta creación no hay arañas, así que me fui al otro lado y he

venido desde allí tejiendo un hilo para guiarlas. He traído a las más guerreras. He traído a las más valientes».

—Dime en qué estas pensando —dijo la voz del gran felino en la oscuridad. Y, a continuación, con un toque de refinada ironía, añadió—: ¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Una sola araña no hace ruido. Las arañas cultivan el silencio. Incluso las que hacen ruido se quedan tan calladas como pueden, y esperan. Eso es lo que hacen las arañas la mayor parte del tiempo: esperar.

Un leve rumor fue llenando lentamente la noche.

Araña le comunicó mentalmente a aquella pequeña araña de siete patas —que había creado a partir de su sangre, un poco de barro y saliva— lo agradecido que le estaba y lo orgulloso que se sentía de ella. La araña subió desde el dorso de su mano hasta su hombro.

Araña no podía verlas, pero sabía que todas estaban allí; las arañas grandes y las pequeñas, las venenosas y las que pican: enormes arañas peludas y las pequeñas y elegantes arañas queratinosas. Sus ojos aprovechaban hasta el más mínimo resquicio de luz, pero veían a través de sus patas, transformando mentalmente en imágenes las vibraciones que percibían a través de ellas.

Eran un ejército.

El Tigre habló una vez más en medio de la oscuridad.

—Cuando estés muerto, hijo de Anansi, cuando todos los de tu sangre hayan muerto, los cuentos serán míos. La gente volverá a contar cuentos del Tigre. Se reunirán y ensalzarán mi inteligencia y mi fuerza, mi crueldad y mi gozo. Todos y cada uno de los cuentos serán míos. El mundo volverá a ser como era: un lugar duro. Un lugar oscuro.

Araña escuchó el rumor de su ejército.

Estaba sentado al borde del precipicio por una razón muy concreta. Aunque, por un lado, no le ofrecía ninguna posibilidad de ponerse a cubierto, por otro impedía que el Tigre se abalanzara sobre él; forzosamente tenía que arrastrarse para acercarse a él.

Araña se echó a reír.

—¿De qué te ríes, hijo de Anansi? ¿Has perdido el juicio?

Entonces, Araña se rio aún más alto y durante más tiempo.

Se oyó un aullido. El Tigre se había topado con el ejército de Araña.

El veneno de una araña puede actuar de formas muy diferentes. A menudo, se tarda un buen rato en empezar a notar realmente el efecto de una picadura. Los naturalistas llevan muchos años discutiendo esa cuestión: hay arañas cuya picadura puede hacer que los tejidos afectados se gangrenen y se necrosen, a veces, incluso un año después de haber recibido la picadura. ¿Que por qué actúan de este modo las arañas? La respuesta es muy sencilla: porque a las arañas les parece muy divertido, y

no quieren que las olvides jamás.

La viuda negra picó al Tigre en su ya amoratado hocico, la tarántula le picó en las orejas; por momentos, notaba como una quemazón y unas punzadas de dolor en sus zonas más sensibles, que, además, se le hinchaban y le escocían. El Tigre no tenía ni idea de lo que estaba pasando: lo único que sabía era que le escocía y le dolía y que, de repente, sentía miedo.

Araña se rio, aún más fuerte y por más rato, y oyó cómo la enorme fiera se batía en retirada por entre la maleza, rugiendo de dolor y de miedo.

Entonces, se sentó y esperó. El Tigre volvería, de eso no le cabía la menor duda. Aquello aún no se había acabado.

Araña cogió a la araña de siete patas de su hombro y la acarició, pasando suavemente sus dedos por su ancho lomo.

Un poco más abajo, vio brillar una luz verde y fría, que parpadeaba como las luces de una diminuta ciudad, iluminándose de forma intermitente en medio de la oscuridad. Venía hacia él.

Aquél parpadeo resultaron ser cien mil luciérnagas. En el centro, se veía una silueta humana. Avanzaba con determinación montaña arriba.

Araña se preparó para lanzar una piedra y, mentalmente, dio orden a sus tropas arácnidas de que se prepararan para un nuevo ataque. Y entonces se detuvo. Había algo que le resultaba familiar en aquella silueta recortada contra la luz de las luciérnagas: llevaba un sombrero verde con el ala curvada.

Grahame Coats se había bebido ya prácticamente la media botella de ron que había encontrado en la cocina. Había abierto el ron porque no quería bajar a la bodega, y porque imaginaba que el ron le emborracharía antes que el vino. Por desgracia, no fue así. No parecía estar haciéndole ningún efecto, y desde luego no le estaba ayudando a desconectar de lo que sentía, que era exactamente lo que pretendía. Se paseó por la casa con la botella en una mano y un vaso medio lleno en la otra, y unas veces bebía de una y otras, de la otra. Se vio reflejado en un espejo, avergonzado y sudoroso.

—Anímate —dijo en voz alta—. Podría no suceder nunca. Mal bien venga. Todo cerdo San Martín. Soplan vientos.

El ron se había terminado.

Volvió a la cocina. Abrió varios cajones antes de percatarse de que había una botella de jerez en el fondo. Grahame la cogió y la acunó agradecido, como si fuera un viejo amigo muy pequeño que hubiera vuelto tras haber pasado muchos años en alta mar.

Desenroscó el tapón. Era jerez dulce del que se utiliza para guisar, pero se lo tragó igual que si fuera limonada.

Grahame Coats reparó en otras muchas cosas mientras buscaba algo de alcohol en la cocina. Había, por ejemplo, cuchillos. Algunos estaban muy afilados. En un cajón había, incluso, un hacha de carnicero de acero inoxidable. Grahame Coats le dio su beneplácito. Podría ser la manera más sencilla de resolver el problema que tenía en el sótano.

—*Habeas corpus* —dijo— o *habeas delicti*. Algo así. Sin cadáver, no hay crimen. *Ergo. Quod erat demonstrandum*.

Sacó la pistola del bolsillo de su chaqueta y la dejó sobre la mesa de la cocina. Colocó alrededor de ella los cuchillos como si fueran los radios de una rueda.

—En fin —dijo, en el mismo tono que usaba antes para convencer a inocentes grupos de música infantiles de que había llegado la hora de que firmaran un contrato con él y abrazaran la fama, que no el dinero—, cualquier tiempo pasado fue peor.

Se metió tres cuchillos en el cinturón, se guardó el hacha de carnicero en el bolsillo de su chaqueta y, a continuación, pistola en mano, bajó por la escalera hasta la bodega. Encendió las luces, guiñó un ojo a las botellas de vino, cada una en su sitio, todas cubiertas por una fina capa de polvo, y, por fin, llegó a la puerta de la cámara donde estaban encerradas sus dos prisioneras.

—Muy bien —gritó—, les alegrará escuchar que no voy a hacerles ningún daño. Voy a dejarlas marchar a las dos ahora mismo. Todo ha sido una confusión. Aun así, no les guardo ningún resentimiento. De nada vale llorar por la leche derramada. Vayan hacia la pared del fondo. Ahora. Nada de trucos.

Era casi reconfortante, pensó mientras descorría los cerrojos, la cantidad de clichés a los que uno podía recurrir cuando tenía una pistola en la mano. A Grahame Coats eso le hacía sentirse parte de una hermandad: a su lado, Bogart, y Cagney, y toda esa gente que se habla a voces en COPS. [9]

Encendió la luz y abrió la puerta. La madre de Rosie estaba de pie, contra la pared del fondo, de espaldas a él. Cuando él entró, se levantó la falda y meneó su increíblemente huesudo y bronceado trasero.

Se quedó boquiabierto. Justo entonces, Rosie aprovechó para darle un golpe con la oxidada cadena en la muñeca, haciendo que la pistola saliera volando y fuera a parar al otro lado de la habitación.

Con el entusiasmo y la precisión de una mujer mucho más joven, la madre de Rosie le dio una patada en la entrepierna y, mientras él se llevaba la mano a los genitales y doblaba su cuerpo hacia delante, aullando tan alto que sólo los perros y los murciélagos podrían oírlo, Rosie y su madre salieron a trompicones de la cámara.

Cerraron la puerta y Rosie echó uno de los cerrojos. Madre e hija se abrazaron.

Estaban aún en la bodega cuando todas las luces se apagaron.

—Han saltado los fusibles, no pasa nada —dijo Rosie, para tranquilizar a su madre. No estaba segura de creerlo ella misma, pero no se le ocurría ninguna otra

explicación.

—Deberías haber echado los dos cerrojos —le dijo su madre. Y, a continuación, se dio un golpe en el dedo gordo y exclamó—. ¡Ay!

—Míralo por el lado bueno —dijo Rosie—. Él tampoco puede ver en la oscuridad. Cógete de mi mano. Creo que la escalera está por aquí.

Grahame Coats estaba en la cámara, a cuatro patas, a oscuras, cuando se fue la luz. Algo caliente le goteaba por la pierna. Por un momento, pensó que se había meado encima, hasta que se dio cuenta de que la hoja de uno de los cuchillos que llevaba en el cinturón le había hecho un corte profundo en la parte superior del muslo.

Dejó de moverse y se tumbó en el suelo. Decidió que había sido muy sensato al emborracharse: estaba prácticamente anestesiado. Decidió dormir.

No estaba solo en la cámara. Había alguien con él. Algo que caminaba sobre cuatro patas.

Alguien rugió:

—Levántate.

—No puedo. Estoy herido. Quiero irme a dormir.

—Eres una criatura insignificante y lastimosa que destruye todo lo que toca. Levántate ahora mismo.

—Me encantaría —dijo Grahame Coats, con ese tono de los borrachos cuando quieren parecer razonables—. No puedo. Voy a tumbarme en el suelo. Un ratito sólo. De todos modos. Ha echado el cerrojo. Ella. Lo he oído.

Oyó un chirrido, como si el cerrojo se estuviera deslizando lentamente.

—La puerta está abierta. Tú veras: si te quedas aquí, morirás. —Un murmullo impaciente; un rabo agitándose en el aire; un gruñido sordo—. Dame tu mano y tu lealtad. Invítame a entrar dentro de ti.

—No entien...

—Dame tu mano, o morirás desangrado.

Envuelto en la oscuridad de la cámara, Grahame Coats extendió su mano. Alguien —algo— la tomó y la estrechó, como para darle confianza.

—Y bien, ¿vas a invitarme a entrar?

Grahame Coats tuvo entonces un instante de claridad mental. Ya había llevado todo esto demasiado lejos. Después de todo, nada de lo que hiciera ya podía empeorar las cosas.

—*Perfectupuesto* —susurró Grahame Coats y, según decía esto, empezó a transformarse.

Veía en la oscuridad exactamente igual que a plena luz del día. Creyó, pero sólo por un momento, que había visto algo justo a su lado, era más grande que un hombre y tenía los dientes muy, muy afilados. Pero desapareció inmediatamente, y Grahame

Coats se sintió maravillosamente bien. Su pierna dejó de sangrar.

Veía perfectamente en la oscuridad. Sacó los cuchillos de su cinturón y los tiró al suelo. Se quitó también los zapatos. Había una pistola en el suelo, pero la dejó allí. Las herramientas eran para los simios y los cuervos y los enclenques. Él no era un simio.

Él era un cazador.

Se puso a cuatro patas y, en esa posición, salió de la cámara.

Podía ver con claridad a las dos mujeres. Habían encontrado la escalera que llevaba a la casa y subían a tientas, cogidas de la mano.

Una de ellas era vieja y fibrosa. La otra, joven y tierna. Aquello, que sólo tenía una parte de Grahame Coats, empezó a salivar.

Gordo Charlie se alejó del puente, llevaba echado hacia atrás el sombrero verde de su padre, y caminó bajo el sol poniente. Atravesó la rocosa playa, patinando sobre las rocas y metiendo el pie en los charcos. De pronto, pisó algo que se movía. Dio un tropezón y dejó de pisarlo.

Lo que fuera, se elevó en el aire y siguió elevándose. Era enorme: al principio pensó que debía de tener el tamaño de un elefante, pero seguía creciendo y se hizo mucho más grande.

«Luz», pensó Gordo Charlie. Se puso a cantar en voz alta y todas las luciérnagas que había en aquel lugar se agruparon a su alrededor; despedían una luz fosforescente e intermitente de color verdoso, que le permitió ver una cara reptiliana con dos ojos del tamaño de dos platos que le miraban fijamente.

Gordo Charlie se le quedó mirando.

—Buenas —saludó alegremente.

La criatura le respondió con una voz suave y mantecosa.

—Ho-la —dijo—. Ding-dong. Te pareces muchísimo a una cena.

—Soy Charles Nancy —dijo Charlie Nancy—. ¿Quién eres tú?

—Soy un Dragón —dijo el Dragón—, y voy a devorarte lentamente de un solo bocado, hombrecillo con sombrero.

Charlie parpadeó. «¿Qué haría mi padre? —se preguntó—. ¿Qué habría hecho Araña?». No tenía la menor idea. «Venga. Después de todo, Araña es algo así como una parte de mí mismo. Cualquier cosa que pueda hacer él, la puedo hacer yo».

—Esto... Te aburre hablar conmigo y vas a dejar que siga mi camino tranquilamente —le dijo al Dragón, en el tono más convincente que pudo.

—¡Caray! Buen intento. Pero me temo que no te voy a dejar marchar —le respondió el Dragón, con entusiasmo—. La verdad es que te voy a comer.

—No te asustarán las limas, ¿verdad? —le preguntó Charlie, antes de recordar que le había dado la lima a Daisy.

La criatura se echó a reír con aire burlón.

—A mí —le dijo— no me asusta nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Te asusta muchísimo nada? —le preguntó Gordo Charlie.

—Me da auténtico pavor —admitió el Dragón.

—Pues, ¿sabes? —replicó Charlie—. Tengo los bolsillos llenos de nada. ¿Quieres verla?

—No —respondió el Dragón, a regañadientes—. No tengo el menor deseo de verla.

Hubo un batir de alas —grandes como velas— y Charlie se quedó solo en la playa.

—Esto —dijo— ha sido coser y cantar.

Siguió caminando. Se inventó una canción para amenizar el camino. Charlie siempre había querido inventar canciones, pero nunca se había decidido a hacerlo, básicamente porque estaba convencido de que si alguna vez se ponía a componer una canción, alguien acabaría pidiéndole que la cantara, y esa idea le seducía tanto como la de morir ahorcado. Ahora, cada vez le importaba menos, y fue cantándoles su canción a las luciérnagas, que le seguían montaña arriba. Era una canción que hablaba de ir al encuentro de la Mujer Pájaro y de encontrar a su hermano. Esperaba que a las luciérnagas les estuviera gustando; su luz intermitente se encendía y se apagaba al ritmo de la música.

La Mujer Pájaro le estaba esperando en lo alto de la montaña.

Charlie se quitó el sombrero y sacó la pluma que iba prendida en su cinta.

—Toma. Me parece que esto es tuyo.

Ella no hizo ademán de coger la pluma.

—Ya no hay trato —dijo Charlie—. Te he traído tu pluma y quiero a mi hermano. Tú te lo llevaste. Quiero que me lo devuelvas. No tenía derecho a entregarte la sangre de Anansi.

—¿Y qué pasa si yo ya no tengo a tu hermano?

A la luz de las luciérnagas era difícil estar seguro, pero a Charlie le pareció que no había movido los labios. Las palabras de la Mujer Pájaro le envolvían con las voces del chotacabras y los búhos.

—Quiero recuperar a mi hermano —le dijo—. Lo quiero de una sola pieza e indemne. Y lo quiero ahora mismo. O fuera lo que fuese lo que ocurrió entre mi padre y tú no habrá sido más que el preludio. Ya me entiendes. La obertura.

Era la primera vez en su vida que amenazaba a alguien. No tenía la menor idea de cómo iba a cumplir su amenaza, pero no le cabía duda de que la cumpliría.

—Lo tenía —respondió ella con la distante voz del ave-toro—, pero lo dejé,

después de arrancarle la lengua, en el mundo del Tigre. Yo no sería capaz de hacer daño a un descendiente de tu padre. El Tigre sí, una vez recuperado su antiguo valor.

Un silencio. Las ranas y los pájaros nocturnos se quedaron completamente callados. La mujer le miraba impassible, su rostro casi formaba parte de las sombras. Se metió la mano en el bolsillo de su gabardina.

—Dame la pluma —le dijo.

Charlie se la dejó en la palma de la mano.

Se sintió más ligero, como si se hubiera desembarazado de algo más que de una vieja pluma...

Entonces, la mujer le puso algo en la mano: algo frío y húmedo. Al tacto, parecía un pedazo de carne, y Charlie tuvo que contenerse para no tirarlo.

—Devuélvesela —dijo, con la voz de la noche—. Ahora ya no tengo nada en su contra.

—¿Cómo se va al mundo del Tigre?

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —le preguntó, casi con sorna, y se hizo completamente de noche, y Charlie se quedó otra vez solo en la montaña.

Abrió la mano y miró el pedazo de carne que le había dado la Mujer Pájaro, era blando y rugoso. Parecía una lengua, y sabía de quién debía de ser.

Se volvió a poner el sombrero y pensó: «me pongo mi gorro de pensar», y según lo pensaba, se dio cuenta de que no le hacía tanta gracia. El sombrero verde no era un gorro de pensar, pero era justo la clase de sombrero que llevaría un hombre que no sólo pensaba, sino que sacaba conclusiones de vital importancia.

Se imaginó todos los mundos como si fueran una tela de araña: su imagen le vino a la cabeza como un destello, y vio que le ponía en contacto con toda la gente que conocía. El hilo que le unía a Araña era resistente y luminoso, y ardía con una luz fría, igual que una luciérnaga o una estrella.

Hubo un tiempo en el que Araña formaba parte de él. Se aferró a esa idea y se concentró en la tela de araña. Tenía en su mano la lengua de Araña: hasta hacía muy poco, aquella lengua había formado parte de su hermano, y deseaba con todas sus fuerzas volver a formar parte de él. Todo lo que está vivo tiene memoria.

La fulgurante luz de la telaraña le indicaba el camino. Charlie no tenía más que seguirla...

La siguió, y las luciérnagas le acompañaron.

—Hey —dijo—, soy yo.

Araña hizo un breve y terrible ruido.

Bajo la tenue luz de las luciérnagas, Araña tenía un aspecto horrible: parecía estar herido. Tenía la cara y el pecho llenos de cicatrices.

—Esto debe de ser tuyo —le dijo Charlie.

Araña cogió su lengua, gesticulando exageradamente para expresarle su

agradecimiento, se la metió en la boca, la empujó hacia dentro y se la colocó. Charlie observaba y esperaba. Araña no tardó en darse por satisfecho, probó a mover la lengua en todas direcciones, como si fuera a afeitarse el bigote, abrió la boca y meneó la lengua. Finalmente, cerró la boca y se puso en pie. A continuación, con una voz todavía un tanto extraña, dijo:

—Bonito sombrero.

Rosie fue la primera en llegar a lo alto de la escalera, y abrió la puerta de la bodega. Salió a trompicones. Esperó a su madre y, luego, cerró la puerta y echó el cerrojo. Tampoco había luz allí arriba, pero la luna estaba alta en el cielo y prácticamente llena; acostumbrada a la oscuridad, la pálida luz de la luna que entraba por las ventanas de la cocina casi le parecía un foco.

«Niños y niñas salid a jugar —pensó Rosie—. Parece de día a la luz de la luna...».

—Llama a la policía —le dijo su madre.

—¿Dónde está el teléfono?

—¿Y cómo demonios quieres que sepa dónde está el teléfono? Él sigue ahí abajo.

—Vale —dijo Rosie, preguntándose si sería mejor buscar un teléfono para llamar a la policía o, simplemente, salir de aquella casa, pero no tuvo tiempo de decidirse.

Se oyó un golpe tan fuerte que casi la dejó sorda, y la puerta de la bodega cayó al suelo.

La sombra salió de la bodega.

Era real. Ella sabía que era real. La estaba viendo. Pero era imposible: era la sombra de un gran felino, peludo y enorme. Y lo más extraño de todo era que, a la luz de la luna, la sombra parecía todavía más oscura. Rosie no podía verle los ojos, pero sabía que la estaba mirando, y que estaba hambriento.

Iba a matarla. Había llegado el final.

Su madre le dijo:

—Va a por ti, Rosie.

—Lo sé.

Rosie cogió el primer objeto grande que encontró, un bloque de madera que debía de ser un soporte para cuchillos, y se lo lanzó a la sombra con todas sus fuerzas y, a continuación, sin quedarse a comprobar si le había acertado, salió corriendo tan deprisa como pudo de la cocina. Sabía dónde estaba la puerta de la casa...

Algo oscuro, que caminaba sobre cuatro patas, se movió más rápido que Rosie: saltó por encima de su cabeza y aterrizó sigilosamente justo delante de ella.

Rosie pegó la espalda contra la pared. Tenía la boca seca.

La fiera se interponía entre ellas y la puerta principal, y avanzaba lentamente hacia Rosie, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Su madre salió corriendo de la cocina y pasó por delante de Rosie. Fue tambaleándose por el pasillo, a la luz de la luna, directa hacia la inmensa sombra, agitando frenéticamente los brazos. Con sus frágiles puños le asestó a la fiera un puñetazo en las costillas. Hubo un momento de pausa, como si el mundo estuviera conteniendo la respiración, y, después, la fiera se abalanzó sobre ella. Al momento, la madre de Rosie cayó derribada y la sombra la sacudió como si fuera una muñeca de trapo atrapada en la boca de un perro.

Sonó el timbre de la puerta.

Rosie quería pedir ayuda pero, en lugar de eso, se encontró gritando, muy alto y de manera insistente. Cuando Rosie se encontraba de repente con una araña en el baño, era capaz de gritar como la protagonista de una película de terror de serie B al encontrarse por primera vez frente al hombre del traje de neopreno. En ese momento, estaba en una casa con la sombra de un tigre y un asesino en serie en potencia, y uno de ellos —quizá ambos— acababa de atacar a su madre. Mentalmente, barajó varias reacciones posibles (La pistola: la pistola estaba en la cámara; debería bajar allí y cogerla. O la puerta: podía intentar saltar por encima de la fiera y de su madre y abrir la puerta principal), pero sus pulmones y su boca no podían parar de gritar.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta principal. «Están intentando echarla abajo —pensó—. No lo conseguirán, es demasiado resistente».

Su madre estaba tendida en el suelo en un charco de luz, y la sombra se cernía sobre ella. La sombra echó hacia atrás la cabeza y rugió, un rugido potente de miedo, de desafío y de posesión.

«Estoy alucinando —pensó Rosie con disparatada certeza—. He estado dos días encerrada en un sótano y ahora estoy alucinando. No hay ningún tigre».

De la misma manera, estaba segura de que no había ninguna mujer pálida bajo la luz de la luna, aunque la estaba viendo caminar por el pasillo, una mujer de rubios cabellos con las largas piernas y las estrechas caderas de una bailarina. La mujer se detuvo al llegar junto a la sombra del tigre.

—Hola, Grahame —dijo.

La fierasombra levantó su inmensa cabeza y rugió.

—No creas que puedes esconderte de mí con ese absurdo disfraz de animal —dijo la mujer. No parecía muy contenta.

Rosie se percató de que podía ver la ventana a través del torso de la mujer, y retrocedió hasta quedarse con la espalda completamente pegada a la pared.

La fiera volvió a rugir, pero, esta vez, con cierta inseguridad.

—No creo en los fantasmas, Grahame. No he creído en ellos en toda mi vida. Pero, entonces, te conocí a ti. Dejaste que la carrera de Morris se fuera a pique. Nos robaste. Me asesinaste. Y finalmente, por si fuera poco, me obligaste a creer en los fantasmas.

El tigresombra gañía, y retrocedía por el pasillo.

—No creas que te vas a librar de mí, maldito miserable. Puedes fingir que eres un tigre, si quieres. Pero no eres un tigre. Eres una rata. No, eso sería insultar a muchas nobles especies de roedores. Eres menos que una rata. Eres un jerbo. Eres un armiño.

Rosie echó a correr por el pasillo. Pasó por delante de su madre y de la fierasombra. Pasó a través de la mujer pálida, era como atravesar un banco de niebla. Llegó a la puerta principal y la tanteó, intentando encontrar los cerrojos.

Dentro de su cabeza, o quizá fuera de ella, Rosie oía una discusión. Alguien decía:

«No le hagas ni caso, idiota. No puede tocarte. No es más que una *duppy*. Apenas es real. ¡Coge a la chica! ¡Detenla!».

Y otro replicaba:

«Entiendo tu punto de vista. Pero no estoy seguro de que hayas tenido en cuenta todas las circunstancias, vis—à—vis, en fin, discreción, hum, mejor parte del valor, no sé si me sigues...».

«Yo dirijo, tú me sigues a mí».

«Pero...».

—Lo que quiero saber —dijo la pálida mujer— es hasta qué punto eres un fantasma en este momento. Quiero decir que yo no puedo tocar a los vivos, en realidad ni siquiera puedo tocar los objetos. Sólo puedo tocar a los fantasmas.

La mujer pálida le sacudió una fuerte patada en la cara a la fiera. El tigresombra silbó y dio un paso atrás, y el pie falló por menos de un centímetro.

La siguiente patada sí le acertó, y la fiera aulló. Otra patada bien fuerte en el hocico de la fiera y la bestia hizo un ruido parecido al que hace un gato cuando lo bañas, un gemido de desamparo, de espanto y de indignación, de vergüenza y de derrota.

Las carcajadas de la mujer muerta resonaron por todo el pasillo, eran carcajadas de júbilo y de entusiasmo.

—Armiño —dijo la mujer—. Grahame Armiño.

Un viento frío barrió la casa.

Rosie quitó el último de los cerrojos. La puerta principal se abrió. Los fogonazos de los flashes cegaron a Rosie. Gente, coches. Una voz femenina dijo:

—Es una de las turistas desaparecidas —y, a continuación—. ¡Dios mío!

Rosie se dio la vuelta.

A la luz de los flashes, Rosie pudo ver a su madre, encogida en el suelo de baldosas y, a su lado, descalzo e inconsciente e indudablemente humano, Grahame Coats. Había salpicaduras de un líquido rojo a su alrededor, como pintura roja, y, por un segundo, Rosie no fue capaz de imaginar qué podía ser.

Una mujer le estaba hablando. Le decía:

—Eres Rosie Noah. Me llamo Daisy. Vamos a algún sitio donde puedas sentarte. ¿Quieres sentarte?

Alguien debía de haber encontrado el cuadro eléctrico, porque en ese mismo momento se encendieron las luces de toda la casa.

Un hombre fuerte con uniforme de policía se inclinaba sobre los cuerpos. Alzó la vista y dijo:

—Efectivamente, es el señor Finnegan. No respira.

—Sí, por favor. Necesito sentarme —dijo Rosie.

Charlie se había sentado al lado de Araña al borde del precipicio, a la luz de la luna, con las piernas colgando por fuera.

—¿Sabes? —le dijo—. Al principio formabas parte de mí. Cuando éramos niños.

Araña inclinó la cabeza a un lado.

—¿En serio?

—Eso creo.

—Bueno, eso explicaría algunas cosas. —Extendió la mano: tenía una araña de siete patas sobre el dorso—. Y ahora, ¿qué? ¿Voy a volver a ser parte de ti, o qué?

Charlie arrugó el ceño.

—Creo que has crecido mejor solo que si hubieras crecido formando parte de mí. Y te has divertido mucho más.

—Rosie. El Tigre conoce a Rosie. Tenemos que hacer algo —le dijo Araña.

—Pues claro que sí —respondió Charlie.

Era como llevar la contabilidad, pensó: anotas las entradas en una columna, los deduces de las de otra columna, y si no te has equivocado, las cuentas cuadran al final de la página. Cogió la mano de su hermano.

Se levantaron y dieron un paso al frente, más allá del borde del precipicio...

... y todo era luminoso...

Un viento frío sopló entre ambos mundos.

—No eres mi parte mágica, ¿lo sabías? —dijo Charlie.

—¿Ah, no?

Araña avanzó un paso más. Docenas de estrellas fugaces cruzaban el cielo. Alguien, en algún lugar, estaba tocando una dulce melodía con una flauta.

Un paso más, y empezaron a oír un enjambre de sirenas.

—No —dijo Charlie—, no lo eres. La señora Dunwiddy creía que sí. Ella nos separó, pero lo cierto es que nunca llegó a entender lo que estaba haciendo. En realidad, somos como las dos mitades de una estrella de mar. Tú te convertiste en una persona completa. Y lo mismo hice yo —y según lo decía, se dio cuenta de que era verdad.

Se quedaron de pie al borde del acantilado, estaba amaneciendo. Una ambulancia

subía montaña arriba, con la sirena puesta, y detrás venía otra. Aparcaron en la cuneta, junto a un montón de coches de policía.

Daisy parecía estar diciéndole a cada uno lo que tenía que hacer.

—No hay gran cosa que podamos hacer aquí. Ahora no —dijo Charlie—. Vamos.

La última de las luciérnagas les abandonó y se fue a dormir.

Cogieron el primer minibús de la mañana para volver a Williamstown.

Maeve Livingstone estaba en el piso de arriba, sentada en la biblioteca de la casa de Grahame Coats, rodeada de las obras de arte, los libros y los DVD de Grahame Coats. Estaba mirando por la ventana. Abajo, los servicios de urgencias de la isla llevaban a Rosie y a su madre hacia una de las ambulancias, y a Grahame Coats hacia la otra.

Realmente había disfrutado pateando la cara de aquella especie de bestia en la que se había convertido Grahame Coats. Era la mayor satisfacción que se había dado desde que murió —aunque, para ser sincera consigo misma, tenía que admitir que lo de bailar con el señor Nancy no le andaba a la zaga. Era un bailarín muy ágil y diestro.

Estaba cansada.

—¿Maeve?

—¿Morris? —Miró a su alrededor, pero la habitación estaba vacía.

—No querría molestarte si aún estás ocupada, cielo.

—Eso es muy amable por tu parte —replicó ella—, pero creo que ya he terminado.

Las paredes de la biblioteca empezaban a desvanecerse. Poco a poco, perdían su color y su forma. Empezaba a aparecer el mundo que había detrás de ellas, y en su luz distinguió una figura pequeña elegantemente trajeada que la estaba esperando. Deslizó su mano en la de él.

—¿Adónde vamos ahora, Morris? —le preguntó.

—Oh, pues será un cambio muy agradable —le dijo—. Siempre he querido ir allí. Y, cogidos de la mano, se fueron los dos.

Capítulo Decimocuarto

En el que la historia llega a sus diversos finales.

Unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Charlie. Desorientado, miró a su alrededor: estaba en una habitación de hotel; varios acontecimientos de todo punto imposibles se agolpaban en su cabeza como mariposas alrededor de una bombilla y, mientras intentaba encontrarles algún sentido, sacó los pies de la cama y caminó hacia la puerta. Parpadeó frente al impreso que había pegado en la puerta, que le indicaba hacia dónde debía ir en caso de incendio, mientras intentaba recordar lo que había ocurrido la noche anterior. Después, abrió la puerta.

Daisy lo miró.

—¿Has dormido con el sombrero puesto? —le preguntó.

Charlie se llevó la mano a la cabeza. Efectivamente, llevaba puesto el sombrero.

—Sí —respondió—, se ve que sí.

—¡Dios! —exclamó—. Bueno, por lo menos te quitaste los zapatos. Anoche te perdiste lo más emocionante, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Lávate los dientes —le dijo— y cambiate de camisa. Pues sí, te lo perdiste. Ocurrió mientras estabas... —y vaciló. Pensándolo bien, parecía muy poco probable que de verdad se hubiera esfumado durante una sesión de espiritismo. Era imposible. Al menos, en el mundo real—... mientras no estabas. Levanté de la cama al jefe de policía para que fuera a casa de Grahame Coats. Tenía secuestradas a esas dos turistas.

—¿Turistas...?

—Eso dijo cuando interrumpió nuestra cena, habló de que habíamos enviado a dos personas a espiarlo, las dos que tenía en su casa. Eran tu novia y su madre. Las tenía encerradas en el sótano.

—¿Están bien?

—Se las han llevado al hospital.

—Oh.

—Su madre está algo maltrecha. Pero creo que tu novia se recuperará enseguida.

—¿Quieres dejar de llamarla así? No es mi novia. Rompió el compromiso.

—Sí. Pero tú no lo has hecho, ¿o sí?

—No está enamorada de mí —dijo Charlie—. Y ahora, voy a cepillarme los dientes y a cambiarme de camisa, así que te agradecería que me dejaras a solas.

—También deberías darte una ducha —dijo— y ese sombrero huele a tabaco.

—Es una reliquia familiar —le explicó, y se encerró en el baño para darse una ducha.

El hospital estaba a unos diez minutos del hotel, y Araña estaba sentado en la sala de espera, con un sobado ejemplar del *Entertainment Weekly* en las manos, como si estuviera leyéndolo.

Charlie le dio un toque en el hombro, y Araña dio un brinco. Levantó la vista con recelo, pero se relajó un poco al ver que era su hermano, aunque no del todo.

—Me dijeron que esperara aquí —le dijo Araña—, porque no soy pariente suyo ni nada.

Charlie se quedó atónito.

—Bueno, ¿y por qué no les dijiste que eras un pariente? ¿O su médico?

Araña parecía incómodo.

—Bueno, es fácil hacer una cosa así cuando te da igual. Si me diera igual entrar o no, habría entrado sin la menor dificultad. Pero ahora sí me importa, no me gustaría estorbar ni cometer un error, y ¿qué pasaría si lo intentara y me dijeran que no y entonces...? ¿Por qué sonríes de esa manera?

—Por nada —respondió Gordo Charlie—, es sólo que me suena bastante familiar eso que dices. Venga. Vamos a buscar a Rosie. ¿Sabes? —le dijo a Daisy, según se metían por el primer pasillo que encontraron—: hay dos formas de poder moverse libremente por un hospital. O finges que trabajas en él (ahí tienes, Araña. Ésa bata blanca que hay detrás de la puerta es de tu talla. Póntela), o finges que estás tan desorientado que nadie se quejará de tu presencia. Simplemente, dejarán que otro se encargue de llamarte la atención.

Charlie empezó a tararear.

—¿Qué es eso que cantas? —le preguntó Daisy.

—Se titula *Pájaro Amarillo* —respondió Araña.

Charlie se echó el sombrero hacia atrás y entraron en la habitación de Rosie.

Rosie estaba sentada en la cama, leyendo una revista, con cara de preocupación. Cuando los vio entrar, se preocupó aún más. Miró alternativamente a Araña y a Charlie.

—Estáis muy lejos de casa —les dijo.

—Todos estamos muy lejos de casa —respondió Charlie—. Bien, a Araña ya le conoces. Ésta es Daisy, es policía.

—De eso ya no estoy muy segura —replicó Daisy—. Creo que me he metido en un montón de líos.

—¿Eres la chica que estuvo allí anoche? ¿La que llevó allí a la policía de la isla? —Rosie hizo una pausa. Y continuó—: ¿Se sabe algo de Grahame Coats?

—Está en cuidados intensivos, igual que tu madre.

—Pues, si ella sale de allí antes que él —dijo Rosie—, espero que lo mate. No quieren decirme cómo se encuentra mi madre. Sólo me han dicho que está muy grave, y que me informarán tan pronto como haya alguna novedad. —Miró a Charlie—. No es tan mala como tú crees, de verdad. No cuando llegas a conocerla un poco mejor. Mientras estuvimos allí encerradas, a oscuras, tuvimos mucho tiempo para hablar. Es buena gente.

Se sonó la nariz. Luego, continuó:

—No creen que vaya a salvarse. No me lo han dicho abiertamente, pero es lo que deduzco del hecho de que no quieren decirme nada. Es curioso. Siempre pensé que sería capaz de sobrevivir a cualquier cosa.

—Yo también —le dijo Charlie—. Incluso llegué a pensar que, si estallaba una guerra nuclear, no quedarían más que unas cuantas cucarachas radiactivas y tu madre.

Daisy le dio un pisotón.

—¿Sabes algo más sobre qué fue lo que la atacó? —preguntó Daisy.

—Les dije —respondió Rosie— que en la casa había un animal. Quizá no fuera más que Grahame Coats. Quiero decir que era un poco como él, pero tampoco era exactamente él. Mi madre lo apartó de mí, y entonces fue a por ella... —se lo había explicado lo mejor que había podido a la policía, aquella misma mañana. Había decidido no decir nada del fantasma de aquella mujer. A veces, cuando estás sometido a una presión excesiva, la mente te juega una mala pasada, y creía que sería mejor que la gente no supiera que eso era exactamente lo que le había sucedido.

Rosie dejó de hablar. Estaba mirando fijamente a Araña, como si acabara de recordar quién era.

—Todavía te odio —le dijo—, ¿sabes?

Araña no dijo nada, pero su expresión indicaba lo mal que se sentía, y ya no parecía un médico: ahora parecía un hombre que había cogido una bata blanca de detrás de una puerta y parecía preocupado de que alguien le pillara. La voz de Rosie adquirió un tono diferente, como si estuviera hablando en sueños.

—Sólo —dijo—, sólo que cuando estaba allí encerrada, tuve la impresión de que me estabas ayudando. De que estabas manteniendo a aquel animal lejos de mí. ¿Qué te ha pasado en la cara? La tienes llena de arañazos.

—Un animal me arañó —respondió Araña.

—¿Sabéis? —dijo Rosie—, ahora que os veo a los dos juntos, no os parecéis en nada.

—Yo soy el guapo —dijo Charlie, y Daisy volvió a pisarle por segunda vez.

—¡Dios! —murmuró Daisy. Y, a continuación, un poco más alto—. Charlie, sal conmigo un momento, hay algo de lo que tenemos que hablar. Ahora mismo.

Salieron al pasillo y dejaron a Araña con Rosie.

—¿Qué? —preguntó Charlie.

—¿Qué de qué? —dijo Daisy.

—¿Qué era eso de lo que querías hablarme?

—Nada.

—Y, entonces, ¿para qué hemos salido? Ya la has oído. Le odia. No deberíamos haberles dejado a solas. Probablemente a estas alturas lo habrá matado.

Daisy le miró con la misma cara que hubiera puesto Jesús si alguno se le hubiera acercado a decirle que era alérgico al pan y a los peces y que si no le importaba hacerle una ensalada de pollo rapidita: había lástima en su expresión, además de una casi infinita compasión.

Daisy se llevó un dedo a los labios y le empujó hacia la puerta. Charlie echó un vistazo a lo que sucedía en el interior de la habitación: Rosie no parecía estar matando a Araña. En todo caso, era justo lo contrario.

—Oh —exclamó Charlie.

Se estaban besando. Dicho así, nadie podría culparos por suponer que aquello era un beso normal y corriente, con sus labios, su piel, e incluso su poquito de lengua. Pero estaríais pasando por alto cómo sonreía él, cómo brillaban sus ojos. Y después, cuando terminaron de besarse, cómo se quedó él allí de pie, como si acabara de descubrir el arte de estar de pie y supiera hacerlo mejor que nadie.

Charlie dejó de mirarles y se encontró con que Daisy estaba hablando con un montón de médicos y con el agente de policía que había ido al hotel a hablar con ellos la noche anterior.

—Bueno, la verdad es que siempre sospechamos que no era trigo limpio —le estaba diciendo el agente—. Quiero decir que, sinceramente, siempre son los extranjeros los que se comportan de este modo. Los isleños jamás harían una cosa así.

—Obviamente, no —replicó Daisy.

—Le estamos muy agradecidos —dijo el jefe de policía, dándole unas palmaditas en la espalda a Daisy de un modo que a ésta le dio cien patadas—. Ésta damita ha salvado la vida de esa mujer —le dijo a Charlie, dándole también una condescendiente palmadita en el hombro, antes de marcharse con los médicos por el pasillo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —le preguntó Charlie.

—Pues Grahame Coats ha muerto —respondió—. Más o menos. Y tampoco tienen demasiadas esperanzas de que la madre de Rosie se recupere.

—Ya veo —dijo Charlie. Se quedó pensándolo un momento. Luego dejó de pensar y tomó una decisión—. ¿Te importa si hablo un momentito con mi hermano? Creo que hay algo de lo que tenemos que hablar.

—De todos modos, yo me vuelvo al hotel. Voy a mirar el *e-mail*. Probablemente tenga que pedir perdón por teléfono a un montón de gente. Averiguar si aún tengo una carrera.

—Pero eres una heroína, ¿no?

—No creo que sea para eso para lo que me pagan —respondió, con aire triste—. Ven a buscarme al hotel cuando hayas terminado.

Araña y Charlie caminaron por la calle mayor de Williamstown bajo un espléndido sol matutino.

—Ése sombrero es realmente bonito —le dijo Araña.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. ¿Puedo probármelo?

Charlie le pasó a Araña el sombrero verde. Araña se lo puso y se miró en un escaparate. Hizo una mueca y se lo devolvió a su hermano.

—Bueno —dijo, un tanto decepcionado—, a ti te sienta muy bien.

Charlie se volvió a poner el sombrero. Hay cierto tipo de sombrero que uno sólo puede ponerse si está dispuesto a lucirlo con gracia, a llevarlo ladeado, y a caminar con ritmo, casi como si estuvieras a punto de echarte a bailar. Ésa clase de sombrero exige mucho a quien lo lleva. Éste era de esa clase de sombreros, y Charlie sabía lucirlo.

—La madre de Rosie se está muriendo —le dijo.

—Ya.

—La verdad es que nunca me gustó nada de nada.

—Yo no llegué a conocerla tan bien como tú. Pero con el tiempo supongo que no me habría gustado nada de nada.

—Tenemos que intentar salvarle la vida, ¿no? —lo dijo sin mucho entusiasmo, como si le estuviera diciendo que ya iba siendo hora de ir al dentista.

—No creo que tengamos esa clase de poder.

—Papá hizo algo parecido por mamá. Hizo que mejorara, temporalmente.

—Pero papá era papá. ¿Cómo vamos a hacer nosotros una cosa así?

—Aquél lugar en el fin del mundo. El sitio ese de las cuevas.

—En el principio del mundo, no en el fin. ¿Qué intentas decir?

—¿Podemos trasladarnos hasta allí? ¿Sin todo el rollo ese de las velas, las hierbas y demás gilipolleces?

Araña se quedó callado. Luego, asintió.

—Creo que sí.

Se dieron la vuelta, caminaron en una dirección que normalmente no estaba allí y se alejaron de la calle mayor de Williamstown.

Empezaba a amanecer, y Araña y Charlie caminaban por una playa llena de calaveras. No eran exactamente humanas, y tapizaban toda la playa como si fueran piedras amarillas. Charlie las sorteaba siempre que podía, mientras que Araña caminaba sobre ellas. Al llegar al final, tomaron un camino a la izquierda que estaba a la izquierda absolutamente de todo, y se encontraron frente a las montañas del

principio del mundo, tan altas que la cima y el piedemonte quedaban fuera del alcance de la vista.

Charlie recordó la última vez que había estado allí, le parecía que habían pasado mil años.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo en voz alta, y su voz rebotó contra las rocas y volvió a él en forma de eco. En voz más alta, dijo—: ¿Hola?

Y entonces, aparecieron, le estaban mirando. Todos. Su aspecto era más grandioso ahora, menos humano, más animal, más salvaje. Se dio cuenta de que, si la última vez los había visto como humanos, había sido porque él esperaba encontrarse con seres humanos. Pero no eran humanos. Allí, en las rocas que quedaban por encima de ellos, estaban el León y el Elefante, el Cocodrilo y la Pitón, el Conejo y el Escorpión y todos los demás, cientos de ellos, y sus ojos le miraban sin sonreír: animales que podía reconocer; animales que ningún ser humano sabría identificar. Todos y cada uno de los animales que han aparecido en los cuentos de cualquier época. Todos los animales con los que los hombres han soñado, aquellos a los que han venerado, o domado.

Charlie los veía ahora a todos allí reunidos.

«Una cosa es —pensó Charlie—, cantar para salvar tu vida, en una sala llena de gente, espontáneamente, con el cañón de una pistola apuntando directamente a las costillas de la chica con la que...

»Que...

»Oh.

»En fin, pensó Charlie, ya me preocuparé de eso más tarde».

En ese preciso instante, necesitaba desesperadamente respirar dentro de una bolsa de papel, o, simplemente, desaparecer.

—Debe de haber varios centenares —dijo Araña, y su voz indicaba que se sentía intimidado.

Se produjo un cierto revuelo sobre una roca cercana que finalizó con la aparición de la Mujer Pájaro. Se cruzó de brazos y se quedó mirándolos.

—Sea lo que sea lo que piensas hacer —dijo Araña—, será mejor que lo hagas cuanto antes. No van a quedarse ahí esperando toda la vida.

Charlie tenía la boca seca.

—Vale.

—Y... hum —dijo Araña—. ¿Qué hacemos ahora?

—Les cantamos algo —respondió sencillamente Charlie.

—¿Qué?

—Así es como arreglamos las cosas. Ya lo he descubierto. Simplemente, cantamos; tú y yo.

—No te entiendo. Cantar, ¿qué?

—La canción. Cantas la canción y lo arreglas todo —y continuó, casi con desesperación—: La canción.

Los ojos de Araña parecían charcos después de un chaparrón, y Charlie vio en ellos cosas que no había visto hasta ahora: cariño, quizá, y confusión y, sobre todo, una expresión como de disculpa.

—No sé de qué estás hablando.

El León les observaba desde una peña. El Mono les miraba desde la rama de un árbol. Y el Tigre...

Charlie vio al Tigre. Caminaba con cautela sobre sus cuatro patas. Tenía la cara hinchada y amoratada, pero sus ojos centelleaban, y parecía como si estuviera deseando tomarse la revancha.

Charlie abrió la boca. Dejó escapar un leve ronquido, como si se hubiera tragado una rana especialmente nerviosa.

—Es inútil —le susurró a Araña—. Ha sido una idea estúpida, ¿verdad?

—Sip.

—¿Crees que podemos largarnos, así, sin más? —Charlie, nervioso, barría con la mirada la ladera de la montaña y las cuevas, fijándose en cada uno de los rostros de los cientos de criaturas totémicas cuya existencia se remontaba hasta más allá de la creación del mundo. Había una que no había visto la última vez que miró: un hombre pequeño, con guantes amarillo limón y un delgado bigotillo, que no llevaba su sombrero verde sobre el ralo cabello.

El anciano le guiñó un ojo.

No era gran cosa, pero era suficiente.

Charlie se llenó de aire los pulmones y comenzó a cantar:

—Soy Charlie —recitó—. Soy el hijo de Anansi. Escuchad lo que os voy a cantar. Escuchad la canción de mi vida.

Les cantó una canción que hablaba de un niño que era un semidiós, y que fue dividido en dos por una anciana que le guardaba rencor por algo que el niño le había hecho. En su canción, habló también de su padre y de su madre.

Cantando, habló de los nombres y de las palabras, de las bases sobre las que se asienta la realidad, de los mundos sobre los que se construyen otros mundos, de la verdad que se esconde tras las apariencias; cantó acerca de los finales adecuados y de los desenlaces justos para aquellos que pudieran haberles hecho daño a él y a los suyos.

Cantó el mundo.

Era una buena canción, y era su canción. A ratos la cantaba con letra y a ratos prescindía de las palabras.

Mientras cantaba, todas las criaturas que le estaban escuchando empezaron a dar palmas y a seguir el ritmo con el pie y a tararear la melodía; Charlie sentía como si a

través de él se estuviera canalizando una gran canción que los incluía a todos. Cantó acerca de los pájaros, de lo mágico que resultaba alzar la vista y verlos volar, del brillo del sol de la mañana reflejado en el ala de un pájaro.

Las totémicas criaturas se pusieron a bailar, cada uno con su propio estilo. La Mujer Pájaro giraba, bailando la danza de los pájaros, agitando las plumas de su cola, echando el pico hacia atrás.

Sólo una de las criaturas que había en la ladera de la montaña no bailaba.

El Tigre sacudía su rabo. No daba palmas, ni cantaba, ni bailaba. Tenía la cara llena de moratones, y más verdugones y marcas de dientes por todo el cuerpo. Había ido bajando, pian pianito, hasta llegar muy cerca de donde estaba Charlie.

—Las canciones no son tuyas —rugió.

Charlie le miró, y cantó acerca del Tigre, y de Grahame Coats, y de aquellos que acosan a los inocentes. Se dio la vuelta: Araña le miraba con admiración. El Tigre rugió, furioso, y Charlie aprovechó su rugido y tejió su canción alrededor de él. A continuación, lo imitó con su propia voz, una imitación perfecta. Bueno, el rugido empezaba exactamente igual que el del Tigre, pero luego Charlie lo modificó, le dio un tono más bien bobalicón, y todas las criaturas que lo contemplaban desde las rocas se echaron a reír. No pudieron evitarlo. Charlie volvió a rugir con el mismo tono. Como cualquier imitación, como cualquier buena caricatura, el resultado era gracioso de puro ridículo. Nadie podría ya oír rugir al Tigre sin oír en su mente el rugido de Charlie. «Qué rugido tan bobo», dirían.

El Tigre le dio la espalda a Charlie. Huyó por entre la multitud, rugiendo, con lo que sólo consiguió que se rieran aún con más ganas. El Tigre se refugió, furioso, en su cueva.

Araña les hizo un gesto para que dejaran de reír.

Se oyó un estruendo, y la entrada de la cueva del Tigre quedó sepultada por un pequeño desprendimiento de rocas. Araña parecía satisfecho. Charlie siguió cantando.

Cantó la canción de Rosie Noah y la de la madre de Rosie: cantó una larga vida para la señora Noah, con toda la felicidad que la mujer se merecía.

Cantó acerca de su propia vida, de la vida de todos, y en su canción vio el patrón de las vidas de todos como una telaraña en la que una mosca había quedado atrapada, y con su canto envolvió a aquella mosca, se aseguró de que no pudiera escapar, y reparó la tela tejiendo nuevos hilos.

Y así, la canción fue llegando a su fin.

Charlie reparó, con no poca sorpresa, en que disfrutaba cantando para los demás, y, en ese preciso momento, supo exactamente a qué habría de dedicarse el resto de su vida. Se dedicaría a cantar: no canciones grandiosas y mágicas, capaces de crear mundos o de recrear la existencia. Sólo canciones sencillas, capaces de hacer felices

por un instante a quienes las escuchan, de hacerles bailar, de hacerles olvidar sus problemas por un rato. Y supo que siempre sentiría ese miedo antes de empezar a cantar, eso que llaman miedo escénico, que nunca desaparecería, pero también entendió que sería como cuando uno se tira a la piscina —esa sensación de frío que no dura más que unos segundos—y que el mal rato pasaría y luego todo sería estupendo...

Nunca tan bueno como en ese momento. Jamás volvería a experimentar aquella sensación tan maravillosa. Pero sería estupendo.

Y terminó. Charlie inclinó la cabeza. Las criaturas que le habían escuchado desde la ladera de la montaña esperaron hasta que se extinguieron las últimas notas, dejaron de seguir el ritmo con el pie, dejaron de dar palmas y dejaron de bailar. Charlie se quitó el sombrero verde de su padre y se abanicó con él.

En voz muy baja, Araña le dijo:

—Ha sido increíble.

—Tú lo habrías hecho igual de bien —replicó Charlie.

—No lo creo. ¿Qué ha pasado al final? Noté que estabas haciendo algo, pero no sabría decir exactamente qué.

—Estaba arreglándolo todo —le dijo Charlie—, nuestros asuntos. Creo. La verdad es que no estoy muy seguro... —y era verdad que no lo estaba. La canción se había acabado ya, y su significado empezaba a desvelarse, como cuando uno se despierta por la mañana y empieza a recordar lo que ha soñado esa misma noche y lo entiende.

Señaló hacia la cueva cuya entrada había quedado bloqueada.

—¿Has sido tú?

—Sí —respondió Araña—. Creía que era lo menos que podía hacer. Aunque el Tigre acabará encontrando la salida. Si te soy sincero, ahora lamento no haber hecho algo peor que bloquear la entrada de su cueva.

—No te preocupes —le dijo Charlie—. Ya me he encargado yo de eso. He hecho algo mucho peor.

Vio como se iban dispersando los animales. No había ni rastro de su padre, cosa que tampoco le sorprendió.

—Vamos —dijo—. Va siendo hora de que regresemos.

Araña volvió durante las horas de visita para ver a Rosie. Le llevaba una gran caja de bombones, la más grande que tenían en la tienda del hospital.

—Para ti —le dijo.

—Gracias —dijo Rosie—. Me han dicho que creen que mi madre se va a recuperar. Por lo visto, ha abierto los ojos y ha pedido unas gachas. El médico me ha dicho que es un milagro.

—¡Vaya! Tu madre pidiendo algo de comer. Desde luego, parece un milagro. Le dio un cachete en el brazo y dejó la mano allí apoyada.

—¿Sabes? —le dijo, tras una pequeña pausa—. Te va a parecer una tontería, pero, cuando estaba allí encerrada, a oscuras, con mi madre, creí que me estabas ayudando. Me dio la impresión de que mantenías a la fiera alejada de mí. Que si no hubieras hecho lo que estabas haciendo, nos habría matado.

—Hum. Algo sí que debí de hacer.

—¿En serio?

—No lo sé. Me parece que sí. Yo también lo estaba pasando mal, y pensaba en ti.

—¿Lo estabas pasando muy mal?

—Francamente mal. Sí.

—¿Podrías echarme un poco de agua en el vaso, por favor?

Araña le sirvió un poco de agua.

—Araña, ¿a qué te dedicas?

—¿Dedicarme?

—Quiero decir que en qué trabajas.

—Según, en lo que me apetece.

—Estoy pensando —le dijo— en quedarme un tiempo por aquí. Las enfermeras me han dicho que se necesitan profesores, que les hacen mucha falta. Me gustaría ayudarles a mejorar las cosas.

—Podría ser divertido.

—Y si me decido, ¿qué harías tú?

—Oh. Bueno, si tú te quedas, seguro que encuentro algo que hacer por aquí.

Entrelazaron sus dedos con fuerza, como un nudo marinero.

—¿Crees que lo nuestro puede llegar a funcionar? —le preguntó Rosie.

—Creo que sí —afirmó Araña, con seriedad—. Y si me aburro aquí contigo, me marcharé y buscaré otra cosa. Así que no te preocupes.

—Oh —replicó Rosie—, no estoy preocupada.

Y era verdad. Bajo su aparente suavidad, su voz tenía la firmeza del acero. Estaba claro de dónde había sacado la fortaleza su madre.

Charlie encontró a Daisy en la playa, tomando el sol en una tumbona. Pensó que estaba dormida. Cuando la alcanzó su sombra, dijo:

—Hola, Charlie —sin abrir los ojos.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tu sombrero huele a tabaco. ¿No piensas deshacerte de él?

—No —respondió Charlie—. Ya te lo he dicho. Reliquia familiar. Pienso llevarlo hasta que me muera; entonces, se lo dejaré a mis hijos en herencia. ¿Y bien? ¿Aún trabajas para las fuerzas del orden?

—Más o menos —respondió Daisy—. Mi jefe me ha dicho que han llegado a la conclusión de que he sufrido una crisis nerviosa a consecuencia del exceso de trabajo, y estoy de baja hasta que me encuentre con fuerzas para reincorporarme.

—Ah. ¿Y cuándo será eso?

—Aún no estoy segura —dijo—. ¿Me pasas el bronceador?

Charlie llevaba un pequeño estuche en el bolsillo. Lo sacó y lo dejó sobre el brazo de la tumbona.

—Enseguida. Esto... —Hizo una pausa—. Bien, ya hicimos este numerito tan embarazoso a punta de pistola. —Abrió el estuche—. Pero esto es para ti, de mi parte. Bueno, Rosie me lo ha devuelto. Si quieres, podemos cambiarlo por otro que te guste más. Seguramente ni siquiera es de tu tamaño. Pero es tuyo. Si lo quieres. Y... hum... yo también.

Daisy cogió el estuche y sacó el anillo de compromiso.

—Hmpf. Vale —le respondió—. Siempre que esto no sea sólo una excusa para que te devuelva la lima.

El Tigre se paseaba de un lado a otro de la entrada de su cueva, meneando el rabo, irritado. Sus ojos de color esmeralda llameaban en la oscuridad como dos antorchas.

—Hubo un tiempo en que el mundo y todo lo demás me pertenecían a mí —dijo el Tigre—. La luna, las estrellas, el sol y los cuentos. Yo era el dueño de todo aquello.

—Creo que me corresponde señalar —dijo una vocecilla desde el fondo de la cueva— que eso ya lo has dicho.

El Tigre se detuvo, se dio la vuelta e insinuó su presencia en el fondo de la cueva, ondulando su cuerpo al caminar; parecía una alfombra de pelo con suspensión hidráulica. Caminó hasta tropezar con la carcasa de un buey, y dijo, en voz baja:

—Perdón.

Alguien estaba rebañando el interior de la carcasa. La punta de una nariz asomó por entre las costillas.

—Lo cierto —dijo la nariz— es que, por así decirlo, te estaba dando la razón. Eso era lo que hacía.

Unas manitas blancas arrancaron una delgada tira de carne seca que había entre dos costillas, dejando al descubierto a un pequeño animal con el pelo del color de la nieve sucia. Puede que fuera una mangosta albina, o una especie de comadreja de aspecto particularmente sospechoso con su blanco pelaje de invierno. Tenía ojos de animal carroñero.

—Hubo un tiempo en que el mundo y todo lo demás me pertenecían a mí: la luna, las estrellas, el sol y los cuentos. Yo era el dueño de todo aquello —y añadió—: y podrían haber sido míos de nuevo.

El Tigre miró al animalejo. Entonces, sin previo aviso, descargó todo el peso de

su inmensa zarpa sobre el costillar y lo aplastó, rompiéndolo en pequeños y apestosos trozos, e inmovilizando al mismo tiempo a la pequeña alimaña, que se revolvió y se retorció, pero no logró zafarse.

—Tú estás aquí—le dijo el Tigre, pegando su hocico a la diminuta cabeza del pálido animalejo —para ser sojuzgado por mí. ¿Lo has entendido? Porque la próxima vez que digas algo que me irrite, te arrancaré la cabeza de un mordisco.

—*Mmpfí*—respondió el bicho comadrejil.

—Y no querrás que te arranque la cabeza de un mordisco, ¿verdad que no?

—*Nngk* —respondió el bichejo. Sus ojos eran de color azul pálido, como dos esquirlas de hielo, y centelleaban mientras se retorcía desesperadamente bajo el peso de aquella enorme zarpa.

—Así que, ¿me prometes que te vas a portar bien, y que vas a estar muy calladito? —rugió el Tigre.

Levantó un poco la zarpa para dejar que contestara.

—Prometidísimo —respondió el blanco bichejo, con sumo respeto.

A continuación, con un comadrejil movimiento, se dio la vuelta y clavó sus afilados diente-cillos en la zarpa del Tigre. Aullando de dolor, el Tigre lo mandó por los aires de una patada. La pequeña alimaña se estrelló contra el techo de piedra, rebotó contra un saliente y salió disparado como un sucio rayo blanco hacia el fondo de la cueva, donde el techo era más bajo y había multitud de recovecos en los que podía ocultarse un animal pequeño y a los que no podía acceder un animal más grande.

El Tigre se internó en la cueva hasta donde el terreno se lo permitía.

—¿Crees que no sé esperar? —le preguntó—. Tarde o temprano tendrás que salir de ahí. Y no me voy a ir a ninguna parte.

El Tigre se tendió en el suelo. Cerró los ojos y, al poco rato, empezó a roncar de forma harto convincente.

Una media hora después, el blancuzco animal salió arrastrándose de entre las rocas, y se fue deslizando de sombra en sombra, hacia un gran hueso que aún tenía adherida una buena cantidad de sabrosa carne, siempre que a uno no le importara que estuviera levemente podrida, y al bichejo no le importaba. Pero, para llegar hasta el hueso, tenía que pasar forzosamente por delante de la fiera. Se quedó un rato al acecho, oculto en las sombras, y luego se aventuró a salir, caminando con sigilo sobre sus diminutas pezuñas.

Según pasaba por delante, el Tigre estiró raudamente una de sus zarpas delanteras y lo aprisionó aplastándole la cola contra el suelo. Con la otra zarpa, lo sujetó por el cuello. El gran felino abrió los ojos.

—Francamente —le dijo—, parece que estamos condenados a convivir en esta cueva. Lo único que te pido es que pongas un poco de tu parte. Ambos pondremos

algo de nuestra parte. Dudo mucho que lleguemos a ser amigos, pero a lo mejor podemos aprender a tolerarnos mutuamente.

—Entiendo a qué te refieres —replicó el pequeño huronoide—. El Diablo hace extraños compañeros de cama, como se suele decir.

—Ése es un buen ejemplo de lo que intento decir —repuso el Tigre—. Tienes que aprender a distinguir cuándo es mejor que mantengas la boca cerrada.

—Quien siembra vientos —replicó el animalejo— recoge tempestades.

—Ya me estás irritando otra vez —dijo el Tigre—. Mira que te estoy avisando. No me irrites si no quieres que te arranque la cabeza de un bocado.

—Repites constantemente eso de «arrancarme la cabeza de un bocado». Cuando dices que «me arrancarás la cabeza de un bocado», ¿debo entender, quizá, que hablas en sentido figurado y que lo que en realidad me estás diciendo es que te vas a enfadar y me vas a dar un grito?

—Te arrancaré la cabeza de un bocado. Luego, te romperé el cráneo. Masticaré tu cabeza. Y, finalmente, me la tragaré —le aclaró el Tigre—. Ninguno de los dos saldrá de esta cueva hasta que el hijo de Anansi se olvide de que estamos aquí. Viendo el modo en que ese cabrón lo ha organizado todo, incluso si te mato por la mañana, seguramente resucitarás y volverás a estar encerrado conmigo en esta maldita cueva a primera hora de la tarde. Así que no me irrites.

La blaucuzca alimaña replicó:

—Ah, en fin. Basta a cada día...

—Como digas «su propio afán» —le interrumpió el Tigre— me voy a enfadar, y eso traerá graves consecuencias. No digas nada irritante. ¿Lo has entendido?

En aquella cueva del fin del mundo se produjo un breve silencio. Silencio que rompió una vocecilla comadrejil:

—*Perfectupuesto.*

Y empezó a decir «¡Ouug!», pero su voz fue silenciada de forma inmediata y eficaz.

Y ya no se oyó nada más en aquel lugar, salvo el crujir de unos huesos.

Lo que no se menciona en los catálogos de ataúdes —porque, francamente, tampoco haría que se vendieran mejor— es lo confortables que son.

El señor Nancy estaba sumamente satisfecho con su ataúd. Ahora que la diversión se había terminado, estaba de nuevo cómodamente tumbado en su ataúd, descabezando un sueñecito. De vez en cuando se despertaba y recordaba dónde estaba y, entonces, se daba la vuelta y seguía durmiendo.

La tumba, como ya se ha dicho anteriormente, es un sitio estupendo, y ni que decir tiene que, además, se disfruta de una intimidad total, por lo que resulta ideal para descansar. Nada mejor que estar a dos metros bajo tierra. Dentro de unos veinte

años o así, pensó, tendría que empezar a pensar en levantarse.

Abrió un ojo cuando comenzó el funeral.

Oía perfectamente lo que hacían ahí arriba. Callyanne Higgler, la Bustamonte y la otra, la más delgada —sin olvidar a la pequeña horda de nietos—, suspiraban y gemían y lloraban a moco tendido por la difunta señora Dunwiddy.

Al señor Nancy se le pasó por la cabeza la idea de sacar una mano de su tumba y agarrar a Callyanne Higgler por el tobillo. Era algo que había querido hacer desde que vio *Carrie* en un cine de verano, hacía treinta años, pero ahora que tenía la oportunidad de hacerlo, no le resultó difícil resistirse a la tentación. Sinceramente, no le apetecía. Lo único que conseguiría sería hacerla gritar y provocarle un ataque al corazón que, a su vez, la mataría y, entonces, el maldito Parque Cementerio, que ya estaba de bote en bote, tendría un habitante más.

De todas formas, aquello suponía demasiado esfuerzo. Había muchos sueños agradables esperando ser soñados en aquel mundo a dos metros de la superficie. «Veinte años —pensó—. Mejor veinticinco». Para entonces, puede que incluso tuviera nietos. Siempre es interesante ver qué tal le salen a uno los nietos.

Podía oír los gemidos y los lloros de Callyanne Higgler ahí arriba. De pronto, dejó de sollozar un momento para anunciar:

—Nos queda el consuelo de saber que ha tenido una buena vida, y muy larga. La mujer había cumplido ya los ciento tres.

—¡Ciento cuatro! —protestó agriamente una voz al lado del señor Nancy.

El señor Nancy alargó su fantasmal brazo y dio unos golpes en el costado del recién llegado ataúd.

—Más bajo, señora —ladró—. Algunos intentamos dormir.

Rosie le había dejado muy claro a Araña que esperaba que se buscara un empleo estable, de esos que implican levantarse a una hora decente e ir a algún sitio.

De modo que, una mañana, el día antes de que le dieran el alta en el hospital, Araña se levantó temprano y se acercó a la biblioteca municipal. Se sentó en el ordenador de la biblioteca, se puso a navegar por Internet y, con mucho cuidado, limpió las cuentas de Grahame Coats; las que la policía de diversos países no había logrado descubrir aún. Hizo que se pusiera en venta una cuadra argentina. Compró una pequeña empresa *ad hoc*, le traspasó los fondos que había retirado de las cuentas de Grahame Coats, y la registró como fundación sin ánimo de lucro. Envío un correo electrónico —que firmó con el nombre de Roger Bronstein— para contratar los servicios de un abogado que se hiciera cargo de la administración de la recién creada fundación, sugiriéndole al mismo tiempo que se pusiera en contacto con la señorita Rosie Noah, nacida en Londres pero afincada actualmente en Saint Andrews, y la contratara para Hacer el Bien.

Rosie fue contratada. Y la primera tarea que le confiaron fue la de encontrar un

lugar que pudiera alojar la sede de la fundación.

Una vez hecho esto, Araña se pasó cuatro días enteros caminando por (y, por las noches, durmiendo en) la playa que rodeaba la mayor parte de la isla, probando cada restaurante que se iba encontrando por el camino, hasta que llegó al Dawson's Fish Shack. Allí probó el pez volador frito, los higos verdes cocidos, el pollo a la parrilla y el pastel de coco. Al acabar, entró en la cocina para hablar con el chef, que resultó ser también el dueño, y le ofreció una buena suma de dinero a cambio de una parte de su negocio y de unas clases de cocina.

Ahora, el Dawson's Fish Shack es un restaurante y el señor Dawson se ha jubilado. A veces, Araña atiende el restaurante y, a veces, se encarga de la cocina; si entráis allí a buscarle, lo veréis. Sirven la mejor comida de la isla. Araña está algo más gordo que antes, aunque no tan gordo como acabará si sigue con esa manía de probar todos los platos que prepara.

Aunque a Rosie no le importa.

Rosie da clases, echa una mano, y, sobre todo, Hace el Bien; si en algún momento echa de menos Londres, lo disimula inmejorablemente. La madre de Rosie, por su parte, se pasa la vida echando de menos Londres y diciendo lo mucho que echa de menos Londres, pero si alguien comenta alguna vez —aunque sólo sea de pasada— que a lo mejor preferiría regresar allí, lo interpreta como un intento de separarla de sus todavía nonatos (y, dicho sea de paso, aún no concebidos) nietos.

Nada podría causarle mayor placer a este escritor que poder asegurarnos que, tras su regreso del valle de las sombras, la madre de Rosie se convirtió en una mujer completamente distinta; una mujer alegre, amable con todo el mundo, con unas ganas de comer sólo comparables a sus ganas de vivir y de disfrutar de la vida. Sin embargo, en honor a la verdad, no tengo más remedio que ser sincero y lo cierto es que, tras su paso por el hospital, la madre de Rosie seguía siendo la misma de siempre: tan suspicaz y poco caritativa como de costumbre, aunque bastante más frágil y muy dada a dormir con la luz encendida.

Les anunció que había decidido vender su piso de Londres y seguir a Araña y a Rosie a dondequiera que fuesen para estar siempre cerca de sus nietos; y, según iba pasando el tiempo, empezó a dejar caer mordaces comentarios sobre la ausencia de nietos, sobre la calidad y la movilidad de los espermatozoides de Araña, la frecuencia y las posiciones de las relaciones sexuales de Araña y Rosie, y lo relativamente baratos y sencillos que resultaban los tratamientos de fecundación asistida. Era tal su insistencia, que Araña empezó a plantearse seriamente la posibilidad de no volver a acostarse con Rosie, sólo por fastidiar a la madre de Rosie. Se lo planteó una tarde, durante unos once segundos, cuando la madre de Rosie les entregó unas fotocopias de un artículo que había leído en una revista que proponía que Rosie se pusiera a hacer el pino después del coito y permaneciera media hora en esa posición. Araña le

comentó a Rosie esa misma noche lo que se le había pasado por la cabeza, y ella se echó a reír y le dijo que le tenía terminantemente prohibido a su madre que entrara en su dormitorio y que a buenas horas se iba a poner ella a hacer el pino después de hacer el amor.

La señora Noah tiene un piso en Williamstown, cerca de la casa en la que viven Araña y Rosie, y, dos veces por semana, uno de los muchos sobrinos de Callyane Higglers se pasa por allí y le pasa el aspirador, limpia el polvo a sus frutas de cristal (las de cera se fundieron, en la isla hace mucho calor), le prepara algo de comida y se la deja en la nevera, y la madre de Rosie unas veces se la come y otras, no.

Charlie es cantante. Sus carnes han perdido casi por completo su antigua blandura. Ahora es un hombre fibroso y el sombrero se ha convertido en su sello personal. Tiene muchos sombreros diferentes de diversos colores, pero todos ellos del mismo estilo que el de su padre; su sombrero favorito es de color verde.

Charlie tiene un hijo. Se llama Marcus: tiene cuatro años y medio, y esa expresión tan grave y circunspecta que sólo han conseguido llegar a dominar los niños y los gorilas de montaña.

Ya nadie le llama a Charlie «Gordo Charlie», y lo cierto es que, a veces, él lo echa de menos.

Eran las primeras horas de una mañana de verano, ya había amanecido. Se oían ruidos en la habitación de al lado. Charlie no quiso despertar a Daisy. Se levantó de la cama con mucho sigilo, cogió una camiseta y unos pantalones cortos y, al entrar en la habitación de Marcus, se encontró a su hijo en el suelo, desnudo, jugando con un trencito de madera. Se pusieron cada uno sus camisetas, sus pantalones cortos y sus chanclas, Charlie se puso un sombrero, y caminaron hacia la playa.

—¿Papá? —dijo el niño. Por la expresión de su cara, parecía estar pensando en algo, muy concentrado.

—Dime, Marcus.

—¿Quién fue el presidente más corto?

—¿Te refieres a la altura?

—No. A los días. ¿Quién fue presidente menos días?

—Harrison. Cogió una neumonía durante la ceremonia de investidura y murió. Fue presidente durante cuarenta y tantos días, y, en ese tiempo, prácticamente no hizo otra cosa que morir.

—Oh. ¿Y quién fue el más largo?

—Franklin Delano Roosevelt. Fue presidente en tres ocasiones. Murió siendo presidente, durante su cuarto mandato. Aquí ya podemos quitarnos las chanclas.

Pusieron las chanclas encima de una roca y siguieron caminando hacia la orilla, dejando sus huellas sobre la húmeda arena.

—¿Cómo es que sabes tantas cosas de los presidentes?

—Porque, cuando era pequeño, mi padre pensó que sería bueno para mí leer cosas sobre ellos.

—Oh.

Se metieron por el agua y caminaron hacia una roca que sólo se veía cuando la marea estaba baja. Un rato después, Charlie cogió a su hijo y se lo sentó en los hombros.

—¿Papá?

—Dime, Marcus.

—Petunia dice que eres famoso.

—¿Y quién es Petunia?

—Va a mi colé. Dice que su mamá tiene todos tus cedés. Dice que le gusta mucho cómo cantas.

—Ah.

—¿Eres famoso de verdad?

—Pues, en realidad, no. Bueno, un poquito, sí. —Cogió a Marcus, lo puso sobre la roca y, a continuación, se subió él—. Muy bien. ¿Listo para cantar?

—Sí.

—¿Qué canción quieres que cantemos?

—Mi canción preferida.

—A lo mejor a ella no le gusta.

—Seguro que le gusta. —Las certezas de Marcus eran tan sólidas como una pared; mejor dicho, como una montaña.

—Muy bien. Un, dos, tres...

Se pusieron a cantar la canción del pájaro amarillo, que era la canción favorita — esa semana— de Marcus y, después, cantaron *Zombie jamboree*, que era su segunda canción favorita, y *She'll Be Corning 'Round the Mountain*, que era la tercera. Marcus, que veía mejor que Charlie, la vio cuando casi habían llegado ya al final de *She'll Be Corning 'Round the Mountain* y la saludó con la mano.

—Mira, papá, ahí está.

—¿Estás seguro?

La bruma hacía que mar y cielo se confundieran en una franja blanquecina. Charlie entornó los párpados y miró hacia el horizonte.

—Yo no veo nada.

De pronto, un salpicón y emergió justo debajo de ellos; apoyó las manos en la roca, se elevó a pulso, se dio la vuelta en el aire y se sentó a su lado, meneando su plateada cola sobre las aguas del Atlántico y dejando que las gotas escurrieran por sus escamas. Tenía el cabello muy largo y pelirrojo.

Se pusieron a cantar los tres: hombre, niño y sirena. Cantaron *The Lady Is a*

Tramp y *Yellow Submarine* y, después, Marcus le enseñó a la sirena la letra del tema principal de los Picapiedra.

—Me recuerda a ti —le dijo la sirena a Charlie— cuando eras pequeño.

—¿Ya me conocías entonces?

La sirena sonrió.

—En aquellos tiempos, tu padre y tú solíais pasear por la playa. Tu padre era todo un caballero. —Suspiró. Las sirenas suspiran mejor que nadie. Y continuó—: Deberíais regresar a la playa. Está empezando a subir la marea.

Se echó hacia atrás su larga melena y se zambulló en el océano. Sacó la cabeza por entre las olas, se llevó los dedos a los labios y le tiró un beso a Marcus antes de desaparecer en las profundidades del mar.

Charlie volvió a sentar a Marcus sobre sus hombros y caminó por el agua en dirección a la playa. Al llegar, el niño bajó deslizándose hasta la arena. Charlie se quitó su viejo sombrero y se lo puso a su hijo. Le quedaba demasiado grande, pero le hizo sonreír.

—Hey —dijo Charlie—, ¿quieres ver una cosa?

—Vale. Pero quiero desayunar. Tortitas. No, cereales. No, mejor tortitas.

—Mira. —Charlie se puso a bailar arrastrando sus pies descalzos por la arena.

—Yo también sé bailar así —le dijo Marcus.

—¿De verdad?

—Mírame, papá.

Y era verdad que sabía.

Padre e hijo fueron bailando todo el camino, mientras cantaban una canción sin letra que se iban inventando sobre la marcha. Y la canción se quedó flotando en el aire incluso después de que entraran en casa y se sentaran a desayunar.

Agradecimientos

Para empezar, un enorme ramo de flores para Nalo Hopkinson, que tuvo la amabilidad de revisar los diálogos de los personajes de habla caribeña y no se limitó sólo a indicarme lo que había que corregir, sino que me sugirió cómo hacerlo; y otro para Lenworth Henry, que estaba conmigo cuando concebí toda la historia y cuya voz seguí oyendo dentro de mi cabeza mientras escribía la novela (razón por la cual me alegré mucho al enterarme de que iba a ser el narrador del audio libro).

De igual modo que cuando escribí mi última novela para adultos, *American Gods*, he tenido a mi disposición dos refugios para escribir esta novela. La empecé en la casa de vacaciones que Tori tiene en Irlanda, y volví allí para terminarla. Tori es una maravillosa anfitriona. Hacia la mitad de la novela, y con el permiso de los huracanes, me fui a la casa que Jonathan y Jane poseen en Florida. Es estupendo tener amigos con más casas que cuerpos para ocuparlas, sobre todo cuando te las ofrecen tan generosamente. El resto del tiempo, estuve escribiendo en el café local, mientras bebía tazas y tazas de un té infecto, lo que sin duda constituye un triunfo más —en este caso, bastante patético— de la esperanza sobre la experiencia.

Roger Forsdick y Graeme Baker se prestaron amablemente a responder a mis preguntas sobre la policía, los delitos financieros y los tratados de extradición. Roger, además, me dio un paseo por las celdas, me invitó a cenar y revisó el manuscrito definitivo. A ambos, muchas gracias.

Sharon Stiteler también le echó una ojeada al libro para pasar revista a los pájaros y respondió amablemente a las preguntas que le planteé sobre la materia.

Pam Noles fue leyendo el libro a medida que lo escribía y, con sus reacciones, me animó a seguir adelante. También quisiera expresar mi agradecimiento a la pequeña multitud de gente que me prestó sus ojos, su inteligencia y sus opiniones: Olga Nunes, Colin Greenland, Giorgia Grilli, Anne Bobby, Peter Straub, John M. Ford, Anne Murphy y Paul Kincaid, Bill Siteler y Dan y Michael Johnson. Cualquier posible error, ya sea en los hechos o en las opiniones, es responsabilidad mía, no de ellos.

Vaya también mi agradecimiento para Ellie Wylie; Thea Gilmore; las Damas de Lakeside; la señorita Holly Gaiman, que acudía en mi ayuda siempre que ella consideraba que podía hacerme falta la presencia de una hija lista y responsable; los Petes de la editorial Hill House; Michael Morrison, Lisa Gallagher, Jack Womack, y Julia Bannon; y Dave McKean.

Jennifer Brehl, mi editora en Morrow, fue quien me convenció —en un momento en el que yo no estaba muy seguro aún de cuál iba a ser mi siguiente novela— de que de aquella historia que un día le conté mientras comíamos juntos podía salir una buena novela y, más tarde, me escuchó pacientemente la noche que la llamé por

teléfono para leerle el primer tercio del libro. Por cosas como ésta, merecería que la hicieran santa. Jane Morpeth, de *Headline*, es exactamente el tipo de editora que cualquier escritor espera conseguir algún día si es muy, muy bueno y se come las verduras sin rechistar. Merrilee Heifetz, de *Writers House*, en colaboración con Ginger Clark y, en el Reino Unido, con Dorie Simmonds, son mis agentes literarias. Es una gran suerte tenerlas a mi lado, y sé bien lo que me digo.

Jon Levin se encarga de todo lo referente a mis incursiones cinematográficas. Mi asistente, Lorraine, me ayudó para que pudiera concentrarme en el proceso de escritura —con el aliciente añadido de sus magníficas tazas de té.

Dudo que hubiera podido crear el personaje de Gordo Charlie de no haber tenido un padre excelente que, sin embargo, me avergüenza y unos hijos maravillosos que, sin embargo, se avergüenzan de mí. Viva la familia.

Y, finalmente, quisiera dar las gracias a algo que no existía cuando escribí *American Gods*: los lectores de mi diario en www.neilgaiman.com, con cuya ayuda he podido contar en todo momento para resolver toda clase de dudas —y que, entre todos, según mi experiencia, lo saben absolutamente todo.

FIN.

NOTAS

[1] En inglés, el término *goofy* significa «tontorrón, bobalicón». (N. De la T).<<

[2] *Yellow Bird*: canción jamaicana que cuenta la historia de un pájaro amarillo cuya hembra lo ha abandonado y se ha hecho un nuevo nido lejos de él. (N. *De la T*).<<

[3] El chiste se basa en un juego de palabras intraducible: *The miracle of the loaves* (panes) *and the fishes* (peces). *Loaf* (*loaves*, en 3ª persona del singular) significa también «gandulear, hacer el vago», de ahí el doble sentido cuando dice: «él se dedica a hacer el vago (*he loaves*) y a pescar (*and fishes*)». (*N. De la T*).<<

[4] *Innit*: (contracción de *isn't it*) especie de muletilla característica del habla de la zona sur de Londres, donde parece tener su origen, y cuyo uso está ya bastante generalizado en el lenguaje coloquial de los jóvenes. (N. *De la T*).<<

[5] Anansi: uno de los dioses más importantes de la mitología del África occidental. Es embustero y muy aficionado a las bromas. El mito de Anansi se originó, al parecer, en la tribu de los Ashanti y, posteriormente, se extendió por Jamaica, Surinam y Antillas holandesas. (*N. De la T*).<<

[6] El Hermano Conejo (*Br'er Rabbit*) es el protagonista de los cuentos del Tío Remus, basados en relatos tradicionales afroamericanos, que se hicieron muy populares en Estados Unidos a finales del siglo xix gracias a los libros de Joel Chandler Harris. Desde entonces, han formado parte del acervo popular estadounidense (a España nos han llegado estos cuentos a través de las versiones de Enid Blyton y de la película *Canción del Sur* [1946], de Walt Disney). (N. De la T).

<<

[7] Varios años antes, Araña se había llevado una decepción espantosa con un barril lleno de monos. Aquello no había resultado ni tan siquiera entretenido. Todo lo más, le parecieron curiosos los ruidos que hacían los monos encerrados en el barril. Pero llegó un momento en que los ruidos cesaron y los monos ya no hicieron nada en absoluto —con la posible excepción de alguna clase de actividad a nivel orgánico— y había tenido que deshacerse de ellos a altas horas de la noche. (*N. Del A.*) <<

[8] El barco había sido bautizado con el nombre de *Sunny Archipelago* pero, en cierta ocasión, sus pasajeros sufrieron una epidemia de gripe intestinal que tuvo alcance internacional. Se buscó un nuevo nombre que enajara con las iniciales del nombre original, para no tener que gastarse el dinero en cambiarlas. El presidente de la compañía, cuyo inglés no era tan bueno como él creía, tuvo entonces la feliz idea de rebautizarlo con el de *Squeak Attack* (Literalmente, *Ataque de gritos*). (N. Del A).<<

[9] COPS: *Realityshow* norteamericano en el que las cámaras acompañan a diversos agentes de policía mientras patrullan las calles. (N. De la T).<<